

La cara desnuda
de la mujer árabe

Nawal al-Sâ'dawi



se

Nawal El Saadawi es la principal feminista árabe y la primera en denunciar en sus libros la castración de las mujeres. A pesar del tiempo transcurrido desde la primera redacción de este libro, la situación de la mujer árabe sigue siendo desfavorable y las causas cada vez más complejas.



Nawal El Saadawi

La cara desnuda de la mujer árabe

ePub r1.0
Titivillus 09.11.16

Título original: *The hidden face of Eve: Women in the Arab World*

Nawal El Saadawi, 1977

Traducción: María Luisa Fuentes

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



ÍNDICE

Prólogo

Introducción

Primera Parte

LA MITAD MUTILADA

Segunda Parte

LA MUJER EN LA HISTORIA

Tercera Parte

LA MUJER ÁRABE

Cuarta Parte

EL PUNTO DE RUPTURA

Epílogo

Autora

Prólogo a la edición española

La edición española de *La cara desnuda de la mujer árabe* verá la luz en noviembre de 1991, precisamente en unos momentos en los que la mujer árabe atraviesa una profunda crisis. Aunque cuando escribí el libro en árabe, a comienzos de los años setenta, la mujer ya padecía los rigores de una situación desfavorable, las causas que han conducido a la que sufre en la actualidad son más complejas y tienen consecuencias más graves.

Entre ellas destaca la opresión intelectual a la que está sometida la mujer en el mundo árabe, lo que resulta bastante más peligroso que la imposición del velo. En los albores de la década de los noventa, el conflicto entre los sexos se ha intensificado, al igual que ha sucedido con la lucha entre los pobres y los ricos o entre el denominado Tercer Mundo y los países desarrollados.

En la esfera internacional todavía no se han apagado las voces que celebran la victoria de Estados Unidos en la guerra del Golfo y la caída del socialismo en la Unión Soviética. Voces que se regocijan porque los únicos dueños del mundo son ahora el capital, el poder nuclear, el petróleo y el tráfico de armas y de drogas.

Al mismo tiempo, los movimientos feministas están perdiendo influencia y sus voces se debilitan poco a poco. Las jóvenes vuelven a pintarse los labios con carmín y a llevar pendientes metálicos que resuenan como las cadenas de los esclavos.

Las mujeres, en general, están volviendo a los antiguos valores, comienzan otra vez a preocuparse por las labores domésticas y vuelven la mirada hacia los libros sagrados: La Tora, los Evangelios o El Corán. Tienen muy presente que “el Señor” quiso que fueran sumisas, y asumen lo que las autoridades religiosas les dicen: que Alá creó a Eva a partir de una costilla de Adán —una costilla de la que podía prescindir—; que su capacidad intelectual y su competencia en asuntos religiosos son inferiores a las del hombre; y que Eva sedujo a Adán, lo apartó del buen camino y lo obligó a salir del Paraíso.

En todo el mundo, los movimientos feministas retroceden ante los ataques del sistema patriarcal y de clases. La violencia se adueña del mundo y de forma sistemática se pisotean los derechos de los pobres y de las mujeres.

Pero todo esto se cubre con un velo de discreción y se adorna con palabras exquisitas sobre los derechos humanos, la democracia, las leyes internacionales y el nuevo orden mundial.

Sin embargo, ¿cuál es ese nuevo orden del que tanto habla la primera potencia mundial, es decir, “la industria militar americana”? Se trata de un sistema que pretende:

1. La dominación de quien posee la fuerza de la bomba atómica sobre quien tiene la razón de los valores humanos.
2. La dominación de quien detenta el poder económico sobre quien tiene la verdad.
3. La dominación del hombre sobre la mujer.

La situación es la misma en todo el mundo, y los países árabes no constituyen una excepción; al contrario, en nuestra sociedad esto se produce de una forma más abierta, más cruda y atroz. Y prueba de ello es que se obliga a algunas mujeres a cubrirse el rostro completamente, de forma que sólo se les vean los ojos. Se les impone la obediencia sin posibilidad de discusión. “Las discusiones las fomenta Satán”, escribió una periodista saudí, y continuó diciendo: “Colgad a Nawal al-Sa’dawi

porque pide la liberación de la mujer”.

Se escuchan también voces de satisfacción y complacencia en Arabia Saudí, Kuwait y otros muchos países árabes porque, en junio de 1991, el Gobierno egipcio aprobó un decreto por el que se disolvía la Asociación de Solidaridad con la Mujer Árabe y sus fondos se traspasaban a la Asociación de Mujeres Musulmanas. Asimismo, una escritora egipcia ha dicho que la liberación de la mujer está en contra de la religión y de las tradiciones, y que es necesario que las musulmanas se cubran con el velo.

Los poderes políticos internacionales y locales fomentan el resurgimiento de estas corrientes religiosas que intentan utilizar la religión para encubrir la injusticia que sufren los pobres y las mujeres.

En el fondo, los actuales movimientos religiosos son políticos y se refugian en las diferentes religiones existentes en Oriente y Occidente —desde el hinduismo y el judaísmo, hasta el cristianismo y el islam— para perpetuar el sistema patriarcal y de clases, y el sistema esclavista.

Lo cierto es que seguimos viviendo una época de esclavitud que se disfraza con ropajes modernos y coloristas para engañar a las mujeres y los hombres ingenuos. Basta con pasear por las calles de Nueva York, Londres, Riyad, El Cairo, Bombay o cualquier otra capital oriental u occidental, para percibir que el número de pobres mujeres y hombres, se multiplica y que se desatienden los servicios sociales que benefician a la mayoría de los ciudadanos.

Sin embargo, a pesar de este retroceso, me siento optimista porque una editorial española traduce y publica *La cara desnuda de la mujer árabe*. ¿No refleja esto que las fuerzas progresistas siguen existiendo y abriéndose camino a pesar de las dificultades? También soy optimista porque, precisamente hace diez años (septiembre de 1981), estaba en la cárcel y hoy me encuentro en libertad, y porque, aunque es cierto que sigo estando en la lista negra de mi país, que figuro en el índice de personas amenazadas de muerte en Arabia Saudí y Kuwait y que el Gobierno egipcio ha disuelto la Asociación de Solidaridad con la Mujer Árabe, a pesar de todo, siguen existiendo fuerzas que se oponen a la injusticia y que no se rinden. La lucha continúa.

Nawal al-Sa'dawi,
Septiembre de 1991

Traducido del árabe por María Luis Fuentes

*Dedicado a Zaynab Shukri,
esa gran mujer que vivi3 y muri3
sin darme su apellido: mi madre*

Introducción

Durante mis largos años de ejercicio de la medicina en áreas urbanas y rurales, tuve la oportunidad de conocer a un gran número de hombres y mujeres que día tras día llamaban a mi puerta y cruzaban el umbral de mi casa abrumados por sus problemas psicológicos y sexuales. Este libro es el resultado de todas aquellas experiencias.

Quizá muchos piensen que este estudio va a tratar exclusivamente sobre la mujer —su familia, hijos, marido, etcétera— y sobre las presiones emocionales y sexuales a las que se ve sometida en su vida cotidiana. Desde siempre, los estudios que han abordado el tema de la mujer han sido relegados a un puesto secundario porque se consideraba que se centraban en un tema muy específico, reducido a un grupo de población especial con unos problemas muy concretos. Porque ¿no es cierto que el mundo de las mujeres se reduce a la familia, los niños y la casa? ¿Cómo un mundo tan limitado va a poder competir con los asuntos que en la actualidad nos conmocionan y nos hacen reflexionar tanto, con los temas de gran trascendencia política y humana como pueden ser la libertad, la justicia o el futuro del socialismo?

Pero, sin embargo, si intentáramos estudiar la condición de la mujer en la sociedad con profundidad y sin considerarla únicamente como un instrumento de reproducción, terminaríamos sin duda examinando una serie de aspectos de la vida humana mucho más amplios. De hecho, acabaríamos planteándonos problemas políticos generales o, más concretamente, el tema de la mujer se convertiría en una causa política de primer orden, estrechamente relacionada con la eterna lucha por alcanzar la libertad y la verdad.

Porque, en cualquier país, lo que llamamos “política de alto nivel” se conforma como un edificio construido a partir de pequeños ladrillos, de detalles que componen el todo y que no son más que las necesidades, los problemas y los deseos personales de cada individuo. En la política de un país, es el análisis de la vida y de las exigencias personales de la gente lo que debe actuar como fuerza directriz y motriz de la voluntad y el quehacer político. Y parece evidente que en la vida personal de cada uno se incluyen los problemas sexuales, las relaciones hombre-mujer, y las relaciones de producción y división del trabajo. Así pues, los que menosprecian los problemas de la mujer o la sexualidad ignoran o no entienden los principios en los que se basa la política. Ya no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la discriminación de la mujer y su atraso relativo conducen al retraso general de toda la sociedad. Y, por eso, hay que concebir la emancipación de la mujer como parte integrante de la lucha contra cualquier forma de opresión y de los esfuerzos que se han llevado a cabo para liberar, tanto desde un punto de vista político como sexual, a todas las clases y grupos sociales explotados.

Son todavía muchos los que se niegan a admitir que la mujer árabe haya quedado excluida del desarrollo social de nuestra región y se resisten a ver los problemas que constantemente la abruma. Esta actitud, aparte de ser muy poco honesta, hace un flaco servicio a la causa del progreso en los países árabes. Si deseáramos sinceramente contribuir a esta causa, en lugar de intentar encubrir nuestras propias debilidades, deberíamos exponerlas con claridad, pues sólo así podremos superarlas.

Si la sociedad árabe quiere realmente alcanzar la libertad en todos los ámbitos, —económico,

político, humano y moral— debería esforzarse por desenmascarar las muchas enfermedades sociales que requieren una cura radical. En los últimos años se han publicado bastantes estudios serios que han contribuido a este propósito. Me gustaría mencionar, de entre todos los realizados por eruditos árabes, el de Halim Barakat publicado con el título de *El río sin diques*. En él expone el modo en que Israel se aprovechó de la “susceptibilidad sexual” de los árabes palestinos tradicionalistas para provocar las oleadas migratorias de las sucesivas guerras que se produjeron entre los años 1948 y 1967. Aparte de los bombardeos aéreos, uno de los factores que obligó a los árabes a abandonar Cisjordania durante la guerra de 1967 fue el deseo de proteger el “honor” de las mujeres de la familia. Es fácil entender entonces por qué algunos árabes militantes insistían en que la palabra *'ird* (honor) fuera reemplazada en el diccionario árabe por la palabra *'ard* (tierra)^[*].

Con este tipo de ejemplos nos percatamos de la conexión entre un tema de carácter privado, como es la virginidad femenina, y un suceso político destacado, como fueron las grandes migraciones de refugiados árabes, que facilitaron la ocupación territorial de su tierra por parte de Israel. Este ejemplo, como otros muchos que se podrían poner, prueba que todos los que tengan un verdadero interés por el futuro de nuestros países deberían conceder mucha más importancia al estudio de los problemas relacionados con las mujeres y con las relaciones sexuales y morales en nuestra sociedad.

Durante los últimos años yo misma he publicado varios ensayos en los países árabes que tratan sobre estas cuestiones. Pero entre todos ellos, *Al-nisa'a wa-l-yins* (Mujeres y sexo) es el que más interés ha despertado en los diferentes sectores de la opinión pública. La primera edición se agotó rápidamente y, desde entonces, se han realizado bastantes reimpresiones para responder a la creciente demanda del libro. Poco después de aparecer la obra, me di cuenta de que estaba tocando un tema muy candente, lo cual no tardaría mucho en afectarme personalmente. Conforme pasaban los días, recibía cada vez más cartas, más llamadas telefónicas y más visitas de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que me pedían una solución a sus problemas. Unos lo hacían en tono amistoso, otros visiblemente desesperados. Y sólo unos pocos, muy pocos, llegaban en tono amenazante. Poco a poco me fui acostumbrando al sonido ininterrumpido del timbre de mi puerta, a la silueta borrosa de las cartas tras el cristal del buzón, a las voces abatidas a través del teléfono, a los pasos temblorosos que cruzaban el umbral de mi oficina o el recibidor de mi pequeño apartamento. Algunos comenzaron a llegar, incluso, desde países árabes vecinos.

A todos, les abrí las puertas de mi casa, de mis pensamientos y de mi corazón. Pero, a medida que pasaba el tiempo, empecé a sentirme abrumada por semejante carga, preocupada por tanta responsabilidad. Porque los problemas que afectan a mujeres y hombres en nuestra sociedad son infinitos, y sólo se pueden solucionar si hacemos un esfuerzo constante y masivo por reconocer nuestros errores, profundizamos en sus raíces y exponemos claramente que sus causas reales se encuentran en las estructuras políticas, sociales, económicas, sexuales e históricas sobre las que se ha construido nuestra vida. Muchas cartas me pedían que me comprometiera a realizar esos esfuerzos y llegara hasta el final. Aquello me preocupaba, pero a la vez suponía para mí un motivo de felicidad y una fuente de aliento. Ahora comprendo mejor que nunca que la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de nuestra sociedad están ávidos de saber y hambrientos de progreso.

Pero también era natural que una pequeña minoría, al leer las palabras escritas por una pluma afilada como un escarpelo, que seccionaba la piel y dejaba al descubierto los nervios y las arterias

más palpitantes, ocultas hasta entonces en las entrañas del cuerpo, expresara su miedo, o incluso su pánico. Era el pánico de aquellos que estaban acostumbrados a vivir en las tinieblas, y que se veían sorprendidos por la repentina luz de la verdad. Algunas de las cartas que recibí me solicitaban que no publicara lo que con tanta paciencia había ido recopilando durante muchos años. Parecían pedir una mano que les tapara los ojos y les protegiera de tan inesperada luz. Otra minoría, esta vez la de los que “ejercían el poder y la autoridad”, decidió que había que cesarme de mi puesto como directora del Servicio de Educación Sanitaria, dependiente del Ministerio de Sanidad egipcio, y retirarme la licencia para publicar la revista *al-Sahha* (Salud), cuyo consejo de administración me había elegido redactora jefe. Pero aquellos sucesos, por muy dolorosos que pudieran ser, no me desanimaron, ni disminuyeron la intensidad de mis esfuerzos. No lo consiguieron entonces y no lo conseguirán nunca. Mi pluma seguirá descubriendo hechos, aclarando temas y exponiendo lo que considero que es la verdad.

Porque estoy absolutamente convencida de que intentando ocultar la verdad que encierra *Mujeres y sexo*, no tratando de buscarla y darla a conocer, es como realmente nos perjudicamos. Y es que la verdad nos suele conmocionar, viene a perturbar la tranquilidad de nuestros principios. Pero una buena sacudida puede despertar las mentes dormidas, y abrirlas a lo que realmente está ocurriendo a su alrededor.

Qué duda cabe de que escribir sobre la mujer en la sociedad árabe, especialmente si la que lo hace es una mujer, supone adentrarse en un terreno difícil y susceptible de herir muchas sensibilidades. Es como ir abriéndose camino a través de un campo sembrado de minas que, a veces, se ven, pero otras, están ocultas. Cada paso que damos supone el riesgo de entrar en una zona peligrosa, en un lugar sagrado que se supone intocable, un valor incuestionable, inherente a las estructuras religiosas y morales, que, a modo de cárceles ideológicas, siempre salen a colación cuando se plantean cuestiones relacionadas con la mujer y se aúnan esfuerzos para liberarla.

La religión, en concreto, es un arma utilizada muy a menudo en las sociedades tradicionales para anular los esfuerzos que tanto investigadores como otras personas interesadas realizan en busca de la verdad. Cada vez veo con más claridad que los poderes políticos y económicos utilizan, con demasiada frecuencia, la religión como un instrumento a su disposición, y que los gobernantes se sirven de esta institución para someter a los gobernados. Así pues, la religión acaba sirviendo a los mismos propósitos que los sistemas judicial, educativo, policial e incluso psiquiátrico, que son los encargados de garantizar que la familia patriarcal —que nació, se reforzó y mantuvo gracias a la opresión de mujeres, niños y esclavos— se perpetúe. Por eso, en ninguna sociedad es posible separar la religión del sistema político, ni mantener la sexualidad al margen de la política.

La trilogía “política, religión y sexo” constituye uno de los puntos más sensibles de cualquier sociedad, y especialmente en los países en vías de desarrollo con un sustrato y una cultura rural muy fuerte, donde siguen predominando las relaciones feudales. El progreso industrial, tecnológico y científico logrado en Europa ha contribuido en gran medida a que la cultura de sus pueblos se haya librado de la poderosa influencia del feudalismo y de los valores obsoletos que dominaban el ámbito de la religión y el sexo. Pero todo ello se consiguió después de una amarga batalla contra la Iglesia. El conflicto reflejaba la oposición entre las dos fuerzas antagónicas: la del capitalismo en ascenso y la de ciertos intereses establecidos, ligados a las instituciones feudales de la Edad Media. Como en

todo conflicto social, muchas víctimas quedaron en el camino, hombres y mujeres, artistas e intelectuales; a algunos se los acusó de desafiar los preceptos de la Iglesia y se los quemó vivos en la hoguera. Hombres como Giordano Bruno, que proclamó que la Tierra seguía un movimiento continuo alrededor del Sol, o la célebre Juana de Arco. Pero llegó el día en que terminó el conflicto con la victoria de las nuevas fuerzas capitalistas sobre la Iglesia y los líderes religiosos. Así es la lógica de la historia de la humanidad, una lógica implacable según la cual los factores económicos siempre tienen las de ganar, incluso contra la religión.

Y es que la vida y las necesidades básicas de la gente, de hecho, dependen de la economía, y no de la religión. Más aún, en las diferentes etapas de la historia, la economía siempre ha moldeado los propios modelos y valores religiosos. La opresión a la que ha estado sometida la mujer en las distintas sociedades es a su vez, expresión de una estructura económica basada en la propiedad de la tierra, la herencia, la paternidad y la familia patriarcal como unidad social nuclear. Sin embargo, a pesar de que la historia de la humanidad ha demostrado, una y otra vez, que la discriminación y la opresión que la mujer ha sufrido en casi todas las épocas son consecuencia directa del sistema socioeconómico imperante, muchos escritores y analistas todavía hoy afirman que es la religión la principal responsable. Esto sucede sobre todo cuando desde Occidente se estudia la situación de la mujer árabe, y se intentan explicar los problemas que la acosan a partir de las actitudes, los valores y la naturaleza del islam en relación con otras religiones. Quizá el error de estos planteamientos se deba a que quienes los formulan tienen una concepción incompleta o parcial del islam y del papel que ha desempeñado en los cambios sociales. Puede ser, incluso, que los hayan formulado tras evaluar erróneamente los preceptos islámicos, o a lo mejor lo que ocurre es que intentan ocultar los hechos reales para encubrir los intereses económicos adquiridos por ciertas clases dirigentes estrechamente ligadas a las fuerzas neocolonialistas.

En algunos de los países del mundo árabe, o de los adscritos a la categoría de Tercer Mundo, los poderes locales con intereses creados han cooperado con las fuerzas neocolonialistas en una campaña continua y cuidadosamente orquestada que intenta, valiéndose de la religión y sus enseñanzas, confundir, desviar y malinformar a la gente. Según soplara el viento, la bandera de la religión se ha enarbolado lo mismo en Arabia Saudí para extraer más petróleo, o en Irán para derribar a Mossadeg y restaurar la ley de los monopolios petrolíferos, que en Indonesia para derribar a Sukarno y perpetrar una matanza sin precedentes, o en Chile para derrocar a Salvador Allende y establecer una dictadura militar que se apoyaba en la fuerza de los cañones, los rifles, las prisiones y el constante retumbar de las botas marchando por las calles. La religión ha desempeñado un papel importante en el asesinato de Mujib Abdal-Rahman, en Bangladesh, y en la guerra fratricida que se está librando en Líbano, y que no es más que una conspiración que intenta detener el avance de las fuerzas nacionalistas, democráticas y progresistas. En nombre de la religión, miles de personas en los países del mundo árabe han sufrido y sufren una muerte terrible. Y en Egipto, so pretexto de la religión, las fuerzas del oscurantismo, la ortodoxia y la explotación, con el fin de servir a los intereses de unos pocos, se están agrupando e intentan despojar a la gente de su pan de cada día, de sus necesidades vitales. Son estas mismas fuerzas las que proclaman que el lugar de la mujer es la casa e intentan establecer una versión modernizada del harén. Y son ellas también las que están detrás de la salvaje escisión del clítoris que, todavía hoy, se practica a las niñas en algunos países

árabes. La amputación del clítoris, e incluso a veces de los órganos genitales externos, corre pareja al lavado de cerebro al que se somete a las chicas dentro de una calculada y despiadada campaña que pretende anular su capacidad de pensar, juzgar y entender. Desde tiempos remotos se ha ido poco a poco construyendo un sistema que hiciera de la mujer un ser incapaz de tomar conciencia de su propia explotación ni de comprender sus causas. Según este sistema, el Creador es quien ha dictado su situación y destino, es él quien las ha hecho mujeres y, por tanto, una especie menor de la raza humana.

Un estudio comparativo serio entre las diferentes religiones podrá poner de manifiesto que en el islam la condición de la mujer no es peor que en el judaísmo o el cristianismo. En realidad, la opresión de las mujeres es mucho más feroz en las ideologías cristiana y judía. Mucho antes del advenimiento del islam, el judaísmo ya había instituido el velo. Para ello se basaba en el Antiguo Testamento, en el cual las mujeres debían cubrirse la cabeza cuando rezaban a Jehová, en tanto que a los hombres se les permitía hacerlo con la cabeza descubierta, porque habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. De este modo, se extendió la creencia de que las mujeres eran seres imperfectos, cuerpos sin cabeza que sólo podían completarse con un marido, porque, de hecho, sólo el hombre tiene cabeza.

En las sociedades no islámicas, llegaron después los cinturones de castidad, esos pequeños escudos protectores de acero candados alrededor del bajo vientre, y muchos otros sistemas que sólo pretendían practicar una extirpación física y mental a las mujeres. Eran métodos de opresión y discriminación que, desde que se instauró la familia patriarcal, se han aplicado sobre ellas.

Antes de que se implantara el sistema de la familia patriarcal —basado en la propiedad de la tierra, la herencia, el linaje paterno y la opresión de esclavos y mujeres— los hombres adoraban tanto a dioses como a diosas. En muchas de las civilizaciones más remotas, incluida la del antiguo Egipto, las mujeres ocupaban un lugar importante en la sociedad, y las diosas gozaban de un poder absoluto en muchos ámbitos. Pero, en cuanto se implantaron con solidez los nuevos sistemas económicos y la familia patriarcal, los dioses impusieron su monopolio y se crearon las religiones monoteístas. Las antiguas diosas desaparecieron y las funciones del sacerdocio y la profecía pasaron a ser dominio exclusivo del hombre.

La verdadera emancipación de las mujeres árabes no podrá alcanzarse hasta que no se eliminen las causas profundas de su opresión y las condiciones que la fomentan, y únicamente la habrán conseguido cuando se liberen de todas las formas de explotación (económica, política, sexual o cultural); puesto que la liberación económica por sí sola no basta. Mientras siga imperando la familia patriarcal, con sus enormes consecuencias en todo lo referente a las relaciones hombre-mujer, aunque se implantara un sistema socialista en el que mujeres y hombres trabajadores recibieran el mismo salario, no se conseguiría necesariamente la completa emancipación. Qué duda cabe de que liberarse de la explotación económica es ya un paso importante en la lucha por la emancipación de la mujer, pero debe además ir asociada a la libertad de todas las otras formas de opresión sociales, morales o culturales, con el fin de que todos, mujeres y hombres, puedan ser verdaderamente libres.

Nawal Al-Sa'dawi.
El Cairo, 1977.

PRIMERA PARTE

LA MITAD MUTILADA



1. La pregunta que nadie puede responder

Una noche, cuando tenía seis años, y yacía comfortable y plácidamente en mi cama, en un agradable estado a medio camino entre la vigilia y el sueño, imaginando que un cortejo de hadas encantadas revoloteaba por los aires de mis dulces ensoñaciones infantiles, sentí, de pronto, que algo se movía bajo las sábanas. Parecía como una enorme mano, fría y áspera, que me manoseaba el cuerpo como si buscara algo. Casi al mismo tiempo, otra mano, tan fría, áspera y grande como la primera, me tapó la boca para impedirme gritar.

Me llevaron al cuarto de baño. No sé cuántos eran, y no recuerdo sus caras, ni si eran hombres o mujeres. Era como si una niebla oscura lo hubiera cubierto todo y me impidiera ver. O, quizá, es que me habían tapado los ojos. Lo único que recuerdo es que estaba asustada, que eran muchos y que una mano de hierro me agarró las manos, los brazos y los muslos de forma que me resultaba imposible oponer cualquier tipo de resistencia o moverme. También recuerdo el contacto gélido de mi cuerpo desnudo sobre las baldosas del baño; voces y murmullos desconocidos, interrumpidos una y otra vez por un sonido metálico chirriante que me trajo a la memoria al carnicero que solía afilar el cuchillo antes del sacrificio del cordero en el aid.^[1]

Se me heló la sangre en las venas. Creía que unos ladrones habían irrumpido en mi habitación, me habían raptado y en ese momento se disponían a cortarme el cuello, que era lo que les sucedía siempre a las niñas desobedientes como yo en las historias que mi anciana abuela era tan aficionada a contarme.

Agucé el oído para intentar identificar el chirrido del sonido metálico. Entonces cesó y sentí que

el corazón también me dejaba de latir. No veía nada y me daba la impresión de que se me había parado la respiración. No obstante, suponía que lo que provocaba aquel sonido chirriante se estaba aproximando a mí. Pero, por alguna razón, no se me acercaba al cuello, como esperaba, sino a otra parte del cuerpo; se dirigía hacia algún lugar del bajo vientre, como si buscara algo enterrado entre mis muslos. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que alguien me había abierto los muslos al máximo y que tenía unos dedos de acero que los sujetaban fuertemente, para impedir que se juntaran. Sentí que aquel cuchillo o cuchilla se dirigía directamente hacia mi cuello. Pero entonces, de repente, aquel objeto metálico afilado se hundió entre mis muslos y me cortó un trozo de carne.

A pesar de tener la boca bien tapada por aquella mano, grité, porque lo que sentía no era un simple dolor, era una llama que me abrasaba y me atravesaba todo el cuerpo. Un instante después vi que un charco de sangre bañaba mis caderas.

No sabía qué parte del cuerpo me habían cortado y no intenté descubrirlo, simplemente lloraba y llamaba a mi madre pidiendo ayuda. Pero, cuando miré alrededor, el golpe más duro fue descubrir a mi madre allí, de pie, a mi lado. Sí, era ella, en cuerpo y alma, no me estaba confundiendo, allí, en medio de todos esos extraños, hablándoles y sonriéndoles, como si, apenas hacía unos minutos, no hubieran participado en el sacrificio de su hija.

Me llevaron a la cama. Vi cómo cogían a mi hermana, dos años menor que yo, exactamente del mismo modo en que me habían agarrado a mí unos minutos antes. Chillé con todas mis fuerzas: “¡No, no!”. Pude verle la cara a mi hermana sujeta por dos manos enormes y ásperas. Tenía la tez pálida, moribunda y sus inmensos ojos negros se cruzaron con los míos durante una fracción de segundo, en una mirada de oscuro terror que nunca he podido olvidar. Poco después desaparecía tras la puerta del mismo cuarto de baño en el que yo acababa de estar. La mirada que intercambiamos parecía querer decirme: “Ya sabemos lo que es. Ya sabemos en qué reside nuestra tragedia. Hemos nacido de un sexo especial, el sexo femenino. Estamos destinadas a padecer la miseria y a vivir con una parte del cuerpo mutilada por unas manos frías, insensibles y crueles”.

Mi familia no era una familia egipcia inculta. Muy al contrario, mis padres habían tenido la oportunidad de recibir una buena educación, según los patrones de la época. Mi padre había hecho estudios universitarios y ese año (1937) lo habían nombrado inspector general de educación de la provincia de Menufia, en la región del delta, al norte de El Cairo: Mi madre se había educado en colegios franceses, alentada por su padre, que era director general del servicio de reclutamiento del ejército. Sin embargo, la costumbre de escindir el clítoris a las niñas en aquellos años estaba muy extendida y ninguna niña, viviera su familia en el campo o en la ciudad, podía librarse de que se lo amputaran. Cuando, tras recuperarme de la operación, volví al colegio, comenté con mis compañeras y amigas de clase lo que me había pasado y descubrí que todas ellas, sin excepción, habían pasado por la misma experiencia, al margen de que fueran de clase social alta, media o baja.

Más tarde supe, por unos parientes de Kafr Tahla, que en las zonas rurales a todas las niñas de familia campesina pobre se les practica la escisión. Ésta es una costumbre todavía muy extendida en los pueblos, e, incluso, en las ciudades un gran porcentaje de familias la considera necesaria. No obstante, el hecho de que haya más posibilidades de recibir una educación y de que los padres demuestren hacia sus hijos una mayor comprensión está contribuyendo a que cada vez sean más los que deciden no practicar la escisión a sus hijas.

El recuerdo de la escisión me persiguió durante mucho tiempo como una pesadilla. Me sentía insegura ante lo desconocido, ante lo que me estaría esperando en el futuro a cada paso que diera. Ni siquiera sabía si mi madre, mi padre, mi abuela o la gente de mi entorno me reservaban nuevas sorpresas. Desde el día en que abrí los ojos a la vida, la sociedad me había hecho sentir que era una niña y me había enseñado que casi siempre, después de la palabra “*bint*” (niña), alguien frunce el ceño.

Incluso mucho tiempo después, en 1955, cuando ya era mayor y me había doctorado, seguía sin poder olvidar aquel doloroso incidente que había acabado con mi infancia de una vez para siempre, y que me había privado, durante la juventud y durante muchos años de vida matrimonial, de disfrutar plenamente de la sexualidad y de la vida en general, puesto que para ello necesitaba un equilibrio psicológico absoluto. Durante muchos años, y especialmente en el periodo en el que estuve ejerciendo la profesión médica en las zonas rurales, viví muchas pesadillas de este tipo. Allí, con frecuencia tenía que tratar a chicas jóvenes que sufrían hemorragias después de la escisión del clítoris y no se las hospitalizaba. Muchas de ellas perdieron la vida a causa de la forma inhumana y primitiva en que se practicaba la operación, ya de por sí salvaje. Otras sufrían infecciones agudas y crónicas que les afectarían para el resto de su vida. Y la mayoría de ellas, si no todas, serían víctimas más adelante de disfunciones sexuales o psicológicas como resultado de esta experiencia.

En un momento dado, por mi profesión, tuve oportunidad de examinar también a pacientes que llegaban de diversos países árabes, y, entre otras, a mujeres sudanesas. Me quedé horrorizada al enterarme de que la operación que sufren las niñas sudanesas es diez veces más cruel que la de las niñas egipcias. En Egipto sólo se amputa el clítoris, y a veces, no totalmente. Pero en Sudán la operación consiste en la escisión total de los órganos genitales externos, es decir, el clítoris, los dos labios externos mayores (*labia majora*) y los dos labios internos menores (*labia minora*). A continuación, la herida se cose. La apertura externa de la vagina es la única parte que se deja intacta, no sin antes asegurarse de que, al coser la herida, se ha aprovechado también para estrechar con algunos puntos de sutura la propia apertura. Como resultado de todo ello, en la noche de bodas, para que el órgano masculino pueda introducirse en la vagina, es necesario ensanchar la apertura externa cortando uno de sus extremos o los dos con un escarpelo afilado o con una navaja. Cuando una sudanesa se divorcia, se le vuelve a estrechar la apertura externa para que no pueda mantener relaciones sexuales. Si se vuelve a casar, se repite de nuevo el proceso del ensanchamiento.

Conforme aquellas mujeres me iban explicando en qué consistía la operación de la escisión en Sudán, un profundo sentimiento de cólera y rebeldía se iba apoderando de mí. Pero esa ira se multiplicó por diez cuando en 1969 visité Sudán y descubrí que la práctica de la escisión estaba a la orden del día, ya fuera en áreas rurales o en las ciudades.

En aquel momento, a pesar de la educación y formación médica que había recibido, no podía comprender por qué se sometía a las niñas a esa salvaje operación. No cesaba de preguntarme lo mismo: “¿Por qué, por qué?” Pero nunca encontraba respuesta a aquella pregunta que cada día me obsesionaba más, como tampoco la había obtenido el día en que a mi hermana y a mí nos hicieron la escisión.

De un modo u otro me daba la sensación de que esta pregunta estaba ligada a otras muchas que también me desconcertaban. ¿Por qué en mi casa mi hermano tenía ciertos privilegios en lo que

respecta a la comida, y a la libertad para salir? ¿Por qué, en ese sentido, le trataban mejor que a mí? ¿Por qué mi hermano podía reírse en voz alta, mover las piernas, correr y jugar cuanto quisiera, mientras yo no debía mirar a los ojos de nadie y tenía que bajar la mirada? Si reía, tenía que hacerlo bajito para que la gente apenas pudiera oírme, o mejor aún, limitarme a sonreír tímidamente. Cuando jugaba, no podía mover las piernas a mi antojo, tenía que mantenerlas juntas, eso era lo correcto. Debía ayudar en la limpieza de la casa y en la cocina, además de estudiar, cuando ya empecé a ir al colegio. Mis hermanos, sin embargo, lo único que tenían que hacer era estudiar.

Mi familia era bastante culta (mi padre era profesor) y, por esa razón, las diferencias entre niños y niñas nunca alcanzaron el grado de otras familias. Me daban mucha pena las otras chicas de mi familia cuando se las obligaba a abandonar el colegio para casarse con algún viejo, sólo porque tenía tierras, o cuando sus hermanos más pequeños les pegaban y humillaban sin ninguna razón, sólo porque, como eran niños, podían mandar sobre sus hermanas.

Mi hermano, como los otros, intentaba dominarme a mí, pero mi padre, que era un hombre de mentalidad abierta, hacía lo que podía por tratar a sus hijos de forma igualitaria, sin hacer discriminaciones entre niños y niñas. Mi madre también solía decir que una niña es igual que un niño, pero yo sabía que eso no era verdad.

Siempre que se hacían distinciones me rebelaba y, a veces, de forma muy violenta; les preguntaba a mis padres por qué razón, a pesar de que yo sacaba mejores notas que mi hermano, él disfrutaba de unos privilegios que yo no tenía. Pero mi madre y mi padre siempre me contestaban igual: “Es así...”. A lo que yo replicaba: “Y ¿por qué tiene que ser así?”. Y siempre obtenía las mismas palabras como respuesta: “Porque es así”. Algunas veces me obstinaba y repetía la misma pregunta. Entonces, a punto de perder la paciencia, me decían casi al unísono: “Él es un niño, y tú, una niña”.

Quizá pensaban que esa respuesta bastaría para convencerme, o al menos, para mantenerme callada. Pero, al contrario, hacía que siguiera insistiendo. Entonces preguntaba: “¿Y cuál es la diferencia entre un niño y una niña?”

Llegados a este punto, mi anciana abuela, que nos visitaba con regularidad, intervenía en la discusión (según ella, este tipo de disputas “iba en contra de las buenas costumbres”) y me regañaba con severidad: “En toda mi vida no he visto nunca una niña con una lengua tan larga como la tuya. Por supuesto que tú no eres como tu hermano. Tu hermano es un niño, un niño, ¿oyes?. Ojalá hubieras sido niño como él”.

Ninguno de los miembros de la familia pudo nunca responderme de forma convincente a esa pregunta. Así que el tema me siguió obsesionando y, siempre que me parecía que al hombre se le trataba como si fuera superior a la mujer, lo sacaba a colación.

Cuando empecé a ir al colegio, me di cuenta de que los profesores escribían en mi cuaderno el apellido de mi padre, y nunca el de mi madre. Le pregunté a mi madre por qué ocurría esto y ella, una vez más, me contestó: “Porque es así”. Aunque mi padre quiso explicarme que a los niños se les pone el apellido del padre, cuando le pregunté por la razón me repitió la frase que ya me sabía casi de memoria: “Porque es así”. Me armé de valor y le respondí: “¿Pero, por qué es así?” Pero esa vez, por la cara que puso mi padre, deduje que en realidad él tampoco sabía la respuesta. Sólo le volví a hacer aquella pregunta otra vez, después de muchos años, cuando en mi búsqueda de la verdad, le interrogué y hablé acerca de muchos otros temas que había ido descubriendo con el tiempo.

En cualquier caso, a partir de aquel día supe que era yo quien tenía que encontrar una respuesta a la pregunta que nadie me iba a contestar. A partir de ese día comencé el largo camino que me ha llevado a escribir este libro.



2. La agresión sexual contra las niñas

A todos los niños, si nacen sanos y normales, se les considera seres humanos completos. Esto, sin embargo, no es así cuando se trata de niñas. Desde el momento en el que nace y antes incluso de saber hablar, parece que, por la forma en la que la gente la observa y por la expresión de sus ojos, hubiera nacido “incompleta” o le “faltara algo”. Desde el nacimiento y hasta su muerte, le obsesionará la misma pregunta: “¿Por qué? ¿Por qué su hermano tiene tantos privilegios a pesar de que los dos son iguales, o de que incluso quizá ella sea superior en muchos aspectos?”.

La primera agresión que sufre una niña en la sociedad es el sentimiento de que no es bien recibida cuando llega al mundo. En algunas familias, especialmente en las zonas rurales, la “frialidad” puede incluso convertirse en depresión y tristeza; o puede ocurrir que se castigue a la madre con insultos, con golpes o hasta con el divorcio. Cuando era pequeña vi cómo abofeteaban a una de mis tías paternas porque había parido por tercera vez una niña en lugar de un niño y pude oír por casualidad cómo su marido la amenazaba con el divorcio si volvía a tener una niña y no le daba un niño.^[1] El padre odiaba de tal forma a la criatura que insultaba a su mujer cuando la cuidaba o simplemente cuando la alimentaba. El bebé murió antes de cumplir cuatro días, y nunca supe si murió por negligencia o si su madre la asfixió para “tener paz y dar paz”, como decimos en nuestro país.

Como consecuencia de los bajos niveles de vida y educación, la tasa de mortalidad infantil sigue siendo muy alta en las zonas rurales y, en general, en la mayoría de los países árabes. Pero la

proporción de niñas es mucho mayor que la de niños y esto normalmente se debe a que a ellas se las trata con mucha más negligencia. A pesar de todo, gracias a los progresos económicos y educativos que se están logrando, la situación va mejorando poco a poco,^[2] y la diferencia entre los porcentajes de mortalidad infantil de niños y niñas está desapareciendo rápidamente.

Si una niña nace en una familia culta de un área urbana probablemente se la acogerá con mucha menos pesadumbre y más sentimientos humanos. No obstante, desde el momento en que comience a gatear o a sostenerse en pie, se le enseñará que sus órganos sexuales son algo delicado que debe tratar con suma precaución, especialmente la parte que con el paso del tiempo empezará a conocer como himen.

Así pues, las niñas se crían en un ambiente lleno de cohibiciones y miedos en todo lo relacionado con exponer o tocar sus órganos sexuales. Es normal y sano que los niños, para conocerse, se exploren los órganos sexuales, sin embargo, en cuanto una niña se los toquetea, recibirá, sin esperarlo, una bofetada o un capón de la mano inquisidora de su madre o, a veces, del padre. Unos padres más razonables se limitarán a una breve advertencia o una palabra severa.

La educación que una niña recibe en la sociedad árabe es una sucesión ilimitada de continuas advertencias sobre lo que es dañino, lo que es vergonzoso o lo que está prohibido por la religión. La niña, por tanto, se acostumbra a reprimir sus apetitos, sus gustos y sus instintos y a rellenar el vacío creado con los deseos de los demás. La educación de una niña se reduce, por tanto, a un proceso lento de aniquilación, a un estrangulamiento gradual de su personalidad y de su mentalidad, que deja intacta solamente la cáscara externa; el cuerpo, un molde sin vida hecho de músculos, huesos y sangre que se mueve como una muñeca mecánica.

La niña, una vez perdida su personalidad, su capacidad de pensar y razonar de forma independiente, hará lo que los otros le digan; se convertirá en un juguete en sus manos, en víctima de sus decisiones.

Pero ¿quiénes son esos “otros” de los que estamos hablando? Los varones de la familia, y a veces también otros hombres de fuera que en algún momento, por un motivo u otro, han tenido o tienen algún contacto con ella. Estos varones, que pueden ser de edades muy diferentes, desde niños a viejos, y de procedencias muy distintas, tienen una cosa en común: son también víctimas de una sociedad que segrega a los sexos y que considera que el acto sexual es un pecado y una vergüenza que sólo puede practicarse dentro de la estructura de un contrato oficial de matrimonio. No existe otro marco legal, aparte de éste último, para mantener relaciones sexuales; la sociedad prohíbe a los adolescentes y a los jóvenes cualquier actividad sexual, exceptuando las emisiones nocturnas. Esto es lo que casi palabra por palabra se les enseña a los adolescentes en los institutos egipcios en el capítulo de un libro de texto titulado “Costumbres y tradiciones”.^[3] También se les dice que la masturbación está prohibida porque es perjudicial y, más concretamente, se explica que es tan dañina como tener relaciones sexuales con prostitutas.^[4] Así pues, a los jóvenes, no les queda más remedio que esperar, ahorrar lo suficiente y casarse de acuerdo a las directrices de Alá y el Profeta.

Pero como a un joven ahorrar dinero le puede llevar muchos años de formación y trabajo, sobre todo en las ciudades, la edad de matrimonio cada vez se va retrasando más, si la comparamos con la de las zonas rurales. Los hijos e hijas de los sectores más acaudaladas, por supuesto, pueden casarse antes, pero son los menos. Para Otras personas, aparte ya de la formación y el empleo, lo que les

resulta un impedimento más grave es el exagerado aumento del coste de la vida, la extrema escasez de viviendas y sus alquileres desorbitados. Como resultado, nos encontramos con un número cada vez mayor de jóvenes que no pueden casarse por razones económicas y que, por tanto, crecen entre grandes desequilibrios; por un lado, su madurez biológica y sus necesidades sexuales, y por otro, su madurez económica y sus oportunidades de matrimonio. Este desequilibrio no suele durar menos de diez años. En este punto la pregunta se impone: ¿Cómo van a satisfacer estos jóvenes durante este periodo sus necesidades sexuales naturales si viven en una sociedad que prohíbe la masturbación, por considerarla perjudicial tanto física como mentalmente, y, por motivos sanitarios, tampoco permite las relaciones sexuales con prostitutas porque, desde que se ilegalizó la prostitución en muchos países árabes, las enfermedades venéreas se extendieron con mucha rapidez? Además, el precio por sesión de una prostituta resulta prohibitivo para la inmensa mayoría de los jóvenes. La sociedad condena de forma muy severa las relaciones sexuales extramatrimoniales y la homosexualidad, con lo que los jóvenes quedan absolutamente sin ninguna salida.

Por tanto, la única mujer a la que probablemente un chico pueda tener fácil acceso es su hermana pequeña. En la mayoría de los hogares ella duerme en la cama de al lado o incluso en su misma cama, a su vera. Su mano podrá tocarla mientras duerme o también estando despierta. En realidad, la diferencia es nula puesto que, aún despierta, no podrá enfrentarse a su hermano mayor por temor a la familia, porque quizá, si ha experimentado algún tipo de placer, le invadirá un profundo sentimiento de culpabilidad o porque simplemente es una niña que no sabe entender con exactitud lo que le está sucediendo.

La mayoría de la niñas sufre este tipo de experiencias. Pueden ser parecidas al caso anterior o muy diferentes, dependiendo de las circunstancias. El varón en cuestión puede ser el hermano, el primo, el tío paterno, el tío materno, el abuelo o incluso el padre. Si no es un miembro de la familia, podrá ser el portero de la casa, el maestro, el hijo del vecino o cualquier otro.

Estas agresiones sexuales suelen ocurrir sin ningún tipo de violencia. Aunque, si la chica es algo mayor y opone resistencia, el agresor puede recurrir a una mezcla de ternura, engaño y fuerza física. Pero en la mayoría de los casos, la niña cede. No se atreve a quejarse a nadie porque, si hay que castigar a alguien, siempre le va a tocar a ella. Al fin y al cabo, es ella quien pierde el honor y la virginidad. El hombre no pierde nada, y el castigo más severo que le pueden imponer (si no es miembro de la familia) es que se case con ella.

Podría pensarse que estos casos son sucesos aislados que ocurren con poca asiduidad, pero la verdad es que son muy frecuentes. La niña lo oculta en lo más recóndito de su mente; no se atreve a contarle a nadie lo que le ha pasado. Y al hombre en cuestión no se le ocurrirá nunca admitir lo que ha hecho.

Como este tipo de agresiones sexuales casi siempre las sufren niñas o chicas jóvenes, al final, en un proceso conocido como “amnesia infantil”, las olvidan. La memoria humana está dotada de una capacidad natural para olvidar todo lo que no quiere recordar, y sobre todo si se trata de experiencias dolorosas acompañadas de sentimientos de culpabilidad y rechazo. Ese es el caso, por ejemplo, de ciertos hechos que ocurren durante la infancia y que el niño o la niña no cuenta a nadie. Pero, en la mayoría de los casos, esta amnesia nunca llega a ser total; siempre queda algo en las profundidades del subconsciente que, por una razón u otra, durante una crisis mental o moral, puede

salir a la superficie.



3. Un abuelo con malos modos

Tras haber examinado en mi clínica una gran cantidad de casos, decidí dedicar mi vida a intentar desenmascarar la hipocresía de la sociedad en la que vivimos; una sociedad que predica la virtud y la moral, pero no las pone en práctica.

Por mi trabajo, no sólo estoy acostumbrada a desnudar el cuerpo del paciente que sufre alguna enfermedad física, sino también a desenmascarar la verdadera personalidad de los que padecen disfunciones mentales.

En ambas situaciones, cuando el cuerpo o la mente se descubren, la persona en cuestión queda presa del pánico. Ésta es la razón por la que mucha gente se niega a desvestirse física o mentalmente, y a la mínima oportunidad se vuelven a tapar el cuerpo o a colocar la máscara. De este modo, pretenden evitar que se vea quiénes son en realidad y mantener oculta su verdadera identidad en los profundos y laberínticos entresijos de la mente. Sin embargo, lo normal es que resulte imposible esconder la verdadera naturaleza de uno mismo, porque, aunque se pueda enterrar, en el fondo sigue permaneciendo viva. Seguirá respirando mientras el ser humano siga vivo y respire. Y en un momento en que la persona no esté alerta, la verdad surgirá y la despertará repentinamente de su largo sueño. Esto sucede con mucha frecuencia cuando el ser humano, por muy atento que esté, baja la guardia en un instante de irritación, pasión o miedo. Y olvida entonces ponerse la máscara con rapidez, y, en unos segundos, un ojo diestro puede discernir lo que escondía tras ella.

Todo esto se puede observar con más facilidad en el caso de una persona que está enferma. En ese estado no puede mantener la máscara en su sitio y se la quita dejando al descubierto el cuerpo y

el alma. El cuerpo sin ropa, sin máscara, sin velo, sin hoja de parra —la desnudez del cuerpo y el alma— no parecen en ese momento tan peligrosos como la enfermedad. La salud y la vida deben conservarse a toda costa.

Uno de los muchos casos que traté y que recuerdo de modo especial es el de una niña alta, de mirada errante y pensativa. Tenía algunos problemas físicos y psíquicos. Pero no voy a entrar en los detalles de su enfermedad, sino en su historia, que todavía sigue muy presente en mi memoria. Me la contó una fría noche de invierno; yo había cerrado las contraventanas y charlábamos en la sala de estar al lado de la estufa.

«Recuerdo que a los cinco años, mi madre me llevaba a visitar a su familia. Vivía en una casa enorme y laberíntica en el distrito de Zeitun, cerca de Heliópolis (El Cairo).

«Mientras mi madre charlaba y se divertía con su madre y hermanas, yo jugaba con los demás niños de la familia. En la casa siempre había un gran alboroto hasta que sonaba una campana que anunciaba la llegada del abuelo. En seguida se acallaban las voces, mi madre bajaba el tono de voz y los niños desaparecían. Mi abuela entonces iba de puntillas hasta el dormitorio de mi abuelo donde, en silencio y con la cabeza baja, le ayudaba a quitarse la ropa y los zapatos.

»Como el resto de la familia, mayores y niños, yo tenía miedo a mi abuelo y nunca jugaba o reía en su presencia. Pero él, después de comer, mientras los mayores se echaban la siesta, siempre me llamaba con una voz algo menos ruda que de costumbre y me decía: Ven, vamos a coger flores al jardín.

»Cuando llegábamos al rincón más recóndito del jardín, su voz se hacía tan dulce como la de mi abuela, y me pedía que me sentara a su lado en un banco de madera, frente a un rosal. Me daba unas cuantas flores rojas y amarillas y, cuando estaba absorta mirando sus pétalos y colores, me sentaba en sus rodillas, y empezaba a acariciarme o a cantarme hasta que yo cerraba los ojos como si fuera a dormir. Pero nunca me dormía, porque siempre notaba cómo su mano se deslizaba suavemente y a hurtadillas por debajo de mi ropa, cómo uno de sus dedos desaparecía en algún lugar oculto bajo mis bragas.

»Yo sólo tenía cinco años, pero de algún modo, me daba cuenta de que lo que mi abuelo hacía estaba mal, era inmoral y, si mi madre lo descubría, se enfadaría conmigo y me regañaría. Comprendía vagamente que lo que quizá debería hacer era saltar de las rodillas de mi abuelo y negarme a ir con él al jardín cuando me lo pedía.

»Se me ocurrían otras ideas. Pero, a pesar de tener sólo cinco años, tenía cada vez más la sensación de no ser una niña bien educada pues me quedaba sobre sus rodillas en lugar de saltar. Además, experimentaba cierta sensación de placer cuando movía la mano bajo mi ropa interior. Cuando oía que me llamaba mi madre, sacaba con rudeza la mano, me zarandeaba como si quisiera despertarme y decía: Vamos, que tu madre te llama'. Yo abría los ojos como si me despertara y corría hacia mi madre con la cara inocente de una niña pequeña de cinco años. Ella me preguntaba: «¿Dónde estabas?» y yo, en tono ingenuo, le contestaba: «Con el abuelo en el jardín».

»Ella se sentía tranquila y segura al saber que había estado con mi abuelo en el jardín. Solía advertirme que no fuera sola al jardín y me prevenía tanto contra “ese hombre, el jardinero, que vestía ropas anchas y regaba las flores”, que yo ya no sólo temía al jardinero, sino también a las gotas de agua que salían de su regadera.

»Una vez que, de vuelta a casa, mi abuelo subía las escaleras, volvía a aflorar su personalidad habitual, la personalidad que todos, incluida yo, temíamos. Se sentaba y comenzaba a deslizar las cuentas del rosario amarillo por entre sus dedos. Yo casi llegué a imaginarme que el abuelo que me acariciaba en el jardín no era el mismo que se sentaba a la mesa y al que tenía tanto miedo. A veces, llegaba a pensar que tenía dos abuelos.

«Cuando tenía diez años mi abuelo murió. Pero yo apenas me entristecí; al contrario, me inundó una extraña y oscura felicidad; corría, saltaba y jugaba con los otros niños. Pero mi madre me regañaba, me encerraba en casa y me decía: “¿No te has enterado de que tu abuelo ha muerto? ¿Es que no sabes guardar las formas?”

»Estuve a punto de preguntarle: “¿Acaso el abuelo sabía guardarlas?”. Pero no tuve valor. Me quedé callada, guardando el secreto para mí sola. Y ésta es la primera vez, doctora, que le cuento a alguien esta historia».

Aquella noche, hace ya muchos años, aquella mujer me contó muchas más cosas que no voy a relatar aquí. Me habló abierta y sinceramente cuando estuvo segura de que yo no iba a juzgarla moralmente. Muchas de las mujeres que acudían a mi clínica al principio dudaban a la hora de revelar los secretos que durante tanto tiempo habían guardado sólo para ellas. Pero en cuanto se establecía una confianza mutua entre nosotras, se iban librando poco a poco de muchos de los recuerdos dolorosos, acumulados durante tantos años.



4. La injusticia de la justicia

Si tenemos en cuenta la frecuencia con que ocurren estos hechos, llegaremos a la conclusión de que sólo una mínima parte de ellos sale a la luz. La niña, o la joven, los guarda en secreto por miedo o vergüenza. Incluso si la chica lo denuncia o se sorprende *in fraganti* al hombre en el momento mismo de la agresión sexual, la familia echará tierra sobre el asunto y se negará a ir al juzgado para mantener intacto el honor y la reputación.

Cualquier familia puede perder de forma irrevocable la reputación y el honor si una de sus hijas pierde el himen prematuramente, incluso aunque haya sido como consecuencia de una violación. Por esta razón, las violaciones se mantienen celosamente en secreto y en raras ocasiones se divulgan, lo que permite que el agresor escape libremente y sin castigo. El verdadero criminal permanece impune, protegido por la ley, mientras que la víctima que ha perdido la virginidad, la joven que ha perdido el himen, se ve condenada a la deshonra para el resto de sus días. El himen es su honor y, una vez malogrado, nunca podrá reemplazarlo.

Es de sobra conocido que en nuestra sociedad las chicas jóvenes suelen estar expuestas a sufrir diferentes tipos de violaciones. Incluso niñas de menos de siete años, sin esperarlo y sin saber siquiera lo que les está pasando, con frecuencia son víctimas de agresiones por parte de los varones de su propia familia, adultos o jóvenes (el hermano, el tío o el padre), o por parte de un sirviente o el portero del edificio.

La tragedia que se oculta tras estos hechos se acrecienta cuando el agresor no sólo no defiende a la joven víctima, sino que se erige en verdugo y ejecutará el castigo que se le vaya a imponer, aun en

el caso de que éste consista en asesinarla. Ésta es la forma de intentar escapar a las sospechas y aparecer como el protector del honor de la familia. Hechos tan tristes como éstos son bastante comunes y, a pesar de que se intentan ocultar, han llegado a conocimiento de varios investigadores y escritores.

Yo misma me he encontrado con gran número de historias desgarradoras de este tipo. Una de las más terribles es la de un hombre que se sentía fuertemente atraído por la hija de su hermano y llegó a mantener relaciones sexuales con ella. Cuando se conoció el asunto, los dos hermanos conspiraron para envenenar a la chica con el fin de evitar que la vergüenza amenazara el honor de la familia si se llegaba a saber que había perdido la virginidad.^[1]

La mayoría de los crímenes cometidos en estas circunstancias permanecen en el más estricto secreto y rara vez llegan a oídos de la policía o de los tribunales de justicia. Pero, incluso, si se llevan ante los tribunales, el juez, normalmente, decide cerrar el caso para proteger la reputación de la Víctima y de su familia. Como resultado, el agresor queda libre. A veces, se le obliga a casarse con la chica como “la mejor manera de solucionar tan delicada situación”. No es raro que sucesos así se produzcan también en colegios de chicas. El culpable suele ser alguno de los maestros, y la solución a la que normalmente se llega se limita a transferirlo a otro colegio de una zona más alejada.

Recuerdo un caso en el que el maestro de un colegio agredió sexualmente a nueve niñas cuyas edades iban desde los siete a los doce años. El asunto se llevó a los tribunales, pero los jueces decidieron suspender las diligencias con el fin de evitar el escándalo que, de no haber sido así, habría salpicado con seguridad a varias familias. Al acusado se le obligó simplemente a cambiar de profesión.^[2]

La decisión de cerrar el caso se recogió del siguiente modo:

A pesar de que hay evidencias que demuestran que el acusado es culpable, y, en consecuencia, lo normal sería que se le acusara y condenara por haber violado a un número determinado de niñas, el tribunal ha decidido cerrar el caso. Algunas de las víctimas son muy jóvenes y no debería obligárseles a testificar ante el tribunal. El fiscal siente tener que cerrar el caso contra el acusado y limitarse a pedir que sea transferido a otro puesto de trabajo y abandone el actual de maestro en un colegio de niñas.

En lo que respecta al tema de la violación, Túnez es el país árabe cuya legislación ha evolucionado más. Las leyes que castigan la violación se han modificado considerablemente. Sin embargo, las diligencias contra el acusado se siguen suspendiendo si éste acepta casarse con la víctima.^[3]

En 1973 comencé a hacer una investigación en la Facultad de Medicina de la Universidad 'Ein Shams, en El Cairo.^[4] El estudio se basaba en el testimonio de 160 chicas y mujeres egipcias de diferentes niveles sociales y culturales. Uno de los hechos que pude constatar es que las agresiones sexuales que sufren las niñas o chicas jóvenes por parte de hombres maduros son muy frecuentes. El porcentaje en las familias que no habían recibido educación se elevaba a un 45% y, en las que sí la habían tenido, caía a un 33,7%, lo que no es una cifra despreciable, si tenemos en cuenta que supone que casi un tercio de estas chicas está expuesto a este tipo de agresiones. La proporción es mayor que

la que da un estudio parecido realizado por Kinsey en Estados Unidos en 1953, donde la cifra es de un 24%.

Intentar comparar estos dos estudios sería muy delicado por varias razones, entre otras, el intervalo de tiempo transcurrido entre ambos, las enormes diferencias entre las dos sociedades y las circunstancias de los grupos que se estudiaron en Egipto y en Estados Unidos, así como las variaciones en la aproximación metodológica, etcétera.

Pero lo que sí podemos decir, sin ninguna duda, a tenor de las cifras obtenidas en las dos investigaciones, es que los hechos de esta naturaleza están muy extendidos. Y esto contradice por completo la opinión de los que prefieren cerrar los ojos y decir que este tipo de hechos no suceden, o sólo ocurren en muy raras ocasiones. No comparto en absoluto estas ideas; por el contrario, afirmo que estos sucesos se pueden encontrar en todas las sociedades, incluidas las árabes. No son tan excepcionales como mucha gente querría hacernos creer, especialmente si tenemos en cuenta que en la mayoría de los casos todos los implicados mantienen lo ocurrido celosamente en secreto.

Como mujer que ha intentado abrirse racional y sentimentalmente a los problemas de la gente, puedo decir, sin riesgo alguno de exagerar, que muchas niñas en nuestra sociedad se exponen durante su infancia a diferentes tipos de agresiones sexuales, desde caricias y juegos amorosos con las manos hasta relaciones sexuales completas. Cualquier niña puede perder la virginidad sin ni siquiera darse cuenta. Al final terminará olvidando lo que le sucedió o lo recordará simplemente como una pesadilla que la atormentará y minará su salud mental durante toda la vida. Esto será lo que le ocurrirá si logra evitar el castigo que le espera, si, cuando crezca, su marido o sus padres descubren en la noche de bodas que no es virgen.

Durante el período en que realicé estas investigaciones pasé algún tiempo trabajando también en el Departamento de Medicina Forense del Ministerio de Justicia. Una de las investigadoras me leyó extractos de un registro en el que se exponían diversos casos de agresiones sexuales contra niñas y chicas. Por ejemplo, en un colegio de niñas uno de los maestros mantuvo relaciones sexuales en diferentes grados con todas las niñas de la clase. A algunas de ellas se había limitado a acariciarlas, pero con otras había tenido relaciones sexuales completas. La misma investigadora me llamó también la atención sobre la historia de una madre que había acudido a ella, presa del pánico, afirmando que su hija de tres años había sido agredida sexualmente por el portero del edificio en el que vivían. Mientras llevaba en brazos a la niña, la había acariciado y le había tocado con los dedos sus partes más íntimas.

Durante mis visitas al centro de salud mental de El Cairo, pedí ver informes de los casos de violaciones en que al agresor se le había diagnosticado una enfermedad mental. Los informes revelaron algunos aspectos sorprendentes. La mayoría de los pacientes eran hombres que estudiaban en instituciones religiosas o que habían enseñado religión en los colegios. Uno de ellos, que se pasó toda la entrevista entre lágrimas, me dijo:

Soy un hombre profundamente religioso y muy respetable. Nunca jamás me había masturbado y siempre bajaba la cabeza cuando me cruzaba con una chica, para estar purificado al hacer mis abluciones. Ésta ha sido la primera falta que he cometido en toda mi vida, y he tenido la mala suerte de que saliera a la luz. Todos los seres humanos cometen errores. Nadie es

perfecto excepto Alá, que su nombre sea ensalzado y glorificado.

Un joven de entre los pacientes de la sala que se congregaban a mi alrededor, me susurró al oído:

Alá es dadivoso y compasivo. Pero la gente no tiene piedad. Te pongo mi caso como ejemplo. Estaba sentado en el campo, bajo un árbol, y una niña pequeña se acercó para jugar conmigo. Yo le toqué con el dedo ahí, sin querer hacerle ningún daño. Ella no gritó, sino que, más bien, parecía disfrutar con lo que yo le hacía. Pero me vieron. Me rodearon y me pegaron. Luego me acusaron de violación y me trajeron aquí.

Entre los casos que examiné para mi investigación sobre mujeres y neurosis se encontraba el de una joven médica que se acababa de licenciar. Se había prometido y después casado con uno de sus colegas. La noche de bodas su marido descubrió que no era virgen. Ella le explicó que había perdido la virginidad siendo todavía una niña y que su padre era el culpable. Pero el marido no pudo superar el golpe y se divorció de ella. La joven volvió a casa de sus padres. Se sentía incapaz de contarle a su madre la verdad por miedo a la reacción de su padre. La buena mujer la acusó de ser una perversa y el padre también se ensañó con su hija. La chica, que no veía otra solución, le confesó finalmente a su madre, entre sollozos, todo lo que había sucedido. En aquel momento, ante la terrible conmoción de descubrir lo que su marido había hecho, la pobre mujer casi sufrió un colapso. El padre, sin embargo, acusó a su hija de haber mentado y de haber dado a su madre un gran disgusto. La chica sufrió un ataque de nervios que el padre utilizó en su favor. La acusó de estar enferma y la mandó a un hospital psiquiátrico. El psiquiatra que estaba a cargo de la joven creyó la historia del padre. Y al final la joven terminó no sólo perdiendo su integridad y honor, su marido y su futuro, sino también la razón, porque para algunas personas sigue siendo una desequilibrada mental.

Con los años, el número de incidentes, historias y casos como éste que he conocido es interminable.

Algunos los he ido olvidando con el paso del tiempo, otros los mantengo vivos en mi memoria y los restantes están en mis informes y archivos. Como el caso de una mujer que fue agredida sexualmente por su tío cuando todavía era una niña. La asaltó en el gallinero que la familia había construido en el tejado y, temblando de miedo, ella tuvo que soportar sus caricias. El hecho se mantuvo en secreto toda la vida. Cuando el hombre murió, ella ya era mayor; no sintió ninguna aflicción y se negó a guardar luto desoyendo las órdenes y reproches de su madre, que llegó incluso a pegarle y a calificarla de anormal; su padre no fue menos y la acusó de estar loca. No obstante, tuvo más suerte que otras chicas en su mismo caso. No la mandaron a un manicomio, ni el día de la boda su marido descubrió que no era virgen. Fue lo suficientemente lista como para reparar el daño físico que se le había causado.

Parece natural que, como las agresiones sexuales a chicas y niñas son tan frecuentes, las estratagemas que se emplean para reparar la pérdida de la virginidad sean también muy usuales. Los métodos utilizados van desde realizar una operación quirúrgica para reemplazar el himen hasta simular la pérdida de sangre durante la desfloración. Por supuesto, las menos afortunadas son las chicas que carecen de medios económicos para la operación o las que, por Inexperiencia, no saben

hacer una comedia la noche de bodas. Entre las más desgraciadas están las que se dedican al servicio doméstico que casi siempre son de origen rural.^[5] Abandonan sus pueblos para ir a trabajar a las ciudades, normalmente de sirvientas en las casas de familias de clase media o alta. Para los jóvenes, e incluso a veces también para los hombres adultos de la familia, estas chicas se convierten en el único objeto sexual disponible. Los adolescentes consideran que se adaptan mucho mejor a sus necesidades que las hermanas, primas, compañeras de colegio o de universidad. Los chicos no se sienten demasiado culpables si mantienen relaciones sexuales con las sirvientas y, como ellas pertenecen a una clase social inferior, no dañan a nadie de su propia clase. Además tienen la ventaja, frente a las prostitutas, de que no cuestan dinero y de que no transmiten enfermedades venéreas.

El cabeza de familia, marido y padre respetable, también podrá, en un momento en que su mujer esté enferma, ausente, embarazada o con la menstruación, deslizarse dentro de la cama de la sirvienta. O quizá lo haga simplemente porque su mujer es frígida. De hecho, la mayoría de las mujeres casadas son frías por diversas razones: la represión sexual y física a la que han sido sometidas durante su educación desde la infancia, la falta de amor y afecto, o, al menos, de comprensión y atención que cabe esperar de un marido. La mayoría de los matrimonios se conciertan por razones económicas, lo que ya de por sí explica por qué es tan difícil encontrar verdaderos sentimientos de afecto entre los miembros de la pareja. Si a esto se le añade la naturaleza patriarcal de la familia, en la cual el hombre es la autoridad suprema que impone siempre su poder, es fácil comprender por qué sólo en muy pocas ocasiones se establecen relaciones emocionales y físicas equilibradas.

Para los varones hambrientos, jadeantes y al acecho de cualquier oportunidad que les permita satisfacer sus frustraciones sexuales, la joven sirvienta es el único medio de lograrlo.

Mientras ejercía la medicina en mi clínica, primero, en Benha y, luego, en Giza,^[6] o en los diferentes hospitales generales en los que he trabajado durante varios años, me encontré con bastantes casos de sirvientas que, a pesar de que nunca pasaban de los quince o dieciséis años, ya llevaban en su vientre un hijo ilegítimo.

A ojos de la sociedad, esta chica es una mujer soltera, embarazada, es decir, una depravada, sin honor ni virtudes. Se enfrenta a la vida totalmente sola, y es probable que termine suicidándose, o siendo asesinada por su padre u otro varón de la familia. Otra de las posibilidades que tiene es someterse, a pesar de los peligros que entraña, a un aborto y morir como consecuencia de las condiciones y métodos primitivos que se utilizan. Si sobrevive al aborto, como es ilegal, quizá sea perseguida por la ley. Y si opta por criar a su hijo, su vida se convertirá en una fuente inagotable e infinita de humillación y miseria.

Por el contrario, el señor de la casa, el respetable hijo de la familia o el honorable marido admirado por todos los que lo conocen, pilar de la sociedad, en otras palabras, el hombre que a medianoche se abalanzó sobre un cuerpo indefenso, permanece a salvo, sin mancha, disfrutando de una vida digna y honorable, protegido por unas leyes arbitrarias y una justicia injusta. A veces se piensa que este tipo de hechos ocurre en raras ocasiones, pero nada más lejos de la verdad; los investigadores y especialistas interesados en la vida de las mujeres lo saben muy bien. Porque una sociedad que segrega y separa a los sexos crea en sus miembros una frustración y represión sexuales muy extendidas. Uno de los pocos canales a través de los cuales el deseo puede encontrar su forma

de expresión, especialmente ante la ausencia de relaciones entre chicos y chicas, y, entre hombres y mujeres, se encuentra dentro de la familia. Los miembros más vulnerables de la familia son las chicas y niñas que, por ignorancia, temor a lo que les pueda pasar o sumisión a la autoridad, no se atreven a protestar. Esto ocurre sobre todo en las clases más bajas, donde la promiscuidad es un fenómeno muy común, debido al hacinamiento en el que viven. Una familia de ocho o diez miembros suele vivir en una única habitación; es casi un “cuerpo a cuerpo” entre el padre, la madre, los hermanos y las hermanas y, a veces también, entre otros miembros de la familia; en una situación así aparecen numerosos problemas de naturaleza sexual.



5. Esa fina membrana llamada “honor”

Aún hoy, cualquier niña árabe debe poseer esa fina membrana que se llama himen y que se considera una de las partes más esenciales, sino la más, del cuerpo. Sin embargo, la mera existencia del himen no es en sí misma suficiente. Hace falta también que la noche de bodas sangre profusamente y deje una mancha roja visible en las sábanas blancas de la cama.

Desgraciada la chica a la que la naturaleza ha dotado de un himen elástico, que se puede ensanchar y estirar cuando el dedo o el órgano sexual de un hombre penetra hasta el fondo de la vagina, ya que su himen no sangrará. Desgraciada la chica a la que la naturaleza se ha olvidado de dotar de un himen, o cuyo himen es tan delicado que se ha malogrado y perdido por montar con frecuencia en bicicleta, a caballo, por masturbarse o por causa de alguno de esos pequeños accidentes que suceden con tanta frecuencia durante la infancia, pues le espera el peor de los destinos. Desgraciada la chica que tiene un himen grueso, sin orificio y elástico, pues nadie sufrirá mayores humillaciones y miserias cuando ni el dedo ni el pene del hombre lo puedan hacer sangrar y reboten en él como si fuera una membrana de goma.

Cuando todavía tenía la clínica en Benha, me encontré con un caso de este tipo. Mi “paciente” era una chica de unos dieciséis años, pálida y tan delgada que parecía que apenas llegaba a los doce. Daba la impresión de que, como consecuencia de una malnutrición, su cuerpo no se hubiera desarrollado con normalidad. El marido, que la acompañó durante la visita, me explicó que se habían

casado hacía casi un año, y que ella se quejaba de una sensación de hinchazón en el vientre, que le hacía pensar que tal vez estuviera embarazada.

Pero cuando examiné a la chica, no pude encontrar ningún síntoma de embarazo. Por el contrario, me di cuenta de que tenía un himen grueso, elástico y no perforado. La hinchazón del vientre se debía, por tanto, al flujo menstrual que se había ido acumulando en la vagina un mes tras otro una vez alcanzada la pubertad, al parecer poco después de haberse casado. Al no tener orificio en el himen, el flujo no podía salir fuera del cuerpo. Le di un pequeño pinchazo con la lanceta afilada e hice una apertura en el himen que permitió que toda la sangre oscura acumulada saliera.

En la conversación que mantuvimos tras la operación me enteré de que el marido había acusado a la chica de no ser virgen, porque la noche de bodas no había sangrado. Si hubiera sido una joven soltera la situación probablemente habría sido mucho peor, puesto que, al descubrir sus padres su vientre abultado, habrían llegado a la conclusión de que estaba embarazada de un hijo ilegítimo.

Esto me recuerda una historia que leí en los periódicos muchos años después. La policía había descubierto el cadáver de una joven embarazada. Se pensó que había sido asesinada para defender el “honor” de su familia, como sucede tantas veces en estos casos. Sin embargo, el informe del forense que le hizo la autopsia en el depósito de cadáveres señalaba que la chica no estaba embarazada. La hinchazón detectada en su vientre se debía, como en el caso anterior, a la acumulación de flujo menstrual, retenido por un himen grueso y no perforado.

A tenor de las numerosas anomalías que puede sufrir el himen en la fase de desarrollo embrionario y, por tanto, también cuando ya forma parte del cuerpo de una joven, podemos imaginarnos con facilidad la cantidad de dificultades a las que estas chicas van a tener que enfrentarse sin ni siquiera saber muy bien por qué. Se sabe que el 11,2% de las niñas nace con un himen elástico, el 16,16%, con una membrana tan fina que fácilmente se malogra, el 31,32% con un himen grueso y elástico, y sólo un 41,32% nace con lo que se puede considerar como un himen normal.^[1]

Recuerdo una noche en la que una mujer, madre de una niña, me despertó aterrada ante lo que le había sucedido a su hija. Quería saber si el agua hirviendo tenía algún efecto negativo en la “membrana de la virginidad”, como se le llama en árabe, ya que su hija se había caído dentro de una tina de agua hirviendo y toda su parte inferior había quedado inmersa. La madre estaba más preocupada por el himen de la pobre niña que por su vida.

No podría decir exactamente cuántos maridos, padres y madres se han pasado alguna vez por mi clínica para hacerme preguntas sobre el himen de una joven, novia, esposa o hija. Con mucha frecuencia, el padre o la madre me pedían un certificado médico que hiciera constar que su hija era virgen, o que se había malogrado el himen mientras practicaba algún deporte o como resultado de algún accidente (no relacionado con el sexo, por supuesto).

Para la sociedad árabe en general el himen sigue siendo la parte más importante y que más hay que cuidar del cuerpo de la chica, es más valiosa incluso que un ojo, un brazo o una pierna. Si una chica pierde un ojo, su familia no se afligirá tanto como si pierde la virginidad. De hecho, que pierda la vida es una catástrofe menor que si pierde el himen.

Una joven que no cuida su virginidad se expone a ser castigada con la muerte, a ser humillada moralmente o a que su marido se divorcie de ella, si lo descubre en la noche de bodas. Un divorcio

de este tipo, por supuesto, va acompañado siempre del escándalo, que a veces sólo se limita al círculo familiar, pero, otras, se extiende rápidamente por todo el pueblo o ciudad. Puede que la chica sea completamente inocente en lo que se refiere a haber mantenido relaciones sexuales, pero no lo puede probar. Esto ocurre porque la sociedad patriarcal y de clases ha impuesto la virginidad prematrimonial a las jóvenes hasta el punto de que el honor de una chica y el de su familia dependen de que ésta conserve la virginidad. Si la pierde, la mayor de las vergüenzas caerá sobre la familia, y sólo podrá “lavarse en sangre”, como reza un dicho árabe.

La virginidad es un precepto moral muy estricto que sólo deben cumplir las jóvenes. Se podría pensar que el principal criterio por el que se rige cualquier precepto moral, si es que realmente es moral, debería ser que se aplique a todos los seres humanos sin excepción y sin discriminación de sexo, color o clase social. Sin embargo, los códigos y patrones morales de nuestras sociedades pocas veces se aplican a todas las personas por igual. Ésta es la prueba irrefutable que demuestra hasta qué punto esos códigos y patrones son inmorales.

A lo largo de toda la historia, las clases dirigentes han impuesto siempre a los asalariados los valores morales de la abstinencia, el estoicismo y la renuncia a los placeres mundanos, para que se contentaran con su pagas exiguas y se alistaran voluntariamente en el ejército para luchar y defender los privilegios de otros. Sin embargo, a las clases altas se les permitía todo, la avaricia, la lujuria, la extravagancia y el placer a costa de la miseria de las sufridas masas populares.

Del mismo modo, los hombres han prohibido a las mujeres lo que ellos practicaban con asiduidad. Por esta razón, la castidad y la virginidad han sido virtudes reservadas a las mujeres, mientras que la libertad e incluso la licencia sexual han formado parte de la naturaleza masculina.

Muchos árabes todavía están firmemente convencidos de que la virginidad es una cualidad que sólo se debe exigir a las chicas. Dios les ha dotado a ellas de un himen precisamente para que puedan probarla. Este tipo de razonamientos refleja el retraso en el que todavía estamos inmersos en muchos aspectos de nuestra vida. La constitución biológica y anatómica de un ser humano, sea hombre o mujer, no tiene absolutamente nada que ver con los valores morales. Estos últimos surgen como resultado de la creación de sistemas sociales o, para ser más exactos, del sistema social que la clase dominante impone para servir a ciertos intereses políticos y económicos, y para perpetuar una situación favorable de la que obtiene beneficios y poder. Las características anatómicas y biológicas del cuerpo tienen otra finalidad: cumplir con ciertas funciones fisiológicas relacionadas con la protección y la conservación de la vida.

¿Cómo se puede afirmar que el himen ha sido creado para bloquear, antes del matrimonio, la penetración del órgano sexual masculino en la vagina de la mujer? Eso no es más que un punto de vista social y moral, pero de ningún modo se puede relacionar con las funciones biológicas y fisiológicas propias de esa parte del cuerpo.

En tanto que no tiene funciones fisiológicas que cumplir, el himen puede compararse con el apéndice. Si tuviera una función realmente importante, no nacerían tantas niñas sin él o solamente con un pequeño vestigio. Si fuera verdad que el himen es un órgano de importancia vital para conservar la virginidad, Dios, o la naturaleza, se habría asegurado de que todos los hímenes sangraran profusamente en el momento de la primera copulación, mientras que, de hecho, una proporción muy alta parece sufrir de anemia innata. Más del 30% de la chicas no sangran durante su primer acto

sexual. ¿Qué puede significar esto? Pues que Dios no tenía ninguna intención de castigar a estas chicas al privarlas de un buen himen, es decir, de un himen que sangrara, y que, por tanto, demostrara su virginidad. ¿Podemos considerar justo castigar a una joven simplemente por tener una constitución anatómica diferente a las demás, o una apertura del himen más ancha de lo normal?

Se sabe a ciencia cierta que todos los órganos del cuerpo humano, sean reproductores o no, varían de tamaño y forma de unas personas a otras. Ningún cuerpo es idéntico a otro. No se tienen las mismas huellas dactilares. Cada uno de nosotros tiene una constitución física única y deja su impronta, y sus huellas dactilares, en todo lo que toca. Del mismo modo que todos los hombres no tienen el pene igual, las mujeres, vírgenes o no, no tienen el mismo orificio en el himen. ¡Qué ironía del destino sería que una chica con un amplio orificio en el himen se casara con un hombre con un pene diminuto! ¿Sería esta razón suficiente para justificar el divorcio, la desgracia o incluso la muerte, que es lo que suele ocurrir en las sociedades donde la virginidad todavía se considera un valor supremo?

Afortunadamente, el número cada vez mayor de chicas que tienen acceso a la educación, y de mujeres que buscan un trabajo remunerado fuera de casa está contribuyendo a cambiar con relativa rapidez la personalidad de las mujeres árabes. Son más independientes, respetan más sus propios cuerpos y mentes, y no se quieren someter a los valores morales injustos que les impone una sociedad dominada por los hombres. Como consecuencia, la actitud de la sociedad hacia las mujeres también está cambiando y están surgiendo nuevas generaciones de jóvenes árabes que ya no juzgan a las chicas por el estado del himen o el flujo de sangre que produce la noche de bodas.

Algo está cambiando. Pero la inmensa mayoría de los hombres árabes todavía exige que su pareja en el momento del matrimonio sea virgen. Una chica que haya perdido la virginidad corre un gran peligro si se descubre el día de la boda, sobre todo en la zona del alto Egipto, donde normalmente le espera la muerte a manos de su propia familia. Si resulta que a una chica la naturaleza la ha dotado de un himen elástico que en la noche de bodas no sangra, la ignorancia será su verdugo. Pues los rituales del matrimonio exigen que el marido lleve a cabo la desfloración con el dedo y que “la sangre roja se vierta sobre la sábana blanca”.

Muy poca gente sabe que el himen es una membrana que puede variar de textura, tamaño y consistencia de una chica a otra, lo mismo que le sucede al órgano sexual masculino de un hombre a otro. Si la suerte quiere que una chica con un himen elástico se case con un hombre cuyo órgano sexual es pequeño, y la desfloración no se culmina con la ayuda del dedo, al no producirse el flujo de sangre, el marido deducirá que no es virgen. A veces, si el marido es un hombre culto y quiere asegurarse de la virginidad de su esposa acudirá a un doctor para que la examine. Como los exámenes ginecológicos de chicas vírgenes no se practican con demasiada frecuencia, los doctores no tienen la oportunidad de conocer los diferentes tipos de hímenes y, por tanto, se exponen a cometer errores. Recuerdo el caso de un médico al que un hombre recién casado pidió que examinara a su mujer. La familia de la novia esperó fuera de la sala y, cuando el doctor salió y les informó de que la chica no era virgen, la noticia fue para ellos como un mazazo. Al día siguiente, a pesar de declararse inocente, su primo la asesinó. Tras el examen de la autopsia se reveló que el diagnóstico del doctor había sido erróneo.^[2] Se trataba de una nueva víctima de la virginidad.

También a la sala de consultas de mi clínica de Giza llegaron muchos maridos acompañados de

chicas jóvenes temblorosas. Nerviosos y enfadados me explicaban que en la noche de bodas, después de mantener relaciones sexuales, no habían visto “sangre roja” por ninguna parte. Durante los años en que trabajé en las zonas rurales de Egipto, pasé muchas noches en alguna casa de pueblo o en alguna choza al lado de jóvenes que sufrían hemorragias provocadas por la *daya* durante el proceso de desfloración, al intentar cortarles los débiles tejidos con su uña larga y sucia. Y es que en muchos pueblos la ceremonia ritual en honor de la virginidad la realiza una bruja horrible y vieja, la *daya*, que se gana la vida amputando el clítoris de las niñas y desgarrando el himen de las recién casadas. El padre de la novia en esos momentos levanta una toalla blanca manchada de sangre y la ondea con orgullo, mostrándola a los parientes que se congregan en la puerta para que sean testigos de que el honor de su hija y el de la familia están a salvo.

Yo misma asistí a algunas de estas ceremonias de boda para ver de cerca lo que ocurría. En una ocasión, a pesar de que la *daya* hincó con fuerza su larga uña en el himen, solamente salieron unas pocas gotas de sangre. Horrorizada vi cómo empujaba su dedo hasta el fondo de la vagina y la sangre comenzaba a manar a borbotones. La toalla blanca se tiñó de rojo y el padre la agitó, comenzó el sonar de los tambores, y las albuérbolas femeninas en señal de alegría. Comprendí que le había atravesado la pared de la vagina. Al final de la noche, la *daya* me explicó que en las noches de boda estaba muy solicitada. Su fama de que podía conseguir un flujo de sangre intenso en el proceso de desfloración le había proporcionado una inusual popularidad y unos fuertes ingresos.

Cuando es el dedo de un marido, en lugar del de la *daya*, el encargado de la desfloración, ésta se vuelve todavía más brutal. La única experiencia que el hombre tiene con sus manos es la de agarrar el arado o la grada. La *daya*, al menos, tiene algunas nociones sobre el cuerpo femenino. No hay nada más brutal que un dedo, grueso y tosco, clavándose sin piedad en la apertura externa de la vagina empujando en todas direcciones. Así se explica lo que pasó una fría noche de invierno en que me trajeron a la clínica a una joven que sangraba profusamente por entre los muslos. El dedo de su marido le había perforado la pared de la vagina hasta la vejiga urinaria.

Mientras las mujeres deben soportar estas prácticas tan brutales, los hombres gozan de una libertad casi ilimitada. Un proverbio árabe dice: “A un hombre la vergüenza sólo le viene del bolsillo”. En nuestra sociedad, por tanto, la vergüenza de los hombres sólo puede ser producto de la pobreza. El ego masculino crece en proporción al número de mujeres que conquiste, y sus relaciones sexuales son una fuente de orgullo y, en ocasiones, de jactancia.

Aunque la educación está contribuyendo a aclarar algunos temas relacionados con el sexualidad y la situación de la mujer en la sociedad árabe, todavía hay muchos hombres que en este terreno mantienen actitudes y valores tradicionales. Personalmente he conocido a muchos con un nivel alto de estudios universitarios o, incluso, que han estudiado en el extranjero, hombres que han viajado mucho, pero que, sin embargo, a la hora de tratar con las mujeres siguen manteniendo una actitud mental y emocional muy rígida y retrógrada. Tal es el caso de un ingeniero que vivió durante cinco años en Alemania occidental y al que, a su regreso a Egipto, le pareció que su hermana de dieciséis años presentaba síntomas de estar embarazada. Buscó en su habitación y encontró un frasco de medicinas en el armario, lo llevó a analizar a la farmacia más cercana, donde el farmacéutico le explicó que la medicina en cuestión se utilizaba para abortar. El ingeniero volvió inmediatamente a su casa y, en un arrebato de ira, cogió un cuchillo de cocina y apuñaló a su hermana hasta matarla. En

la autopsia se reveló que la chica era virgen y no estaba embarazada. El abogado defensor, en el juicio, pidió la libertad del ingeniero basándose en que el motivo del crimen había sido la defensa del honor de la familia. Le habían asaltado dudas acerca de la conducta de su hermana y eso le había llevado a cometer el crimen. Las dudas habían resultado falsas, pero la intención era buena. El tribunal lo dejó en libertad sin fianza.^[3]

Así pues, nos encontramos de nuevo ante un caso de asesinato en el que el hombre se libra del castigo porque le protegen las concepciones tradicionales del honor, mientras que esas mismas concepciones, si se trata de chicas o mujeres, llevan irremediablemente al castigo. La ley está casi siempre del lado de los hombres, y los tribunales de justicia, con mucha frecuencia, disuelven matrimonios cuando, tras la boda, se descubre que la novia no es virgen.^[4]

Cuando la ley se aplica a las mujeres, por regla general, se hace de forma brutal y cruel. Conozco el caso de un tribunal que condenó a una profesora por haber entrado sin llamar en el cuarto de baño donde una colega suya estaba bañándose desnuda. En otra ocasión, se impuso un castigo severo a una maestra porque había llevado a sus alumnos a un café de la ribera.^[5]

El destino fatal que le espera a la chica que ha perdido la virginidad la obliga, normalmente, a tratar de buscar alguna salida a su problema. La hija de una familia rica puede acudir a un ginecólogo y pagar una gran cantidad de dinero para que le hagan una reparación del himen. Mientras que una chica pobre de pueblo dependerá de los subterfugios de la *daya*, que incluyen desde fijar la fecha del matrimonio en el momento de la menstruación hasta colocar una pequeña bolsa de sangre de gallina en la apertura de la vagina para asegurar la salida de flujo rojo en el momento de la desfloración.

Un día una joven acudió a mi clínica para hacerme una consulta. Estaba embarazada de cinco meses, pero cuando la examiné tenía el himen intacto. Me explicó que se había quedado embarazada después de mantener varias relaciones sexuales y me pidió que le sacara el niño por medio de una cesárea. Me negué, y se marchó. Muchos años después me la volví a encontrar accidentalmente, y me explicó que acudió a otro doctor que le realizó la operación. En ese momento, estaba ya casada con un ingeniero al que le iban muy bien las cosas y tenía dos hijos con él. Muchas veces me imagino al ingeniero, al que nunca conocí, durante la noche de bodas, realizando con mucho cuidado el ritual de la desfloración para asegurarse de la virginidad de su esposa y feliz al descubrir que su himen estaba intacto. Para él la extensa cicatriz del abdomen apenas significaba nada, del mismo modo que no habría dado ninguna importancia a una incisión en el corazón, el hígado, o incluso el cerebro, pero una simple fisura en el himen de sólo un milímetro de largo habría sido suficiente para que se le viniera el mundo encima.

La sociedad árabe tiene un concepto del honor desvirtuado. El honor de un hombre está a salvo siempre que los miembros femeninos de su familia mantengan sus hímenes intactos. Su honor está más relacionado con el comportamiento de las mujeres de su familia que con el suyo propio. Ya puede tratarse de un mujeriego terrible, que si las mujeres de su familia protegen sus órganos genitales, se le considerará siempre un hombre honorable. Las normas morales no son las mismas para las mujeres que para los hombres, y toda la sociedad se rige por esta doble moral. Tras esta situación anómala se esconde el que la experiencia sexual en la vida de un hombre es motivo de orgullo y símbolo de virilidad, mientras que en la de una mujer es motivo de vergüenza y símbolo de degradación.

No es difícil imaginar las consecuencias de esta doble moral. Los hombres dan rienda suelta a sus instintos en busca de experiencias sexuales de cualquier tipo, sin importarles el precio que han de pagar e intentando demostrar su virilidad y reforzar su orgullo masculino, motivos tan poderosos como la propia satisfacción sexual. Los hombres persiguen eternamente a las mujeres con declaraciones apasionadas de amor o con múltiples regalos. En esa urgencia continua de poseer a una mujer, lo intentarán con la pobre sirvienta, se acostarán con una prostituta sifilítica, harán que su víctima sea una niña pequeña o seducirán a una chica con promesas de matrimonio. Si esta última se las cree y cae rendida en sus brazos, quedará atrapada. Pues lo normal es que, al no ser virgen, él ya no quiera casarse con ella y la sociedad, a partir de ese momento, la considerará una pérdida. Quedará abandonada, deshonrada, con un hijo ilegítimo y un triste destino por delante, mientras él se lanzará a nuevas conquistas.

Esta situación es típica, sobre todo, de un amplio sector de la sociedad urbana y de las clases altas de las zonas rurales. Por el contrario, muchos de estos fenómenos no suceden dentro de las clases trabajadoras de las ciudades, o de campesinos y agricultores de los pueblos. El matrimonio en edad muy temprana, el trabajo continuo y duro, y las dificultades de la vida cotidiana dejan poco lugar para la licencia sexual, a pesar de que existe otro tipo de discriminación y opresión sexual de las mujeres en el comportamiento social.

No es difícil comprender que, dadas estas circunstancias, las chicas vivan en un estado de continua ansiedad y teman perder la virginidad. La educación que reciben de sus familias se dirige sobre todo a que se mantengan fuera del alcance de los hombres y a advertirlas de los peligros que les acechan y de los que pueden caer víctimas en cualquier momento. La escisión del clítoris, por tanto, tiene como corolario otra forma de escisión que podríamos denominar “mutilación educativa” y que vamos a analizar a continuación.



6. La escisión de las niñas

Todavía en nuestros días, la escisión del clítoris de las niñas sigue siendo una práctica común en muchos países árabes como Egipto, Sudán, Yemen y algunos países del Golfo.

La razón principal por la que se sigue practicando la escisión, a pesar de la creciente tendencia, sobre todo en el Egipto urbano, a acabar con ella por ser una costumbre retrógrada y dañina, es la importancia que en estas sociedades se sigue concediendo a la virginidad y a la conservación del himen intacto. Detrás de la escisión se esconde la creencia de que, amputando los órganos genitales externos de la niñas, disminuirá su deseo sexual. Así, cuando una chica haya alcanzado la “peligrosa edad” de la pubertad y la adolescencia podrá proteger su virginidad, y en consecuencia su honor, con mayor facilidad. En los harenes, se obligaba a los sirvientes a ser castos y para ello se los castraba, convirtiéndolos en eunucos inofensivos. Del mismo modo, la escisión en las mujeres, al disminuir el deseo sexual, pretende preservar la castidad de las jóvenes. La edad más frecuente a la que se realiza la escisión son los siete u ocho años (antes de que la niña tenga el primer periodo menstrual). De nuevo la *daya* o la comadrona local aparecen en escena. Dos mujeres de la familia, cada una por un lado, le agarran con fuerza los muslos para que no se resista y los separan para que los órganos genitales externos quedan bien expuestos, igual que se le atan las patas a un pollo antes de ser degollado. Una navaja muy afilada en manos de la *daya* corta el clítoris.

Cuando estuve trabajando en zonas rurales, me llamaron muchas veces para tratar las complicaciones que surgían después de esta primitiva operación, que con mucha frecuencia ponía en peligro la vida de las niñas. La *daya*, en su ignorancia, creía que una escisión efectiva era la que se

realizaba con un corte profundo que asegurara la amputación radical del clítoris, de tal forma que no quedara nada de este órgano sexual sensible. Las consecuencias de ello eran las abundantes hemorragias que solían terminar con la vida de la niña. Las *dayas* no tenían la más mínima noción de lo que significaba la esterilización, y las inflamaciones graves como consecuencia de la operación eran muy comunes. Pero, sobre todo, la conmoción psicológica que sufría la niña en el transcurso de este proceso la iba a dejar marcada para el resto de su vida. Una de sus consecuencias directas es la frigidez sexual, a la que también contribuyen otros factores sociales y psicológicos que influyen en la personalidad y la formación de las mujeres en las sociedades árabes. Así pues, debido a los valores y nociones obsoletos que rodean al concepto de virginidad, criterio fundamental para determinar el honor de la chica, las niñas sufren a lo largo de su vida toda una serie de desgracias. No obstante, en los últimos años, algunas familias de mayor nivel cultural han empezado a comprender el daño que se le hace a una niña al practicarle la amputación del clítoris.

Pero aun así, en la mayoría de las familias todavía se obliga a las hijas a pasar por esta operación bárbara y cruel. Investigaciones que llevé a cabo con una muestra de 160 chicas y mujeres demostraron que el 97,5% de las familias no instruidas seguía manteniendo esta costumbre, mientras que el porcentaje bajaba a 66,2% entre las familias con un mayor nivel cultural.^[1]

Cuando hablaba con estas mujeres sobre el tema, me daba la sensación de que la mayoría de ellas no tenía la menor idea del daño que les habían infligido con la escisión, e, incluso, algunas de ellas pensaban que era bueno para su salud, que las limpiaba y “purificaba” (de hecho, en lenguaje popular se le llama “operación de limpieza o purificación”). A pesar de que el porcentaje de mujeres cultas a las que se les ha realizado la escisión, comparado con el 97,5 % de mujeres incultas, es sólo de un 66,2%, ni siquiera ellas son conscientes de las consecuencias negativas que la amputación del clítoris puede conllevar para su salud psicológica y sexual. El diálogo que mantuve con estas mujeres más o menos se desarrolló así:

—¿Te han amputado el clítoris?

—Sí.

—¿Cuántos años tenías entonces?.

—Todavía era una niña. Tendría unos siete u ocho años.

—¿Recuerdas con detalle la operación?

—Claro, ¿cómo podría olvidarlo?

—¿Pasaste miedo?

—Mucho. Me escondí en lo alto del armario (en otros casos pueden decir debajo de la cama, o en la casa de los vecinos), pero me atraparon y todo el cuerpo me temblaba entre sus brazos.

—¿Te dolió?

—Mucho. Era como si me estuvieran quemando. Chillé con todas mis fuerzas. Mi madre me sujetaba la cabeza de tal forma que no podía moverla, mi tía, el brazo derecho y mi abuela se encargaba del izquierdo. Dos mujeres, a las que no había visto jamás, me impedían mover las piernas y me las separaban con fuerza. La *daya* se sentó entre esas dos mujeres, con una navaja afilada en la mano, y con ella me cortó el clítoris. Estaba aterrorizada y el dolor que me abrasaba era tan intenso que perdí el conocimiento.

—¿Qué pasó después de la operación?

—Me dolía mucho todo, y estuve en la cama durante bastantes días, sin poder moverme. El dolor que sentía en los órganos genitales externos me obligaba a contener las ganas de orinar, pues si lo intentaba, el ardor era tan insoportable que no podía. La herida continuó sangrando durante algún tiempo, y mi madre me cambiaba la ropa dos veces al día.

—Cuando descubriste que te habían quitado un pequeño órgano del cuerpo, ¿qué sentiste?

—En esa época yo sólo sabía que la operación era muy simple y que se la hacían a todas las niñas por cuestiones de higiene, de purificación, y para conservar la buena reputación. Me dijeron que si a una niña no se la hacían, la gente hablaría de ella, no se comportaría bien y, cuando llegara a la edad de casarse, empezaría a correr detrás de los hombres, sin que ninguno la quisiera como esposa. Mi abuela me explicó que la operación había consistido simplemente en la extirpación de una pequeña porción de carne que tenía entre los muslos y que, de haber seguido teniéndola, me habría convertido en una persona sucia e Impura y el hombre que se casara conmigo no habría rechazado.

—¿Te creíste lo que te dijeron?

—Por supuesto. El día en que me recobré de la operación era muy feliz, sentía que me había librado de algo malo que tenía que ser extirpado, me sentí limpia y pura.

Esto fue más o menos lo que me respondieron las mujeres a quienes entrevisté, tanto si habían estudiado como si no. Una de ellas estudiaba medicina en la escuela de 'Ein Shams, se estaba preparando para el examen final. Pensaba que sus respuestas serían diferentes, pero, en realidad, fueron casi idénticas a las de las demás. Tuvimos una conversación bastante larga que a continuación reproduzco tal y como la recuerdo.

—Dentro de pocas semanas vas a ser médica, ¿cómo puedes creer que la extirpación del clítoris del cuerpo de una niña es algo sano?, o, al menos, ¿cómo es posible que no te parezca perjudicial?

—Porque eso es lo que todo el mundo me ha dicho. A todas las chicas de mi familia se les ha practicado la escisión. He estudiado medicina y anatomía, pero ningún profesor me ha explicado nunca que el clítoris tenga alguna función en el cuerpo de la mujer, ni tampoco he leído nada sobre ello en los libros de medicina que estoy estudiando.

—Es cierto. Hasta el momento, los libros de medicina no consideran que la sexología sea un tema del que deban tratar. Los únicos órganos de la mujer que merecen alguna atención son sólo los relacionados directamente con el proceso de reproducción, es decir, la vagina, el útero y los ovarios. El clítoris, sin embargo, es un órgano despreciado por la medicina, del mismo modo que es ignorado y desdeñado por la sociedad.

—Me acuerdo de que un día un alumno le hizo una pregunta al profesor relacionada con el clítoris. El profesor se ruborizó y le contestó entrecortadamente que no se preocupara porque nadie le iba a preguntar sobre esa parte del cuerpo femenino en los exámenes, pues no tenía importancia.

Intenté estudiar los efectos que la escisión producía en quienes la habían sufrido, y las consecuencias que había provocado en su vida psicológica y sexual. La mayor parte de las mujeres que entrevisté me contestó que la operación no le había dejado ninguna secuela. Pero me resultaba evidente que, al enfrentarse a este tipo de preguntas, se mostraban mucho más avergonzadas e intimidadas que las mujeres que sufrían neurosis. Sus respuestas no me parecían convincentes, así que les pregunté por su vida sexual antes y después de la escisión del clítoris. Una vez más voy a

intentar reproducir el diálogo que mantuvimos de la manera más fiel posible.

—¿Tus sentimientos o deseos sexuales experimentaron algún cambio después de la operación?

—Era una niña y, por tanto, no sentía nada.

—¿No sentiste ningún deseo sexual cuando eras niña?

—No, nunca. ¿Es que los niños tienen deseos sexuales?

—Los niños sienten placer cuando se tocan los órganos genitales, y a veces realizan entre ellos algún tipo de juego sexual, por ejemplo, cuando juegan a ser novias y novios debajo de la cama. ¿Nunca jugaste a eso con tus amigos cuando eras pequeña?

En ese momento, la joven o la mujer en cuestión se ruborizaba e intentaba esquivar mi mirada para disimular su confusión.

Pero conforme la conversación se iba desarrollando y se iba estableciendo un ambiente de mutua confianza y comprensión, empezaba a contarme los recuerdos de su niñez. Con frecuencia se referían al placer que había sentido cuando algún hombre de su familia, o el sirviente, o el portero de la casa, o el profesor particular del vecino, le había hecho alguna caricia. Una estudiante de universidad me dijo que su hermano tenía la costumbre de acariciarle los órganos sexuales, y que ella sentía un placer intenso. Pero que, sin embargo, después de hacerle la escisión nunca más volvió a sentir el mismo placer. Una mujer casada admitió que cuando tenía relaciones sexuales con su marido, no sentía jamás el más mínimo placer sexual, y que sus recuerdos sobre cualquier sensación placentera se remontaban veinte años atrás, cuando tenía seis años, antes de que le practicaran la escisión del clítoris. Otra joven me contó que se solía masturbar, pero que dejó de hacerlo por completo después de que le extirparan el clítoris, a la edad de diez años.

Cuanto más profundizábamos en la conversación, y más escarbaba en sus vidas privadas, más dispuestas se mostraban a descubrirme sus secretos de infancia y adolescencia, que casi habían olvidado o que recordaban sólo vagamente.

Por mi doble condición de mujer y de médica, logré que estas mujeres y chicas me hicieran confesiones, casi imposibles de conseguir si se hubiera tratado de un médico. Porque la mujer egipcia, que ha recibido una educación rígida y severa con respecto a la sexualidad antes del matrimonio, se niega en rotundo a admitir que antes de casarse haya podido conocer o experimentar algún tipo de sensación sexual. Le da vergüenza hablar de estos temas con los hombres, incluso con el doctor que la trata.

Conversé también con psiquiatras que habían tratado a algunas chicas y mujeres en las que había basado mi investigación. Y descubrí que había muchos aspectos de la vida de estas pacientes neuróticas que no conocían, porque el psiquiatra no se había esforzado lo suficiente en profundizar en sus vidas o porque la propia paciente no tenía intención de divulgar unas cuestiones de las que, según le habían enseñado, no se debía hablar, especialmente con un hombre.

De hecho, tras haber mantenido intensos contactos durante años con la mayoría de psiquiatras en activo de Egipto y estrechas relaciones con muchos colegas médicos durante los años que trabajé en centros de salud y hospitales generales o especializados, y tras haber sido miembro durante cuatro años del Comité Nacional del Sindicato de Médicos, he llegado a la firme conclusión de que en nuestra sociedad el cuerpo médico, en general, es todavía incapaz de comprender los problemas fundamentales a los que se enfrentan los enfermos, hombres y mujeres, pero, especialmente, las

mujeres. Porque es un hecho que los profesionales de la medicina se rigen por los valores políticos, sociales y morales imperantes, y, como ocurre en otras muchas profesiones, con frecuencia se les utiliza para protegerlos y perpetuarlos.

Como ocurre en casi todas las profesiones, la mayoría de los médicos son hombres. Pero, al margen de esto, la mentalidad de las mujeres médicas no difiere mucho de la de los hombres. He conocido a algunas cuyos puntos de vista eran todavía más conservadores que los de los hombres.

La mayoría de los médicos adopta una postura rígida y retrógrada cuando se tratan problemas relacionados con las mujeres o la sexualidad, y esto ocurre, sobre todo, en las facultades de medicina.

Antes de empezar la investigación sobre *Mujeres y neurosis* en la Universidad de 'Ein Shams, intenté hacerla en la Facultad de Medicina Qasr el 'Eini, de la Universidad de El Cairo, pero me vi obligada a abandonarla ante los numerosos problemas que se me presentaban. El más importante de todos fue la mentalidad extremadamente tradicional de los profesores responsables de mi trabajo, para quienes la palabra “sexo” sólo tenía un sinónimo, “vergüenza”. “Una investigación respetable” no podía, de ningún modo, tener como tema central la sexualidad, y, bajo ningún concepto, podía profundizar en aspectos relacionados con ella. Cuando ya me había cambiado a la Universidad de 'Ein Shams, uno de mis colegas en el comité de investigación me advirtió que no me refiriera en absoluto a la sexualidad en el título de la investigación. Me dijo que cualquier referencia provocaría muchas objeciones y pondría en peligro mis posibilidades de continuar con ella. En un principio había elegido como título: “Problemas en la vida sexual de las mujeres egipcias”, pero después de prolongadas negociaciones me persuadieron para que quitara la palabra “sexual” y la sustituyera por “psicológica”. Sólo así sería posible sortear la susceptibilidad de los profesores y obtener su consentimiento para continuar con la investigación.

Tras la constatación del alto porcentaje de mujeres y chicas que sufren la escisión o diversos tipos de agresiones sexuales durante la infancia, inicié la búsqueda de estudios sobre estos temas que se hubieran realizado tanto en las escuelas de medicina como en los institutos de investigación, pero mi esfuerzo fue en vano. El tema es tan delicado que sólo algún que otro médico o investigador se había aventurado a adentrarse en él. La mayor parte de las investigaciones que se hacen en estas instituciones son superficiales y puramente formales, porque su único objetivo es conseguir algún título o una promoción. Por tanto, nadie quiere arriesgarse con un tema controvertido, y todos eligen uno sin problemas. Nadie, pues, está dispuesto a enfrentarse a las autoridades académicas y científicas o a librar batalla contra ella y sus ideas. Nadie está dispuesto tampoco a enfrentarse con las personas que establecen las normas de la virtud, la moral y el comportamiento religioso de la sociedad, y que parecen sufrir alguna alergia profunda a la palabra “sexo” y cualquiera de sus derivados, sobre todo si va relacionada con la palabra “mujer”.

A pesar de todo, he descubierto que existe un número reducido de médicos diferentes que tienen el valor de examinar los problemas relacionados con la vida sexual de las mujeres. De entre los pocos ejemplos que hay, me gustaría citar el único estudio existente sobre la escisión de mujeres en Egipto y sus efectos perjudiciales. Lo realizaron conjuntamente el doctor Mahmud Koraim y el doctor Rushdi Ammar, ambos de la Escuela de Medicina de 'Ein Shams, y se publicó en 1965. Se compone de dos partes, la primera de las cuales lleva por título *La escisión y el deseo sexual femenino*^[2] y la

segunda, *Complicaciones en la escisión*.^[3] Las conclusiones a las que llegan, tras realizar una investigación basada en los testimonios de 651 mujeres que habían sufrido la escisión durante la infancia, podrían resumirse del siguiente modo:

1. La escisión es una operación que perjudica la salud de la mujer y provoca un trauma sexual en las jóvenes. Reduce su capacidad para alcanzar el punto máximo del placer sexual (el orgasmo) y contribuye a disminuir su deseo sexual.
2. La educación es un factor que tiende a limitar la práctica de la escisión, ya que los padres instruidos rechazan cada vez más que a sus hijas se les practique la operación. Por el contrario, entre las familias con menos formación educativa, la práctica de la escisión femenina continúa, porque desean conservar las tradiciones o porque creen que la extirpación del clítoris reduce el deseo sexual de la chica y, por tanto, contribuye a preservar su virginidad y castidad hasta el matrimonio.
3. La idea de que la escisión femenina disminuye el riesgo de contraer enfermedades cancerígenas en los órganos genitales externos no es en absoluto cierta.
4. Todas las formas de escisión femenina, y particularmente la conocida como escisión faraónica o sudanesa (de cuarto grado), dan origen más tarde o más temprano a complicaciones (inflamaciones, hemorragias, disfunciones en los conductos urinarios, quistes o hinchazones) que pueden obstruir el flujo urinario o la apertura vaginal.
5. La masturbación en chicas que han sufrido la escisión es menos frecuente que la observada por Kinsey en chicas que no habían sufrido esta operación.

En el transcurso de unos encuentros que mantuvimos en El Cairo, tuve ocasión de intercambiar opiniones con el dr. Mahmud Koraim. Me explicó que había tenido que enfrentarse a muchas dificultades durante su investigación y que había sido objeto de las críticas más amargas por parte de algunos colegas y líderes religiosos. Defensores de la moral designados por Dios, se creen en la obligación de proteger a la sociedad de esos actos impíos que amenazan los valores y códigos morales establecidos.

Las conclusiones a las que llegué en mi investigación coincidían sensiblemente con las de mis dos colegas. Ya no cabe la menor duda de que la escisión supone un trauma sexual y psicológico para la mujer y que le ocasiona un grado de frigidez que varía según la propia mujer y sus circunstancias. El nivel educativo de los padres es un factor que influye a la hora de decidir si la operación debe evitarse. Pero, sin embargo, la educación tradicional que se recibe en las escuelas y universidades, cuyo objetivo se reduce simplemente a conseguir un certificado o un título, en lugar de adquirir unos conocimientos y una cultura útiles, no resulta muy efectiva a la hora de intentar combatir las tradiciones que rigen la vida de la sociedad egipcia y, particularmente, las que se relacionan con el sexo, la virginidad y la castidad de las mujeres. Estos temas están estrechamente ligados a los valores morales y religiosos que han dominado nuestra sociedad durante cientos de años.

La escisión tiene como principal objetivo asegurar la virginidad antes del matrimonio y la castidad después, por tanto, no se puede esperar que desaparezca fácilmente de la sociedad egipcia en poco tiempo. Sin embargo, cada vez son más las familias de cierto nivel cultural que se dan cuenta

del daño que sufren las mujeres con la práctica de esta costumbre e intentan que sus hijas no sean víctimas de ella. Paralelamente a estos cambios, la operación en sí misma se realiza de forma menos brutal, eliminando los aspectos más primitivos. En nuestros días, incluso en el alto Egipto y en Sudán, la operación se limita a la total o, con más frecuencia, la parcial amputación del clítoris. No obstante, en el transcurso de mi investigación, me sorprendió descubrir, contrariamente a lo que pensaba, que más del 50% de las familias con un cierto nivel cultural seguían considerando que la escisión era esencial para asegurar la virginidad y castidad femeninas.

Mucha gente cree que la escisión comenzó a practicarse con la llegada del islam. Pero, en realidad, era ya conocida y estaba muy extendida en algunas partes del mundo, incluyendo la Península Arábiga antes de la época islámica. El profeta Mahoma se opuso a esta costumbre por considerarla perjudicial para la salud de la mujer. En uno de sus dichos el consejo que le da a Umm Attiah, una mujer que hacía tatuajes y realizaba la escisión, es el siguiente: “Cuando practiques la escisión, corta sólo una pequeña parte y no extirpes todo el clítoris... La mujer tendrá una cara radiante y feliz, y a su marido le gustará más si ella consigue un placer completo”.^[4]

Esto significa que la escisión de las niñas no es una costumbre de origen islámico ni se relaciona con el advenimiento de las religiones monoteístas, sino que se practicaba en las sociedades que poseían unos antecedentes religiosos variados y estaba muy extendida en países de Oriente y Occidente, y entre gentes cristianas, musulmanas o ateas. La escisión se conocía en Europa en el siglo XIX, y también en países como Egipto, Sudán, Somalia, Etiopía, Kenia, Tanzania, Gana, Guinea y Nigeria. Se practicaba también en muchos países asiáticos como Ceylán e Indonesia, y en partes de Latinoamérica. Su existencia se remonta a los reinos faraónicos del antiguo Egipto, y Heródoto menciona ya su existencia setecientos años antes del nacimiento de Cristo. Por eso, la operación que se practica en Sudán se llama “escisión faraónica”.

Durante muchos años he buscado estudios sociológicos o antropológicos que me aclararan las razones por las que se les practicaba a las mujeres una operación tan brutal, pero ha sido en vano. Sin embargo, lo que sí he descubierto han sido otras prácticas que se aplicaban a las niñas y a las mujeres, y que eran todavía más salvajes. Una de ellas consistía en enterrarlas vivas casi inmediatamente después de nacer o, incluso, un poco después. Otros ejemplos son el cinturón de castidad o el cierre de la apertura de los órganos genitales externos con eslabones de alambre y un cerrojo especial de hierro.^[5] Éste último procedimiento es muy primitivo y muy semejante a la escisión sudanesa, en la que se extirpan completamente el clítoris, los labios externos y los internos, y se cierra el orificio de los órganos genitales con una pieza hecha de intestinos de oveja que deja sólo una apertura muy pequeña, del diámetro de un dedo, apenas suficiente para permitir la salida del flujo menstrual y urinario. Esta abertura, la noche de bodas, se rasga y se agranda para permitir la penetración del órgano sexual masculino. Se agranda de nuevo cuando nace un niño y, después, se estrecha otra vez. A la mujer divorciada, se le cierra por completo, de tal forma que se vuelve literalmente virgen y no puede tener relaciones sexuales excepto ante la eventualidad de un nuevo matrimonio, en cuyo caso se vuelve a restablecer la abertura.

Después de conocer la existencia de tan extraños y complicados procedimientos, cuyo único fin es evitar que la mujer mantenga relaciones sexuales con hombres que no sean su marido, es natural que nos preguntemos por qué son precisamente las mujeres las sometidas a esta tortura y represión

tan crueles. En este punto parece que ya no hay ninguna duda sobre la respuesta: la sociedad que conocemos hoy, representada por unas clases dominantes y con una estructura masculina, en un estadio muy temprano de su existencia se percató del poder sexual de las mujeres y de que, a menos que se las controlara y sometiera por todos los medios, ellas nunca aceptarían reglas morales, sociales, legales ni religiosas, especialmente las relativas a la monogamia. El sistema patriarcal, que aparece cuando las sociedades han alcanzado un cierto grado de desarrollo, exigía que cada mujer tuviera un marido, mientras que al hombre se le daba libertad para tener varias mujeres. Esto no habría podido ser, o no se habría mantenido hasta nuestros días, si no se hubiera apoyado en una gama completa de métodos crueles e ingeniosos para mantener la sexualidad de la mujer controlada, y asegurar que ésta mantuviera relaciones sexuales con un solo hombre, su marido. Así se explica por qué la sociedad siempre ha demostrado tan poca simpatía hacia la sexualidad femenina y se ha servido de todo tipo de armas para aplacar la turbulente fuerza inherente en ella. La menor fisura en el control de ese “peligro potencial” podría suponer que la mujer rompiera los barrotes de su “prisión matrimonial” y traspasara los límites de una relación monógama para conseguir la intimidad prohibida con otro hombre. Todo esto traería consigo, inevitablemente, numerosos problemas de sucesión y herencia, porque no habría garantías de que, llegado el día, el hijo de otro hombre pudiera reclamar su parte. La confusión entre los hijos del marido legítimo y los del amante significaría el inevitable colapso de la familia patriarcal, basada únicamente en el apellido del padre.

La historia nos demuestra que el padre ha querido siempre estar seguro de cuáles eran sus hijos, con el propósito de dejarles sus tierras. Por tanto, si la familia patriarcal surgió fue por razones económicas. Simultáneamente, la sociedad necesitaba dotarse de un sistema de valores morales y religiosos, y de un sistema legal capaces de proteger y mantener los intereses económicos. En un análisis final, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la escisión de la mujer, el cinturón de castidad y otras prácticas salvajes aplicadas a las mujeres son, básicamente, el resultado de los intereses económicos que dominan la sociedad. El que estas prácticas existan todavía en la sociedad actual significa que estos intereses económicos aún son operativos. Los cientos de *dayas*, enfermeras, personal paramédico y doctores, que ganan bastante dinero con la escisión de la mujer, se resisten, naturalmente, a cambiar estos valores y prácticas, que constituyen para ellos una fuente de beneficios. En Sudán existe un verdadero ejército de *dayas* que se gana la vida operando a las mujeres, tanto para extirparles el clítoris como para estrechar y ensanchar la apertura exterior, según la mujer esté casada, divorciada, casada en segundas nupcias, haya tenido un hijo o se esté recuperando del parto.^[6]

Los factores económicos y, paralelamente, los políticos, son la base de costumbres tales como la escisión de la mujer. Es importante entender los hechos como realmente son y las razones que se esconden tras ellos. Hay muchas personas que no saben distinguir entre factores políticos y religiosos, o que encubren motivos económicos y políticos con argumentos religiosos para ocultar los factores reales por los que se mueve una sociedad y se desarrolla la historia. Con frecuencia se afirma que el islam es el responsable de la escisión del clítoris y de la situación de discriminación y retraso que sufren las mujeres en Egipto y los países árabes. Pero no es cierto. Si se analiza el cristianismo, se ve que, en lo referente a las mujeres, es una religión mucho más rígida y ortodoxa que el islam. Pero, a pesar del cristianismo, muchos países progresaron con gran rapidez. Progreso

que afectó al orden social, económico, científico y también, a la situación de la mujer en la sociedad.

Por todo ello, estoy absolutamente convencida de que las razones que explican la situación de discriminación de las mujeres en nuestras sociedades, y las pocas oportunidades que tienen para progresar, no están en el islam, sino más bien en las fuerzas políticas y económicas: el imperialismo extranjero que opera principalmente desde el exterior, y las clases reaccionarias que operan desde el interior. Estas dos fuerzas cooperan estrechamente e intentan malinterpretar la religión, y utilizarla como instrumento de temor, opresión y explotación.

La religión, cuando defiende principios auténticos, persigue la verdad, la igualdad, la justicia, el amor y una vida plena y saludable para todas las personas, tanto si son mujeres como hombres. No puede existir ninguna religión que se proclame verdadera y pretenda la enfermedad, la mutilación de los cuerpos de las niñas y la amputación de una parte esencial de sus órganos reproductores.

Si la religión viene de Dios, ¿cómo puede haber ordenado Dios al hombre que extirpe un órgano que Él mismo ha creado si no está enfermo ni deformado? Dios no ha creado los órganos del cuerpo al azar, sin sentido ninguno. No ha creado el clítoris simplemente para que sea extirpado al principio de la vida. Sería una contradicción en la que una verdadera religión o el Creador nunca podrían caer. Si Dios ha creado el clítoris como un órgano sexual sensible, cuya única función parece ser procurar placer sexual a las mujeres, la conclusión que se debe extraer es que Él considera que el placer de la mujer también es legítimo, y por tanto, contribuye a su salud psicológica. Las mujeres no pueden alcanzar una plena salud física y mental si no experimentan placer sexual.

Todavía hay muchos padres y madres que temen dejar intacto el clítoris de sus hijas. Algunos me han explicado que conciben la escisión como una salvaguarda contra los errores y desviaciones en los que pueda caer su hija. Pero esto no es cierto, y puede resultar peligroso. Para que un chico o una chica no cometan errores, no hay que extirparles un pedazo de carne, sino conseguir que sean responsables, comprendan los problemas a los que se enfrentan y tengan una meta digna, que dé sentido a sus vidas y que absorba todas sus energías. Cuanto más conscientes seamos, más nos acercaremos a los verdaderos valores humanos, y mayores serán nuestros deseos de mejorar la calidad de vida; dejaremos de contentarnos únicamente con la mera satisfacción de nuestros instintos y de abandonarnos a los placeres, aunque éstos también son una parte esencial de la existencia. Cuanta mayor sea la libertad, en el verdadero sentido de la palabra, de la que disfruten las chicas, menos se preocuparán por las cuestiones relativas al sexo, porque ya no representarán un problema. Puesto que, al contrario de lo que se piensa, una persona libre es la que más inquietud siente hacia las posibilidades que la vida cultural le ofrece. Las chicas que han sido reprimidas sexualmente se preocupan demasiado por los hombres y el sexo. Y es una opinión muy extendida que una mujer inteligente y cultivada está mucho menos obsesionada por el sexo y los hombres que otra que no tiene con qué llenar su vida. Porque la que es inteligente tendrá, al mismo tiempo, muchas más iniciativas para disfrutar del sexo y experimentar placer; será más valiente que las otras, y así, satisfechas sus necesidades sexuales, podrá volcarse por completo en otros aspectos importantes de la vida.

En la vida de una mujer liberada e inteligente, la sexualidad no ocupa un lugar desproporcionado, sino que más bien tiende a mantenerse dentro de los límites de la normalidad. Por el contrario, la ignorancia, la represión, el miedo y cualquier tipo de limitación hacen que el papel del sexo en la vida de las mujeres sea exagerado y tenga una importancia desmesurada.



7. Oscurantismo y contradicción

En las primeras etapas de la vida, un niño no puede valerse por sí mismo, pero conforme pasa el tiempo va aprendiendo de forma gradual a satisfacer algunas de sus necesidades. En este proceso hacia la independencia, pierde su pasividad y adquiere más confianza en sí mismo. Esto, inevitablemente, le lleva a desarrollar ciertas reacciones positivas, tales como aprender a elegir, decidir y actuar con libertad. Todos estos cambios constituyen el desarrollo físico y psíquico del niño. El desarrollo mental o psicológico consiste, en esencia, en tener una personalidad independiente, poder elegir, ser libre y responsable.

Pero en lo que se refiere a la mujeres, la sociedad árabe, que se rige por unas poderosas relaciones patriarcales y por un sistema hierático de clases, las ha sometido a una gran discriminación y las ha hecho víctimas de una fuerte represión, tanto física como mental. La sociedad árabe también oprime a los niños e incluso a los hombres, pero el grado de represión que soportan las mujeres es mucho mayor debido a las fuertes presiones mentales y físicas a que se ven sometidas. Como resultado de todo ello, la mujer retrasa su desarrollo psicológico y es incapaz de librarse de la pasividad y del hábito de depender de otros. Sigue siendo, aunque ya tenga treinta, cuarenta o incluso cincuenta años, como un niño en las primeras etapas de la vida, pero con un cuerpo de adulto.

Son múltiples las formas de represión que se ejercen sobre la mujer. La mayoría se basa en el miedo, la intimidación y en formas encubiertas o directas de oscurantismo, que pretenden mantenerla sumida en las tinieblas de la ignorancia, privarla de cualquier conocimiento. A una mujer, ya desde la infancia y durante sus años de adolescencia y juventud, se le impide tener conocimientos sobre su

cuerpo y su personalidad.

Que una mujer no sepa nada sobre su cuerpo y sus funciones se considera un signo de decencia, pureza y buenas costumbres; por el contrario, que una chica tenga algún conocimiento sobre sexualidad y sobre su propio cuerpo es indecente y vergonzoso. Una mujer madura, con experiencia y conocimientos de la vida se considera menos que una mujer simple, ingenua e ignorante. La experiencia es un defecto que se debe ocultar, en lugar de ser un valor intrínseco de la persona.

Así pues, las mujeres siguen cultivando su ignorancia y simplicidad para que la sociedad las siga considerando virtuosas y tengan buena reputación. Los padres también fomentan estas cualidades en sus hijas. Las educan para que sean inocentes y sencillas, “gatitos ciegos”, como dirían los egipcios. Porque un “gatito ciego” es el tipo de chica que busca un egipcio medio para casarse.

El culto a la ignorancia no se limita sólo a las cuestiones sobre la sexualidad y los hombres, sino que se recomienda también para todas aquellas materias relacionadas con el cuerpo de la mujer. Las chicas árabes crecen en un ambiente de oscurantismo y silencio en todo lo referente al cuerpo y sus funciones. Por eso, suelen sufrir un ataque de nervios el día en que, al despertarse por la mañana, ven que tienen un hilo de sangre entre los muslos y una mancha roja en la sábana.

Es difícil imaginar el pánico que me invadió una mañana cuando, al despertarme, me encontré con los muslos manchados de sangre. Todavía recuerdo la palidez mortal de mi cara en el espejo. Los brazos y las piernas me temblaban violentamente porque creía que el desastre que durante tanto tiempo había temido que ocurriera había sucedido ya. Pensaba que, de algún modo, aprovechando la oscuridad de la noche, un hombre se había deslizado dentro de mi habitación mientras yo dormía y me había herido. Era un temor que no me dejaba tranquila y todas las noches, antes de irme a la cama, solía cerrar las ventanas que daban a la calle.

Lo más divertido de todo este asunto fue que, justamente el día anterior, en el colegio habíamos estudiado el tema de la bilharziasis. Se trata de una infección causada por un parásito que afecta a los conductos urinarios, muy frecuente en las zonas rurales de Egipto. En una de las etapas de su ciclo vital el parásito se aloja en la piel de las anguilas, corre por las aguas de corrientes y canales, y penetra en los cuerpos humanos traspasando la piel de las piernas. Uno de los síntomas de la enfermedad es la presencia de sangre en la orina, por lo que pensé que quizá la había cogido, y por eso me salía sangre de entre los muslos.

Tenía diez años, y creía que si tenía esa infección, bastaba con esperar a que se pasara sola. Pero el flujo de sangre no cesaba, sino que, por el contrario, con el paso de las horas se hacía más abundante. Al día siguiente, armándome de valor para superar el miedo y la vergüenza que me daba, se lo conté a mi madre. Le pedí que me llevara al médico para que me pusiera un tratamiento, pero, ante mi sorpresa, me dio la sensación de que no le afectó en lo más mínimo y se quedó tan tranquila. Me explicó que eso era un fenómeno que le sucedía a todas las niñas una vez al mes durante unos días. El último día, cuando el flujo cesó, tuve que tomar un baño caliente para purificarme de aquella “sangre impura”. Todavía recuerdo sus palabras: “un estado mensual”, “un baño caliente” para deshacerme de la “sangre impura”. De todo aquello, deduje que algo en mí era degradante, algo que aparecía regularmente en forma de sangre impura, de lo que me debía avergonzar y tenía que esconder a los demás. Por tanto, me quedé cuatro días en mi habitación, sin querer ver a nadie. Cuando abría la habitación de mi cuarto para ir al baño, miraba a un lado y a otro para asegurarme

de que no había nadie; antes de volver limpiaba con mucho cuidado el suelo, como si estuviera borrando las huellas de un crimen recién perpetrado, después de haberme lavado bien bajo los brazos y entre las piernas varias veces para asegurarme de que no me quedaba ningún olor ni rastro de sangre impura.

Estas situaciones son muy normales en la vida de las chicas árabes ya que, como han crecido en una atmósfera de represión y temor en todo lo relacionado con la sexualidad, desconocen sus órganos reproductores y las funciones fisiológicas naturales de cada parte del cuerpo. A las chicas se las educa para que, desde la más tierna infancia, se sientan diferentes a los chicos. El hermano puede salir, jugar y saltar. Pero la niña debe quedarse en casa y si la falda se le levanta un centímetro por encima del nivel establecido, su madre la mira con ojos amenazantes y la pone en evidencia.

Sin saber muy bien por qué, la niña debe cubrirse los muslos, pues parece que son la causa de muchos males, un tabú que debe ocultarse. Desde muy pequeña se le inculca que su cuerpo es algo impuro que debe esconder. En los periódicos, revistas y medios de comunicación se imponen las concepciones religiosas sobre el cuerpo femenino, que tienden a describirlo como algo obscuro que hay que ocultar. Sólo el rostro y las palmas de las manos pueden dejarse a la vista. Por eso, muchas chicas se ven obligadas a llevar velo.

Pero, paralelamente a este tipo de enseñanzas rígidas y ortodoxas, que niegan el sexo en la vida de las chicas y pretenden moldearlas como seres asexuados, se desarrolla otro proceso educativo contrario, que tiende a convertirlas en instrumentos sexuales, en cuerpos que hay que adornar y cuidar para atraer a los hombres, suscitando su deseo. Desde niña, a la mujer se la educa para que esté casi permanentemente preocupada por su cuerpo, su cabello, sus pestañas, sus vestidos, en detrimento de sus capacidad intelectual y de su futuro como ser humano. A las niñas árabes se las educa para el matrimonio, suprema función de la mujer en la sociedad, mientras que la educación, el trabajo y la profesión son aspectos secundarios que de ningún modo pueden desviarla de su ocupación principal: ser una buena esposa, cocinar, servir a su marido y cuidar de sus hijos.

Cuando era niña tuve que enfrentarme a toda mi familia para que me permitieran leer y desarrollar mi capacidad intelectual. Me negaba a cocinar y a limpiar la casa, e insistía en ir al colegio. No me gustaba tener el pelo largo, llevar lazos de colores o trenzas, y siempre me preguntaba por qué mi madre le daba tanta importancia a mi forma de vestir. En el colegio sacaba mejores notas que mis hermanos, pero nadie se alegraba ni me felicitaba. Y, sin embargo, si alguna vez cocinaba y la comida salía mal, todo el mundo me criticaba.

Siempre que me refugiaba en mi mundillo de libros ilustrados y de lápices de colores, mi madre me arrastraba a la cocina refunfuñando: “¡Tu futuro es el matrimonio y debes aprender a cocinar!”. ¡Tu futuro es el matrimonio, el matrimonio, el matrimonio! He llegado a odiar esa horrible palabra de tanto oírsele repetir a mi madre. En cuanto la decía, me imaginaba a un hombre gordo con un tripón lleno de comida. El olor de la cocina lo identificaba con los hombres. Y por eso llegué a odiar el olor a hombre y a comida.

Todo lo que me decía mi madre me parecía contradictorio. ¿Cómo podía ser que, por un lado, me previniera contra el sexo y los hombres y, por otro, se preocupara tanto por mi aspecto y mi manera de vestir para que les resultara más atractiva? A los hombres les tenía pánico y los evitaba como si de una plaga se tratara. Creía que con sólo aproximarme a un hombre, la vergüenza caería sobre mí, y

mi reputación de chica buena y respetable peligraría. Pero a la vez, sentía dentro de mí una tremenda atracción por el sexo opuesto. Las canciones que escuchábamos, llenas de pasiones, anhelos y amor, o las películas del mismo tipo que veíamos, encendían mis más oscuros deseos. Más de una vez me imaginaba que, de pronto, un desconocido me estrechaba entre sus brazos, pero el placer que sentía con esas ensoñaciones me creaba un gran sentimiento de culpa y vergüenza. No podía asimilar todas las contradicciones que tenía. Por dentro, ardía de pasión, pero, por fuera, daba una imagen de frialdad e indiferencia.

Esta calma e indiferencia no eran una pose. Odiaba a los hombres, aunque pensaba que el hombre de mis sueños era diferente. No podía definir en qué se distinguía de los demás porque, por su apariencia, era igual que los otros.

Mi experiencia, aunque algo diferente de la de las demás chicas, en el fondo es muy semejante, porque refleja las dificultades que afrontan las mujeres en nuestra sociedad. Las canciones y películas que hablan de amores y pasiones dejan una profunda huella en el desarrollo psíquico y emocional de una niña. Al mismo tiempo, se ve sometida a todo un complejo sistema de valores tradicionales y religiosos. Pero si, cuando se enamora de un hombre joven, su reputación se pone en entredicho, su nombre irá de boca en boca y caerá víctima de los valores de una sociedad puritana y corrupta.

Tendrá muchos más problemas si se enamora de un hombre pobre. Si, por el contrario, se trata de uno rico, contará con el apoyo de la familia y con su ayuda para llevarlo al matrimonio. En la mayoría de los casos, la familia es la que decide sobre los matrimonios, y todavía hay muchos padres dispuestos a vender a sus hijas en matrimonio por una buena suma. Como la familia en la sociedad árabe es absolutamente patriarcal, la autoridad del padre sobre las hijas, tanto social como legalmente, es absoluta y a veces, se abusa de ella de forma vergonzosa. Por un buen matrimonio, y por la buena dote que pueda pagar el futuro esposo, muchos padres entregan a sus hijas jóvenes a hombres viejos y decrepitos.

En los últimos años en los que la sociedad de consumo se ha extendido, y el dinero fluye en manos de especuladores y magnates del petróleo, se han vendido muchas chicas a cadenas de prostitución establecidas bajo la cobertura legal de matrimonios acordados. El caso de una joven cuyo padre falsificó su certificado de nacimiento para demostrar que tenía dieciocho años, y no doce, y poder casarla con un viejo a cambio de una gran suma de dinero ya no es un ejemplo aislado.^[1]

La autoridad absoluta de la que disfruta el padre le permite actuar impunemente y protegido por la ley, incluso aun cuando sea la hija quien tiene la razón.

Como ejemplo, me gustaría citar una historia publicada en uno de nuestros periódicos matutinos con el título de “El juzgado le concede el divorcio porque su esposa se había casado con él sin el consentimiento del padre”. La novia tenía unos veintiún años y había decidido casarse con el hombre al que amaba sin el consentimiento previo de su padre. La firma del contrato y la ceremonia matrimonial fueron presididos por el *ma'azun* (autoridad religiosa), de acuerdo con la ley islámica, y se realizaron en presencia de dos testigos. El matrimonio, fue legal, tanto desde un punto de vista jurídico, como religioso. Posteriormente, el padre inició un procedimiento judicial en el que solicitaba que el contrato matrimonial fuera considerado nulo e invalidado porque su hija no le había pedido el consentimiento. A pesar de que la chica era mayor de edad y, por tanto, libre para elegir a

su compañero, el tribunal aceptó la demanda del padre, basando su decisión en el hecho de que, de acuerdo con la tradición y costumbres del país, el consentimiento del padre era esencial, y el no tenerlo era suficiente para anular un matrimonio que se había realizado de acuerdo a las leyes civiles y religiosas (también era práctica corriente que el padre, o cualquier otro varón de la familia como el tío o el hermano, representara a la hija en la ceremonia de la boda).^[2]

En realidad, la única razón por la que el padre se oponía al matrimonio era que el novio pertenecía a una familia pobre y con ese matrimonio se frustraban sus planes de buscar un marido rico para su hija. Si se hubieran respetado los valores humanos se habría castigado al padre por considerar a su hija como una simple mercancía. Pero el tribunal anuló de forma arbitraria un matrimonio basado en la mutua comprensión y en el amor, y sellado con un contrato perfectamente legal, para apoyar la autoridad del padre y defender un sistema social materialista que se basa en la discriminación de clases y sexos.

Los padres y los sistemas de educación siempre hablan en teoría de los valores humanos, la igualdad, la libertad y el trabajo. Pero la gran mayoría de las familias, cuando tiene que adoptar una decisión sobre el matrimonio de una hija, presta muy poca atención a estos valores. En este punto, la tradición, las costumbres, la clase social y el dinero siguen siendo las consideraciones más importantes.

Desde los años cincuenta, muchos hombres y mujeres árabes ilustres se han propuesto llevar a cabo la tarea de cambiar las tradiciones retrógradas y las leyes injustas que rigen la vida y el destino de las mujeres. Gracias a ellos las mujeres disfrutan hoy de ciertos derechos. Pero, todavía, queda un largo camino por recorrer, porque las mujeres aún carecen de muchos derechos humanos esenciales. Las fuerzas sociales que se oponen a la verdadera igualdad de las mujeres siguen recurriendo a los valores morales y religiosos. No obstante, todos los días, en las pantallas de los cines, en la televisión, en los anuncios publicitarios, en los análisis políticos y sociales, en la literatura pornográfica, en las canciones y en los programas de radio, se violan estos valores. Y los representantes de las fuerzas sociales guardan silencio, o, incluso, participan, directa o indirectamente en propagar estas ideas que son la negación misma de los principios que en otros momentos defienden.

Este doble rasero con que se miden las actitudes y los valores morales en la sociedad árabe es característico de la situación actual. El individuo y la sociedad como un todo viven sumidos en profundas contradicciones:

1. Una multitud de películas que atraen a los espectadores por las escenas sexuales, las danzas lascivas, los desnudos y la pornografía disfrazada. La misma tendencia se refleja en los programas de televisión, las revistas, los anuncios, etcétera.
2. Una campaña cuidadosamente orquestada por los poderes religiosos que se difunde rápidamente por todos los medios de comunicación e impregna las actividades educativas, culturales e informativas. En Egipto, por ejemplo, esta campaña proclama que las jóvenes se pongan el velo, reclama cada vez con más fuerza “el retorno a la ley islámica” y “la prohibición” y pretende “que la mujer permanezca en la casa” y “que se castigue a las mujeres inmorales”.
3. Paralelamente a esta campaña religiosa, se puede percibir el relajamiento de las costumbres

morales en todos los ámbitos de la vida: aumentan las formas encubiertas de prostitución, que involucran hasta a colegialas y universitarias, y el tráfico de blancas, a veces enmascarado bajo falsos certificados de matrimonio, etcétera.

El obstáculo que suponen los principios morales y religiosos se salva fácilmente gracias al desarrollo vertiginoso de los valores comerciales, y el cuerpo de la mujer es una mercancía importante con la que se pueden obtener grandes beneficios.

Esta hipocresía que invade la sociedad árabe contemporánea tiene inevitablemente sus víctimas*, las mujeres, que han nacido para sufrir, y quizá ahora más que nunca. Están atrapadas entre dos fuegos: de un lado, los preceptos religiosos y valores morales tradicionales, de otro, los intereses políticos y económicos que invaden sus vidas con el principal objetivo de conseguir beneficios a toda costa y en el menor tiempo posible.

Desde que nacen hasta que mueren, las mujeres árabes son sacrificadas en los altares de Dios y del dinero. Los niños deben sufrir más que los adultos, los pobres más que los ricos, las mujeres más que los hombres y los gobernados más que los que tienen en sus manos las riendas del poder. En una sociedad sumida en tales contradicciones, sólo se defiende quien posee dinero, quien ejerce la autoridad (por ser hombre), quien tiene la ley de su parte o es una persona mayor. Los que no cuentan con ninguna de estas armas, están indefensos ante las poderosas fuerzas que se lanzan ciegamente a aplastarlos.

No es difícil imaginar lo que le puede esperar a una niña ilegítima, de familia pobre, en una sociedad en la que esas fuerzas pueden actuar impunemente. Quizá la muerte sea lo mejor que le pueda pasar, si lo comparamos con la vida que le espera.

Aunque sea legítima, a una niña siempre se la discriminará con respecto a su hermano. Aún hoy, tanto en el campo como en la ciudad, la mayoría de las familias reciben con alegría el nacimiento de un hijo varón y con decepción, el de una niña.

Para la familia una hija no tiene las mismas ventajas que un hijo. Él lleva el apellido de la familia y lo perpetuará, mientras que la niña terminará formando parte de la familia de su marido. Una hija puede traer la deshonra a la familia, porque el honor todavía se vincula a la virginidad antes del matrimonio y a la fidelidad al marido después.



8. Niños ilegítimos y prostitución

La dignidad humana está en total contradicción con toda forma de esclavitud, represión o sometimiento, y con todo tipo de comercio con los seres humanos, ya sean esclavos, mujeres o niños. La dignidad no existe cuando se transforma a un ser humano en instrumento, objeto o mercancía. Las costumbres y leyes que regulan el matrimonio en nuestra sociedad patriarcal y de clases son la negación misma de la verdadera dignidad, pues transforman a la mujer en una mercancía que se cambia por una dote y se vende por una pensión alimenticia. A veces, puede incluso llegar a venderse por nada. Sólo con leer el texto del artículo 67 de la ley sobre el matrimonio, podemos apreciar que esta última afirmación no es exagerada. El artículo dice lo siguiente:

La esposa no recibirá ninguna pensión alimenticia si rehúsa entregarse a su marido —y no está entre sus derechos el hacerlo o si se ve obligada a rechazarlo por alguna razón que no sea inherente al marido. Tampoco tiene derecho a pensión alimenticia si está en la cárcel, aunque sea injustamente, o en un campo de concentración, si ha sido víctima de una violación, si cambia de religión, si sus padres le impiden vivir con su marido o si sufre algún problema que impida que su marido la utilice como esposa. [sic].

La expresión “que impida que su marido la utilice como esposa” pone de manifiesto la verdadera

naturaleza de la relación que se establece entre un hombre y una mujer en el matrimonio. Se trata de una relación basada en la utilización y explotación de la mujer por parte del hombre. Una explotación más inhumana que la de los jornaleros por parte del terrateniente o la de los esclavos por su amo. Mientras que el amo debe hacerse cargo de su esclavo, si éste cae enfermo, la mujer no tiene ningún derecho, y se la puede tratar, o se la trata con mucha frecuencia, mucho peor que a un esclavo o a un jornalero, puesto que trabaja en casa de su marido y sirve a sus hijos sin recibir a cambio un salario. En caso de que caiga gravemente enferma, el marido puede, de acuerdo con las leyes matrimoniales, mandarla a casa de sus padres, pues él no tiene ninguna obligación legal de cuidarla y ocuparse de ella hasta que se recupere.

Uno de los crímenes más escandalosos cometidos por el sistema patriarcal y de clases a lo largo de la historia es el fenómeno de los hijos “ilegítimos”. Algunos de los países capitalistas más avanzados han afrontado este problema instituyendo un sistema de adopción, que en estos momentos está bastante extendido. Es una consecuencia directa de la creciente participación de la mujer en el mundo del trabajo, de su tendencia cada vez mayor a salir de la casa y realizar un trabajo remunerado. La ley, en algunos de estos países, les concede el derecho de poner a sus hijos su apellido y ahorrar, de esta manera, a los hijos ilegítimos las miserias que tenían que sufrir antes. La adquisición progresiva de ciertos derechos económicos contribuye a que la situación de la mujer cambie y se vaya equiparando a la de los hombres, de forma que incluso el apellido de la madre llega a tener la misma consideración que el del padre, pues con él sus hijos pueden disfrutar de “honorabilidad”, aprobación social y derechos legales.

Las sociedades islámicas no permiten la adopción de niños, y la paternidad jamás se puede establecer por la vía de la adopción. El islam insiste que todo niño debe ser atribuido a su padre y afirma que no basta simplemente con que un padre los declare hijos suyos, puesto que eso no son más que palabras. “Sólo Alá dice la verdad y te muestra el camino verdadero... Pon a tus hijos adoptivos el apellido de su verdadero padre, pues será más aceptable para Alá. Y si no conoces a sus padres, hazlos tus hermanos de religión”.^[1]

Túnez, al establecer un sistema de adopción, se ha situado a la cabeza de los países arabo-islámicos, ya que en los demás todavía está prohibido por la ley. En Marruecos, por ejemplo, la ley de la familia declara de forma perentoria que “la adopción no tiene valor jurídico y ningún efecto de filiación [hijo o hija]”.^[2]

Pero la libertad sexual de la que se ha disfrutado en los países islámicos ha provocado el nacimiento de muchos hijos ilegítimos. Así pues, las leyes de filiación por las que se regula la descendencia de los padres se han visto obligadas a incluir dentro del saco de la legitimidad a un gran número de niños ilegítimos. De este modo, se han burlado el contenido y la forma de las leyes matrimoniales, sus bases lógicas y jurídicas. La filiación de un hijo a su padre, según la legislación islámica, sólo se puede establecer de acuerdo a una de las siguientes formas:

1. Si el hombre ha mantenido relaciones sexuales con la mujer que legalmente es su esposa.
2. Si se puede inferir o sospechar que el hombre ha mantenido relaciones sexuales con una mujer determinada.
3. Si el hombre lo reconoce.

4. Si personas dignas de confianza dan testimonio de que ese hombre es el padre del niño en cuestión.

Un contrato de matrimonio legalmente aceptado

Se considera que un niño es hijo de su padre, si ese hombre ha mantenido relaciones sexuales con su esposa, ha eyaculado de forma que parte del semen haya podido llegar al útero (o si ha pasado un tiempo a solas con ella en una situación que satisfaga las condiciones requeridas por el rito sunní), y si se ha producido un embarazo de un mínimo de seis meses a un máximo de un año a partir de la fecha en que se mantuvieron las relaciones sexuales (dos años según la escuela teológica hanafí y cuatro según las shafeí y la malikí).^[3]

Al aplicar esta regla, la sociedad islámica intentaba reducir el número de hijos ilegítimos. Con el mismo propósito surgió el concepto de “niño durmiente”, basado en el dicho islámico de que “todo niño es hijo de la cama”, y en las palabras del Profeta: “Todo niño nace de la cama”. A la hora de interpretar estos dichos se dan dos explicaciones. La primera ve en los dichos un indicio de la nueva necesidad de afiliar el niño al padre y no a la madre, como había sido la costumbre anteriormente. Según la segunda, se asume que todo niño de una mujer casada debía ser automáticamente considerado hijo de su marido. El *imam* Abu Hanifa sostenía que un contrato de matrimonio, independientemente de su duración, era suficiente para asegurar que todo hijo de una mujer lo era también de su marido. Incluso si una mujer casada tenía un hijo en ausencia de su marido, ausencia que podía llegar a ser hasta de cuatro años, a este último se le seguía considerando, desde un punto de vista legal, el padre de la criatura. Del mismo modo, si una mujer paría un hijo sólo tres o cuatro meses después de haber contraído matrimonio, se designaba al marido como el padre. Un hijo así recibía el nombre de “niño durmiente”.

Sin embargo, el concepto de “niño durmiente” desapareció de la sociedad islámica en el momento en que, con los progresos y descubrimientos modernos de la medicina, se supo la duración normal de un embarazo y el número de meses que un embrión es capaz de permanecer vivo en el vientre de su madre, y, también, como consecuencia del crecimiento de hijos legítimos e ilegítimos.

Hasta 1929, la sociedad egipcia vivió de acuerdo a las teorías de Abu Hanifa. Pero, bajo la influencia de los tres *imames*, Ahmed Ibn Hanbal, Al-Shafei y Malik, los requisitos para demostrar la paternidad de un hijo se modificaron, exigiéndose pruebas sobre las relaciones sexuales mantenidas entre el marido y la mujer.

Túnez y Marruecos también han excluido la idea del “niño durmiente” de su legislación moderna. Uno de los artículos de la ley marroquí de la familia estipula lo siguiente:

La duración máxima del embarazo es de un año calculado a partir del día del repudio (divorcio) o muerte [del marido]. Si al final del periodo de un año, existe alguna duda sobre el embarazo, la parte interesada someterá el caso a los tribunales. El tribunal consultará entonces a expertos en medicina.^[4]

La filiación por vía de un adulterio legalizado.

Si un hombre mantiene relaciones sexuales con una mujer con la que cree estar casado, sin saber que en realidad no es su esposa, o con una mujer que él cree su esposa, pero con la que, de hecho, le está prohibido mantener relaciones sexuales, o con una mujer con la que se ha casado por medio de un contrato sin saber que legalmente ella no podía convertirse en su esposa, y si, como consecuencia de estas relaciones sexuales, ella se queda embarazada, no se considerará que la pareja ha cometido adulterio, ya que en el momento de sus relaciones ignoraban el hecho de que realmente no estaban casados. El hijo en ese caso será atribuido legalmente al hombre, que será considerado el padre legal.^[5] [Por supuesto, esto supone que el padre reconoce el matrimonio con esa mujer y al hijo nacido de este matrimonio].

Todas estas estipulaciones demuestran lo indulgentes que pueden ser las leyes islámicas con respecto a la libertad sexual de los hombres. Un hombre puede mantener relaciones sexuales con cualquier mujer que no sea su esposa, sin que se considere que ha cometido adulterio, y puede también ser el padre legal del hijo que resulte de esa relación. La única condición que se le exige para poder hacerlo es que en el momento de las relaciones él creyera que la mujer era realmente su esposa. ¿Es posible que alguna vez se dé esta situación? Aunque todo puede ocurrir, un caso así debe ser bastante fuera de lo normal. ¿Es posible que un hombre tenga relaciones sexuales con una mujer sin saber si es o no su esposa? Quizá podría suceder bajo los efectos del alcohol, pero el islam no lo menciona en ningún caso ya que es *haram* (está prohibido). Si se puede dar el caso de que un hombre no sepa distinguir a su esposa de otra mujer, ¿no sería posible también pensar en que una mujer confundiera a su marido con otro hombre? ¿Por qué a las mujeres no se le permite esto, si, como enseña la religión, precisamente ellas son menos inteligentes y devotas que los hombres, a los que se ha dotado de un grado mayor de razón e inteligencia que les permite no perder nunca el control sobre sí mismos?

Si seguimos la lógica de este razonamiento, llegaremos a la conclusión de que un hombre que tenga relaciones sexuales con una mujer que no sea su esposa podrá eludir la acusación de adulterio, basándose en que en ese momento no sabía exactamente quién era la mujer. Y si esto es así, entonces ¿a quién se aplica la ley sobre adulterio?

Confesión o reconocimiento del hombre

La filiación de los niños a sus padres se debe hacer a través del reconocimiento, es decir, que el hombre en cuestión declare que él es el padre del niño, y no haya otro hombre que le discuta ese derecho. Si el niño es aún pequeño no se necesita su consentimiento, pero una vez que ha crecido su consentimiento es esencial.

Lo que se deriva de esto es que un hombre soltero puede tener hijos legítimos. Una mujer en la misma situación, sin embargo, no tiene los mismos privilegios. El hijo nacido de las relaciones mantenidas con un hombre que no sea su marido se considerará ilegítimo, a no ser que él reconozca ser el padre, y que ningún otro hombre se lo discuta.

Testigos fidedignos.

La filiación, en general, o la paternidad de los hijos, en particular, se pueden determinar si hay testigos fidedignos que estén de acuerdo en dar su testimonio. El número de estos testigos normalmente es de dos. Basta, por ejemplo, con que dos hermanos testifiquen que el recién nacido es hijo de su hermano muerto para que la filiación sea efectiva, porque los dos testigos fidedignos son miembros varones de la familia. Por el contrario, el testimonio de la mujer que ha parido al hijo no se considera válido.

Si al hombre se le concede el derecho de certificar su paternidad, se le dan exactamente las mismas prerrogativas a la hora de negar su paternidad, incluso aunque sólo lo haga porque abriga ciertas dudas. El hombre que está seguro de no ser el padre de un determinado hijo está obligado, según la ley religiosa, a negar su paternidad. Le está totalmente prohibido reclamar la paternidad de un hijo del que sabe a ciencia cierta que es de otro padre.

Un marido puede negar su paternidad si el hijo nace seis meses después de haber mantenido relaciones sexuales con la mujer o después del plazo máximo (que normalmente se considera de un año). Sin embargo, si el niño no ha nacido antes del mínimo o después del máximo de estos periodos, y si el contrato de matrimonio con la mujer es permanente, en ese caso, la vía para negar su paternidad es a través de un procedimiento de repudio llamado *la'an* (derivado de *lan* que significa “renegar”).^[6] El procedimiento consiste en que el padre envía una queja a la autoridad que detenta el poder político-religioso de su región, en la que niega su paternidad, ante lo cual se le pedirá que se presente ante ella a testificar el hecho. Entonces debe repetir cuatro veces: “Testifico ante Alá que digo la verdad cuando afirmo que este hijo no es mío [no ha nacido como consecuencia de ninguno de mis actos]”. Después de repetir estas palabras el número de veces requerido, debe añadir: “Que Alá me condene si miento cuando acuso a mi mujer y digo que el hijo no es mío”. Una vez que el marido ha ofrecido su testimonio, es el turno de la esposa. De acuerdo con las instrucciones de la autoridad, debe repetir cuatro veces: “Juro por Alá que mi marido miente cuando me acusa de adulterio”. Luego, finalizado el testimonio, tiene que decir: “Que la ira de Alá caiga sobre mí si mi marido dice la verdad”.

Como resultado del *la'an* se emite un juicio, que puede corroborar que el hombre no es el padre del hijo y establecer la separación perpetua del hombre y la mujer implicados.^[7]

Según estas disposiciones legales islámicas, no solamente un hombre soltero puede repudiar a su propio hijo, también un hombre casado puede hacer lo mismo con el hijo habido con su mujer, repitiendo las palabras del *la'an* cuatro veces seguidas. Y todo esto puede suceder incluso si el contrato de matrimonio es perfectamente válido, si los periodos de embarazo mínimo y máximo están de acuerdo con lo que exige la ley, y si la esposa jura que el niño es de él y de ningún otro. El juez que les juzga a ambos es un hombre, y no una mujer, y la sociedad en la que ejerce su profesión está dominada por hombres, y es una sociedad fuertemente patriarcal. ¿Quién, en este caso, va a creer a la mujer y culpar al hombre por mentir? Un hombre, a ojos de la ley y de la tradición religiosa, está más cerca de la verdad, de la razón y de lo que es correcto que la mujer, que es mucho más propensa a mentir y engañar, que carece de comprensión y es inconsciente. Pero, sin embargo, como vimos anteriormente, es el hombre el que demuestra una extraña inconsciencia cuando el tema en cuestión es

su derecho a mantener relaciones sexuales con otra mujer que no sea su esposa y su derecho a aceptar o repudiar la paternidad de un hijo nacido de las relaciones sexuales mantenidas dentro o fuera de la estructura matrimonial.

El procedimiento del Zafan permite que un hombre niegue su paternidad con respecto a un hijo simplemente porque duda de la fidelidad de su esposa; y las leyes le dan al hombre el derecho absoluto de negarse a dar su apellido a un hijo sólo porque no ha firmado un contrato matrimonial con la madre.

La ley castiga a la mujer culpable de adulterio mucho más duramente que a un hombre en el mismo caso. En Egipto, el castigo puede llegar a ser una sentencia máxima de dos años de prisión. Pero, sin embargo, a un hombre no se le castiga por cometer adulterio si lo realiza fuera de la casa en la que vive con su mujer. Incluso si se le sorprende teniendo relaciones sexuales con otra mujer en su propia casa, la pena que le castigue no podrá exceder de seis meses de prisión.^[8] Normalmente sólo se castiga a la mujer, pues la ley, las costumbres y los preceptos religiosos tipifican la infidelidad de la mujer hacia el marido como un crimen inexcusable. La infidelidad del marido para con su mujer, sin embargo, se concibe de una forma mucho más leve, y la ley, las costumbres y los preceptos religiosos la permiten de forma tácita. El adulterio de la mujer tiene consecuencias peligrosas para el sistema establecido; pues trae consigo la confusión en la descendencia y la herencia, aspectos ambos que constituyen conjuntamente la piedra angular del sistema patriarcal.

Según las leyes egipcias, si se sorprende a un hombre teniendo relaciones sexuales con una prostituta, no se le encarcela, sino que se le utiliza como testigo contra ella, que puede ser sentenciada a un periodo determinado de prisión. Por tanto, todas las leyes promulgadas por el sistema patriarcal con el fin de regularizar las relaciones hombre-mujer son necesariamente injustas. La prostitución se define como el comercio sexual entre un hombre y una mujer, cuyo objeto es satisfacer las necesidades sexuales del hombre y las económicas de la mujer. Parece evidente que las necesidades sexuales, incluso en un sistema de dominación masculina, no son tan apremiantes como las económicas que, si no se satisfacen, pueden llevar a la enfermedad o la muerte. Sin embargo, la sociedad considera que las necesidades económicas de la mujer son menos vitales que las sexuales del hombre. Esta situación sólo puede darse donde existe una gran desigualdad. Las necesidades de los dirigentes o de los grandes propietarios siempre serán más importantes que las de los gobernados o los asalariados. La necesidad que el amo tiene de divertirse y obtener placer es más importante que la que tiene el sirviente o el esclavo de comer o dormir. La necesidad que la clase dirigente tiene de un televisor en color es mucho más importante que la que las masas rurales tienen de agua potable. La necesidad que un hombre tiene de obtener placer sexual es más importante que la que tiene su mujer de comer o de recibir atención médica, y más vital que la de una prostituta por una barra de pan o por algo de ropa con que cubrirse el cuerpo. Por tanto, a ella se la puede meter en la cárcel, mientras a él se le deja en libertad para que pueda seguir buscando otras mujeres.

Desde una perspectiva histórica, la prostitución comenzó con el sistema patriarcal, con la división de la sociedad entre propietarios de tierras y esclavos. Al mismo tiempo aparecieron las primeras reglamentaciones en materia de relaciones sexuales con las primitivas formas de matrimonio. De hecho, la prostitución es la otra cara de la moneda del matrimonio. Los hombres necesitaban el matrimonio para identificar a sus hijos, pero también querían dar rienda suelta a sus

instintos sexuales. Por tanto, el cinturón de castidad y la fidelidad conyugal sólo se le impusieron a la mujer. Son realmente fascinantes las estrategias utilizadas por el hombre para justificar sus idas y venidas con otras mujeres que no fueran su esposa. Para hacerlo, encubría su deseo detrás de la máscara de la religión y convertía sus relaciones sexuales con prostitutas en ritos religiosos y actos de santidad.

Más adelante, algunos gobernadores o reyes, que eran los representantes de Dios en la Tierra, en algunos países tuvieron el derecho de pasar la noche con todas las vírgenes que se iban a casar.^[9] Hoy en día, al *sheij* de un país árabe, se le ofrece una vez al mes para pasar una noche con ella a una virgen a la que ya no vuelve a ver nunca más. Los jóvenes varones de las familias de clase alta compiten por la mano de la joven en cuestión porque ha tenido el señalado honor de pasar una noche con el *sheij* y porque, como resultado de ello, recibe una pensión muy sustanciosa.

En Europa, durante la Edad Media, el rey, el soberano o el príncipe otorgaban al señor feudal el derecho de pasar la primera noche con toda joven que se fuera a casar, si su familia vivía en su propiedad o si el futuro marido de la chica era uno de sus siervos. En latín se conocía este sistema de la primera noche como *Jus Prunae Noctus*.^[10]

En ciertas tribus era misión del padre desflorar a la joven la noche de bodas. Así, con el pretexto de celebrar una ceremonia o ritual religioso, podía satisfacer sus impulsos sexuales con una joven. Los babilonios creían que los dioses tenían la costumbre de hacer una visita nocturna a las mujeres devotas para asegurarse de que tendrían hijos varones.^[11] La prostitución sagrada o religiosa se siguió practicando hasta el siglo IV a. C. y fue abolida por decreto en el año 325 a. C. por el emperador Constantino.

En el antiguo Egipto las familias nobles elegían a sus hijas más bellas y se las ofrecían al dios Amón, cuyo templo estaba en Tebas. Cuando, pasados los años, la joven se convertía en una mujer mayor que ya no podía satisfacer los deseos de los sacerdotes se la eximía de sus deberes en una ceremonia en la que se le demostraba un gran respeto, se la casaba con un hombre de la comunidad y se la acogía en las casas y familias más ricas. Estas prostitutas sagradas constituían una clase de sacerdotisas importantes y se las conocía como el harén (o las mujeres) del dios Amón.^[12]

La prostitución sagrada sigue existiendo actualmente en algunos países como la India o Japón. Los templos en algunos lugares de la India aceptan todavía a chicas que deciden dedicar su vida al servicio de los dioses. Se les permite vivir en el recinto del templo donde realizan varias funciones. Algunas de estas jóvenes se eligen para satisfacer de forma secreta las necesidades sexuales de los sacerdotes e incluso para atender a ciertos visitantes o peregrinos influyentes. En la antigua Fenicia, los padres ofrecían a sus hijas a los visitantes como muestra de bienvenida. Esta forma de prostitución se conoció y extendió por Europa donde continuó practicándose hasta la Edad Media. Los gobernantes tenían prostitutas de una categoría especial para que se ocuparan de los visitantes importantes. Para este propósito algunos concejos del siglo XIV contaban con casas especiales.

Aún hoy, en la mayoría de los países de Oriente y Occidente, y por tanto en los países árabes, existen servicios del Estado, como las agencias de inteligencia, las fuerzas de la policía especial (policía secreta, policía política, etc.) y embajadas, que siguen utilizando la prostitución como método para obtener información, influir en la gente, manipular sus opiniones e, incluso, hacer chantaje, etcétera.^[13] A los invitados especiales y personalidades políticas importantes se les ofrecen

estas mujeres, y, a veces, como ocurre en algunos países asiáticos, se trata de una costumbre muy extendida.

Durante siglos, las casas de prostitución han existido para llevar a cabo unas funciones que parecen vitales en la sociedad patriarcal, pues en ningún momento de la historia han desaparecido. En las primeras épocas del cristianismo, cuando se extendió por toda Europa, aún quedaban vestigios de una relación religiosa entre la prostitución y la Iglesia.^[14]

Un estudio sobre la historia de la prostitución y sobre los cambios sufridos por los valores morales y religiosos según el sistema social y económico en vigor, nos haría comprender mejor los factores que han contribuido a la sumisión de las mujeres y a la opresión social y económica a la que han estado sometidas ciertas clases sociales, y las fuerzas motrices que han ido conformando las relaciones entre los sexos.

Por ejemplo, la opresión de las mujeres en la India ha sido tan severa y cruel que hasta hace muy poco era costumbre quemar viva a una viuda junto a su marido fallecido. Todavía hoy se dan casos aislados en los que la viuda accede, por la presión social, a que se la queme tras la pérdida de su esposo. Los sacerdotes insisten en que eso es lo correcto, especialmente cuando la viuda es rica y su dinero va a ir a parar, de acuerdo con la ley, al templo.

El sistema de matrimonio y de relación entre los sexos se ha transformado siempre de acuerdo con las necesidades económicas, sin tener el menor escrúpulo por las normas o valores morales. Durante los periodos de pobreza y escasez extremas, se permitía que los padres se deshicieran de sus hijos matándolos, el aborto era muy corriente, las relaciones sexuales extramatrimoniales estaban estrictamente prohibidas, y se animaba a la gente a que no se casara, o que se casara y llevara a cabo un control de natalidad estricto. La sociedad puede y ha podido siempre elegir los valores religiosos que más convenían a sus intereses económicos. En periodos de relativa prosperidad, en los que la mano de obra era escasa, todo volvía a cambiar, y se animaba a la gente para que tuviera mucha descendencia, tanto dentro como fuera del matrimonio.

En algunas zonas del sur de la India, tuve la oportunidad de visitar ciertas comunidades tribales pobres que prohibían la poligamia y permitían la poliandria, es decir, el que las mujeres tengan más de un marido, y los hombres se limiten a una sola mujer. Allí encontré muchos casos en los que una mujer tenía varios maridos, frecuentemente hermanos entre sí. Esto tiene una doble finalidad: reducir los gastos y limitar el número de hijos. La poliandria ha existido durante periodos históricos relativamente largos, pero las razones económicas que motivaban su existencia variaban según las circunstancias. En la gran región árabe, antes del islam, y en la antigua Grecia, antes de la república de Esparta, la ley permitía que una mujer tuviera varios maridos, con la condición de que sólo tuviera un hijo. En Esparta, el Estado mataba el excedente de niños, enterrándolos vivos en el cementerio llamado Taigitos.

Los habitantes de la antigua Grecia podían mantener cualquier tipo imaginable de relación extramatrimonial con la condición de que esto no perjudicara la hacienda del marido y no contribuyera a que la herencia quedara en manos de gente de una clase social más baja, o fuera a parar a los hijos de otro hombre.

En la sociedad romana el hombre tenía el derecho de adoptar un hijo de madre desconocida, pasando el niño a ser su hijo legal. La mujer, sin embargo, no podía adoptar un hijo de padre

desconocido por razones puramente económicas, de herencia y de propiedad.

Cuando estalló la larga guerra entre Esparta y Atenas a finales del siglo v a. C., un gran número de hombres se ausentaron de sus hogares durante un largo periodo de tiempo dejando tras de sí a muchas mujeres solas. Los hombres que no habían ido a la guerra se pusieron a pensar en la manera de tener relaciones sexuales con estas mujeres. En un espacio de tiempo relativamente breve, se empezaron a preconizar y extender ciertas ideas que fomentaban y defendían la libertad sexual de las mujeres, y los mejores cerebros de la época buscaban con intensidad argumentos plausibles en defensa de la nueva causa. Entre ellos se encontraba el famoso físico de la antigua Grecia, Hipócrates, padre de la medicina, que descubrió muy oportunamente que el útero necesitaba una continua alimentación por parte del hombre (hasta ese momento ningún hombre había manifestado ningún interés particular en el destino de los úteros) y que si se le privaba de ese alimento tan necesario, la mujer sufriría un ataque de nervios llamado “histeria” (palabra que se deriva del término griego con el que se designaba el útero). Las mujeres habían vivido hasta entonces en una situación de privación sexual casi continua, pero nadie había pensado en la necesidad de satisfacerlas. Sin embargo, en esos momentos, como resultado de esa nueva enfermedad terrible llamada “histeria”, los que no habían ido a la guerra, o habían decidido quedarse para atender los asuntos de Estado más importantes, una vez más decidieron sacrificarse por una noble causa, y mantuvieron relaciones sexuales con las desafortunadas mujeres que se habían quedado solas, y cuya salud peligraba en extremo si no se encontraba alguna forma de satisfacer a tiempo sus necesidades sexuales. Las necesidades sexuales de los hombres no tenían nada que ver con esto, por supuesto.

En la época en que el cinturón de castidad de las mujeres estaba de moda, especialmente en la Edad Media, la licencia sexual y la prostitución se extendieron como el fuego. Muchos maridos, en aquellos tiempos, viajaban con mucha asiduidad ya que el comercio se había convertido en una ocupación muy lucrativa y cada vez se volcaban más familias en esa actividad. Los mercaderes tenían forzosamente que abandonar a sus mujeres, y, por eso, los hombres, muy ingeniosos ellos, inventaron el cinturón de castidad, hecho de hierro. Se ponía sobre los órganos genitales externos de la mujer, y las amorosas manos del marido lo candaban con una llave que él se llevaba en el bolsillo. Sin duda, el contacto de la llave entre sus dedos lo ayudaba a mantenerse tranquilo y le permitía concentrarse en el difícil trabajo de ganar dinero, una vez que la propiedad que había dejado atrás estaba bien guardada.

Sin embargo, si se examina con detalle la vida de los mercaderes se verá que durante sus viajes, el marido solía pasar más tiempo y gastar más energía en entretenimientos sexuales con amantes y prostitutas que en sus actividades comerciales. Pero esto no le debía preocupar en exceso porque los hijos que pudiera tener como consecuencia de aquellas relaciones nunca podrían reclamar su parte de herencia.

Los hombres de religión y los sacerdotes no eran menos activos sexualmente. La inmoralidad se extendió, el número de prostitutas se multiplicó en una proporción vertiginosa, y nacieron hordas de hijos ilegítimos. Los que llevaban el hábito de monje o fraile, o los faldones de sacerdote, a pesar de que habían hecho voto de castidad y renuncia a los placeres terrenales de por vida, participaron de forma destacada en las orgías sexuales de la Edad Media o Edad de las Tinieblas. Y llegó un momento en que la prostitución se convirtió en una parte inseparable de la vida y la sociedad, en una

necesidad a la que no se podía renunciar ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra.

Los políticos y los gobernantes se percataron en seguida de que no se podía formar un ejército, ni tener la certeza de que se enfrentaría al enemigo con valentía, ni conservar la salud de los soldados, si no se atendían convenientemente sus necesidades sexuales. Así pues, la misión de los que formaban y dirigían aquellos ejércitos ya no era sólo asegurarse de que estaban bien provistos de armas, municiones, comida y vestido, sino que también pasó a ser la de suministrarles cientos, e incluso miles, de prostitutas sobre las que poder lanzarse con frenesí antes de la batalla o después de que concluyera. Por eso se dice que la profesión de prostituta prosperó y floreció extensamente durante el periodo de las sucesivas Cruzadas. Es realmente gratificante pensar que las mujeres contribuyeron de forma tan efectiva en aquellas guerras, luchando tan ardientemente por una causa santa, la de abrir las rutas comerciales en manos de los árabes a los comerciantes europeos. Sólo en un año, los cruzados debieron pagar los gastos de comida y alojamiento de más de 13.000 prostitutas. Cuando terminó la guerra, la sociedad europea tuvo que afrontar un problema nuevo, el de seguir proporcionando comida y vivienda a ese auténtico ejército de mujeres.

Muchos sacerdotes estuvieron implicados en la gestión de las casas de prostitución durante ese periodo de la historia de Europa. Entre ellos, un tal Menez, del que se decía que “tenía el mismo número de prostitutas en su casa que libros en su biblioteca”.^[15]

Es natural que, con todo esto, las enfermedades venéreas se extendieran enormemente y se convirtieran en epidemias que constituían un peligro mortal para la salud de casi todas las comunidades. Uno de los emperadores europeos de la época hizo una solemne declaración en la que proclamaba que estas enfermedades eran una manifestación de la ira de Dios contra la gente que se había burlado de la religión y había sucumbido al demonio del sexo.

Las causas reales de la enfermedad no se conocían entonces y, por tanto, se atribuyeron a las mujeres; por eso se les llamó “la enfermedad de Venus” (por Venus, la diosa griega del amor). Más adelante, se utilizó el mismo nombre para designar a todas las demás enfermedades de este tipo, incluyendo la gonorrea y la sífilis, que hoy en día se conocen en Europa como enfermedades venéreas.

Así pues, del mismo modo que Eva era el origen del mal y del pecado, Venus era la responsable de las enfermedades que se contraían a través del contacto sexual. Los hombres seguían siendo puros e inocentes, mientras que las mujeres eran el origen del mal, el pecado y la enfermedad.

Durante toda la Edad Media la prostitución siguió siendo una parte integrante de la vida social. En 1414, cuando el emperador Segismundo, a la cabeza de su ejército, visitó la ciudad de Berna, en Suiza, las puertas de las casas de prostitución se abrieron de par en par para recibirlos a él y a sus tropas, en señal de clamorosa bienvenida. El emperador, en medio de las festividades, agradeció a las altas y respetables autoridades tan calurosa hospitalidad.^[16]

En el siglo XVIII, cuando se empezó a desarrollar el sistema que hoy conocemos como policía, las casas de prostitución pasaron a ser competencia del nuevo aparato del Estado. Algo más que natural, ya que las clases dirigentes querían ejercer una supervisión efectiva de la institución que ellas mismas habían creado para asegurarse de que ese dominio, particularmente sensible, no escapara a su control. El siguiente paso fue promulgar una serie de leyes que regulaban la práctica de la prostitución y aseguraban la supervisión médica necesaria para que las enfermedades venéreas no

afectarán a los hombres que pasaban las noches con las prostitutas. Además, no había ningún motivo que impidiera que las prostitutas pagaran por la protección que recibían del Estado que defendía sus intereses y, por tanto, con el paso del tiempo, se les hizo pagar impuestos. El gobierno se convenció de que la prostitución era una actividad que producía muchos beneficios y que, como autoridad suprema que ejercía el poder y el dominio en nombre de las clases dirigentes, no había ninguna razón por la que no pudiera tomar parte en el reparto de tan sustanciosos beneficios, aunque fueran fruto del pecado y la degradación. El Estado no tenía ningún pudor a la hora de meter la mano en el bolsillo de las prostitutas del mismo modo que hacen hoy los proxenetas. Y a la que intentara eludir su obligación de pagar, de inmediato se la encarcelaba convicta del crimen de practicar la prostitución.

La cantidad de prostitutas se multiplicó con rapidez como resultado de las necesidades casi ilimitadas de los maridos de mantener relaciones sexuales extramatrimoniales, de la convicción de las mujeres de que su valor era mayor en el mercado de la prostitución que en el del matrimonio, y del creciente grado de pobreza, consecuencia de la explotación de las clases más oprimidas. La cada vez más extendida prostitución, junto con las “enfermedades venéreas” que comenzaban a tener proporciones alarmantes, se convirtió en un peligro para la economía de la sociedad, y para la salud de sus miembros. En consecuencia, los gobiernos comenzaron a promulgar leyes para ilegalizar la prostitución.

En Egipto hasta 1951, año en que el gobierno decidió prohibirla, la prostitución era legal y estaba supervisada por el Estado. Actualmente, la prostitución en la mayoría de los países árabes es ilegal, y se practica de forma clandestina aunque, a veces, se ejerce abiertamente. Una prostituta está a salvo si cuenta con la protección de la policía o de alguien con influencia. Sólo si es pobre o se niega a satisfacer los deseos de la policía o de alguien en el poder irá a la cárcel.

Todas estas víctimas, sean prostitutas, mujeres abandonadas o hijos ilegítimos, ya sea en Occidente u Oriente, se sacrifican en aras de la civilización patriarcal dominada por el hombre, una civilización en la que el hombre es Dios y decide de qué forma puede satisfacer mejor sus intereses, deseos y caprichos. ¿Qué mejor ejemplo se puede citar a este propósito que el de un hombre que se destacó de forma sobresaliente en la sociedad moderna, un genio como Picasso, que dejó una fortuna de unos 140.000.000 de libras esterlinas, pero en su testamento decidió privar a dos de sus hijos ilegítimos, Paloma y Claude, hijos de Françoise Gilot, su amante, de su derecho a la herencia?^[17]



9. Aborto y fertilidad

La reproducción, como cualquier forma de producción dentro de la sociedad, está influida por el sistema económico vigente y por los recursos alimenticios y materiales que ésta posea. Si estos recursos son escasos con relación al número de habitantes, la sociedad, empujada por el miedo al hambre y la muerte, tolerará lo que hasta entonces había prohibido estrictamente y consideraba impío, para restaurar el equilibrio entre la producción material y las necesidades de la población. El problema puede solucionarse de dos maneras: o bien se incrementa la producción o bien se reduce el número de nacimientos.

La ciencia y la tecnología, en sus comienzos, no conseguían incrementar los recursos alimenticios cuando se necesitaba, ni se sabía mucho tampoco sobre el control de natalidad o el aborto. La única solución, por tanto, era matar a los niños después de su nacimiento. En aquellos tiempos, este procedimiento no se consideraba criminal, ni tan siquiera inmoral, sino que, por el contrario, se tenía por un acto deseable y plausible. Lo que hoy nos parece una práctica cruel, en aquel entonces no entraba en contradicción con los sentimientos maternos o paternos, pues no hay que olvidar que eran las contingencias materiales las que determinaban los comportamientos humanos. Los sentimientos y la emociones, al igual que los valores morales, cambian y se adaptan a las circunstancias económicas y sociales. La gente no comienza a preocuparse de verdad por ciertos temas relacionados con la moral y la religión hasta que no come, satisface sus necesidades básicas y está más o menos tranquila física y psíquicamente. Un hombre hambriento no pensará en comprarle un velo a su esposa para que se cubra el rostro hasta que no tenga un pedazo de pan que llevarse a la boca.

El problema de la mujer reside en que su cuerpo, o más precisamente su vientre, es el único receptáculo dentro del cual la vida humana puede reproducirse. El Estado, para poder controlar la reproducción y someterla a los intereses del sistema económico imperante, se ve obligado a extender su control sobre los cuerpos de las mujeres. Ellas pierden entonces la propiedad de su cuerpo porque la asume el Estado, que, en la sociedad moderna, ha heredado gran parte de la autoridad y de las funciones que en época del sistema patriarcal primitivo eran competencia del padre.

Como la mayoría de los Estados del mundo, en las etapas más recientes de su historia, han sido capitalistas o feudales, el cuerpo de la mujer ha pasado a ser, gracias a la aplicación de una legislación muy estricta, propiedad de las clases capitalistas o feudales que gobiernan la sociedad. Estas leyes, no obstante, se han cambiado con frecuencia, según el Estado necesitara más mano de obra o, por el contrario, tuviera necesidad de imponer una política que disminuyera el rápido crecimiento de la población.

La sociedad sueca, por ejemplo, disfruta de una gran libertad sexual que fomenta el nacimiento de niños, ya sea dentro o fuera del matrimonio y ya sean mujeres casadas o solteras, porque Suecia tiene que combatir la fuerte disminución de la tasa de nacimientos y de mano de obra que se está produciendo en el país.

Sin embargo, en países que tienen problemas de superpoblación, como la India o Egipto, es muy probable que a una mujer casada se la penalice si tiene más de dos o tres hijos. Actualmente, en Egipto la ley priva a la mujer trabajadora de las ayudas por maternidad a partir del tercer hijo, y, en los últimos tiempos, se han alzado nuevas voces pidiendo que, si tiene más de dos hijos, se le supriman también otros derechos, como el de la promoción laboral, el aumento periódico del salario, etcétera.

En Túnez y Somalia, a pesar de ser ambos países islámicos, se ha legalizado el aborto para combatir el alto crecimiento de la población. Pero en la mayoría de los países islámicos el aborto sigue siendo ilegal, pues se presume que la religión musulmana lo considera contrario a sus principios.

Si estudiamos la relación entre la religión y el Estado en las diferentes etapas de la historia de la humanidad y en los diferentes tipos de sociedades que han existido, descubriremos que incluso en temas cruciales, una misma religión ha adoptado posiciones y principios diametralmente opuestos. Estos principios suelen variar de acuerdo a las estructuras socioeconómicas de los Estados más que según la religión en vigor. Esto se pone de manifiesto al analizar la forma en que la Iglesia cristiana modificó radicalmente su postura sobre muchos temas para preparar la transición del feudalismo al capitalismo. Del mismo modo, las autoridades religiosas musulmanas se mostraron muy versátiles adaptando sus ideas y sus posturas a las necesidades de los diferentes y sucesivos gobiernos árabes. Así evolucionaron para permitir el tránsito de un sistema esclavista a otro feudal, más tarde, del feudalismo al capitalismo y, finalmente, del capitalismo al socialismo.

Las autoridades religiosas islámicas han mantenido siempre posturas contradictorias en lo referente al control de natalidad y a la planificación familiar. De hecho, algunas personas afirman que el islam acepta la planificación familiar, incluido el aborto, mientras que otras sostienen firmemente que el islam no sólo se opone al aborto, sino también al uso de anticonceptivos.

Gamal Abdel Nasser, en la Carta Nacional de 1962, incluía un párrafo en el que se subrayaba la necesidad de la planificación familiar (*tanzim al-'usra*), “porque uno de los obstáculos más

importantes a los que se enfrentan los egipcios a la hora de elevar su nivel de producción y, por tanto, su nivel de vida, es el rápido crecimiento de la población”. En 1965 se instituyó el Consejo Supremo de Planificación Familiar, y ninguna de las autoridades religiosas levantó la voz para oponerse a dicho decreto presidencial. Por el contrario, muchos líderes religiosos se enfrascaron en la tarea de buscar pruebas que demostraran que en el islam había argumentos a favor de la planificación familiar. Los periódicos, la radio y la televisión, a través de discursos y azoras coránicas, se hicieron eco de estos argumentos, y la estructura gubernamental para la planificación familiar funcionó con regularidad durante un periodo de diez años. Gamal Abdel Nasser murió en septiembre de 1970, es decir, sólo cinco años después, y, de un día para otro, la Asamblea Constituyente de la Asociación Islámica Mundial promulgó una resolución en la que condenaba la planificación familiar, considerándola *haram* (prohibida). Dicha resolución^[1] se expresaba en los siguientes términos:

Se ha comprobado científicamente que tomar medicamentos para prevenir el embarazo perjudica en gran medida a la madre y al hijo si, a pesar de las medicinas, éste llegara a nacer. Se han esgrimido argumentos superficiales para defender el control de natalidad, tales como la superpoblación, el problema de los recursos alimenticios y los bajos niveles de educación. Pero no hay que prestar ninguna atención a todo esto ya que en las azoras del santo Corán tenemos la respuesta: “No matéis a vuestros hijos por miedo a empobreceros. Ya les proveeremos nosotros, y a vosotros también. Matarles es un gran pecado”.^[2]

A pesar de esta resolución, el Consejo de Planificación Familiar siguió funcionando en Egipto. Algunas autoridades religiosas se opusieron a la resolución anterior. Otros países islámicos, como Marruecos, Túnez, Irán y Turquía, permitieron el control de natalidad, y algunos incluso el aborto.

En lo que se refiere al islam, no hay nada en El Corán que apoye o se oponga al control de natalidad. El Corán es la primera fuente de jurisprudencia y orientación teológica islámica. Le siguen después los dichos y enseñanzas del Profeta, el consenso de los pensadores y líderes religiosos y, por último, los métodos de la inferencia y analogía. Éstas son las tres fuentes reconocidas como válidas, que se utilizan como complemento de El Corán cuando se quiere adoptar una postura ante algún problema. Algunos de los dichos de Mahoma (*ahadith*) animan a multiplicarse y reproducirse, mientras que otros aconsejan una reducción o limitación del número de hijos. Lo mismo se puede decir de los pensadores y legisladores del islam. Las contradicciones o las diferentes opiniones que aparecen en los dichos y enseñanzas de Mahoma indican que el Profeta las expresó para responder a situaciones diferentes, en momentos y contextos distintos. En las azoras de El Corán también se expresan con frecuencia opiniones contradictorias, a veces, incluso, irreconciliables, porque también entre unas y otras existían diferencias de tiempo y lugar, y dependían de cuándo y dónde le hubieran sido reveladas a Mahoma. No se puede pensar que una religión se compone de una serie de enseñanzas y directrices aisladas, enviadas por Dios; cada una de ellas hay que entenderla en su contexto específico, en su propio escenario social, económico y cultural. Es muy importante estudiar siempre cuidadosamente el contexto en el que Dios ha hablado y ha explicado lo que se debe hacer.

En los primeros años del islam, una de las tareas principales de Mahoma fue establecer un

Estado musulmán y fortalecer la nación musulmana. Por tanto, exhortó a su pueblo a que se multiplicara y reprodujera, pues la superioridad numérica era sinónimo de fuerza y contribuía a crear ejércitos poderosos. En las enseñanzas de este periodo Mahoma lo animaba así: “Casaos y multiplicaos. Pues estaré orgulloso de vosotros entre todos los pueblos el día del juicio”.^[3] También dio a los hombres otro consejo: “Casaos con una mujer cariñosa y fértil”.

Algunos de los teólogos y legisladores musulmanes se apoyan en El Corán para oponerse al control de natalidad, y, en concreto, utilizan azoras como la siguiente: “Del mismo modo que a un camello que no tiene los medios para vivir, Alá le provee de todo, así también hará contigo”.^[4] O esta otra: “Alá provee generosamente a aquellos entre Sus servidores que más le agradan”.^[5] Y también: “Tu Dios provee generosamente a aquellos que Él quiere, pues Él es todopoderoso”.^[6]

También para apoyar estos argumentos se suele mencionar una declaración del Profeta en la que explicó que durante el cuarto mes de gestación del embrión en el vientre de la madre, es decir, tras ciento veinte días, “Alá manda un Ángel que decidirá el futuro del niño en cuatro aspectos cruciales: su medio de vida, el tiempo que va a vivir y si va a ser feliz o infeliz”.^[7]

No obstante, Mahoma era muy consciente de que la fuerza no se conseguía aumentando la cantidad de hombres, éstos debían tener buena salud y fortaleza, no podían ser débiles ni estar divididos por luchas internas. Es natural que un líder que quiere fortalecer a su pueblo para que venza a sus enemigos piense así.

Uno de los dichos más famosos de Mahoma es el siguiente: “La peor de las catástrofes es tener muchos niños y poco sustento”. El Consejo de Planificación Familiar utilizó esta frase en uno de sus lemas. En otra ocasión el Profeta dijo: “Los demás pueblos os asaltan como los comensales asaltan la olla.” Entonces uno de los presentes le preguntó: “¿Pero es que somos tan pocos?” Y el Profeta replicó: “No, sois muchos, pero estáis diseminados, como la espuma de un corriente”.^[8] Con esto quería decir que el ser muchos no necesariamente implicaba que fueran fuertes, podían ser como la espuma que levanta una corriente de agua, inútil y sin fuerza.

En tiempos de Mahoma, los musulmanes practicaban el método anticonceptivo conocido como la “retirada antes de la eyaculación” o eyaculación externa. En el libro *Al-Sahihain*, se cita a Gaber: “En los tiempos del Profeta de Alá, cuando El Corán le fue revelado, practicábamos la retirada”.^[9] En Sahih Mossalam dijo: “Solíamos practicar la retirada' durante la época del Profeta. Cuando se enteró de esto no nos ordenó que dejáramos de hacerlo”.^[10] Se dice que el *imam* Al-Gazali dijo: “Nosotros creemos que la 'retirada' está permitida”.^[11]

Los teólogos y legisladores de la escuela islámica malikí permiten la “retirada” como método para evitar embarazos, pero subrayan que la esposa debe estar conforme con este procedimiento, sea cual sea su edad.^[12]

El *imam* Zeid Ibn Ali Zein al-Abedin menciona que la escuela principal de Yemen también acepta la “retirada” si la esposa no tiene objeción. El *imam* Yehia Ibn Zeid apoyaba sin reservas la “retirada”, si el objetivo era evitar el embarazo.^[13]

La escuela Shia ya'afareya, la más popular en Iraq, Pakistán, Afganistán y Siria, declara en sus escritos que la “retirada” como método para evitar el embarazo es aceptable, si se ha llegado a un acuerdo con la esposa al casarse.^[14]

Según Mahoma, la “retirada” no debería practicarse con “una mujer libre” a menos que ella esté de acuerdo.^[15] Los discípulos de Abdallah Ibn al-Temimi (conocidos como los abadeya), que viven en la región de Omán, en la parte oriental de la Península Arábiga y en algunas partes del norte de Africa, permiten la “retirada” con la condición de que la esposa no se oponga. Afirman que “la 'retirada' se puede permitir para evitar el nacimiento de un niño, por temor a tener muchos hijos o a causar daños al pequeño...”

Algunos legisladores y filósofos islámicos han admitido otros métodos para el control de natalidad además del de la “retirada”. Uno de ellos consiste en cerrar el cuello del útero de la mujer para evitar que el “agua” (semen) llegue hasta él, y que se produzca un embarazo. Según Ibn Abdine este método lo expuso Saheb al-Bahr, uno de los legisladores de las escuela de doctrina islámica hanafí. También en este caso se debe pedir el acuerdo previo a la esposa.^[16]

Al-Zarkashi habla de un medicamento especial que provoca la caída del embrión. Tampoco ve problema alguno en el uso de medicamentos después de la eyaculación, y añade: “No veo ninguna objeción en que para prevenir el embarazo se utilicen métodos que actúen durante la relación sexual antes de la eyaculación.”^[17]

El Comité de *Fatwa* (directivas y explicaciones sobre la doctrina) de la Universidad de Al-Azhar declaró:

Según la escuela de doctrina islámica shafeí, el uso durante un largo periodo de tiempo de medicamentos para evitar el embarazo no está prohibido. El Comité, en consecuencia, apoya este punto de vista pues estima que facilitará las cosas a la población y evitará la vergüenza a las mujeres que teman pasar por muchos embarazos, o por embarazos demasiado seguidos. Alá, el Todopoderoso ha dicho: “Alá quiere aligerar vuestras cargas, no complicaros las cosas”.^[18]

Durante la Edad Media los médicos musulmanes solían aconsejar a la gente sobre métodos de anticoncepción. Uno de los más importantes fue Abu Bakr al-Razi, un musulmán persa nacido cerca de Teherán, a mediados del siglo IX. Se le considera el médico más importante del islam en la Edad Media. En su libro titulado *Al-Hawi* (Lo que abarca todo) describe diversos métodos para el control de natalidad:

A veces, por ejemplo, cuando el embarazo es peligroso para la mujer, es importante evitar que el semen penetre en el útero.

Hay varias maneras de conseguirlo. El primer método consiste en el *coitus interruptus*. El segundo, en evitar la eyaculación, y algunas personas lo practican. El tercero, en introducir alguna sustancia en el cuello del útero antes de la penetración de la mujer. Estos medicamentos obstruyen la apertura o repelen el semen de forma que se evita el embarazo. Pueden ser tabletas o supositorios de col, *hanzal*, *kar*, bilis de toro, cera segregada por las orejas de los animales, excrementos de elefante y agua con cal. Además estas sustancias se pueden utilizar por separado o en diferentes combinaciones.^[19]

Otro de los médicos más importantes del califato abbasí en Bagdad fue Ali Ibn Abbas al-Meyusi que, a mediados del siglo X, escribió lo siguiente a favor del control de natalidad:

Existen medicamentos para evitar el embarazo. Aunque no se deberían mencionar para evitar que las mujeres de mala reputación los usaran, sin embargo, conviene hacerlo para que los utilicen las mujeres que tienen un vientre pequeño o sufren alguna enfermedad por la cual el embarazo supondría un riesgo que pondría en peligro sus vidas durante el parto.^[20]

A pesar de sus profundos conocimientos médicos, Ali Ibn Abbasí, juzgaba de forma superficial la sociedad, la familia patriarcal y la tragedia de los hijos ilegítimos. Pues si hubiera sido de otro modo, se habría dado cuenta de que las mujeres a las que llama “de mala reputación” (refiriéndose a las prostitutas) eran las que más necesitaban utilizar métodos de control de natalidad. Así podrían haber evitado a sus hijos la mendicidad, la vergüenza e incluso la muerte, y a ellas, la carga, tanto para su salud como para su reputación, de un hijo ilegítimo nacido de unas relaciones que tenían que aceptar por estar atrapadas en una situación a la que la estructura inhumana de una sociedad patriarcal y de clases les había llevado.

Otro filósofo y hombre de ciencia muy conocido en el islam fue Avicena (Ibn Sina), que murió en 1037 d. C. Ibn Sina en su libro *Al-Qanun fi-l-tibb* (Las leyes de la medicina) describe veinte métodos diferentes de anticoncepción. Teniendo en cuenta el nivel de desarrollo científico de la época sus descripciones son sumamente precisas y detalladas.^[21] Estos métodos se habían estado utilizando durante cientos de años y muchos de ellos resultaron más eficaces que otros que se descubrieron más tarde. Sin embargo, como la mayoría de los médicos, consideraba los métodos de anticoncepción sólo desde un punto de vista científico, no tenía, en absoluto, en consideración las razones sociales o económicas de la práctica del control de natalidad, ni siquiera en el aspecto individual o familiar.

La medicina europea heredó gran parte de los conocimientos y técnicas que habían descubierto los médicos musulmanes. También se basó en fuentes como *Al Irshad*, de Ibn Yami'i, *Tazkarat Daud Al Antaki* (Las prescripciones de David de Antioquía), de Ismail al-Girgani y el *Kitab al-Malki*. La falta de información lleva a pensar a mucha gente que los métodos de anticoncepción y las ideas sobre el control de natalidad son invenciones del pensamiento y la ciencia occidentales. El preservativo que se ponen los hombres durante las relaciones sexuales no se inventó en Occidente, como muchos piensan; el *imam* Al-Gazali ya lo mencionaba hace mucho tiempo en sus escritos como “el saco de piel para los hombres” o el “dispositivo profiláctico”, hecho de tripas.

La posición que adoptan los países árabes con respecto al tema del control de natalidad varía atendiendo al número y a la tasa de crecimiento de su población, y a su relación con la producción, y con los recursos económicos y materiales del país. En Kuwait y Arabia Saudí sólo se recomienda la anticoncepción por razones médicas. Mientras que en otros países, como Egipto y Túnez, los gobiernos están llevando a cabo un programa de planificación familiar. Este es también el caso de ciertos países musulmanes como Pakistán, Irán y Turquía. El problema en sí y la razón por la que se adopta una u otra postura no tienen nada que ver, por tanto, con la religión, sino más bien con los factores económicos.

El tema de la planificación familiar y el control de natalidad surgió por primera vez en la prensa hace aproximadamente cuarenta años, el 29 de enero de 1937, cuando se le pidió al mutfi Al-Diyar al-Masria (una autoridad religiosa egipcia en la interpretación de la doctrina) que expusiera claramente la postura del islam con respecto a los temas del control de natalidad y el aborto, tanto desde un punto de vista médico como social.^[22] La respuesta del *Mutfi* fue la siguiente:

1. Una pareja casada tiene derecho a adoptar medidas individuales destinadas al control de natalidad por razones médicas o sociales. La conformidad de los dos miembros no es esencial.
2. Antes de que haya transcurrido un periodo de seis meses desde el comienzo del embarazo, la madre puede tomar medidas o medicinas que conduzcan al aborto, siempre que éste se realice de forma correcta, y no se exponga la vida de la madre.
3. Todos los *imames* religiosos están de acuerdo en que bajo ningún concepto se debe realizar un aborto una vez transcurrido este periodo de tiempo.

Así pues, queda claro que las autoridades religiosas egipcias, en 1937, momento en que la mayoría de los países europeos los prohibían, permitían la anticoncepción, y el aborto durante las primeras dieciséis semanas de embarazo. Ese mismo año, la Sociedad Médica Egipcia organizó un seminario, cuyo objetivo era estudiar estos temas desde todos los puntos de vista posibles, médicos, sociales, legales, religiosos y estadísticos.

Actualmente, la legislación egipcia permite la anticoncepción con una serie de métodos, pero el aborto sigue siendo ilegal. Algunos países árabes, como Túnez y Somalia, lo han legalizado, pero, en la mayoría, todavía es ilegal, aunque, en ciertos países, incluido como hemos visto Egipto, algunas autoridades islámicas lo aceptan desde un punto de vista religioso, siempre y cuando se practique dentro del límite de las dieciséis semanas.

El *imam* Al-Gazali (de la escuela doctrinal shafeí) e Ibn Yazey (de la escuela doctrinal malikí) son los representantes más destacados de las dos tendencias que se oponen frontalmente al aborto en cualquier periodo del embarazo.

Algunas autoridades islámicas consideran que la religión no prohíbe el aborto durante los primeros ciento veinte días de embarazo como se menciona en los escritos de la escuela hanafi citados por Al-Kamal Ibn al-Hamam.^[23]

Las autoridades religiosas que consideran que el aborto se puede realizar antes del fin del cuarto mes de embarazo basan su razonamiento en la opinión de que el embrión hasta ese momento no es una vida humana. Se dice que el Profeta explicó que *al-ruh* (la vida) no se despierta en el embrión hasta el día número ciento veinte.^[24] Ibn Wahban al-Hanafi entre sus enseñanzas incluyó la siguiente: “Es una situación muy dolorosa que la leche del pecho de la madre se seque después del embarazo, y el padre del niño no tenga dinero para comprar una cabra o camello y tema que su hijo muera”. Luego sigue diciendo: “En un caso así permitir el aborto no es una falta, y no se puede condenar como si fuera un crimen.”^[25]

Pero si han transcurrido los cuatro primeros meses de embarazo, las autoridades religiosas son unánimes a la hora de condenar el aborto e insisten en que, si se aborta pasado ese tiempo, habrá que pagar una multa, a no ser que se pueda probar que el aborto era esencial para salvar la vida de la

madre“, a la que no se puede sacrificar para salvar al niño ya que es ella quien le da la vida”. En estos casos se opta, pues, por causar el menor de los males posibles, uno de los principios generales de la jurisprudencia y legislación religiosas. El derecho penal marroquí se basa en este principio legal islámico. Su artículo 453 establece que: “El aborto no será un delito punible si se realiza para salvar la vida de la madre y lo practica un médico o cirujano después de informar oficialmente a las autoridades administrativas”.[26]

Uno de los problemas que más afectan a las mujeres árabes, casadas o solteras, es el embarazo. Si una chica pobre se queda embarazada sin estar casada, se enfrenta realmente a una situación desesperada. Aunque ella no sea responsable, sino que se trata de una chica desamparada, violada o engañada por un hombre de clase alta, quizá deba pagar su error con la vida. Si la chica pertenece a una familia rica, la situación será totalmente distinta, sus padres le buscarán rápidamente una solución. Es muy probable que la casen con un hombre de clase social más baja —al que todos considerarán un caballero por haber “salvado” a la pobre chica— que se sentirá contento de casarse con una mujer adinerada. En caso de que el responsable del embarazo se niegue a casarse con ella, y no haya voluntarios adecuados, siempre queda la posibilidad de llevar a la chica a un médico y, como tienen dinero, pagar un aborto ilegal.

El embarazo y el aborto son una fuente inagotable de crisis en la vida de una mujer trabajadora pobre, incluso aunque esté legalmente casada. Sobrecargada y exhausta por sus muchas tareas domésticas, se ve obligada a intentar a toda costa evitar los frecuentes y repetidos embarazos. Es muy probable que escuche que el gobierno fomenta el uso de anticonceptivos y la práctica de la planificación familiar. Sin embargo, a ella no le resulta fácil utilizar estos métodos, dados los numerosos obstáculos a los que se enfrenta debido a su situación económica, social, cultural e incluso religiosa. En consecuencia, en los países árabes muchas esposas viven en un continuo estado de ansiedad. Temen constantemente la posibilidad de un nuevo embarazo y la carga de otro hijo del que cuidar.

Como es de suponer, el peso total de la anticoncepción en las sociedades árabes recae sobre los hombros de la mujer. Se supone que es ella la que por su cuenta y riesgo se ocupa de todo: conseguir las píldoras, tomarlas y sufrir los efectos secundarios si se da el caso; o acudir a la clínica a que le inserten un DIU y luego se lo tengan que quitar si se produce alguna hemorragia fuerte. Si resulta que el método falla y se queda embarazada, no le queda más remedio, si no puede permitirse tener otro niño, que abortar de forma ilegal. En tal caso, se expone a los graves riesgos que supone realizarlo en malas condiciones y sin la atención médica adecuada. Porque, si acude a un buen médico, tendrá que pagar lo que le pida, que sin duda, como el aborto es ilegal y con él se saca mucho dinero, será un precio muy alto.

El aborto sigue siendo ilegal en la mayoría de los países árabes y se sigue practicando de forma clandestina. No existen estadísticas sobre el número de abortos que se realizan, solamente estimaciones calculadas en algunos hospitales donde se registran los casos de abortos provocados o que han tenido complicaciones.

Sin embargo, se ha podido observar que el número de abortos practicados porque la mujer sufría problemas de salud ha disminuido rápidamente, mientras que las operaciones realizadas para preservar la salud física o psíquica de la madre han aumentado. Parece, pues, que esto responde a un

intento de cumplir, al menos en la forma, con las exigencias requeridas por la ley para practicar un aborto. Porque, normalmente, cuando se alegan razones psicológicas, en el fondo de lo que se trata es de las circunstancias sociales y económicas de la paciente, pero la ley no admite estas últimas como excusa legal válida. Ahora bien, si hay dinero suficiente de por medio, se puede esquivar la ley.

Como resultado de lo anterior, el número de abortos practicados a mujeres de familias acomodadas es tres veces superior al de los realizados a mujeres de sectores pobres de la sociedad, calculados en cifras absolutas. Los médicos son los principales responsables de esta situación, ya que una mujer que lo necesita sólo si puede pagar mucho dinero conseguirá que le practiquen un aborto.

El profesor Ismail Rayab (de la Universidad de 'Ein Shams) en relación con el tema del aborto ha dividido a la clase médica en dos categorías:^[27] una pequeña minoría que acepta realizar la operación, esquivando las disposiciones legales para ganar mucho dinero; y una gran mayoría que se niega a realizarla, pero que está dispuesta a mandar a la paciente a uno de los doctores que sí la practican, a pesar de que simplemente esto es un acto ilegal.

El aborto, como casi todos los temas que tienen que ver con las mujeres y la sexualidad, es una cuestión sobre la que todavía existen tremendas contradicciones en la sociedad árabe, reflejo de la doble moral sexual que subyace en toda sociedad patriarcal.

En Egipto se estima que, de cada cuatro embarazos, uno concluye en un aborto ilegal. Todos los años, muchos de estos abortos provocan numerosas y serias complicaciones en la salud de las mujeres, sobre todo, en las de clases más pobres, que pueden incluso terminar con la muerte. El aborto ilegal en Egipto es hoy en día la principal causa de muerte en mujeres embarazadas.

No cabe duda de que la situación, tanto desde un punto de vista médico, como social y moral, es mucho más desesperada para las madres solteras. En su mayoría, se trata de chicas jóvenes que sirven en casas de familias de clase media-alta, en las que algún hijo, o el propio marido, ha abusado de ellas o las ha agredido. Se dan pocos casos en los que la chica se haya creído las promesas de matrimonio del hombre que la cortejaba.

En Egipto, la mayoría de los casos de aborto se da en mujeres casadas, el 90% corresponde a madres casadas de edades comprendidas entre 25 y 35 años. De ellas, el 80% son madres que ya tienen dos o más hijos, y que estiman que la familia no podría aguantar las consecuencias de la llegada de un hijo nuevo.

Si se legalizara el aborto en Egipto o en el resto de los países árabes, el número de operaciones, que ya es muy alto, no crecería sustancialmente, pero, sin embargo, tendría la ventaja de sacar a la luz del día lo que en la actualidad es un fenómeno turbio, oscuro e, incluso, criminal, que se realiza en el más absoluto secreto, en el mercado negro, y a un alto precio. Una medida así ofrecería también a las mujeres de clase más pobre la posibilidad, al menos en teoría, de recibir los mismos servicios que sus compatriotas ricas, y contribuiría, definitivamente y con bastante eficacia, a la mejora de los servicios médicos, evitando la negligencia y reduciendo las complicaciones de la operación. Las mujeres pobres podrían abortar en unas condiciones médicas e higiénicas mínimas, sobre todo, desde que se ha generalizado el empleo del aparato de succión, capaz de aspirar el embrión en unos pocos minutos, sin anestesia y sin dolor.



10. Nociones desvirtuadas sobre la feminidad, la belleza y el amor

La sociedad árabe no está acostumbrada a revisar de forma crítica los valores heredados ni a reflexionar sobre ellos, y, en especial, sobre aquellos que tienen que ver con la mujer, el sexo y el amor. Muchos creen que estos valores han sido revelados por Dios, cuando, de hecho, no son sino el reflejo de una sociedad patriarcal y de clases, en la que una clase gobierna sobre otra, y donde el hombre domina a la mujer.

La primera condición para que se den los principios básicos del respeto y el amor recíprocos es que ninguna persona puede dominar a otra. El que un rico oprima a un pobre está en contra de la dignidad humana. Si un hombre posee una mujer como si se tratara de uno más de sus bienes, no se puede decir que la relación se base en la dignidad humana, pues ésta sólo es posible si hay justicia e igualdad de derechos humanos. Un amor digno se debe fundar, pues, en esa justicia e igualdad.

Sólo habrá amor verdadero si existe un intercambio justo, y sólo se puede producir este intercambio si hay equilibrio e igualdad entre los dos seres. Entre un esclavo y un amo nunca se produce un intercambio justo, ni entre un ser “superior” y otro “inferior”. El verdadero amor, por tanto, no puede existir en una relación que se base en la explotación. En consecuencia, podemos afirmar que la mayoría de las relaciones hombre-mujer no se basan en el amor. Todos esos suspiros, lamentos y desgracias que nos ofrecen las canciones egipcias no son realmente amor. Tampoco lo son

las emociones entre hombres y mujeres que describe la literatura árabe, o las historias de amores ciegos, apasionados, locos o románticos, expresión de unos sentimientos que no representan un amor auténtico.

El amor es la experiencia más importante por la que un ser humano puede pasar, porque sólo con amor las potencialidades físicas, mentales y emocionales del hombre y la mujer pueden desarrollarse al máximo.

La acción es un elemento esencial en el amor. El amor platónico o *hubb 'udri* es una emoción enferma, puesto que carece de acción. Se trata de un amor que se alimenta de la pérdida y la pasividad, en lugar de basarse en la acción.

La mujer árabe, sometida como está a una fuerte represión, sexual y psicológica no tiene otra opción que la pasividad. Porque el que actúa es el hombre y la mujer debe esperar a que él actúe.

La pasividad de la mujer árabe no es, por tanto, una característica innata, sino que es algo impuesto por la sociedad. Al anular en ella algunos de sus rasgos naturales más positivos, aquélla la obliga a renunciar a la capacidad de asumir sus propias responsabilidades humanas, en otras palabras, a renunciar a una de las características fundamentales de la naturaleza del ser humano que más lo diferencia de los animales. Así, vaciada de su esencia, de la mujer sólo queda el envoltorio externo. Se le arrebató todo lo importante y sólo se le deja la estructura exterior física. A ella, pues, no le queda más opción que ocuparse de ese cuerpo, darle masajes, dejarlo suave al tacto, depilarlo, mostrarlo al desnudo, o cubrirlo de vestidos según las modas.

La sociedad se empeña en inculcarle que es un cuerpo únicamente y que, por eso, debe esmerar el cuidado de todo lo relacionado con ese caparazón puramente físico. Los periódicos, las revistas y los anuncios, cuando se dirigen a las mujeres, lo hacen como si se tratara de un pedazo de carne cubierto por una fina capa de piel y le recomiendan constantes cuidados con todo tipo de cremas y diferentes tonos de lápiz de labios.

Pero la mujer árabe ni siquiera puede ocuparse por sí misma de su envoltorio, de su apariencia física externa. Son otros los que deciden por ella: los propietarios de las industrias que abastecen a las mujeres de las grandes capitales de Occidente. Una mujer moderna de Bagdad, El Cairo o Túnez no lleva la ropa que quiere, sino que se pone lo que algún capitalista, rey de la moda en París o Nueva York, considera adecuado para ella.

El único criterio por el que se rige la producción capitalista es la obtención de beneficios. Las necesidades básicas de la gran mayoría de la gente son un asunto secundario, y sólo se tienen en consideración en la medida en que conviene evitar el resentimiento público para que no interfiera en el funcionamiento de la máquina de producir beneficios. Como resultado de ello, la mayoría de los productos creados específicamente para mujeres no responden a las necesidades de las masas de los países árabes; en realidad, son bienes de lujo. ¿Se puede afirmar, por ejemplo, que los millones de mujeres árabes que trabajan en el campo y en las fábricas necesitan desodorantes para evitar el olor a sudor que día y noche las acompaña sin secarse nunca?

Pero para eso están todos los anuncios resplandecientes, instalados en las partes más visibles de las ciudades y pueblos, con sus colores llamativos, sus provocativos lemas, sus fotos y dibujos de mujeres desnudas o semidesnudas, tumbadas, sentadas o de pie, abrazando a un hombre, besándolo o mirándolo a los ojos. Todo un mundo de sexo barato y productos de lujo diseñados para atraer la

atención de quienes pueden pagarlos, en unos países donde la inmensa mayoría de la población no puede satisfacer las necesidades básicas de comida, ropa, y vivienda. Las grandes casas de moda del mundo explotan y especulan con las necesidades psicológicas y sexuales de la sociedad árabe donde la gente está sometida a unos valores morales que convierten la satisfacción de los sentidos en un pecado y una profanación.

En consecuencia, el capitalismo también comparte una parte sustancial de responsabilidad en lo que respecta a la doble moral por la que se rige la sociedad. Por un lado, contribuye a que los árabes cumplan con los valores religiosos y morales que establecen y difunden las autoridades islámicas, gastando enormes sumas de dinero en apoyo de la ortodoxia y el fanatismo religioso. Y, por otro lado, en las películas, la televisión, las revistas, la publicidad y los libros, para comercializar sus productos, utilizan como tema principal el de la mujer y el sexo, con lo que hacen caso omiso a los valores morales que intentan imponer.

Esta aparente contradicción se sostiene por un razonamiento muy sólido. La ortodoxia religiosa provoca una fuerte represión sexual y, como consecuencia, la gente tiende a preocuparse más por los temas relacionados con el sexo. Así, es muy fácil dirigir toda esa energía sexual reprimida hacia el consumo de una variada gama de productos, cuyas campañas de publicidad se basan en sutiles, pero muy vivas, referencias y asociaciones sexuales. Además, los fenómenos psicológicos y sexuales que suelen producirse también en una sociedad patriarcal y de clases, y que se manifiestan a través de la violencia, la agresión, la adicción al alcohol, las drogas, las desviaciones sexuales etcétera, sirven a la comercialización de los productos de una industria siempre ávida de beneficios.

En Oriente, las miradas de los hombres se dirigen sobre todo hacia las pantorrillas, los muslos y el trasero de las mujeres. Por el contrario, en la sociedad americana de la primera mitad del siglo XX, la parte que se consideraba más llamativa y que, por tanto, concentraba el máximo interés de los hombres eran los pechos de las mujeres. Una actriz con pechos grandes y provocativos tenía muchas posibilidades de rodar películas y hacerse famosa en todo el mundo. Pero en la segunda mitad del siglo la moda cambió; la gente ya estaba cansada de devorar con los ojos los pechos y los muslos de las mujeres. Se pusieron de moda los vestidos largos que enseñaban con frecuencia el cuello, los hombros y parte de los pechos. Las dimensiones de éstos, sin embargo, debían ser más reducidas, pues unos pechos desbordantes se consideraban antiestéticos. La nueva moda que se va imponiendo poco a poco parece apuntar a mostrar una parte del abdomen y la cintura, en un intento de imitar el estilo oriental (India, Indonesia y otros países de la zona).

Los capitalistas de todo el mundo, y todos los que trabajan para ellos, no se cansan nunca de introducir cambios. La frenética carrera en busca del beneficio debe seguir adelante, y, con ella, las partes del cuerpo de la mujer se destapan, se cubren para después volver a ser descubiertas. Existe una amplísima gama de complementos que hay que vender también y, afortunadamente, el cuerpo de la mujer dispone de muchas partes que fomentan la creatividad de estos modernos “sexólogos”. Sin embargo, las mujeres nativas de otras culturas, que de un modo patético deambulan de un lado a otro en busca de los últimos modelos y siguen con avidez los dictados de la moda en lo referente a vestidos y maquillajes, apenas se dan cuenta de que, en la práctica, han dejado de ser mujeres y se han transformado en meros objetos o, si se me apura, en partes de un objeto. Han dejado de ser seres humanos, bajo la presión del capitalismo masculino dominante en la sociedad, para transformarse en

simples accesorios, en un par de medias o de guantes, en una pulsera, en unos pechos, en un par de piernas o, en el mejor de los casos, en una vagina y un útero.

Todas estas transformaciones son completamente normales en el seno de una sociedad en la que la mujer ha perdido lo esencial de su personalidad, sus cualidades humanas, y ha pasado a ser un objeto, una parte del cuerpo o un simple instrumento. En ocasiones, estos instrumentos se utilizan como reclamo de las campañas de publicidad, con el único propósito de promover la compra y el consumo. En otras, son instrumentos de placer, de pasión y de satisfacción sexual, simples medios para parir hijos o para ser comprados y vendidos en el mercado del matrimonio.

Como resultado de todo ello, a la mujer se la juzga según los mismos criterios que a los objetos, instrumentos o bienes de consumo en general. Se la valora más cuando es nueva, en otras palabras, joven, una virgen que todavía no se ha usado. Conforme se la va utilizando —en las relaciones sexuales— va perdiendo valor y se convierte en una mujer de segunda mano. Los criterios por los que se juzga la virtud y la moral de las mujeres se basan en esta actitud desvirtuada y enferma. A una mujer experta en las lides de la vida y en los hombres no sólo se la considera menos valiosa que a una muchacha inocente e inexperta, sino que se la rechaza, como si la experiencia fuera un estigma.

La mayoría de los hombres árabes y de los hombres en general no soporta a una mujer experimentada e inteligente. Es como si tuviera miedo de que detectara sus fallos o debilidades. Porque ella sabe muy bien que su masculinidad no es una característica innata a él, sino un envoltorio externo que la sociedad, basada en la discriminación de clase y sexo, impone a la mujer. La experiencia e inteligencia de la mujer constituyen una amenaza para la estructura patriarcal de clases y, a su vez, también para la condición de la que disfruta el hombre en sus relaciones con las mujeres, una condición de rey, de semidiós. Ésta es esencialmente la razón por la que la mayoría de los hombres teme e incluso odia a las mujeres inteligentes y experimentadas. Los hombres árabes rehuyen casarse con ellas, porque, en un momento dado, pueden rebelarse contra la explotación inherente a la institución matrimonial.

Si queremos que el matrimonio siga siendo lo que es: una institución basada en la explotación y discriminación de la mujer, y en la alienación tanto del marido como de la esposa basta con que sigamos educando a las mujeres para que sean esposas estúpidas, ignorantes e inocentes. Cuando un hombre árabe decide casarse, elige casi invariablemente a una joven virgen sin experiencia, simple, e ignorante como una niña, una “gatita ciega” que no tiene conciencia de sus derechos ni de sus propios deseos sexuales ni de sus necesidades y ambiciones intelectuales.

Como con el matrimonio el hombre compra a la mujer para que le sirva de instrumento de placer, críe a sus hijos, atienda y cuide a los miembros de la familia, tiende a elegir a una chica mucho más joven que él, para que conserve su juventud hasta que él sea viejo y pueda cumplir correctamente con sus funciones. Un hombre de cuarenta años nunca dudará en casarse con una joven de veinte, o, incluso, quince años. Lo que es perfectamente natural si se tiene en cuenta que en el matrimonio se aplican las leyes de la compra-venta. El que acude al mercado a comprar un esclavo o alquilar un sirviente, obviamente elegirá a una persona joven que pueda trabajar duro sin fatigarse, que no sea demasiado inteligente para poder controlarla con facilidad, que no tenga muchas necesidades, coma poco y pida también poco. El amo se asegura así de que esa persona producirá mucho y consumirá lo menos posible, y que las ganancias de su transacción serán máximas.

De ahí por qué para los hombres árabes las mujeres deben ser en primer lugar un cuerpo joven. El valor de una mujer disminuye con la edad. No es difícil adivinar cuáles son los criterios que aplican los hombres para determinar si una mujer es joven y bella. Mientras pueda complacer a su marido sexualmente, cuidar de los hijos y servir a la familia será considerada joven. Este periodo normalmente se extiende desde el comienzo de la pubertad, esto es, desde las primeras reglas, hasta la menopausia. En otras palabras, abarca toda su vida fértil más o menos desde los quince hasta los cuarenta y cinco años.

Por tanto, la vida de una mujer es más corta que la de los otros seres humanos, pues sólo dura treinta años. Cuando cesan los periodos menstruales, se considera que su vida ha terminado, y se dice que le ha llegado la *sin al-ya'a* (la edad de la desesperanza y desolación).

A pesar de que, como han comprobado muchas investigaciones recientes, la constitución biológica y psicológica de la mujer le permite vivir más años que el hombre, la sociedad ha decretado que la vida activa de la mujer tiene que ser la mitad de la del hombre. Se considera que el hombre alcanza la plenitud de su madurez (tanto física como psicológica) entre los cuarenta y cuarenta y cinco años, que es justamente el periodo considerado como el último capítulo de la vida activa de la mujer, la “edad de la desesperanza”. Así, cuando ella llega a la cumbre de su madurez tanto intelectual, como física y emocional, la sociedad establece que comienza su declive. La presión social y familiar la convierte en una mujer vieja y estéril, cuyas funciones en la vida han acabado, y que está preparada para que la sociedad la entierre en vida.

Los criterios que se aplican para determinar la belleza también se basan en esta estrecha opinión de la mujer. Se considera que una mujer es bella si tiene un cuerpo joven y terso, aunque tenga la cabeza hueca. Los cánones de belleza se miden por la forma de la nariz y el grosor de los labios. Si una chica tiene la nariz apenas un milímetro más larga de lo establecido o unas nalgas sin las redondeces apropiadas se avergonzará de sí misma. Por supuesto, a un hombre, no se le aplica nada de esto, lo único que cuenta es el dinero que tenga en el bolsillo.

El arte y la literatura árabes han desempeñado, y siguen desempeñando, un papel crucial a la hora de fomentar este tipo de actitudes y conceptos sobre la belleza de la mujer. Innumerables son las canciones, poemas y novelas que alaban las excelencias de la chicas con largas melenas, pestañas interminables, labios gruesos y pechos generosos.

Desde el momento en que el concepto de belleza se enfoca desde este punto de vista desvirtuado y parcial, es natural que la concepción de la feminidad y el honor siga la misma lógica. La feminidad, o lo femenino, es sinónimo de debilidad, ingenuidad, abnegación y resignación. Cualidades todas ellas que se adaptan muy bien al papel que la sociedad impone a la mujer, y que es el de esposa devota al servicio del marido y los hijos. La feminidad exige de una mujer las mismas características que se exigen a los sirvientes modelo: obediencia, eficacia, versatilidad y resignación ante su condición de inferiores. La masculinidad, lo masculino, por su parte, se caracteriza por unas cualidades radicalmente opuestas, las cualidades del amo: fuerza, determinación, iniciativa y valentía.

El honor o la castidad de una chica se pueden comparar con una cerilla que una vez que ha ardido, se apaga para siempre. En cuanto la chica pierde la virginidad, pierde irreversiblemente su honor, y ya nunca lo podrá recuperar. El honor del hombre no tiene nada que ver con la castidad,

podrá encender la llama cien veces, o mil, y su honor nunca se consumirá.

Es al movimiento de liberación de la mujer, cuya fuerza, amplitud y madurez han ido creciendo durante los últimos años, a quien corresponde el mérito de haber comenzado a formular una serie de valores nuevos, basados en una nueva concepción de la mujer, que intenta profundizar en sus características físicas, biológicas, psicológicas, para desentrañar las verdaderas causas por las que su naturaleza y su vida han sido durante tanto tiempo juzgadas de forma errónea. Esto ha llevado a realizar una revisión de la concepción del hombre y su naturaleza, en tanto que contrapartida dialéctica de la mujer, que, junto con ella, completa la dualidad de la vida humana. También se ha reconsiderado la educación de los hijos, que hasta ahora se basaba en un sistema de represión y discriminación sexual, y servía para crear los prototipos de hombres y mujeres que la sociedad patriarcal necesitaba para sobrevivir. A este respecto también se han aportado ideas nuevas.

Sin duda, el movimiento de emancipación de la mujer en todo el mundo debe mucho al pensamiento marxista, a los escritos y lucha de muchos hombres y mujeres verdaderamente socialistas, y, por supuesto, a la batalla librada por tantas mujeres contra la discriminación que durante miles de años, desde que el hombre impuso por primera vez su dominio y tiranía sobre la mujer dentro y fuera de la casa, han sufrido bajo diferentes sistemas sociales. Este movimiento, nuevo y dinámico, en pro de la liberación de la mujer es el resultado de muchos años de opresión en los que muchas mujeres han sido asesinadas y quemadas vivas, víctimas de la Edad Media y la inquisición en Europa, acusadas injustamente de brujería y complicidad con el diablo, o bien, en los países orientales, víctimas de la esclavitud de las sociedades feudales. Nace de la humillación y opresión a que han estado sometidas las mujeres árabes, y todas las mujeres de ayer y de hoy. El movimiento político y social de la mujer supone a la vez una contribución tremendamente activa a la lucha del ser humano contra cualquier tipo de explotación.

Con el avance de la ciencia y la aparición de nuevas áreas de investigación, cada vez se sabe más acerca de la naturaleza biológica y psicológica de las mujeres. Surgen nuevas ideas que demuestran de forma eficaz y contundente la invalidez de esos conceptos e ideas obsoletos que definen la naturaleza de la mujer como fundamentalmente pasiva e inmutable, y que se han utilizado para obligarla a servir en casa, educar y criar a los hijos, realizarse únicamente como madres y esposas, y buscar la felicidad trayendo hijos al mundo.

Según las teorías científicas modernas sobre la estructura económica, social y cultural de la sociedad, y su relación con la naturaleza humana, la idea de que existe una esencia estable e inmutable de lo que podríamos denominar naturaleza humana intrínseca ya no es sostenible. Las características humanas son cualidades relativas que cambian y se adaptan a las condiciones en las que los seres humanos nacen y viven. Dicho de otro modo, el medio afecta de forma fundamental a lo que una vez se consideró como naturaleza humana intrínseca e inmutable. Muchos científicos rechazan ahora el uso de determinadas expresiones como, por ejemplo, “instintos humanos”, que prefieren sustituir por “motivaciones humanas” para referirse a todas las características adquiridas durante la infancia y la adolescencia.

La supuesta pasividad de las mujeres y la supuesta agresividad de los hombres no son, por tanto, cualidades esenciales de su naturaleza, sino fenómenos que hay que concebir dentro del contexto de la historia y la civilización, donde el medio y los procesos de socialización desempeñan un papel

importante. Algunos científicos insisten también en que ni siquiera los animales poseen una naturaleza innata, sino sólo un conjunto de características que cambian cada cierto tiempo según las condiciones del entorno.

Se ha demostrado convenientemente, pues, que lo que se consideraban cualidades intrínsecas del hombre o de la mujer no son más que producto de la vida en sociedad, del medio y de los procesos de socialización y educación, y que, por tanto, la relación entre los sexos no tiene un modelo fijo e inmutable. Como resultado de ello, la moral y los valores sexuales cambian de acuerdo a las estructuras sociales, económicas y culturales de la sociedad. Una investigación llevada a cabo recientemente en la tribu de los san o “Bushmen” del desierto de kalahari ha demostrado con claridad la relación existente entre el comportamiento sexual de sus miembros y sus necesidades económicas. Los san viven en pequeños grupos familiares en torno a un número de pozos limitado, que apenas es suficiente para sus necesidades. En consecuencia, como no quieren tener muchos hijos (a veces cometen infanticidio con el segundo hijo del matrimonio) las leyes que rigen su comportamiento sexual son muy severas y las relaciones extramatrimoniales están estrictamente prohibidas.^[1]

La hipótesis de algunos científicos de que existen unas “características naturales” en la sociedad comunes a la gran mayoría de la gente es incorrecta. Por ejemplo, hay sociedades, como las de Egipto y Sudán, que someten a la mayoría de las jóvenes a la escisión, es decir, a la amputación total o parcial del clítoris, razón por la cual la mayoría de las mujeres son frías. ¿Se puede decir, entonces, que las mujeres de estos dos países son frías por naturaleza, porque la mayoría, como consecuencia de la operación, sufre diversos grados de frigidez? ¿Se puede afirmar que la frigidez es una característica innata en la mujer cuando la mayoría, tanto en Oriente como en Occidente, se ha educado desde la niñez en una atmósfera de represión sexual y conforme a una moral que condena la más mínima actitud positiva hacia las relaciones sexuales?

Del mismo modo ¿cómo podríamos seguir manteniendo que los hombres son sádicos por naturaleza y las mujeres masoquistas cuando sabemos que estas particularidades son consecuencia de las estructuras patriarcales de la familia y de la rígida educación que se da a los niños y adolescentes? La civilización dominada por el hombre comete discriminaciones entre niños y niñas. Al niño se le enseña desde muy pequeño cómo forjarse una personalidad y cómo prepararse para una vida en la que tendrá que demostrar fuerza, responsabilidad, autoridad y una actitud resolutiva ante las dificultades. Por el contrario a una niña, se la educa desde pequeña para que se recluya en un rincón y esconda su verdadera personalidad, porque ha de prepararse para la vida de mujer, en la que deberá ser pasiva y débil, someterse a la voluntad del hombre y depender de él.

A causa de esta discriminación, los hombres y las mujeres desarrollan personalidades deformadas que les impiden madurar. Si a un niño se le presiona para que desarrolle su propio ego y su masculinidad, lo normal será que termine con un gran complejo de inferioridad, pues sentirá que ha defraudado las expectativas que se habían depositado en él. Y por su parte, si se presiona a la niña para que adopte una actitud pasiva y abnegada (so pretexto de feminidad y refinamiento) terminará con un cierto complejo de superioridad al superar con creces la imagen para la que se le ha educado.

El complejo de superioridad crea tendencias masoquistas en las mujeres, y el complejo de inferioridad alimenta las tendencias sádicas y agresivas en los hombres. Ambos son mecanismos

compensatorios y constituyen las dos caras de una misma moneda.

La ciencia médica patriarcal está repleta de verdades que no se han demostrado científicamente y de conceptos que, aduciendo ser científicos, pretenden mantener la discriminación contra las mujeres. Una de esas “Verdades” es la noción de que el hombre es agresivo por naturaleza, y que, por tanto, las guerras se pueden explicar por la existencia de “un centro de agresión en el cerebro” o por las tendencias agresivas que son parte integral de la psique. Se intenta, así, ni más ni menos, convencer a la gente de que las guerras son la respuesta a una necesidad biológica, una expresión de la naturaleza humana inmutable que seguirá existiendo mientras el hombre exista. Del mismo modo, las teorías que conciben la pasividad como algo propio a la naturaleza de las mujeres lo que pretenden únicamente es impedir que las mujeres sean conscientes de que ésta es consecuencia de unos factores sociales y económicos que se remontan a mucho tiempo atrás.

Es lógico que la familia patriarcal, ya sea en Oriente o en Occidente, se oponga a cualquier intento de cambio y luche por seguir existiendo. Para ello utiliza armas que varían de una época a otra y de un país a otro.

En las sociedades occidentales, las principales armas provienen del arsenal de verdades pseudocientíficas. Unas verdades que no tienen en consideración el papel de los factores sociales y económicos en la modulación de las características humanas. Desde esa perspectiva, los movimientos revolucionarios de negros, jóvenes y mujeres se explican como resultado de las disfunciones psíquicas de todos aquellos que los apoyan, en lugar de analizarlos como el resultado de una sociedad enferma. Este tipo de teorías tiene su origen en Freud, que explicaba cualquier rebelión contra la autoridad o el Estado como expresión de la incapacidad de superar las propias luchas emocionales internas, enterradas en las profundidades del inconsciente.

Para las clases dirigentes no hay nada más beneficioso que contar con una serie de pensadores y científicos cuyas teorías animen a la gente a creer que sus problemas y dificultades no son más que el resultado de las luchas que se están librando en las profundidades de su subconsciente. O que la convenzan de que las guerras, la discriminación racial y sexual no son más que manifestaciones externas de la agresividad instintiva e innata del inconsciente, agresividad que también se relaciona con la libido. Pero en ningún caso son consecuencias del sistema capitalista y sus formas de explotación.

Estas pseudoteorías contribuyen a que se busquen las causas de los problemas y dificultades en el interior de cada uno, dentro de su propio cuerpo, y, de este modo, no se preocupen por concienciarse y comprender realmente esos problemas ni sientan la necesidad de participar en los movimientos sociales que pretenden cambiar la estructura de la sociedad.

En la sociedad árabe, el retraso cultural y científico ha contribuido en gran medida a frenar los movimientos de masas y a canalizarlos hacia determinados objetivos. La principal arma que se ha utilizado para contener cualquier revuelta de mujeres o jóvenes contra el sistema y los valores patriarcales ha sido el islam y sus doctrinas. No hay duda de que la ola de fanatismo religioso que ha invadido muchos países árabes en los últimos años constituye una de las formas utilizadas por las clases dirigentes feudales y capitalistas para reprimir los movimientos contra el progreso.

El lema bajo el que actúan estos movimientos reaccionarios es el de “la vuelta a la doctrina islámica”, que les sirve para ocultar sus verdaderas intenciones, que son mantener a toda costa las

formas de explotación que tantos beneficios les reportan. Pretenden convencer a la gente de que la causa de sus problemas y de las sucesivas crisis económicas y políticas por las que han tenido que atravesar ha sido su alejamiento del camino del islam. Se aprovechan de la ignorancia de la gente en lo referente a la verdadera naturaleza de sus problemas para proclamar que la única solución para los sufrimientos de la gran mayoría de los pueblos árabes es una vuelta al redil del islam. Afirman que la pobreza y las crecientes necesidades de millones de personas son una manifestación de la ira de Alá contra los que se han apartado del islam y sus enseñanzas.

En los últimos años, las asociaciones y organizaciones religiosas han crecido como hongos en los países árabes. Se dedican con tesón a propagar estas ideas y nociones falsas, y a proponer soluciones absurdas a los problemas de los países árabes, conscientes de que cuentan con la simpatía que la gente siempre profesa a quienes les hablan en nombre de la religión y la moral.

Esta campaña religiosa hace un llamamiento al cumplimiento de la moral islámica, mientras las campañas comerciales paralelas cubren con botellas de whisky y mujeres medio desnudas las paredes y paneles de las grandes ciudades. Una persona que pasee por las calles de El Cairo, Beirut, Bagdad o cualquier otra capital árabe podrá admirar en los muros de las calles una amplia gama de anuncios que muestran una mano femenina sujetando una copa de finísimo cristal en la que brilla un vino o licor de calidad, o de carteles de cine en los que aparece alguna mujer semidesnuda tumbada en una cama. El público joven, reprimido sexualmente, se ve atraído por un flujo constante de películas de un erotismo barato, con historias muy superficiales, cuya máxima atracción es la danza del vientre u otras formas de provocación sexual. Cuanto más estrechos sean los vínculos entre las clases capitalistas o feudales de un país determinado y los intereses del imperialismo occidental, mayor será el número de anuncios y películas que se basen en la comercialización del sexo y el cuerpo femenino. Por el contrario, cuanto más comprometido esté un país en la vía del socialismo y menos dependa económica y culturalmente de Occidente, menor será la cantidad de material pornográfico expuesto en los muros y carteles de sus ciudades. Así ocurría, por ejemplo, en Egipto, Sudán y Siria hace algunos años, pero ahora, tras el giro que ha dado la política y el reforzamiento de la influencia americana, el sexo comercial ha invadido de nuevo sus principales ciudades y pueblos.

El capital de los monopolios internacionales está siempre al tanto de lo que pueda ocurrir en los países árabes. Sus abundantes recursos y materias primas, especialmente el petróleo, su posición geográfica estratégica y la importancia política de la región, colindante con África, Asia occidental y el Mediterráneo, hacen que la lucha contra la explotación extranjera sea especialmente dura. Es una lucha sin tregua, pues, en cuanto un país árabe intenta escapar del yugo del imperialismo y el capital internacional, se le ataca desde el exterior en el plano económico, político y cultural, y, en colaboración con los poderes reaccionarios y retrógrados del interior, se instigan los problemas internos. Es importante contener a los países que osan intentar liberarse de las cadenas, para que su ejemplo no sea contagioso.

Cuanto más intensa sea la campaña publicitaria de comercialización del sexo y cuanto más extenso sea el mercado de producción capitalista extranjera, mayor será la presión religiosa en forma de preceptos, enseñanzas, sermones y leyes. Porque es necesario que las masas sigan sometidas tanto sexual como intelectualmente a la autoridad de la clase dirigente, emanada de Dios. Hace poco tiempo, algunos líderes religiosos egipcios proclamaban que el poder y autoridad de los gobernantes

eran el reflejo del poder y la autoridad de Alá. “El que insultara o desdeñara la autoridad de Alá, será humillado por Él. La autoridad de Alá puede estar representada por un emir (príncipe) en el Golfo, un rey en su reino o un presidente en una república. Todos ellos son, sin duda, personificaciones de la autoridad de Alá.”^[2]

En las capitales de los países árabes, cuanto más fuertes sean las campañas publicitarias de las industrias occidentales —cuantas más botellas de licor y hombros desnudos se exhiban—, para vender con rapidez sus productos, más duras y clamorosas serán las campañas de los periódicos, las revistas, las emisiones de radio y los programas de televisión pidiendo que se prohíban. En el islam el alcohol es *haram* y, por tanto, hay que contrarrestar la comercialización de licores fuertes. A veces se promulgan leyes especiales, pero normalmente son tan contradictorias que parecen ridículas y resultan ineficaces. Como ejemplo, se podría poner el que la ley castigue a la persona que bebe alcohol, pero no al comerciante o establecimiento que lo vende. Hay muchos intereses en juego detrás de la bebida, lo que hace que la copa de vino se ofrezca, aunque luego se reprima. Se calcula que el resultado neto de esta política es un aumento de la demanda y las ventas, a expensas, evidentemente, de la conciencia. En muchos casos, la ley se aplica de dos formas diferentes. Se clausura la pequeña tienda de licores o el café de un barrio pobre, o se multa a su propietario, mientras que los grandes establecimientos en las zonas más concurridas de la ciudad siguen vendiendo bebidas con la más absoluta impunidad.

Uno de los ejemplos más sorprendentes a este respecto es la ley de la prohibición que se empezó a aplicar en Egipto durante 1976.^[3] Esta ley permitía beber en los grandes hoteles o en apartamentos amueblados, porque se suponía que eran lugares que frecuentaban los turistas, mientras que, de hecho, la mayoría de los apartamentos amueblados se utilizan para la prostitución. En cualquier caso, tanto si los frecuentan los turistas como las prostitutas, el hecho es que estos locales están situados en territorio egipcio, que es un país islámico, y por tanto, deberían estar regulados por las mismas leyes islámicas que se aplican a las viviendas o cafés de los barrios más pobres. No parece razonable pensar que el islam haga excepciones simplemente para ganar algunos dólares o para atraer el turismo. Es evidente que una auténtica conciencia religiosa debería llevarnos a fomentar y reforzar el islam a expensas del turismo, y no al contrario.

Sin embargo, toda lógica que se base en la explotación tendrá como resultado la contradicción. Así ocurre que cuantas más imágenes de mujeres semidesnudas aparecen en muros, películas y revistas, más y más mujeres se ponen de nuevo el velo. En los últimos años se ha extendido la tendencia de imponer a las mujeres lo que se considera el atuendo islámico, so pretexto de la modestia o pudor femeninos. Una vez más, los cuerpos de las mujeres se deben cubrir por profanos y peligrosamente seductores.

Yo no logro comprender cómo es posible que una chica árabe se cubra el pelo y el cuerpo, y esconda sus encantos, si está rodeada por todas partes de anuncios que la incitan a ser atractiva, a seducir a los hombres, a suavizarse la piel con cremas, a pintarse los labios de rojo, a ponerse medias finas y transparentes que realcen la belleza de sus piernas, y a lavarse el cabello con champús que lo dejarán fino y sedoso.

Muchas jóvenes y mujeres árabes terminan teniendo algún tipo de desorden psicológico por las severas contradicciones a las que están sometidas. Saborean en las canciones y la literatura árabes

las delicias de los sentimientos amorosos, pero si responden a la llamada del amor, serán castigadas despiadadamente. Lo menos que les puede pasar es que digan de ellas que son chicas sin honor y sin moral. Ningún hombre se querrá casar con ellas, ni siquiera el hombre del que han estado enamoradas. El les explicará que no puede confiar en una chica que se permite amar a un hombre sin haberse casado aún, incluso aunque él mismo haya sido el objeto de ese amor.

Cuanto mayor es la explotación de los pueblos árabes, cuantas más materias primas y recursos petrolíferos pierden, mayores son los beneficios que se embolsan los capitalistas de las multinacionales y las empresas nacionales, y mayor es la miseria y privación que sufren los sectores pobres de la sociedad árabe, y peores son las crisis económicas, y los problemas a los que se enfrentan las masas. Los productos caros importados de los países occidentales invaden los mercados de El Cairo, Damasco, Beirut, Túnez y otras ciudades del mundo árabe, a la vez que las colas se hacen más largas frente a las cooperativas, las tiendas y las panaderías económicas. Allí están durante horas, esperando una barra de pan, una pastilla de jabón, un paquete de té o un metro de tela barata. Al caminar por las calles de El Cairo es imposible no advertir las enormes cantidades de productos occidentales importados, de precio elevadísimo, que invaden las áreas comerciales, mientras cientos de hombres y mujeres se apiñan en los alrededores de las cooperativas, las panaderías y las carnicerías populares.

La gran mayoría de la población sufre una crisis económica muy severa que ha reducido considerablemente su nivel de vida. La corrupción, el desfalco, el robo y la delincuencia son en la actualidad hechos cotidianos, y la incidencia es tan alta en las grandes ciudades y pueblos de Egipto que algunos periódicos han solicitado la instauración de un nuevo procedimiento judicial llamado el “juez nocturno”, que consiste en llevar a cabo una acción rápida contra los que perpetran una agresión armada, los ladrones o secuestradores.^[4]

El repentino crecimiento de los actos violentos, robos y secuestros, relacionados con la adicción a la droga, la comercialización del sexo, el alcohol y los narcóticos es un fenómeno muy evidente. Los padres ceden cada vez más a la tentación de vender a sus hijas en matrimonio. Cada vez con más frecuencia las sirvientas terminan dedicándose a la prostitución o a bailar en un cabaret de baja estofa, donde se encargan de entretener a los turistas y a los árabes ricos. Las relaciones sexuales con fines lucrativos, o para obtener cierta seguridad, son el modelo que se está instaurando en detrimento de las emociones auténticas, el afecto, la amistad y el amor. Estos fenómenos de corrupción moral y sexual tan extendidos suelen ir siempre acompañados de una ola de fanatismo religioso, lo que, aparentemente, puede parecer una contradicción. Muchas voces exigen la aplicación estricta de la legislación islámica, incluidos los castigos más severos como cortar la mano al ladrón, o lapidar a la mujer adúltera. Las mismas voces reclaman también que se prohíban las escenas de sexo y los besos de todas las películas, y la aplicación estricta de las leyes que prohíben a los menores de dieciséis años ver determinadas películas. Piden a gritos que se impongan castigos ejemplares para toda suerte de prostitución, ya sea abierta o encubierta, o corrupción moral, e insisten, una vez más, en que el lugar de la mujer está en su casa. Las chicas deben estar constantemente bajo el control de sus familias, un escolta masculino las debe acompañar allá donde vayan. Algunos periodistas han llegado a sugerir que a las mujeres que viajen por otros países árabes y trabajen en cabaretes bailando la danza del vientre u otras danzas de naturaleza sexualmente provocativa, se las debería

quitar la nacionalidad egipcia.^[5]

Algunos escritores árabes, sin embargo, están radicalmente en contra de esta ola de fanatismo brutal. Insisten en que, en lugar de cortarles las manos a los ladrones, sería mejor concentrarse en extirpar la pobreza de la vida de nuestros países. Que, en lugar de lapidar a las adúlteras, sería preferible abolir la represión sexual y permitir a los jóvenes llevar una vida física y psíquica sana. Pero este tipo de razonamientos representa una gota en el océano de la intolerancia y el extremismo religioso. Porque la razón y la lógica son los enemigos más peligrosos a los que se enfrentan la explotación y el saqueo capitalista. La cultura, la literatura y el arte que las noticias, las películas, el teatro y los libros inculcan al pueblo pretenden ahogar la voz de la razón y evitar que la gente llegue a discernir la verdad. Hay que cerrar los ojos ante las razones por las que muchos jóvenes instruidos han decidido suicidarse mental y moralmente al involucrarse en asuntos de drogas, sexo y crímenes. Si de nuevo queremos hablar de honor, ¿quién es menos “honorable”, una mujer que vende su cuerpo a un hombre por dinero con el que poder comprar comida, o un Estado que ha distorsionado la lógica, la razón y la moral para que un puñado de poderosos y ricos pueda seguir ganando millones todos los días? ¿A quién hay que castigar con más severidad, al joven que intenta evadirse de un mundo de pobreza tomando drogas, o a los poderes establecidos que fomentan la existencia de esa pobreza para que ellos puedan prosperar?

En las sociedades cuya estructura se basa en la explotación, es natural que los valores económicos entren en contradicción con los morales y religiosos. En consecuencia, la existencia de enormes y profundas contradicciones, y de una doble moral, que se extiende a todos los aspectos de la vida va socavando poco a poco las bases de las sociedades patriarcales y de clases. Pero los que siempre sufren las consecuencias y pagan el precio de esas contradicciones —más agudas cuanto más atrasado y pobre sea el país— no son los que detentan el poder, sino los gobernados, las mujeres y no los hombres; las clases trabajadoras y no las clases altas. Aunque la gran región árabe, gracias a su agricultura y recursos petrolíferos, puede considerarse una zona rica, la riqueza no está repartida de forma igualitaria entre sus gentes, porque la acaparan las compañías multinacionales y un puñado de árabes capitalistas o semif feudales. Por esta razón la mayor parte de la población vive todavía en una situación de extrema pobreza y retraso económico y social, lo que trae consigo el atraso intelectual y moral que se extiende a todas las esferas de la vida.

La opresión económica, sexual y moral de las mujeres se ve acentuada por este retraso de la sociedad. A una mujer pobre siempre se la castiga duramente ante cualquier “error” que haya cometido. Si la mujer es rica, se la puede perdonar con más facilidad, aunque moralmente sea una corrupta; y, entre las clases sociales altas, los pecados se pueden convertir, con mucha frecuencia, en virtudes. El dinero puede evitar que una mujer divorciada se quede sin casa, se convierta en una mendiga, o se dedique a ejercer la prostitución. El dinero puede ayudar a que una mujer se deshaga de un feto no deseado en alguna clínica privada, aunque el aborto siga considerándose un crimen.

Las mujeres árabes son víctimas de la opresión de una sociedad en que impera la doble moral sexual. La explotación económica al que se somete a los países árabes no supone solamente el saqueo sistemático de sus recursos naturales, sino que es también la causa de que se juzgue a las mujeres según una doble moral, resultado de la contradicción entre los valores comerciales del capitalismo y los valores religiosos heredados del pasado.

Como consecuencia de esta doble moral, la mujer es quien más sufre en la sociedad. En los anuncios y películas se descubre su cuerpo para llamar la atención de la gente, provocarla sexualmente y fomentar que los productos del mercado se consuman con mayor rapidez. Para hacer buenos negocios, el sexo debe estar presente en todas partes, en las canciones, bailes, obras de teatro, etcétera y siempre con las mujeres como reclamo, y su cuerpo como recompensa. Aunque parece que la desnudez de la mujer es una necesidad diaria, los preceptos religiosos exigen con insistencia que se cubra completamente el cuerpo de forma que sólo se le vean la cara y las manos.

Las mujeres no son más que objetos, útiles, meros instrumentos que sirven para hacer publicidad comercial, para trabajar en la casa y en el campo sin recibir salario alguno o para trabajar fuera de ella por un salario, o para parir hijos con propósitos reproductores según convenga a la sociedad, u objetos sexuales que sirven para satisfacer las apetencias y deseos de los hombres.

Quizá la especie humana sufre y ha sufrido de manera especial las consecuencias derivadas de que su historia la han escrito los gobernantes y no las clases gobernadas. Y, por tanto, la historia es un reflejo de los intereses de las clases dirigentes opuestas a los de las clases trabajadoras, y de los intereses de los hombres frente a los de las mujeres. La historia, pues, ha dado una visión errónea y falsa de muchos temas relacionados con las mujeres. Las mujeres árabes no son deficientes mentales, como los hombres y la historia que han escrito tienden a afirmar, ni tampoco son débiles o pasivas. Por el contrario, las mujeres árabes se han opuesto al sistema patriarcal y a la explotación de clases cientos de años antes de que las mujeres de América y Europa empezaron a luchar por los mismos objetivos. Las mujeres americanas no empezaron a darse cuenta de que estaban danzando al son que tocaban los hombres hasta la segunda mitad del siglo XX, ni tampoco hasta entonces se percataron de que la palabra “hombre” se estaba utilizando para designar a toda la raza humana, ya que el género masculino no sólo se refería a los hombres, sino también a las mujeres. Ésta es la razón por la que el Movimiento de Liberación de la Mujer en Estados Unidos está intentando cambiar el vocabulario inglés. Por su parte, las mujeres árabes ya realizaron esos cambios hace mil cuatrocientos años, con el comienzo del islam. En las primeras azoras de El Corán se utilizaba el género masculino para referirse tanto a hombres como a mujeres. Las mujeres árabes de entonces se opusieron a ello diciendo: “Nosotras nos hemos convertido al islam como vosotros, y hemos hecho exactamente lo mismo que vosotros. Pero a vosotros se os menciona en El Corán y a nosotras no”. En esa época a todos se les llamaba musulmanes (en masculino). A partir de ese momento, en El Corán Alá comenzó a decir: “*Inna Muslimin* (masculino) *wa-l-muslimat* (femenino) *wa-l-mu'minin* (masculino) *wa-l-mu'minat* (femenino).^[6]

En la historia de los árabes hay muchos ejemplos de la resistencia de las mujeres, de la fortaleza e iniciativa que han demostrado en los diferentes periodos de su lucha. Es necesario ahondar más en la historia y entender las verdaderas razones de su valentía y fortaleza en ciertas épocas del desarrollo de la sociedad árabe. Si las analizamos, podremos profundizar en qué factores son los que provocaron la deformación de los conceptos de feminidad y belleza y contribuyeron a que la mujer dejara de ser un ser humano con inteligencia, cuerpo y alma para convertirse en un payaso que se pinta la cara con los colores de Christian Dior y Revlon, enseña sus pechos o sus muslos bajo una minifalda, se balancea sobre unos altos tacones como si tuviera alguna rara enfermedad, se comprime los pechos y las nalgas con extraños artilugios y arruina sus ojos con el negro de las máscaras,

eyeliners y pestañas postizas. Para completar el cuadro, adopta una estúpida apariencia de inocencia y fragilidad que la convierten en la “mujer perfecta”.

La verdadera belleza reside en la mujer que es ella misma, que no modifica su forma de ser para impedir que su marido se divorcie de ella o la abandone por otra mujer; en la mujer que no adopta otra personalidad para cazar a un marido, y en la que se niega a variar su comportamiento para satisfacer las normas de la sociedad y evitar que la gente se meta con ella, o la acuse de ser un elemento marginal. La belleza viene, sobre todo, de la inteligencia, de la salud del cuerpo y el alma. No reside en el tamaño de las nalgas ni en la grasa que se deposita en las curvas, ni en las capas de cosméticos, que no sirven más que para ocultar la ansiedad y la falta de confianza en una misma.

Hasta ahora, sólo una pequeña minoría de mujeres instruidas presta más atención al cultivo de la mente que al cuidado de las uñas y las pestañas. Pero esto no indica que las mujeres tengan un cerebro inferior, sino que más bien es un reflejo de la educación que reciben las niñas desde un edad muy temprana y que las lleva a convertirse en unos seres superficiales. A las niñas árabes se les enseña desde la infancia a prestar una atención exagerada a la ropa, el cuerpo y la apariencia, en lugar de al desarrollo de su capacidad intelectual.

Son muchas las chicas que sufren algún tipo de neurosis o de desorden psicológico, causado por las exigencias de belleza y feminidad impuestas. Una chica puede llegar a sentir que su vida y su futuro dependen del tamaño de su nariz o del rizo de sus pestañas. Un milímetro de menos en la longitud de sus pestañas puede convertirse en un grave problema, en una crisis para toda la vida.

La sociedad y la familia consideran que la inteligencia deforma el carácter femenino de las chicas. Si le gustan los deportes, corre el peligro de arruinar su belleza; si es una chica alta, que camina con la cabeza bien erguida y los ojos grandes y abiertos al mundo, se considerará que tiene tendencias masculinas. La mujer perfecta es la que siempre es sumisa, camina con la cabeza gacha, los ojos medio cerrados y es baja.

Según algunos libros de texto de las escuelas secundarias, la altura es una cualidad que en las chicas resulta indecorosa. Uno de los libros utilizados en Egipto en el último año de instituto afirma que en el periodo de la adolescencia, cuando se produce el mayor crecimiento, es preferible que los chicos sean altos y fuertes, mientras que las chicas no deben serlo.^[7] No parece difícil imaginar que una chica alta al leer esto se sienta inferior. Tampoco parece difícil prever cómo reaccionaría ante el mismo párrafo un chico bajo y estrecho de hombros.

De este modo, a una edad muy temprana, la educación, provenga del colegio, la familia, los medios de comunicación o las instituciones culturales, deforma la personalidad de los chicos y las chicas. Y no se puede valorar la magnitud del daño causado hasta que no se analizan los desórdenes psicológicos y orgánicos que afligen a la gran mayoría de los adolescentes.

Sin embargo, los problemas que afectan a las chicas y las mujeres son más amplios, agudos y graves. Sobre todo en las sociedades árabes que están atravesando un periodo de transición que les lleva desde el retraso cultural y social a una modernidad copiada de Occidente que nadie comprende muy bien. El hecho de que se esté produciendo un proceso de modernización no significa que no se sigan manteniendo muchas tradiciones caducas en nombre del islam y de los valores morales orientales.

La sociedad egipcia es un buen ejemplo de todo esto. Ha copiado mucho de los países

occidentales y, sin embargo, ha mantenido también modos de pensar y actuar tradicionales. A veces, algunos aspectos de esa “modernización” son más retrógrados que las tradiciones antiguas. Un ejemplo de ello lo constituyen las esposas de clase alta o media que cogen el apellido de su marido cuando se casan, contrariamente a la costumbre local, según la cual la esposa mantiene su apellido de soltera. Uno de los vestigios que aún quedan de la posición que antiguamente ocupó la mujer en los países árabes es el hecho de que no pierda su apellido al casarse.

Más de una vez, en alguna recepción o fiesta de las clases más influyentes de la sociedad, no he podido evitar reaccionar con sarcasmo al escuchar a las mujeres llamarse unas a otras por el apellido de sus maridos. Pronunciaban sus apellidos con tanto orgullo, con tanta presunción, que se podría pensar que su valor dependía del de sus maridos. Al imitar a las mujeres de Europa o de Estados Unidos, se creían que demostraban su irrefutable cultura, sus conocimientos y su modernidad. Mi sarcasmo se hizo más mordaz cuando descubrí que las mujeres que con tanto orgullo utilizaban los apellidos de sus maridos ocupaban puestos importantes en las organizaciones femeninas oficiales de Egipto y pronunciaban discursos públicos sobre los derechos y libertades de las mujeres.

En muchos países árabes, sobre todo en las ciudades, el fenómeno de la mujer “moderna y europeizada”, que cree que el progreso consiste en mostrar sus muslos por debajo de las minifaldas cada vez más cortas, en fumar cigarrillos cada vez más largos, beber de un trago copas de *whisky on the rocks* o vibrar insidiosamente al ritmo loco de las danzas modernas, se está haciendo cada día más frecuente.

Pero tras esa apariencia de mujer resplandeciente, se esconde una mujer que sufre una represión psíquica, emocional y sexual. Una mujer que se destapa los muslos y los hombros pero que se cubre la mente con un velo, casi impenetrable, una mujer que sigue creyendo que lo más noble que puede perseguir en la vida es casarse con un hombre, servirlo, obedecerlo y darle hijos, preferiblemente varones.

SEGUNDA PARTE

LA MUJER EN LA HISTORIA



11. La decimotercera costilla de Adán

En los países árabes, e incluso en el mundo entero, hay muchos que creen todavía que Eva fue literalmente la primera mujer sobre la faz de la Tierra, que nació de Adán y que creció a partir de una de sus costillas, según cuentan los libros sagrados del judaísmo, del cristianismo y del islam. No parecen saber que ya había mujeres sobre nuestro planeta antes del nacimiento de estas tres religiones monoteístas y mucho antes de que la raza humana supiera de la existencia de Adán y Eva. La historia antigua nos revela numerosos e importante hechos relacionados con la situación de la mujer en el seno de la familia y de la sociedad de ese momento. También nos descubre que muchos de los cambios que afectaron a su posición y sus funciones se produjeron de forma paralela al modo en que evolucionó la estructura social y económica de la sociedad. Descubrir esta íntima relación entre la infraestructura económica y social de la sociedad y la posición que ocupaba la mujer constituye la clave para poder comprender las razones por las que su trayectoria siguió un camino descendente hasta convertirse, finalmente, en los tiempos del judaísmo, en una mera costilla del cuerpo del hombre.

La civilización del antiguo Egipto floreció hace más de 5.000 años y es anterior cronológicamente al advenimiento del judaísmo, la primera de las tres grandes religiones monoteístas. La hemos podido conocer y estudiar gracias a los restos de ciudades, templos y otras construcciones, a los papiros y a las numerosas esculturas, dibujos y grabados que se han conservado

hasta nuestros días.

Los antiguos egipcios tenían sus propias religiones, sus ceremonias y ritos religiosos antes de que entraran en escena las religiones monoteístas. El judaísmo en muchos aspectos se dejó influir por la religión de los faraones y, particularmente, las tendencias monoteístas del culto al sol de Ejnaton. A lo largo de las sucesivas dinastías de la era faraónica, hubo periodos en los que las mujeres ocuparon altos cargos, tanto en sectores económicos del país como en el terreno religioso. Durante casi todos los miles de años de florecimiento del antiguo Egipto a orillas del Nilo, los destinos de los seres humanos estuvieron regidos por diosas en la misma medida que por dioses.

La mente humana ya había desarrollado el concepto de religión mucho antes del advenimiento de las religiones monoteístas. Los primeros seres humanos elaboraron ya la idea de la existencia de dioses en el mundo o, al menos, de unas fuerzas oscuras e incomprensibles dotadas de unas capacidades superiores a las suyas. Estas fuerzas tenían el poder de influir, e incluso controlar, las vidas de los hombres, puesto que podían ser generosas, hacer que lloviera proporcionándoles alimento, o, por el contrario, podían perjudicarles si provocaban tormentas, enfermedades y muerte.

Algunos estudios históricos realizados apuntan a que la divinidad más antigua de todas fue una mujer. En el Egipto faraónico existían diosas que controlaban, junto con los dioses, muchos aspectos de la vida y el destino humanos. Como ejemplos podemos citar a Maait, la diosa de la verdad; a Naiyet, la diosa de la guerra y los diluvios, Isis, Sijmet, Hathur y otras muchas.

El que las mujeres hubieran ascendido hasta la cima de la divinidad refleja la posición que ocupaban dentro de la sociedad antes de que se implantara la familia patriarcal, la propiedad de la tierra y la división de clases. Con la llegada de este sistema, la posición de la mujer fue deteriorándose gradualmente, aunque en las sociedades feudales o esclavistas, siguieron quedando algunos vestigios, más o menos importantes, del matriarcado que había existido en la época de los faraones.

El sistema patrilineal, según el cual los hijos se atribuyen al padre, que les da su apellido y los hace herederos de sus propiedades, se impuso en estas últimas etapas. Las sociedades anteriores habían tendido a seguir modelos matrilineales, según los cuales la madre era el cabeza de familia, y el linaje lo establecía la mujer que los había parido. Estas sociedades, por tanto, se regían por lo que se conoce como el matriarcado.^[1]

En los primeros períodos de la civilización del antiguo Egipto, todo hijo legítimo llevaba el apellido de su madre, y el sistema de herencia era normalmente matrilineal, pues quien heredaba era la hija mayor, y no el hijo primogénito.^[2] El historiador griego Heródoto ya menciona que los lukianos ponían a sus hijos el apellido de la madre. Tácito, historiador romano, señala que las tribus germánicas daban una gran importancia a la hermana. Durante la época preislámica, algunas tribus árabes también adoptaron prácticas matrilineales.^[3] En Asia y África todavía quedan hoy algunas tribus que siguen el mismo modelo.

A lo largo de la historia, el que los hijos lleven el apellido de su madre siempre es un índice de la elevada posición que ocupa la mujer en el seno de la sociedad y en la religión. Bajo el sistema matriarcal, las mujeres gozaban de una alta consideración social y ocuparon incluso el trono de los dioses. La desaparición de las divinidades femeninas en favor del dominio exclusivo de los dioses, y la imposición del apellido del padre a los hijos se produjo con la llegada del sistema patriarcal.

El sistema legal por el que se rigen las estructuras familiares, la herencia y el apellido de los hijos es un reflejo, a su vez, de las relaciones socioeconómicas de una determinada sociedad. La vida económica en las primeras etapas de la historia de la humanidad se basaba en actividades muy simples y restringidas, tales como recoger frutos, cavar y extraer raíces de la tierra, cazar lagartos, ratas u otros animales. Este tipo de actividades primarias obligaba a los seres humanos a emigrar continuamente de un lugar a otro en busca de alimentos y tierras óptimas para la caza. Esta forma de subsistencia no producía excedentes, y la vida nómada que propiciaba imposibilitaba la existencia de propiedad privada. Al no haber propiedad privada, no existía la división de clases, en gobernantes y gobernados. Todos eran miembros iguales de la comunidad y no conocían la división del trabajo entre los diferentes individuos, ni entre hombres y mujeres. Se trataba de una sociedad sin clases sin diferencias, sin amos ni esclavos.^[4]

Letourneau afirma que, con toda probabilidad, fue la mujer quien descubrió las nuevas técnicas agrícolas, gracias a su larga experiencia en las labores de recolección de frutos y la extracción de raíces.^[5] También fueron las mujeres quienes se hicieron cargo en primer lugar de las tareas agrícolas, manteniendo e, incluso, reforzando su buena situación económica, como refleja su posición social y las relaciones matrilineales de parentesco. En estas primeras sociedades agrícolas las mujeres desempeñaban un importante papel en la vida económica. Las estructuras políticas se basaban en la igualdad entre hombres y mujeres, y éstas últimas gozaban de supremacía en el seno de la familia. Los clanes eran matriarcales, los hijos llevaban el apellido de la madre y pasaban a formar parte de su clan; la exogamia, (el matrimonio con personas de fuera del clan) estaba muy extendida. Tan fundamental era el papel que desempeñaba la mujer en la sociedad, que el hombre, tras el matrimonio, se mudaba a la casa de la mujer, trabajaba en los campos comunales y se convertía en un miembro de su clan. La necesidad de incrementar la mano de obra explica también que se practicara la adopción en estas tribus. Cualquier clan tenía derecho a adoptar a tantos prisioneros de guerra como quisiera, quienes inmediatamente pasaban a formar parte del clan y a trabajar en sus campos.^[6]

La superioridad de la mujer en el plano económico se pone de manifiesto en el hecho de que pudiera separarse de su marido cuando así lo decidiera sin necesidad de acuerdo mutuo. En tal caso, el marido se veía obligado a abandonar la casa y el clan de su mujer, y volver con su propia familia. Los hijos, sin embargo, se quedaban con la madre. La igualdad entre mujeres y hombres también existía en los ámbitos de la política y la religión. En la celebración de los rituales y ceremonias religiosas no había diferencias entre las funciones que desempeñaban las mujeres y las de los hombres.^[7]

Cuando la agricultura se convirtió en una fuente segura de alimentos, los hombres y mujeres pudieron establecerse de forma más o menos estable. Con la mejora de los métodos y las técnicas agrícolas, comenzaron a producirse más beneficios de los requeridos para cubrir las necesidades básicas, y se vislumbró la posibilidad de explotar el trabajo de otras personas. El concepto de propiedad privada, especialmente en lo que a la tierra se refiere, se extendió rápidamente, sustituyó a la propiedad comunal del clan y anuló el derecho a permanecer en la tierra, cultivándola de generación en generación.^[8] La propiedad privada es la causa originaria de la supresión de la prerrogativa de la mujer de poner su apellido a los hijos. Con ello, el hombre pretendía poder

identificar a sus hijos para, a su muerte, legarles sus propiedades. La propiedad privada y la herencia propiciaron la desaparición del matriarcado y la filiación matrilineal y provocaron la división de la sociedad en clases.

Con la expansión de la propiedad privada, estas sociedades antiguas empezaron a diferenciarse claramente en dos clases sociales: por un lado, los propietarios de la tierra y amos de esclavos, que eran una minoría; y por otro, una gran mayoría de esclavos, que no eran dueños de nada, ni siquiera de sí mismos. Paralelamente a esta evolución se produjo una degradación de la condición y situación de las mujeres, que tanto en las clases dirigentes de propietarios, como en el resto de la sociedad pasaron a estar bajo el dominio económico, social y religioso de los hombres. Las mujeres perdieron el prestigio religioso del que habían disfrutado con anterioridad y dejaron de organizar y dirigir los ritos y ceremonias religiosas. El hombre se alzó con el monopolio de la religión, que utilizó para sus propios fines; los dioses se mantuvieron pero las diosas descendieron varios peldaños de las categorías religiosas. Las viejas estructuras se sustituyeron por sistemas basados en la explotación, y a las mujeres se las relegó a los últimos puestos de la escala social. Con la creciente dominación masculina, y la división de la sociedad en propietarios de tierras y esclavos se empezó a imponer el sistema patriarcal.^[9]

El padre pasó a ser el cabeza de familia —el *paterfamilias*— y el jefe religioso que presidía los ritos y las ceremonias. El culto a los antepasados se estableció como un medio para reforzar la posición del padre.^[10] Así el padre, al morir, ascendía al trono de los dioses, mientras que la mujer, cuya vida y muerte estaban en sus manos, valía lo mismo que las reses de ganado. La madre y sus hijos, como la tierra y los esclavos, eran propiedad del padre. De hecho, con la palabra familia entre los antiguos romanos se designaban las tierras, casas, dinero y esclavos que poseía un hombre, y que se heredaba de padres a hijos. La mujer era parte de esta familia, esto es, parte de las posesiones del padre.

Analizar con detalle la historia de la mujer en las sociedades antiguas, su papel en los diferentes cultos, y la existencia de divinidades femeninas supondría desviarse demasiado del tema principal de este libro, que es la situación de la mujer en la sociedad arabo-islámica contemporánea. No obstante, estudiar el presente sin remontarse al pasado supone el grave riesgo de perder o malinterpretar algunos de los fundamentos de la situación actual de las mujeres en el mundo árabe. El presente hunde sus raíces en el pasado, del mismo modo que el futuro se desenvuelve a partir del presente. En este sentido, el pasado y la historia han influido en lo que hoy tenemos, conocemos y comprendemos sobre la sociedad y su destino. Es imposible comprender por qué en los países árabes las mujeres viven como viven y por qué padecen una situación tan difícil si no nos remontamos a la historia de la religión. Del mismo modo que no sería posible entender por qué en el culto religioso se relegó a las mujeres a un segundo plano si no supiéramos nada acerca de su condición y situación en las sociedades y civilizaciones que precedieron al advenimiento de las tres principales religiones monoteístas. Si llevamos este argumento hasta sus últimas consecuencias, llegaremos a la conclusión de que sería un error intentar llevar a cabo un estudio sobre las mujeres en la sociedad arabo-islámica sin hacer ninguna referencia al cristianismo o al judaísmo, religiones ambas que precedieron al islam y en el que influyeron enormemente en muchos conceptos y enseñanzas fundamentales. Sería igualmente erróneo estudiar las religiones monoteístas y la posición que en

ellas ocupaba la mujer sin relacionarlas con las religiones anteriores.

La historia de Adán y Eva nació con el judaísmo, y con el judaísmo se extendió la idea que relacionaba a la mujer con el pecado y el pecado con el sexo. Con ello se consagró y canonizó para todos los tiempos la separación entre espíritu (o alma) y cuerpo. Tras el judaísmo, vino el cristianismo, que llegó aún más lejos en su rigidez para con las actitudes y valores relacionados con las mujeres y el sexo. Para conseguir imponerlos y hacerlos eternos, proclamaba la santidad de Jesucristo, el Mesías, un hombre casto al que le estaban prohibidas las mujeres, con quienes no debía buscar ni mantener relaciones sexuales. Además, no había sido concebido a través del contacto sexual, sino que su madre, la Virgen María, nunca conoció el abrazo de un hombre. Dios le insufló el soplo de su espíritu, y el embrión del Mesías se desarrolló lentamente y en silencio dentro de su vientre.

Estos nuevos conceptos religiosos llevaron a que los seres humanos se separaran inevitablemente de sus cuerpos y de la vida real. Así surgió lo que se llamaría “la alienación de la realidad”, expresión que hace referencia a la división de la vida humana en dos. A partir de ese momento, y hasta nuestros días, ya siempre existirían dos nociones fundamentalmente contradictorias y en lucha.

La primera de ellas era una noción humanística, procedente de las religiones del antiguo Egipto, que creía en la bondad esencial del cuerpo humano y daba una enorme importancia a cualidades como la vitalidad, la generosidad y la riqueza, tanto en el hombre como en la mujer.

La segunda noción, cuya influencia se extendió enormemente tras el judaísmo y cristianismo, llevaba a la alienación del mundo material, fomentando una actitud escapista con respecto a este mundo. Según esta noción la alienación se establece en relación al mundo material, tanto subjetivo como objetivo (el término “material” se utiliza en un sentido filosófico y no el que se le da habitualmente). Los seres humanos se evaden hacia un mundo de espíritus, almas, ideas e ilusiones divorciados de la realidad, y cuya concepción del mundo y de los propios seres humanos se basa en una aproximación “idealista”. A veces el término “idealismo” —de nuevo en un sentido filosófico— se ha confundido con los “ideales” o “motivos nobles” aunque, en realidad, no es esto lo que significa.

Una vez más la mujer fue sacrificada en los altares del cristianismo. Víctima del Jehová judío y de las prácticas religiosas patriarcales del judaísmo, se convierte ahora en víctima del culto a la Virgen María y del ideal encarnado por la castidad de Cristo, que está por encima de los deseos y necesidades físicas de los humanos. Se vio atrapada y aplastada en medio de la lucha entre el cuerpo y el alma o, por decirlo de otro modo, entre el bien, que emanaba del espíritu, y el mal, cuyas raíces estaban en el cuerpo. Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza y Dios era espíritu. La mujer era cuerpo, y, por tanto, sexo. El hombre era el reflejo del Dios de los Cielos en la Tierra, pero la mujer no podía lograr su ser íntegro hasta casarse con un hombre, porque, a través del matrimonio, el cuerpo de la mujer conseguía la cabeza, representada por su marido. En el Antiguo Testamento, aparece ya esta imagen de la mujer como un ser descabezado y distorsionado. Al hombre se le permitía rezar ante Dios sin cubrirse la cabeza ya que era semejante al Creador. A una mujer, sin embargo, se le obligaba a cubrirse la cabeza al rezar porque, según la interpretación religiosa más extendida, ella carecía de algo esencial. Era un cuerpo sin cabeza. Como la principal diferencia entre los seres humanos y los animales reside en la cabeza o, en otras palabras, en su capacidad de

razonar, sólo al hombre se le podía considerar un ser humano completo. La mujer era simplemente un cuerpo animal dominado por las pasiones, la sensualidad y una lascivia insaciable, del que, tal y como Dios lo había querido, el mal formaba parte de su naturaleza, y era la encarnación humana de Satán. Los profetas, sacerdotes, frailes, monjes y servidores consagrados a Dios todos han sido hombres a los que se exigía renunciar a la mujeres durante toda la vida, porque ellas descienden de Satán.

Durante la Edad Media se realizaron muchas pinturas y dibujos que representaban a mujeres arrodilladas detrás de Satán intentando besarle el trasero. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino y Alberto Magno, considerados como los teólogos más prominentes de la época, proclamaron que algunas mujeres mantenían relaciones sexuales con Satán. Los tribunales de la inquisición perseguían a las mujeres que mantenían este tipo de relaciones con Satán, y las quemaban vivas. Según estos concienzudos dispensadores de justicia, existían ciertos signos y síntomas que eran señales inequívocas de la maldad de la víctima. Se llamaban “los signos de Satán” que, una vez descubiertos en las víctimas, constituían una evidencia irrefutable de la impronta de Satán.

Los hombre árabes de las eras preislámica e islámica disfrutaban de un alto grado de libertad sexual tanto en el seno de la familia, gracias a los matrimonios múltiples, como fuera de ella, gracias a las relaciones sexuales con concubinas y esclavas.

Este no era un privilegio exclusivo de los hombres árabes, sino que también existió en otras sociedades. Cuando el patriarcado se estableció en la sociedad, los hombres se concedieron a sí mismos ese alto grado de libertad sexual. Los privilegios de los hombres no son resultado de su procedencia geográfica, ni de su cultura, oriental u occidental, sino, más bien de las estructuras socioeconómicas de la sociedad. Así pues, cuando la sociedad era patriarcal y se caracterizaba por las distinciones de sexo y divisiones en clases sociales, los hombres tenían derechos y libertades de los que las mujeres carecían.

Sin embargo, todos los especialistas en historia árabe y, sobre todo, los de las escuelas orientalistas han ocultado este factor tan fundamental y por ello o no han comprendido totalmente los factores que rigen las relaciones hombre-mujer, o quizá hayan utilizado este método de forma consciente y premeditada para ofrecer una imagen desfavorable sobre Oriente y los árabes. Para ellos, la libertad sexual de la que han disfrutado los hombres en el mundo árabe es un fenómeno aislado, desconocido en otras partes del mundo, y el islam, la única religión que ha convertido a las mujeres en objetos de placer sexual para los hombres. Según estos especialistas, sólo el hombre árabe practica normalmente la poligamia o mantiene relaciones extramatrimoniales. Y sin embargo, a lo largo de la historia, todos los hombres, en todos los rincones de la Tierra, desde que el mundo asistió a la implantación del patriarcado, han mantenido relaciones sexuales con otras mujeres además de su esposa, abiertamente o en secreto, acudiendo a hurtadillas hasta su puerta o haciendo ostentación pública de sus amantes. El cristianismo castigó la lujuria sexual con mayor severidad que cualquier otra religión e impuso la castidad, no sólo a Jesucristo y su madre, María, sino también a los hombres, sacerdotes, monjes o frailes, que decidían ponerse el hábito al servicio de Dios. Sin embargo, a pesar del dogmatismo y la severidad con respecto al sexo de las doctrinas cristianas, la historia ha sido testigo mudo de cómo los “hombres santos de Dios” han recurrido a diversas y variadas formas para satisfacer sus necesidades sexuales, y de que la prostitución ha brillado como

nunca precisamente en los periodos más puritanos. La reforma de Lutero fue un intento de corregir los abusos que se estaban produciendo en el seno de la Iglesia.^[11] Una de las objeciones que ponía a la Iglesia Católica era que una gran parte de sus ingresos provenía de las cuotas que pagaban los burdeles. En su opinión, la Iglesia colaboraba estrechamente con Satán, ya que se mantenía sobre todo gracias a una de sus ocupaciones favoritas. Con el dinero de aquéllo\$, y de los acogedores muslos de sus mujeres, se construían las “hermosas casas de Dios” a donde la gente acudía a asistir a los actos de culto y a rezar. Los ingresos que se obtenían a través de limosnas y actos de caridad a veces provenían de manos de unos hombres que, tras depositar sus monedas en la iglesia, se dirigían hacia el burdel. ¿No es normal que quisieran apelar a la bondad divina y solicitar el perdón de Dios antes de pecar con una mujer?

La prostitución no existió hasta que la familia patriarcal se instituyó en la sociedad.^[12] Y con ella, se solucionó de la única forma posible una situación en la que la mujer casada sólo podía tener un hombre, mientras que el hombre era libre de mantener relaciones sexuales con cuantas mujeres quisiera» aparte de la suya. Así nació una nueva categoría de mujeres dispuestas a satisfacer la necesidad masculina de mantener relaciones extramatrimoniales en cualquier momento, y también nació con ella uno de los oficios femeninos más antiguos del mundo.

Así pues, el patriarcado estableció la “institución” que se conocería con el nombre de prostitución, y con ella nació una nueva categoría social, la de los “hijos ilegítimos”, fruto de las relaciones sexuales entre hombres y prostitutas.

Las prostitutas y los hijos ilegítimos se convirtieron en las víctimas sacrificadas en el altar del dios patriarcal. Tanto las unas como los otros pagaron un precio muy alto por el nacimiento de la familia patriarcal, su mantenimiento y reforzamiento. En cuanto a los hombres, se les eximió de todo pago, no se manchó su reputación ni padecieron pena alguna por conservar su libertad sexual. No sufrieron nada, salvo un proceso de deshumanización y alienación, común a hombres y mujeres, que se extendió a lo largo de los siglos, a partir del momento en que se dividió a las personas en clases sociales, primero, y en sexos, razas y credos, más adelante. La inmensa mayoría de hombres y mujeres, fragmentados en cuerpo y alma, materia y espíritu, creencia y acción, se desgarraba a causa de estas dobles categorías que convivían en su personalidad.

En mi opinión, los hombres árabes fueron bastante más directos y honestos que otros. No trataron de ocultar su vida sexual ni cubrirla con un barniz de valores puritanos. Reflejaron en la literatura y la poesía sus relaciones con las mujeres de forma creativa y sin inhibiciones.

No creo que buscar el placer sexual sea un pecado, ni que los hombres y mujeres que intentan satisfacer sus deseos sexuales sean depravados. Son el dogmatismo cristiano y el puritanismo Victoriano los que consideran que placer y deseo sexual son impulsos demoniacos, una desviación de la naturaleza humana. Prueba de ello es que hubo un momento en que el nacimiento de un niño se consideraba un acto impuro hasta que recibía el bautismo cristiano. Estas posturas también sirvieron de base a la posterior rigidez de la Iglesia con respecto al sexo, que se caracterizó por un conjunto de valores calvinistas fríos y severos, que proclamaban la “renuncia al mundo”, al pecado de la carne, la castidad y la virginidad.

En la vida real, sin embargo, estos valores no se imponían a las clases dirigentes, sino a las clases dominadas; ni a los hombres, sino a las mujeres, ni a los ricos, sino a los pobres. Facilitaban a

las fuerzas de la reacción, la opresión y la dictadura el dominio y control de los hombres y mujeres que vivían bajo su yugo. La familia patriarcal fue uno de los cambios sociales más importantes que abrió el camino a la división de la sociedad en amos y esclavos, y la piedra angular de la estructura de los imperios antiguos basados en la colonización. En este mismo sentido, el puritanismo de la Iglesia cristiana en las diferentes etapas de su evolución se utilizó para reforzar los sistemas opresivos y, todavía hoy, forma parte del arsenal de armas que se usa para combatir a los movimientos revolucionarios de las mujeres, las razas de color y las clases explotadas, que aún siguen viviendo sometidos por los sistemas semif feudales, o por los capitalistas, apoyados principalmente por el imperialismo y neocolonialismo.

La historia ha puesto en evidencia el estrecho vínculo existente entre economía y religión, entre las necesidades económicas y los valores morales y sexuales por los que se rige una determinada sociedad. Estos valores cambian según los diferentes periodos y sistemas sociales, y según la evolución histórica de los países. Las necesidades económicas, que influyen en las exigencias y cambios políticos, actúan también como un factor crucial en la conformación de los valores que rigen nuestras vidas e influyen en nuestra ética sexual.

Como ilustración de todo lo anterior, podemos citar el ejemplo de la Europa de comienzos de la era industrial, que legitimó moralmente sus necesidades económicas con el concepto de sublimación. Este concepto pasó a ser una teoría científica tenida como uno de los mayores logros de la escuela freudiana del psicoanálisis. Lo que esconde tras de sí esta “noble” idea probablemente no sea lo que sus propagadores y discípulos pensaban. La sociedad de ese momento, y con ella la clase capitalista en ascenso, tenía una urgente necesidad de mano de obra para las fábricas y zonas industriales porque todavía no se había inventado la maquinaria sofisticada. Era pues indispensable exprimir los cuerpos de los trabajadores hasta que cayera la última gota de sudor de su frente y se agotaran sus últimas energías. Esto sólo se podía conseguir aumentando el nivel de opresión material, social y religiosa. Para hacer más efectiva esta explotación se recurrió a los valores sagrados que convertían el trabajo en una virtud suprema. Y como corolario de una vida ejemplar de trabajo, había que sacrificar los placeres del sexo, descritos como prácticas degradantes de la actividad humana, más propias de animales que de hombres y mujeres.

Así fue cómo durante este período, simultáneamente al auge de los beneficios del capitalismo, se extendió la moral puritana que predicaba el calvinismo. Sin embargo, posteriormente, cuando las sociedades industriales asistieron al desarrollo de la tecnología, cuando el trabajo humano ya no era tan necesario, cuando el nivel de vida había mejorado y eran necesarias menos horas de trabajo, cuando la producción se había multiplicado y el consumo se había extendido, los valores y códigos morales de la renuncia y la abstinencia perdieron su razón de ser y su función. En una época en la que se predicaba el consumo, predicar también la biblia del sacrificio estaba fuera de lugar. A partir de ese momento, se exhortaba a los hombres y mujeres a seguir el impulso de sus deseos y placeres mundanos, para dar rienda suelta a sus necesidades físicas y para rendir culto a los ídolos del consumo. También era necesario evitar que los seres humanos, que desafortunadamente cada vez comprendían con mayor rapidez, reflexionaran demasiado sobre las razones de sus infortunios, y llegaran a descubrir qué y quién eran los verdaderos responsables del hambre y la privación que sufrían.

Es fácil entender por qué a las mujeres se les impuso el velo y se las segregó en una etapa posterior del islam, cuando en los primeros tiempos habían podido moverse con libertad y exponer sus caras en público. La segregación y el velo no se impusieron para proteger a la mujer, sino esencialmente al hombre; a la mujer árabe no se la encerraba en casa para salvaguardar su cuerpo, su honor y su moral, sino para mantener intactos el honor y la moral de los hombres.

Además, el hecho de que los hombres necesitaran imponer esas costumbres y mantener a la mujer al margen de la vida parece oponerse al mito del macho fuerte y poderoso y la hembra indefensa y débil. La tiranía que ejercían los hombres sobre las mujeres indica que habían tomado conciencia de la fortaleza innata de las mujeres y necesitaban protegerse eficazmente contra ella.

En mi opinión, la cultura islámica se basa en las premisas anteriores, es decir, en que la mujer es fuerte y no débil, activa y no pasiva, capaz de destruir y difícil de ser destruida; y si hay alguien que necesita protección, es precisamente el hombre.

Pero ésta es sólo una manera de ver las cosas, puesto que éstas también pueden ser analizadas desde otras perspectivas. Por ejemplo, considerando que la resistencia y fortaleza de la mujer alimentaba el temor del hombre primitivo; y que fue este miedo, o incluso terror, lo que le llevó a oprimirla y subyugarla con todos los medios a su disposición, ya fueran económicos, sociales o legales. El hombre movilizó y sincronizó todos estos medios con el fin de construir una enorme estructura autoritaria que sirviera exclusivamente para aplastar la vitalidad y fortaleza indomables de la mujer, capaces de estallar en cualquier momento. Este inmenso arsenal fue la consecuencia lógica de una situación específica. Ya que el potencial de la fuerza que late en un determinado ser en sí mismo da la medida de la fuerza contraria necesaria para someterlo y suprimir su capacidad de resistencia. Por tanto, no es difícil entender por qué las leyes que regulan la vida sexual de la mujer y deciden lo que le está permitido, y lo que no, son precisamente las más severas y violentas. Si las desobedecía, la muerte en la hoguera y el asesinato podían llegar a ser castigos “clementes”. Algunos científicos y antropólogos afirman que la mujer primitiva tenía demasiado poder como para dejarse someter fácilmente a unas leyes impuestas por los hombres, y que opuso una violenta y larga resistencia contra la lenta evolución hacia el patriarcado, y en defensa de las amplias libertades de las que había disfrutado hasta entonces. Mary Jane Scherfey cree que uno de los factores que retrasó el desarrollo de la civilización masculina patriarcal durante más de 6.000 años fue la poderosa naturaleza sexual de la mujer primitiva.^[13]

Tampoco parece difícil entender por qué, incluso hoy, existen hombres que matarían a una mujer si llegara a trasgredir las leyes sexuales de los códigos morales que se le han impuesto. Con frecuencia oímos historias acerca de un padre, hermano o tío de una familia del alto Egipto que ha matado a su hija porque, tras la noche de bodas, las sábanas blancas no estaban manchadas de sangre, o bien el caso de un marido que mata a su mujer porque la ha visto con otro hombre.



12. El hombre, Dios; la mujer, el pecado

Ejnaton, el rey y filósofo egipcio que realizó importantes reformas sociales, fue el primer gobernante que implantó en Egipto una religión monoteísta al instituir el culto a un solo dios: Ra o Harajni, el dios que centelleaba, brillaba y ardía en el horizonte en forma de una gran luz (*Shu*) y al que el Sol envolvía.^[1] El pensamiento de Ejnaton tuvo una gran influencia en Moisés, el profeta de Israel, observable en la estrecha relación que existe entre algunos versículos del Antiguo Testamento y los escritos de Ejnaton. El cristianismo heredó el legado del judaísmo, y el islam, a su vez, construyó su sistema de ideas, valores, y preceptos religiosos sobre la base de las dos religiones monoteístas que le habían precedido.

Uno de los mitos más famosos que comparten las tres religiones es el de Adán y Eva. Esta historia, incluida en el Génesis de la Tierra, y su hermoso y significativo simbolismo ocupan un lugar muy importante tanto en el Antiguo Testamento como en El Corán.

El primer hombre sobre la Tierra, Adán, le negó a Eva hasta la capacidad de tener hijos, poder que se confirió a sí mismo, ya que, según cuenta la historia “Eva nació de una costilla de Adán”. Esta anécdota no es sino un símbolo que refleja la posición dominante del hombre en aquellas primeras etapas de la historia, caracterizadas por la aparición y extensión de la propiedad privada de la tierra —perseguida con codicia—, el comercio de esclavos —donde se vendían hombres y mujeres como si de ganado se tratara—, la división de la sociedad en clases, la explotación feroz en trabajos no

remunerados y el sistema patriarcal llevado a sus consecuencias más extremas.

La historia de Adán y Eva, tal y como se cuenta en el Antiguo Testamento y El Corán, es una clara muestra de la injusticia que sufrían las mujeres. El intento de encubrir la situación bajo una máscara de santidad religiosa pretendía evitar cualquier discusión y resistencia, puesto que lo que Dios había designado no podía cuestionarlo el hombre, ni la mujer.

Recuerdo muy bien la primera vez que experimenté ese sentimiento de injusticia. Fue el día en que mi maestra nos leyó en clase la historia de Adán y Eva. Como era todavía una niña muy pequeña, no me atreví a expresar lo que sentía. Pero, siempre que me refiero a esta historia, vuelvo a la niñez y me resisto a creerla y aceptarla. Porque si Dios es justo, no puede hacer discriminaciones entre Adán y Eva. Dios está dotado de una lógica infalible, entonces, ¿cómo se pueden explicar las evidentes contradicciones que se encuentran en el tejido de esta historia? Dios, a través de los libros sagrados, ensalza al hombre, glorificando su inteligencia, que simboliza la razón, mientras que la mujer encarna el cuerpo, un cuerpo sin cabeza, un cuerpo cuya cabeza es el hombre. Y sin embargo, en la historia, Eva es más inteligente que Adán, pues comprende que el árbol prohibido es el que da el fruto más delicioso y estimulante de cuantos puedan existir: el conocimiento, y con él, la capacidad de diferenciar entre el bien y el mal. Ella era lo suficientemente lúcida y sensible como para percibir que las advertencias de Dios para que no se acercara a la fruta prohibida ocultaban algo más, el propósito de reconciliar la verdad con el miedo; pues, en cuanto cogiera uno de los frutos y mordiera su jugosa carne, podría discernir entre el bien y el mal. Y desde ese momento estaría al mismo nivel que su Creador. El hombre, que había sido creado a la imagen de Dios se convertiría en Dios. Mi mente infantil veía en ello la demostración de la inteligencia de Eva, mientras que Adán se había comportado igual que lo hubiera hecho un animal.

También recuerdo que, pasados algunos años, cuando ya estaba estudiando en el Helwan Secondary School, un día en que estaba sentada al fondo de la clase, el profesor de árabe me pidió que analizara la oración “Mustafá reza a Alá”. “Mustafá” —dije— “es un sustantivo, de género masculino, que funciona como sujeto, reza es el presente del verbo rezar, en la tercera persona del singular. ‘Alá’ es un sustantivo que funciona como objeto indirecto”. Antes de terminar la última frase, el profesor me dijo: “Que Dios se apiade de nosotros. Debes decir: ‘Alá’, que se sienta en el trono de la majestad suprema, sustantivo masculino que funciona como complemento indirecto”. Cuando tuve que decidir el género de Alá, dudé por un instante y se me vino una idea a la cabeza: ¿por qué Alá era masculino y no femenino? Lancé mi pregunta con toda espontaneidad. El profesor dio una patada al suelo y, temblando de ira y desaprobación, gritó: “Que Alá se apiade de nosotros. ¿Cómo va a ser Alá femenino?, niña, ¿es que no tienes vergüenza? ¿Cómo se te ocurre pensar que Alá es femenino?, ¡Alá es masculino!, ¡masculino! En todas las sagradas azoras de El Corán, al hablar de Alá se utiliza el pronombre El y no Ella”.

Me pusieron un cero en gramática y me advirtieron, o mejor me amenazaron, que preguntas como la que había planteado bastaban para suspenderme en el examen final. Sin embargo, el profesor estaba dispuesto a perdonarme si no volvía a hacerlas.

Pero yo no podía dejar de pensar. Cuando me hice algo mayor, se me ocurrió que si la única diferencia entre mujeres y hombres era la de que éstos últimos tenían un órgano sexual protuberante ¿podía significar eso que Alá también era como ellos en ese aspecto? Entonces pregunté a mi padre

si Alá tenía órgano sexual masculino. Como era un hombre abierto que nos había enseñado a pensar con libertad, a cuestionar todo lo que no fuera convincente, no se irritó como mi profesor, sino que en tono calmado me contestó: “Alá es masculino, pero no tiene órgano sexual, porque es solamente un espíritu, no tiene cuerpo”.

Pero ya tenía yo la siguiente pregunta en la punta de la lengua y nuestro diálogo continuó así:

—¿Cómo entonces un espíritu puede ser masculino? ¿Es que hay espíritus masculinos y femeninos?

—Un espíritu es un espíritu, y no es ni masculino ni femenino.

—¿Por qué has dicho entonces que Alá es masculino?

—Alá es un espíritu, por tanto no es ni masculino ni femenino.

—¿Por qué entonces en todas las azoras de El Corán se utiliza el género masculino al referirse a Alá?

—Porque no es apropiado dirigirse o referirse a Alá en femenino.

—Entonces, lo que quieres decir es que el género femenino tiene alguna falta, o algún estigma que lo hace menos valioso que el masculino.

—Sí, la superioridad de los hombres sobre las mujeres es la verdadera razón por la que los profetas siempre han utilizado el masculino al dirigirse o referirse a Alá. Todos los profetas han sido hombres y jamás ha habido un profeta mujer. El primer hombre sobre la Tierra fue Adán, anterior a Eva y más poderoso que ella puesto que le dio la vida a través de una de sus costillas. Mientras que fue Eva quien lo incitó a comer de la fruta prohibida, a desobedecer las advertencias de Alá.

En ese momento ya estaba totalmente sorprendida pero intenté no darme por vencida.

—Lo que has dicho, padre, es bastante contradictorio. ¿Cómo es posible que Eva, nacida de una costilla de Adán y más débil que él, tuviera en un momento dado la fortaleza necesaria para convencerlo de que desobedeciera las órdenes de Alá? Entonces, en realidad, tenía una personalidad más poderosa y fuerte que la de Adán, que se mostró pasivo, y se dejó convencer por sus palabras.

—Sí, pero Eva sólo actúa cuando se trata de realizar el mal.

* * *

Todos los seres humanos tienen derecho a pedir y pretender que la diosa les dé prosperidad, comida, vestidos y seguridad. Por su parte, los filósofos, los científicos y los artistas piden a los dioses que les transmitan sus conocimientos y les permitan conocer su verdadera naturaleza. La diferencia entre un ser humano y otro reside en los conocimientos, y la diferencia entre un dios y otro reside también en los conocimientos.

Recuerdo haber leído este párrafo de niña en uno de los viejos libros que tenía mi padre en la biblioteca. Probablemente eran las palabras que Plutarco escribió en su libro sobre la diosa egipcia Isis. A pesar de los años transcurridos desde entonces, todavía lo recuerdo y me acuerdo también de que Homero consideraba que Zeus era superior a Osiris porque tenía más conocimientos. Pero, sin embargo, Isis era, entre todas las divinidades, la más grande porque era quien mejor comprendía y

conocía a los demás dioses. Su mismo nombre, Isis, significa sabiduría y conocimiento. Reside en un lugar llamado *Izion* sinónimo de “camino hacia el descubrimiento de la verdad”: cualquiera que penetre en la *Zona* o casa de la diosa encontrará la verdad.^[2]

Todos los estudiosos que han escrito sobre Isis afirman que sus verdaderos adoradores no son los sacerdotes que visten ropas sagradas y lucen una barba poblada, sino todas aquellas personas que buscan sin descanso la verdad y el conocimiento.

Al leer la historia de Isis y Osiris, encontramos que fue Isis la fuente de toda acción, trabajo y creación. De hecho, ella fue la que recreó y reconstruyó lo que hombres como Tifón habían destruido. Este simbolizaba lo superfluo, lo irracional y lo caótico. Lo útil y lo constructivo provenía de Isis, y tomaba la forma de Osiris, que no era más que la encarnación de las acciones de Isis.

En virtud de su inteligencia y conocimientos, Isis pudo vencer a las fuerzas malignas de Tifón, que había cortado el cuerpo de Osiris en pequeños trozos y se los había llevado muy lejos para esparcirlos. Su órgano sexual lo devoró un pez en las aguas del Nilo, pero Isis fue capaz de reunir los pedazos y volverlo a crear de nuevo, proporcionándole un nuevo órgano sexual que sustituyera al que había perdido.

El mito de Isis demuestra con claridad que la mujer en la sociedad antigua era fuente de creación y acción. Por el contrario, el hombre era el objeto de esa acción, el resultado de esa iniciativa y versatilidad creativa de la mujer. Por eso Isis significa sabiduría, conocimiento y acción inmediata, mientras que Osiris sólo significa lo puro (virtuoso) o sagrado.

Isis creó a Osiris. También dio vida a Horus, su hijo, y al mayor de los dioses, del que se dice dio nacimiento a Isis o Athena a través de su cabeza.

Iodexo explica que los antiguos egipcios describían a Zeus como un dios incapaz de moverse porque sus miembros inferiores estaban unidos. A causa de esta enfermedad, que lo paralizaba completamente —era motivo de vergüenza— permanecía totalmente aislado, sin realizar actividad alguna. Fue Isis quien le separó los miembros y le permitió moverse y andar.^[3]

El significado de este mito resulta evidente: Isis dio vida, conocimiento y capacidad de movimiento a Zeus, Osiris y Horus. Sin embargo, los hombres que mucho después explicaron esta historia no se dieron cuenta de su trascendencia, o quizá fingieron no entenderla para poder modificarla y distorsionarla de acuerdo a sus propios intereses, y derivar del dios masculino, el origen y la creación, y convertir a la mujer en una de sus creaciones. ¿No nació Iris de la cabeza de Zeus, y Eva de la costilla de Adán.

Así pues, el mito de Adán y Eva no se diferencia esencialmente del de Isis y Osiris, excepto en el carácter sagrado con que se ha dotado al primero, gracias a los libros sagrados que lo sitúan, para muchos, fuera del ámbito de la discusión racional.

A Eva también se la privó de la capacidad de conocimiento, movimiento y creación, y, por eso, sufrió el mismo destino que Isis. Sin embargo, si leemos la historia original tal y como se describe en el Antiguo Testamento, no deja lugar a dudas: Eva posee conocimientos, inteligencia y capacidad racional, mientras que Adán no es más que uno de los instrumentos que ella utiliza para incrementar su conocimiento y dar forma a su creatividad.

No obstante, a pesar del destacado papel desempeñado por la mujer y las diosas antiguas en todo lo relacionado con el conocimiento, la creatividad y el pensamiento, estos mitos se interpretaban de

forma diferente. Había que confeccionar una verdad que permitiera al hombre convertirse en Dios, en creador, en el ser que da nacimiento a la mujer.

El hombre se hizo con el poder y la fuerza, para convertirse en la fuente y el origen de todo, y la mujer fue relegada a la categoría de un ser débil, pasivo y dependiente, cuando, de hecho, en las primeras etapas de la historia, había tenido una posición sobresaliente. Adán había seguido los dictados de Eva, e Isis había sido más fuerte y más poderosa que el más tirano de todos los hombres, Tifón. Tifón, el dios del mal y las artimañas, venció a su hermano Osiris. Y fue Isis quien rescató a Osiris y triunfó sobre Tifón, luchando con las mismas armas que él había utilizado, pues ella también había comprado al diablo con sus riquezas.

La fuerza y la sabiduría de la mujer se remontan mucho más atrás en el tiempo que las de los hombres. La mujer tenía una razón más fuerte y una inteligencia más poderosa que Satán, por eso siempre vencía a los diablos y dioses con su sabiduría y conocimientos. Eva triunfó sobre el Creador cuando consiguió que Adán la obedeciera a ella, en lugar de a Dios.

En aquella época, el hombre parecía ir siempre a remolque de la mujer, atraído por su inteligencia y sabiduría, cualidades que deseaba compartir, bien para fines creativos o bien para fines destructivos, como fue el caso de Tifón y otros demonios.

Sin embargo, el hombre casi nunca ha sido objetivo a la hora de interpretar estos mitos que reflejan claramente la elevada posición de las mujeres en las etapas prehistóricas y premonoteístas de la vida humana.

Algunos analistas insisten en que el hombre de aquella época pudo vencer, en un momento dado, a la mujer por la fuerza y robarle la santidad, creatividad y capacidad de razonar para atribuirse así él mismo todas estas cualidades. En la historia de Isis, por ejemplo, se dice que su hijo Horus le cortó la cabeza o le quitó la corona de diosa porque ella había liberado a Tifón de su cautividad y lo había perdonado cuando lo llevaron ante ella encadenado.

En el Antiguo Testamento también la mujer fue decapitada y se la convirtió en un cuerpo sin cabeza. El marido, entonces, pasó a ser la cabeza de la mujer. Éste es el origen de una concepción muy extendida que considera que la mujer no tiene cerebro o es menos inteligente que el hombre, a pesar de que, en un principio, las mujeres habían poseído los conocimientos y capacidad de razonar, y los hombres se limitaban a seguirlas.

Pero al interpretar los antiguos mitos de forma que favorecieran los intereses patriarcales y de clases que nacieron con las sociedades esclavistas, la historia sufrió un cambio trascendental.

Recuerdo haber leído en alguna de las historias antiguas sobre Egipto y Grecia que Dios se representaba con la imagen de un cocodrilo por ser éste el único animal que no emitía ningún sonido.

[4] “La razón de Dios” o “la obra de Dios” podían transmitirse en el silencio. En esas historias se afirmaba también que Zeus no tenía orejas y era sordo, porque el dios que reinaba sobre todas las cosas no necesitaba escuchar a nadie. Además, como he mencionado antes, había nacido con una enfermedad que le impedía moverse y reptaba como un cocodrilo.

Fue una mujer, Isis, quien le concedió el privilegio de poder caminar.



13. La mujer en la época de los faraones

La civilización del antiguo Egipto, una de las más grandes de la Historia, ha sido objeto de numerosos estudios de investigación histórica. Los egiptólogos han comprobado, en repetidas ocasiones, que en las primeras etapas de la antigua civilización egipcia, los dibujos y relieves de figuras femeninas tenían el mismo tamaño que las masculinas, lo que parece indicar que las mujeres y los hombres disfrutaban de la misma posición y prestigio social. Pero, más adelante, las dimensiones de las primeras comenzaron a reducirse como consecuencia del deterioro de su posición social con respecto al hombre. También han descubierto que este cambio coincidió con la aparición de la propiedad privada, en el periodo que abarcaba desde la VII dinastía a la X (2420-2140 a. C.). Durante el imperio medio (desde la XI dinastía a la XIII), y durante el intervalo de ocupación de los hyksos, siguieron sufriendo la misma situación degradada a causa de la opresión, la injusticia y la explotación del sistema esclavista, y de la aparición de un protofeudalismo en determinadas zonas. Fue durante el imperio nuevo (1580 a. C.), tras los grandes levantamientos y rebeliones que empujaron al pueblo egipcio, incluidas las mujeres y los esclavos, a combatir a los invasores extranjeros y a los grandes terratenientes, cuando la mujer recuperó, en gran medida, el prestigio y la posición que había perdido. Durante la XVIII dinastía hubo algunas mujeres que llegaron a ser reinas, por ejemplo, Nefertiti y Hatshepsut. Ésta última reinó durante 22 años (1504-1483 a. C.) y se destacó por su poderosa personalidad. La estatua de Hatshepsut tenía forma de esfinge, cabeza humana y

cuerpo de león, símbolos de su fortaleza. Su reinado se caracterizó por la prosperidad y el progreso, y, en muchas ocasiones, demostró sus excelentes cualidades de gobernante. Sin embargo, cuando murió, Tutmosis III, que la sustituyó en el trono, ordenó destruir su estatua y borrar de los muros sus retratos y relieves.^[1]

Pero, por regla general, en el antiguo Egipto, las mujeres sólo desempeñaron un papel destacado durante el imperio antiguo, es decir, antes de que se instaurara la propiedad privada de la tierra. En ese primer periodo, trabajaban en la manufactura de tejidos y alfombras, comerciaban en los mercados y compartían las tareas de la caza con los hombres. Las dimensiones de las figuras femeninas pintadas en los sarcófagos familiares son las mismas que las de sus maridos, reflejo de la estima y respeto que se profesaba a las mujeres, así como de la igualdad existente entre ambos sexos en cuanto a derechos y deberes. Esto se mantuvo así durante la II y IV dinastía (alrededor del año 2780 a. C.). En el bajo relieve de Bangam, en el templo de Karnak, la esposa aparece delante de su marido. Las inscripciones talladas en una piedra memorial erigida en honor de una mujer llamada Bisisht, que vivió durante el imperio antiguo, revelan que presidía en una asociación de médicos. En el antiguo Egipto, el hombre que insultaba a su mujer era juzgado y castigado con cien latigazos, y se le advertía que si reincidía en su falta, se le privaría de su parte en los ingresos comunes de la pareja.^[2]

Las mujeres del antiguo Egipto tenían también un alto nivel de educación. En un documento aparece registrado que un hombre, llamado Janum Reddi, trabajaba como bibliotecario al servicio de una gran señora conocida con el nombre de Nefro Kabith, cuya madre, muy versada en las artes y las ciencias, regentaba todas las bibliotecas de la ciudad de Dandara.^[3]

Las mujeres tenían la misma libertad de movimientos que los hombres, hacían atletismo, nadaban o eran acróbatas. Durante las fiestas, bebían vino —y a veces en exceso—, en compañía de los hombres y brindaban con ellos. En un papiro aparecen las siguientes exclamaciones en boca de una mujer: “Dadme dieciocho copas de vino. Beberé hasta que las uvas me mantengan en el aire. Dentro me siento tan seca como la paja”.^[4]

Algunos arqueólogos, como Armand, Muret y Prested, creen que en este periodo los hijos llevaban el apellido de la madre. Las mujeres participaban en todas las actividades de la vida social y ocupaban una gran variedad de cargos de responsabilidad, incluyendo los de gobernador de una provincia, ministro, reina y diosa. No se conocía el velo y no existía ningún tipo de segregación entre los sexos. Marido y mujer fueron iguales en todo hasta la III y IV dinastía del imperio antiguo. Durante la V dinastía, cuando, paralelamente al desarrollo de la sociedad esclavista, los grandes terratenientes reforzaron su poder y su control sobre el Estado, los hombres fortalecieron el sistema de familia patriarcal, para asegurar que la herencia de la propiedad fuera a manos de sus hijos.^[5] Con el sistema patriarcal, se desarrolló la poligamia, que daría lugar más tarde al concubinato y terminaría con la aparición de los hijos ilegítimos y el deterioro de la situación de las mujeres, a las que se relegaría a los puestos más bajos de la sociedad.

El primer levantamiento revolucionario de los esclavos contra los grandes terratenientes y la administración que gobernaba en su nombre se registra en la VII dinastía (2420 a. C.). Este levantamiento se conoce como la “revolución Memph”, e iba dirigido contra los terratenientes y monarcas reinantes. El pueblo egipcio, hombres y mujeres, quemó el palacio real, manifestó su

desprecio por la propiedad privada y reclamó la igualdad de oportunidades para todos, sin excepciones. Sin embargo, para algunos historiadores, esta revuelta no significó más que un traspaso de la propiedad privada de unas manos a otras: "Los que no tenían ni para un par de sandalias, se hicieron con los grandes tesoros".^[6]

Pero los grandes terratenientes reconquistaron de nuevo su poder, y en el año 2160 a. C., el pueblo egipcio se levantó por segunda vez en una revuelta contra los faraones. Se anunciaba la llegada de la x dinastía. Se abolió el concubinato y desaparecieron de la escena los hijos ilegítimos, pues se estableció de nuevo que los hijos llevaran el apellido de la madre. Pero los grandes propietarios volvieron al ataque y, cuando Herihor, máximo sacerdote, se hizo con el control del poder, llegó el segundo periodo de su gobierno totalitario (1094 a. C.). El concubinato pasó a ser un hecho cotidiano y los hombres reforzaron su derecho exclusivo al divorcio y al sacerdocio.

El pueblo lanzó un nuevo ataque al sistema de los grandes terratenientes el año 663 a. C. Como consecuencia de ello, durante el reinado del rey Bojoris, de la xxiv dinastía, se produjeron algunos cambios fundamentales. Los hijos se liberaron de la autoridad del padre, las mujeres recuperaron sus derechos y los sacerdotes dejaron de ejercer el control sobre los matrimonios, como había ocurrido hasta entonces, pues esta institución perdió su condición religiosa y sagrada. Como vemos, cuando el sistema patriarcal se hacía con el poder, el hombre se alzaba con la autoridad religiosa sacerdotal, el matrimonio se sometía a las leyes que imponía la religión, volvían a aparecer el concubinato y la poligamia, y se promulgaban leyes estrictas e inhumanas que afectaban a la vida religiosa, social y sexual de las mujeres.

Con la expansión de la propiedad privada de la tierra y la necesidad de cultivarla, creció el número de esclavos, aunque, en ciertos oficios, se empezó a emplear mano de obra asalariada. En esta nueva etapa económica —apoyada por los correspondientes valores sociales y religiosos—, para cubrir las necesidades de mano de obra en los campos, era imprescindible un aumento del índice de natalidad, que contrarrestara las altas tasas de mortalidad. Con este fin, se extendió la creencia de que cuantos más miembros de la familia rezaran por el bien de sus antepasados, más posibilidades habría de que se escucharan sus ruegos. Así pues, la poligamia no se implantó como consecuencia sólo de los deseos de dominación sexual del hombre, sino también de la necesidad de aumentar la natalidad. Las mujeres eran también una importante fuente de riqueza; sobre sus hombros recaía el peso de las labores del campo y de la casa, sin recibir a cambio retribución alguna. Perteneían al grupo de "trabajadores no remunerados", cuya situación no era mejor que la de los esclavos. Por eso, para una mujer, que su marido tuviera más esposas, de alguna manera, era una bendición. Así, al menos, compartían entre varias las tareas y las cargas cotidianas. A veces, incluso se ofrecían unas a otras consuelo y calor humano frente al dolor, la explotación y la injusticia.

No cabe duda de que la poligamia satisfacía los apetitos sexuales de los hombres. Pero éstos, para confirmar su derecho a tener varias mujeres y para santificar su codicia económica y lujuria sexual, necesitaban el apoyo de la religión. Por otro lado, para poder establecer la filiación patrilineal y asegurar que la herencia de la propiedad pasara a los hijos del padre, era imprescindible que las mujeres fueran monógamas. Había, pues, que prescribir y legitimar todo un conjunto de valores que concedieran carácter sagrado a la posesión económica y sexual de la mujer por parte del hombre. De nuevo la religión se prestó al juego.

Pero la mujer también necesitaba más de un marido, porque al tener que compartir a su único hombre con otra u otras mujeres, al estar casada con una fracción de hombre, no podía satisfacer sus instintos sexuales. La desproporción entre el deseo sexual femenino y la satisfacción que obtenía, de hecho, compartiendo el marido, era muy grande.

Como era de esperar, la mujer se resistió a que el hombre intentara reprimir sus necesidades naturales. Pero éste luchó con todas sus fuerzas para vencerla, reforzando su poder por medio de una serie de leyes y costumbres férreas. El castigo para una adúltera sería, en el mejor de los casos, la prisión y, si no, la muerte. La mujer estaría ya condenada para siempre a soportar los feroces celos del marido, unos celos crueles que, más adelante, los poetas y escritores modernos, de Oriente y Occidente, convertirían en una profunda emoción, en una expresión de amor, y en un sentimiento noble. El Otelo de Shakespeare, que asesinó por celos a su amada Desdémona, es el prototipo de hombre que carece de sentimientos y pretende poseer a una mujer como se posee un bien material.

Se promulgaron leyes y preceptos, religiosos y seculares, que imponían a las mujeres la castidad, la virginidad, la fidelidad conyugal y la obediencia, con el fin de que el hombre no tuviera la más mínima duda a la hora de legar su herencia, y ningún intruso pudiera ser candidato a ella.

Sin embargo, a pesar de todas estas coacciones, de todos estos valores, costumbres y códigos legales y morales, la duda sobre la fidelidad de la mujer ha seguido rondando, como un fantasma, por la cabeza del hombre. Y todavía hoy en día continúa haciéndolo. Todo esto sucede porque el sentimiento de duda es la consecuencia directa de la doble moral, que ha permitido que el hombre disfrutara de una gran libertad, mientras que ha obligado a la mujer a cumplir un código autoritario y esclavista de castidad y rectitud sexual.

Esta doble moral se remonta a muchos siglos atrás, cuando el hombre aprendió, por primera vez, que podía poseerlo todo y, a partir de ese momento, comenzó a explotar a los esclavos y a las mujeres. A partir de entonces, el destino de la mujer quedaba ya decidido para los miles de años venideros. Ya nunca sería igual al hombre ni en la sociedad, ni en la casa, ni en el ámbito sagrado de la religión.

Esta progresiva degradación de la posición de la mujer tocó fondo en la antigua Roma, donde las mujeres estaban totalmente a merced de los hombres.^[7] La Edad de las Tinieblas había comenzado para ellas con las primeras civilizaciones, en los albores de una nueva era que prometía convertir en realidad las aspiraciones de progreso humano. La historia y la división de la sociedad en clases habían terminado imponiendo una situación en la cual, para que algunos pudieran tener tiempo libre, administrar, pensar, imaginar e inventar, la gran mayoría, compuesta de esclavos y mujeres, debía trabajar y sufrir.

Así fue cómo a la mujer se la destronó de su puesto de jefe de la tribu y del clan, se la privó del derecho de poner su apellido a los hijos nacidos de su vientre, y se la convirtió en una esclava. Se la encarcelaba entre cuatro paredes como si se tratara de un animal en una guarida, se la compraba y se la vendía en las subastas de esclavos o bajo la cobertura del matrimonio. Sin libertad para elegir ni para tomar decisiones, era el padre o uno de los varones de la familia quien decidía sobre el hombre con el que tenía que casarse, y el pago que recibirían a cambio. Así pues, el padre en la familia romana disponía de la vida de sus mujeres, porque eran parte de sus posesiones y una de sus fuentes de riqueza.^[8]

El derecho romano consagró la dominación del hombre sobre la mujer. El padre no sólo disfrutaba de la prerrogativa de vender a su hija en matrimonio, sino que también tenía derecho a acabar con su vida si le parecía oportuno. Después del matrimonio, estos derechos patriarcales se transferían al marido, que pasaba a poseer legalmente a la madre de sus futuros hijos.^[9]

Durante un viaje a la India que realicé en 1974, visité las plantaciones de té cerca de la ciudad de Conur, en el provincia sureña de Tamil Nadu. La región está habitada por numerosas tribus, cuya forma de vida es muy diferente de la de las ciudades e, incluso, de los pueblos. Lo que más me sorprendió es el papel que desempeñan los hombres. No trabajan, únicamente se consagran a las actividades del templo y a las danzas rituales. Llevan las caras pintadas con polvos de arroz y con carmín, se dejan el pelo largo y se ponen unos adornos y aros en las orejas muy similares a los que llevan las campesinas egipcias. Las mujeres, sin embargo, después de trabajar todo el día en las plantaciones de té o en los campos de patatas, vuelven a sus casas a cocinar, lavar y dar de comer a sus maridos e hijos. Me invitaron a asistir a un fiesta religiosa que organizaba la tribu de los kothas en el pueblo de Drichijadi. Presencí cómo los hombres, con sus largas melenas, sus caras maquilladas y sus pendientes ornamentales, bailaban alrededor del templo, mientras las mujeres miraban desde una zona alejada, reservada exclusivamente para ellas.

Pregunté al jefe de la tribu por qué ocurría así. Me explicó que la tierra que rodeaba el templo era sagrada, y estaba prohibido que las mujeres caminaran sobre ella. Tampoco se les permitía entrar en el templo, ni siquiera a las niñas.

En el pueblo había dos templos. El primero, dedicado a Shiva, albergaba una pequeña estatua de este dios tallada en piedra negra. El segundo se había construido para la diosa Parvathi, esposa de Shiva, a la que también se rinde culto en muchas partes de La India. Me quedé estupefacta cuando me enteré de que los hombres no solamente prohibían la entrada de mujeres al templo de Shiva, sino que también les impedían visitar a la diosa Parvathi, a pesar de que la estatua ante la cual rezaban los campesinos era la de una mujer. Cuando pregunté por qué, el jefe de la tribu me explicó que todas las actividades religiosas están reservadas a los hombres, porque la tierra es el ámbito de la mujeres. Según él, ellas lo poseen todo. Trabajan en el campo y en la casa, y alimentan a todos los miembros de la familia. Incluso los hijos son suyos, pues son ellas quienes les dan vida y los paren. Los padres nunca pueden estar seguros de su paternidad. Así pues, lo único que les queda a los hombres es el culto a los dioses y el cuidado de los templos. Defienden estos derechos como exclusivos para que la mujer no los domine.

Los niños de esta tribu llevan el apellido de su madre, porque la poliandria está muy extendida, y las mujeres pueden casarse con más de un hombre. De este modo, es muy frecuente que un niño no sepa quién es su padre. A pesar de que la mujer es el sostén de la familia —es la única que trabaja y consigue ingresos en forma de dinero o especies—, la tribu se rige por un sistema de tradiciones y costumbres dictadas por el dios Shiva e impuestas por los ancianos. Según este sistema, el hombre gobierna, decide y distribuye las ganancias entre los miembros de la tribu. En nombre de Shiva, el hombre se queda con los ingresos de la mujer y tiene la última palabra en las decisiones de la familia. De esta forma, las mujeres quedan relegadas a la categoría de mano de obra, o incluso esclavas, bajo el control de los hombres. Y como consecuencia de la creciente autoridad masculina, los hijos han comenzado a llevar el apellido del padre, y la monogamia de las mujeres se ha ido

reforzando gradualmente para asegurar que el padre pueda saber quiénes son sus hijos.

Esta tribu se encuentra en una etapa intermedia entre el sistema matriarcal, que todavía prevalece en pequeñas zonas del sur de la India, y las sociedades totalmente patriarcales del norte. Constituyen uno de los numerosos modelos que comparten elementos de los dos sistemas familiares opuestos. Sin embargo, en la India, debido a las diferentes etapas históricas que ha atravesado, se pueden encontrar situaciones muy diferentes. Por ejemplo, a unos 64 kilómetros de Delhi, en el campo, existen tribus que practican una forma encubierta de poliandria. Cuando un hombre está con una mujer, deja sus *chappals* (sandalias) delante de la puerta, para que la familia de ella sepa que está con un hombre.

Parece evidente que el hombre únicamente ha podido llegar a dominar a la mujer haciéndose con el control de los medios de producción, y de la religión. En éste último ámbito, lo consiguió, otorgándose el derecho de elaborar códigos morales que él mismo interpretaba y aplicaba en nombre de sus dioses. El hombre siempre ha temido a la mujer, porque ella es la fuente de vida, dotada de unas capacidades misteriosas; es fuerte, paciente, resistente, trabaja duro en el campo y en la casa. Desde el momento en que la producción proporcionó más beneficios de los requeridos para cubrir las necesidades básicas, se empezó a explotar el trabajo de otros, y un determinado grupo comenzó a vivir de ello.

¿Por qué el hombre fue el vencedor de esta batalla? Sobre este punto hay diversas teorías. Una explicación plausible es la que apunta al hecho de que las mujeres estaban ocupadas en dar a luz y criar a sus hijos, sobre todo cuando la necesidad de mano de obra en las tierras exigía más nacimientos que equilibraran el alto índice de muertes.

Siempre recuerdo mi visita a Drichijadi como una vuelta al pasado fascinante, aunque dolorosa. Tuve ocasión de conocer a las descendientes de las mujeres primitivas; mujeres fuertes, resistentes, de manos rudas y toscas. Pero también pude ver a los hombres tumbados fuera de las casas, tomando el sol, fumando, bebiendo, o jugando con unas piedrecillas entre sus delicadas manos; mientras las mujeres trabajaban en los campos, con los pies descalzos y las cabezas inclinadas bajo un sol tórrido, que les iba marcando las largas horas de trabajo desde el alba hasta el crepúsculo.



14. Libertad para el esclavo, no para la mujer

Las religiones monoteístas, al dictar los principios que habrían de regir el papel y la posición de la mujer en la sociedad, se inspiraron, como hemos visto, en los valores que imperaban en las sociedades patriarcales y de clases de aquella época, basadas, principalmente, en la división entre propietarios de tierras y esclavos.

Los mensajes que los profetas Moisés, Jesús y Mahoma llevaron a sus respectivos pueblos eran, en esencia, una incitación a la revuelta contra las injusticias del sistema esclavista. Aunque es cierto que había diferencias en el contenido y la forma de sus enseñanzas revolucionarias —dado que cada uno nació en momentos y sociedades diferentes, con su propia idiosincrasia social y económica—, todos ellos difundieron un mensaje de rebeldía frente a los males e injusticias de la esclavitud. Mensaje que podía variar en extensión y profundidad, pero que siempre era el mismo.

En consecuencia, como las mujeres estaban sometidas a las estructuras sociales y económicas de la época, cualquier intento de oponerse a las injusticias y de cambiar las estructuras básicas de la sociedad debía incluir también, en mayor o menor medida, la situación de las mujeres. Aunque así ocurrió en las primeras etapas de las transformaciones introducidas por el judaísmo, cristianismo e islam, la posición de las mujeres se estancó y siguió siendo inferior a la de los hombres, especialmente en el judaísmo.

La familia hebrea se basaba en una rígida estructura patriarcal; la autoridad incuestionable e

indivisible del padre era muy parecida al del *pater familias* romano. La familia de los “hijos de Israel” se componía de varias esposas y concubinas, sus hijos, las esposas de los hijos varones, los nietos y los esclavos.^[1] El cabeza de esta gran familia era el padre al que se conocía como *roshe*.^[2] Disfrutaba de una autoridad jurídica y legal absoluta,^[3] elegía a su heredero^[4] y disponía de la vida de sus hijas con completa libertad: podía venderlas a quien le pagara el precio que él mismo estipulaba.^[5] Podía acabar con la vida de sus hijos cuando quisiera^[6] u ofrecerlos en sacrificio a Dios.^[7] Todos conocemos la historia bíblica de Isaac, hijo de Abraham. El derecho y autoridad del padre sobre la vida y la muerte de todos los miembros de la familia eran absolutos. Por ejemplo, podía mandar a la hoguera a la viuda de su hijo, si cometía adulterio tras la muerte de su marido.

La mujer era parte de la familia, en el sentido romano de la palabra, es decir, era parte integrante de la herencia del padre como también lo eran el dinero, las propiedades y los esclavos. La unidad familiar comprendía a las mujeres, los esclavos, las esclavas, los toros, los burros y otras posesiones.^[8] El marido era el “amo o maestro” de las mujeres^[9] y ellas se dirigían a él con un “mi señor”.^[10] El nacimiento de un hijo era una ocasión para el regocijo, mientras que el de una hija llenaba la casa de tristeza y lamentos.^[11]

Pero, mientras la mujer tenía que someterse a todo tipo de imposiciones, el hombre era libre de poseer tantas mujeres y concubinas como sus instintos sexuales le exigieran, e incluso podía mantener relaciones sexuales con sus hijas. Las dos hijas de Lot compartían alternativamente el lecho de su padre hasta que las dos se quedaron embarazadas y parieron dos hijos, Moab y Bennami.^[12] El divorcio era un privilegio de los hombres que no conllevaba ninguna obligación para con la mujer repudiada. El Antiguo Testamento cuenta cómo Abraham se deshizo de su esclava Agar, la egipcia, y de su propio hijo, dejándolos en el desierto con un poco de pan y un odre de agua. Vagaron por las arenas ardientes hasta que se perdieron y nunca más se supo de ellos.^[13]

Los “hijos de Israel” practicaban la poligamia, especialmente las familias ricas y los reyes. El rey David se casó con muchas mujeres y tuvo un séquito de esclavas y concubinas.^[14] Roboam se casó con 18 mujeres, tuvo 60 concubinas y fue padre de 28 hijos y 60 hijas.^[15] Abiga se casó con 14 mujeres y engendró 22 hijos y 16 hijas.^[16] Pero Salomón consiguió superar a todos estos reyes, se casó con 700 mujeres y tuvo 300 concubinas.^[17] Su reinado comenzó con el asesinato de su hermano mayor tras las disputas por la herencia del harén de su padre.^[18]

En oposición a la libertad sexual casi ilimitada de los hombres, las mujeres estaban completamente oprimidas. La virginidad era condición esencial para que un hombre se casara con una mujer. Si ésta no era virgen, él pedía el divorcio. Sin embargo, a finales del siglo VII a. C., como consecuencia de la creciente corrupción e inmoralidad que invadía la sociedad, hubo que establecer algunos casos en los que el hombre no pudiera divorciarse. Así se instituyó que si el marido acusaba injustamente a su mujer de no ser virgen antes del matrimonio, y los padres de la chica probaban lo contrario, mostrando la sábana a los ancianos de la ciudad, éstos lo castigarían imponiéndole el pago de una multa de 100 piezas de oro al padre de la chica, para resarcirle por haber manchado la reputación de “una virgen de Israel”. Además, se le obligaba a aceptarla como esposa y a olvidarse del divorcio durante el resto de su vida.^[19] También se estableció que, si la joven era virgen y el hombre se había permitido mantener relaciones sexuales prematrimoniales con ella, tendría que

pagar al padre cincuenta piezas de oro para casarse con ella y no divorciarse nunca durante “el resto de sus días”.^[20] Si una mujer divorciada se casaba con un segundo hombre, el cual a su vez se divorciaba también de ella o moría dejándola viuda, el primer marido no podía volverse a casar con ella porque había sido “deshonrada”.^[21]

El pueblo de Israel en aquella época vivía inmerso en una sociedad esclavista, gobernada por grandes terratenientes que monopolizaban la tierra, el ganado y el trabajo de hombres y mujeres. La familia era autocrática y patriarcal, y se regía por la férrea mano del padre. Una tercera categoría de opresores eran los sacerdotes, que se habían otorgado amplios poderes, de los cuales se servían para aumentar su autoridad social y posición material. Una de las prácticas represivas más extendidas, cuya víctima era la mujer, era la del “agua amarga”. Si un hombre sospechaba que su mujer le había sido infiel, la llevaba a rastras hasta el sacerdote y allí la sometían a una tortura espantosa que, en teoría, probaría su culpabilidad o inocencia. La desnudaban hasta el vientre, le quitaban todos los ornamentos y le deshacían las trenzas del pelo. Después, la cubrían con una tupida tela negra que le ataban con una cuerda al pecho y, a continuación, la sometían a la prueba del “agua amarga”.^[22] Se trataba de una pócima, preparada por el sacerdote, y compuesta por una mezcla de agua bendita, las barreduras del templo y la tinta disuelta de un trozo de tela, en la que, previamente, el sacerdote había escrito las maldiciones eternas que recaerían sobre ella si resultaba culpable. Le daban a beber esta poción nauseabunda de una cazuela de barro, y si aparecían síntomas de enfermedad (que se le hinchara el vientre o se le desecaran los muslos) se consideraba que era culpable, y la castigaban con el mismo suplicio que a las adúlteras.

La actitud de la sociedad de cara al adulterio ha variado de acuerdo a las condiciones económicas y sociales de las diferentes etapas del desarrollo humano. En las tribus primitivas y en las sociedades matriarcales, hombres y mujeres gozaban de un alto grado de libertad sexual. Sin embargo, con la aparición y evolución de la propiedad privada, que fomentaba “las pasiones de la codicia y la posesión”, y el desarrollo del sistema patriarcal, el marido comenzó a exigir a la mujer absoluta fidelidad, lo que significaba que ningún otro hombre podía acercarse a ella. Los hombres también exigían que las jóvenes con las que se iban a casar fueran castas y vírgenes. Las primeras sociedades patriarcales fueron tan represivas con las adúlteras como con el resto de las clases sociales oprimidas. Ejercieron la represión apoyándose en sus estructuras autocráticas y en la tiranía masculina. Los hombres que gobernaron los destinos del pueblo de Israel decidieron castigar con la muerte a las adúlteras, quemándolas vivas —como Jehová intentó hacer con la esposa de su hijo Tamar—, o lapidándolas hasta que en su cuerpo, martirizado y sangrante, no quedara aliento alguno de vida.^[23] Así se establece en el Deuteronomio.^[24] El hombre, sin embargo, podía fornicar con tantas esposas, concubinas y esclavas como quisiera y cometer miles de adulterios, impunemente. El derecho romano no se diferenció apenas de las costumbres judías, también otorgaba al hombre el derecho de decidir sobre la vida o la muerte de su mujer, en caso de que ella cometiera adulterio. La sociedad islámica, a su vez, se caracterizó por un sistema patriarcal basado en la propiedad privada, y por una estructura de clases compuesta por una minoría de comerciantes que poseía los rebaños de ovejas, camellos y caballos, y que viajaba a lo largo y ancho de las rutas comerciales de la Península Arábiga una gran mayoría de esclavos y algunos plebeyos independientes. La autoridad en el islam la detentaba siempre el hombre —cabeza de familia, gobernante supremo, *jalifa* (líder político), o

imam (líder religioso), *wali* (gobernador de una provincia) o simple testigo—. Estos cargos sólo los podían ocupar hombres. El islam heredó del judaísmo el castigo impuesto a la mujer adúltera, es decir, la lapidación. Se sabe que algunas mujeres murieron de esta forma, salvaje y despiadada, durante la vida del profeta Mahoma y en las primeras etapas de la expansión islámica. En el Corán se estipula que, en caso de adulterio, se debe lapidar a las dos partes, al hombre y a la mujer. Sin embargo, como cualquier hombre podía tener cuantas mujeres, concubinas y esclavas quisiera, los más ricos y poderosos no necesitaban recurrir al adulterio ilegal. Los hombres que poseían ganados o caravanas de camellos, o los que tenían influencia y poder, podían cambiar de mujer a voluntad y casarse con una nueva siempre que se les antojara una cara bonita. ¿Por qué iba un hombre a cometer adulterio si en cualquier momento tenía derecho a divorciarse y casarse con otra mujer, hasta un total de cuatro, y poseer tantas concubinas y esclavas como pudiera pagarse? La ley religiosa o *shari'a*, por tanto, sólo se aplicaba a la mujer que desafiaba al sistema patriarcal, pues era a ella a quien prohibía tener más de un marido, de una familia y de un techo. Si ningún hombre quería comprarla o casarse con ella, su única alternativa era seguir siendo virgen y soltera hasta el fin de sus días. La ley religiosa también servía para castigar a los propietarios más pobres (los que sólo tenían unas pocas ovejas o eran pequeños artesanos o comerciantes), a los trabajadores a sueldo y a los esclavos, a quienes normalmente les resultaba difícil casarse o sus limitados recursos les imponían una fidelidad obligada y les impedía cambiar de mujer, casarse con cuatro o poseer esclavas y concubinas.

El cristianismo, sin embargo, es más severo que el judaísmo y el islam con respecto a la libertad sexual, no ya de las mujeres, sino también de los hombres. Jesucristo comenzó por aplicarse a sí mismo sus normas, y practicó la más absoluta abstinencia a lo largo de su vida, corta, pero tormentosa y fascinante. Nunca se casó, como su madre, la Virgen María, que, según cuenta el Nuevo Testamento, no conoció el abrazo de varón alguno. Jesucristo llegó a decir: “Habéis oído que en los tiempos antiguos se dijo: ‘No cometeréis adulterio’. Pero yo os digo que el que mirara a una mujer con lujuria y la codiciara será adúltero en su corazón”.^[25] Hasta el advenimiento del cristianismo, los judíos, en materia de divorcio, solían aplicar los preceptos consagrados por el Antiguo Testamento, que permitían a un marido divorciarse de su mujer sin razón alguna. El Nuevo Testamento, como nos dice el Libro de Mateo, se opuso a esta práctica por ser contraria a lo deseado de Dios: “Los fariseos también se dirigieron a él, para probarlo y le dijeron: ¿Puede un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?’ Y él les contestó: ‘¿Es que no habéis leído que el Creador los hizo hombre y mujer, y dijo: Por esta causa el hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y los dos serán una misma carne? Así que ya no serán dos, sino una misma carne. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre’”.^[26]

Jesucristo se opuso a la lapidación de las adúlteras e impidió a los fariseos llevar a la práctica este castigo con la famosa frase de: “El que esté libre de culpa que tire la primera piedra”.

El cristianismo, como el judaísmo y el islam, nació en el seno de una sociedad esclavista y patriarcal dominada por Roma, que había extendido su imperio hasta tierras muy remotas, incluida Palestina. Cristo, sin duda, fue un líder revolucionario que expresaba las aspiraciones y esperanzas de los esclavos y los sectores más pobres de la sociedad. Denunció a los judíos ricos que hacían causa común con las autoridades romanas. Se opuso a las injusticias y la opresión de los supremos gobernantes romanos, y luchó por sus ideas progresistas que, en ese momento, significaban un cambio

radical en la sociedad. A su manera, intentó organizar una resistencia contra la explotación y la corrupción de los que estaban en el poder, ya fueran romanos o pertenecieran a su propia comunidad. Pero, en lugar de proponer la lucha revolucionaria contra el sistema esclavista, predicó la no violencia la pureza y piedad humanas, y un código moral muy estricto. El cristianismo de los primeros tiempos insistía en los aspectos espirituales de sus enseñanzas y castigaba a todos los que se entregaban a los placeres materiales de la vida, incluido el sexo. Los esclavos y las mujeres eran las víctimas de la libertad sexual que disfrutaban los romanos y los fariseos de la comunidad judía. Jesucristo, al atacar con convicción el adulterio de la mujer, y el del hombre, estaba realmente defendiendo los intereses de los esclavos y los sectores más pobres de la sociedad, cuyas mujeres podían ser atacadas en cualquier esquina.

Los valores espirituales del cristianismo llevaron a la desaparición de la poligamia, es decir, a la desaprobación de los matrimonios múltiples. Sin embargo, en una etapa algo posterior, la jerarquía religiosa nacida de las enseñanzas de Cristo permitió que el concubinato se hiciera una vez más práctica común. A pesar de que el cristianismo limitó la libertad sexual del hombre, mantuvo a la mujeres en la misma situación de inferioridad y discriminación con respecto a él. El sistema patriarcal imperaba de forma absoluta, y se hizo aún más feroz con la transición a un sistema feudal en los últimos años del imperio romano. Este cambio tuvo lugar primero en las partes más distantes del imperio, donde la autoridad del Estado romano no se podía mantener frente a las continuas incursiones de las tribus bárbaras.

La Iglesia cristiana, o más concretamente la católica, se alejó de las enseñanzas originales de Jesucristo al convertirse en el mayor propietario de tierras de toda Europa; sus fincas y dehesas ocupaban un quinto de todas las tierras cultivadas. Era, por tanto, natural que los cardenales, sacerdotes y monjes tuvieran los mismos intereses que los señores feudales, y contribuyeran con sus enseñanzas religiosas al mantenimiento del sistema feudal evitando que los siervos se rebelaran contra sus amos.

Es evidente que el sistema feudal patriarcal no contribuyó a liberar a las mujeres de la opresión a la que habían estado sometidas. Se las siguió sometiendo y acusando de ser aliadas de Satán, fuente de pecado y perdición de los hombres. Las leyes y la moral social las mantenían bajo el control absoluto de los hombres, que seguían matando o quemando mujeres vivas por las razones más insignificantes. En Europa, la tortura se utilizó también contra las mujeres.^[27]

En el siglo XIV, la Iglesia católica declaró que la mujer que, sin una preparación adecuada, intentara curar una enfermedad, sería considerada bruja, y condenada a muerte.^[28] Porque sólo Dios podía curar el cuerpo y el espíritu, y sólo El poseía el derecho de delegar esos poderes a sus representantes en la Tierra, los sacerdotes. Por esta razón, la muerte era un castigo justo para las brujas.^[29] Durante este periodo, los sacerdotes utilizaban, para curar cualquier enfermedad, unas cuantas gotas de agua bendita, afirmando que sólo ellos conocían el secreto de este método y tenían derecho a usarlo.

Los filósofos y pensadores también contribuyeron a esta situación de la mujer. Tertuliano afirmó que las mujeres mantenían relaciones con Satán. Hombres como Tomás de Aquino apoyaban esta opinión, que se remontaba a Sócrates. Este último había dicho que la finalidad del hombre en la vida era la consecución de nobles propósitos y el cultivo del saber, mientras que la de la mujer era el

sexo, la reproducción y la preservación de la especie humana.

Como he mencionado antes, en sus comienzos, el cristianismo estaba en contra de la poligamia. Pero con el establecimiento del sistema feudal, las guerras, el hambre y las muertes subsiguientes, el cabeza de familia quería tener muchos hijos, aparte de para satisfacer sus necesidades sexuales, para asegurar la explotación de sus tierras. Como resultado de esto, la poligamia y el concubinato volvieron a hacer acto de presencia. San Agustín, filósofo cristiano, defendió con vigor a los hombres y justificó la existencia de estas prácticas, alegando que no pretendían satisfacer el apetito sexual, sino más bien asegurar la reproducción y multiplicación de la especie en la Tierra, de acuerdo con la voluntad de Dios y obedeciendo lo que Él había ordenado. ¿No es cierto que Dios dijo a los hijos de Israel, de entre los que surgiría el esperado Mesías: “Creced y multiplicaos”?

Así pues, la monogamia siguió formando parte del código moral que debían practicar las mujeres, para que el sistema patriarcal no tuviera fisuras y se colapsara. La glorificación de la virginidad llevó a la Iglesia a ensalzar a la Virgen María, que se empezó a conocer como la Diosa de los Cielos y la Tierra, definición que hasta entonces había estado reservada a las diosas antiguas, anteriores al judaísmo. En el regazo de la Virgen María se sentaba al niño sagrado, y sobre la cabeza de la madre aparecían la luna y las estrellas (símbolos de Isis). Este simbolismo era una versión moderna de la antigua representación de Isis y Horus. Con la ascensión de María a la categoría de diosa, el culto a la virginidad se conservó como un pilar religioso fundamental, y así ha llegado hasta nuestros días.

Cuando el islam comenzó a extenderse, unos 700 años después de Cristo, el cristianismo era ya una religión bien asentada. El profeta Mahoma estuvo profundamente influido por las otras dos grandes religiones monoteístas. En los viajes comerciales que realizó fuera del Hiyaz, con frecuencia encontró gentes que le recitaban versículos del Antiguo y Nuevo Testamento. Mahoma fue un niño pobre, un pastor que vivía en el seno de una sociedad dividida en amos y esclavos, hervidero de pasiones, lujuria y codicia, cruel para los hombres y, sobre todo, para las mujeres; una sociedad licenciosa, idólatra, deteriorada por el vicio y el oscurantismo. Las primeras enseñanzas del Profeta atacaban aquel sistema social basado en la esclavitud, y defendían los derechos de los pobres, y de las mujeres. Pero el sistema patriarcal estaba fuertemente arraigado en la mayoría de las tribus (sólo unas pocas mantenían aún vestigios del matriarcado), y el dominio del hombre era firme e incuestionable. La poligamia respondía a las necesidades de aquella sociedad: las continuas luchas tribales y la cantidad de muertos que provocaban, la necesidad de construir el nuevo orden islámico y el gran número de mujeres prisioneras de guerra y de esclavas. Todo ello contribuía a su fortalecimiento. El islam fomentó, pues, la libertad sexual de los hombres y su derecho a tener varias mujeres, concubinas y esclavas. Pero, de hecho, una vez más, eran los grandes propietarios de esclavos, los jefes de tribus y los hombres ricos los que podían disfrutar de esa libertad, ya que sólo ellos tenían los medios para comprar y mantener a tantas mujeres.

La sociedad preislámica, o lo que después se llamó al-*yahiliya* (la época de la ignorancia) era una estructura tribal basada en la esclavitud. Las prisioneras de guerra pasaban a ser propiedad de los vencedores, y cada hombre poseía varias, según su poder y medios económicos. El islam no introdujo ningún cambio a este respecto, y permitió que el hombre compartiera su casa y su cama con estas mujeres, en realidad esclavas, sin tener ninguna obligación de casarse con ellas. Además, este

sistema de concubinato no lo obligaba a reconocer a los hijos nacidos de esas relaciones, aunque, si lo hacía, pasaban a ser libres automáticamente. La mujer quedaba en libertad a la muerte de su amo.

El cristianismo, una vez asentado, cerró los ojos ante la existencia del concubinato. En algunas familias cristianas de Etiopía, existen todavía concubinas. En Egipto, sin embargo, esta forma de prostitución legalizada se abolió a finales del siglo X (durante el reinado del gran sacerdote Abraham, que perdió la vida en el año 970 d. C. como consecuencia de esta decisión).

La historia y literatura árabes están repletas de historias sobre la vida de estas esclavas y concubinas, que soportaban un alto grado de opresión social y sexual. Sus amos las utilizaban para las faenas de la casa: limpiar, fregar, cocinar, recoger leña etcétera, y otro tipo de deberes domésticos como cantar, bailar y satisfacer sus necesidades sexuales. En algunos casos, el amo las obligaba a prostituirse, beneficiándose él de este comercio.^[30]

Ibn Habib escribe que en la sociedad de la *yahiliya* (preislámica), era costumbre que los hombres obtuvieran beneficios derivados de la prostitución de sus esclavas, algunas de las cuales, en el mercado, llevaban una bandera blanca para llamar la atención de los que deseaban fornicar.^[31] Ibn 'Abbas describe cómo “en la época de la *yahiliya* los hombres forzaban a sus esclavas a prostituirse para después quedarse ellos con el dinero que habían conseguido. Y por esta razón, una de las azoras del santo Corán dice: ‘No forcéis a vuestras hijas a la prostitución, si ellas quieren mantener intacta su pureza, porque queráis consumir los placeres efímeros de la vida. Pero para los que ya lo hayan hecho, lo hecho, hecho está, Dios es indulgente y compasivo’”.^[32]

Era frecuente que el padre casara a sus hijas, con el mejor postor, *en contra de su voluntad*, con el hombre que hacía la mejor oferta. Cuando el marido moría, el tío o el hermano del fallecido visitaba a la esposa y la cubría con un manto diciendo: “Es a mí a quien corresponde, en primer lugar, decidir tu destino”; tras lo cual podía quedarse con ella, venderla en matrimonio con o sin su aprobación, evitar que se casara de nuevo o quitarle la herencia que el fallecido le hubiera dejado.

Entre algunas tribus árabes los raptos de mujeres eran normales. Si el raptor era lo suficientemente fuerte como para vencer a los hombres de la tribu de ella, se la llevaba a su casa, y podía considerarla su esposa. El raptor era habitual en tiempo de guerra o en un ataque sorpresa o conspiración. El poeta Hatim al-Tai evoca con orgullo esta práctica cuando dice: “No nos casamos con sus hijas con su consentimiento, las tomamos por la fuerza de nuestros sables”.

Las mujeres solían resistirse a este destino, aun cuando el castigo era la muerte. Una de las frases más célebres acuñadas por estas mujeres era: “*Al-mania wa la al-dania*” que significa: “La muerte es preferible a la humillación”. Cuando Yamal Ibn Badr raptó a Fatima Bint al-Jorsib (Fatima hija de Jorsib), ella se tiró del palanquín en el que la trasportaban, se rompió la nuca y murió,^[33]

Se dieron muchos casos de esclavas que fueron lo suficientemente valientes como para rebelarse contra sus amos, desobedecerlos o componer versos contra los poderosos y los jefes de tribu. Como castigo las torturaban y, en muchos casos, las mataban. Algunas de ellas llegaron a atacar en sus poemas a los musulmanes e insultar a Mahoma, el Profeta de Alá. La esclava Sara, conocida por sus canciones mordaces contra los musulmanes, estaba entre las personas a los que Mahoma ordenó ejecutar el día de su entrada victoriosa a La Meca.^[34] En la región de al-Nayir, se contaba que, al morir Mahoma, algunas mujeres mostraron su alegría, y Abu Bakr, el primer califa, ordenó que les cortaran las manos y los pies.^[35] Las mujeres que osaban protestar u oponerse se exponían a ser

severamente castigadas. Se les podía cortar las manos, arrancar los dientes o la lengua. Este último castigo se reservaba especialmente a las recitadoras, a las que se acusaba de teñirse las manos con *henna*, mostrar descaradamente sus encantos y marcar el ritmo de la música tocando tambores, todo lo cual suponía un desafío a Dios y a su Profeta. Por eso merecían que se les cortasen las manos y la lengua.^[36]

No hay duda de que el islam supuso una mejora en las condiciones de vida de los esclavos y las esclavas. El islam luchó contra la opresión, se opuso a la injusticia y a la corrupción e hizo un llamamiento a las tribus árabes para que dejaran el alcoholismo, el juego y la usura. Pero la posición dominante del hombre con respecto a la mujer permaneció inalterable. El hombre siguió siendo el amo y el mentor. El matrimonio, en esencia, era un contrato de propiedad, según el cual el marido, que había pagado una dote e iba a mantener a la mujer, se convertía en su dueño.

Así fue cómo las musulmanas árabes llegaron a ser propiedad de los hombres. Todavía hoy, en muchos países árabes, incluido Egipto, las mujeres están sometidas a unas leyes matrimoniales que no han cambiado sustancialmente con respecto a las de aquellos primeros tiempos. Cualquier mejora que se haya podido producir en la situación personal de las mujeres, como esposas y madres, no se ha debido tanto a las leyes, basadas aún en las poderosas y conservadoras fuerzas religiosas, como a los cambios socioeconómicos que se han ido produciendo en países como Egipto, Iraq, Siria, etcétera.

Uno de nuestros escritores contemporáneos más célebres, 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, no escatima elogios al sistema tribal patriarcal en el que las mujeres eran propiedad de los hombres. En su opinión, para los beduinos la seguridad era un factor fundamental; una tribu era respetada por sus enemigos en la medida en que fuera capaz de defender sus propiedades; y entre todas ellas, la más preciada, la que con más celo debían proteger, era la mujer.^[37]

TERCERA PARTE

LA MUJER ÁRABE



15. El papel de la mujer en la historia árabe

Siempre que he necesitado documentarme sobre la época preislámica, me ha sorprendido constatar la gran cantidad de “personalidades femeninas” que desempeñaron un importante papel en la sociedad tribal de aquellos momentos, así como el lugar destacado que ocuparon en la literatura, la cultura, el arte, el amor, el sexo y la vida social y económica de su pueblo. Algunas mujeres, incluso, fueron famosas por su participación activa en las luchas políticas y en las guerras tanto en la época preislámica como en la islámica e, incluso, durante la vida de Mahoma, el Profeta.

La historia de los árabes, a modo de tapiz ornamentado, está sembrada de mujeres brillantes. Por mencionar sólo a unas pocas, podemos recordar a Nessiba Bint Kaab, que blandió su espada al lado de Mahoma en la batalla de Ahad, y tuvo que ser herida trece veces para abandonar la batalla. Mahoma sentía por ella un gran respeto y en una ocasión dijo: “Se la debe más consideración que a los hombres”.^[1] Otra mujer, Umm Solayem Bint Malhan, estando embarazada, se ató al cinto una daga, y luchó en las filas de Mahoma y sus seguidores. En el bando contrario, hubo también mujeres que participaron en las batallas. Entre ellas, Hind Bint Rabia, la esposa de Abu Suffian. En la batalla de Ahad llevaba la misma armadura que el resto de los guerreros y blandía con destreza la espada, con la que iba hiriendo mortalmente uno tras otro a sus enemigos.^[2] Hind quería ser libre y decidir por sí misma. En una ocasión le dijo a su padre: “Soy una mujer que quiere llevar las riendas de su propia vida y sabe lo que quiere”. A lo que su padre le contestó: “Que así sea”.^[3] Hind era famosa

por su ingenio y sagacidad, incluso cuando hablaba con el Profeta. En una ocasión, acudió con otras mujeres ante su presencia para anunciarle que se habían convertido al islam, Mahoma les estuvo hablando durante un tiempo de sus dogmas pero, cuando les habló del precepto divino de “no mataréis a vuestros hijos” (que hacía referencia a la práctica de enterrar vivas a las niñas recién nacidas), ella le dijo: “Eres tú quien mata a nuestros niños”.^[4] En la batalla de Badr, entre musulmanes y miembros de la tribu de Quraysh, que, durante mucho tiempo, fue la que mayor resistencia opuso a Mahoma, Hind perdió a tres hombres de su familia: a su padre, Ataba Ibn Rabia, a su tío Shiba y a su hermano Walid Ibn Ataba. Cuando terminó la batalla, Hind juró vengarlos, prometiendo que no se perfumaría ni se acercaría a su marido hasta haber cumplido la venganza. Mantuvo su promesa, y en la batalla de Ahad los Qurayshíes vencieron a los musulmanes.

Otra mujer que tuvo un destacado papel en la historia de los árabes fue Jadiya, la primera esposa del Profeta. Era conocida por su fuerte personalidad, por su independencia social y económica (vivía del comercio) y porque había hecho prevalecer su libertad a la hora de elegir marido. Y así actuó cuando decidió casarse con Mahoma, quince años más joven que ella. Le mandó una emisaria llamada Nafissa para solicitarlo en matrimonio. En el libro *Al-tabaqat al-kubra*, la primera historia completa de la nación árabe, el autor Muhammad Ibn Sa'ad, cita las palabras de Nefissa: “Jadiya me mandó ir hasta él en secreto y me dijo que le propusiera casarse con ella. El aceptó”.^[5] Jadiya había contratado durante algunos años a Mahoma para que se ocupara de sus negocios; por eso lo conocía muy bien.

La sociedad preislámica la componían muchas tribus nómadas que vivían en el desierto o en pueblos, y cuyas circunstancias económicas eran muy variadas. Algunas de ellas mantenían, en mayor o menor grado, una estructura matriarcal, como la tribu de Janda y la de Yadila.^[6] Antes del advenimiento del islam, algunos de sus reyes llevaron el apellido de sus madres. Ese fue el caso de Ornar Ibn Hind. El Profeta se sentía orgulloso de descender de las mujeres de su tribu y solía decir: “Soy hijo de las “Atikas” de la tribu de Solayem (Atika Bint Hilal, Atika Bint Mora, y Atika Bint al-Awkass, todas mujeres de aquella tribu)”.

Aunque la sociedad árabe en el periodo de la *yahiliya* estaba a medio camino entre el sistema patriarcal y el matriarcado, el hombre ya se arrogaba la supremacía. A medida que éste iba controlando la economía y la religión, reafirmaba su dominio, y, consiguientemente, desaparecían los rasgos matriarcales de la sociedad. La mujer del desierto y de los oasis disfrutaba de más libertad que la de las ciudades porque contribuía a los ingresos de la tribu. Estas mujeres se mezclaban libremente con los hombres y no llevaban velo.

En la época preislámica, cada tribu adoraba a sus propios dioses y diosas, que desempeñaban un papel activo en las guerras, contribuyendo a la victoria de su pueblo. Por esta razón, todas las tribus iban al campo de batalla portando imágenes de sus dioses y de sus diosas. En la batalla de Ahad contra los musulmanes, Abu Suffian, uno de los jefes de la tribu de Quraysh, ordenó a sus soldados que enarbolaran las enseñas de al-Lat y Ozza, dos diosas que, junto con Hind, fueron la fuerza femenina que permitió la victoria sobre los musulmanes, reforzando la confianza de la tribu en su propio poder. En cambio, la tribu que había sido derrotada en el combate normalmente renunciaba a su dios, porque había demostrado su debilidad, y se hacía adoradora del de la tribu de los vencedores o del de una tribu conocida por sus éxitos en el campo de batalla. En consecuencia,

creció el culto a determinados dioses, lo que contribuyó a la paulatina disminución del número total de dioses.^[7] La importancia que en aquellos tiempos mantenían algunas diosas refleja el prestigio del que disfrutaban aún las mujeres en la sociedad tribal árabe y es una muestra de los vestigios matriarcales que pervivían en algunas tribus.^[8]

En el seno de las sociedades matriarcales del periodo preislámico y de los comienzos del islam, hubo muchas mujeres de carácter, gran capacidad intelectual y una actitud decidida ante los problemas personales y sociales, que se distinguieron por desempeñar papeles de importancia. Tomaron parte activa, junto con los hombres, en las actividades comerciales y económicas, forjándose, en consecuencia, una personalidad independiente, tanto dentro como fuera del hogar, que les permitía elegir a sus maridos.

Antes del islam, se practicaba, en algunos casos, la poliandria. Esta forma de acuerdo marital se llamaba *zaway al-musharaka* o “matrimonio compartido”. A la mujer no se le permitía tener más de diez maridos, y si sobrepasaba este límite, la sociedad la tildaba de prostituta. Aixa, la mujer de Mahoma, al describir el periodo de la *yahiliya* dice: “El número de maridos que podían acostarse con la mujer y penetrarla llegaba a diez. Si se quedaba embarazada, los convocaba en su presencia, sin que ninguno pudiera negarse a acudir, y les decía: ‘Ya sabéis lo que ha pasado, he concebido un hijo. Este hijo es tuyo’, y señalaba al hombre que deseaba como padre y responsable del niño. El hombre no se podía negar”.^[9]

Isfahani escribe: “Cuando una mujer beduina se quería divorciar de su marido, orientaba la puerta de su tienda hacia el lado opuesto, de tal forma que si estaba hacia Oriente, la ponía hacia Occidente, y si estaba hacia el Sur, la orientaba hacia el Norte. Este cambio era suficiente para que el divorcio se consumara de inmediato”.^[10]

Antes del advenimiento del islam, los árabes practicaban también una forma de matrimonio, llamada *istibda'a*. De nuevo contamos con la descripción de este método en boca de Aixa. Un hombre podía pedir a su mujer, una vez que hubiera terminado su periodo menstrual (y, por tanto, estuviera purificada) que “buscara a fulano (un hombre determinado) y se acostara con él”. El marido no se volvía a acercar a ella hasta que aparecieran los primeros signos de embarazo. El hombre elegido solía ser una personalidad importante de la sociedad, con el fin de que el niño heredara sus cualidades. En cuanto se probaba de forma fehaciente que estaba embarazada, el marido volvía a tener relaciones sexuales con ella. Al hijo que nacía se lo consideraba hijo del padre legal y no del “gran hombre” que se había acostado con su madre.

El *istibda'a* de los árabes era una forma de mantener relaciones poligámicas, y todavía se practica hoy en algunas sociedades, en las que las mujeres, en teoría estériles, pueden mantener relaciones sexuales extramatrimoniales para intentar quedarse embarazadas.^[11]

Cuando era niña solía escuchar a las mujeres de mi pueblo, Kafr Tahla, hablar sobre las mujeres estériles que visitaban al *sheij* (el *mullah religioso*) y le pedían un amuleto especial para quedarse embarazadas. Tiempo después supe que el llamado amuleto solía ser un trozo de madera que la mujer debía meterse en la vagina. Cuando intenté descubrir por qué ese trozo de madera era capaz de hacer que una mujer estéril se convirtiera en fértil, averigüé algo muy interesante. Aparentemente estos *sheijs* solían humedecer el trozo de madera con semen fresco y pedían a las mujeres que se lo introdujeran en la vagina inmediatamente. Los encuentros entre la mujer y el *sheij* siempre tenían

lugar en una habitación oscura, por lo que ella no podía ver lo que hacía, o puede ser que fingiera no darse cuenta. Deseaba tanto tener un hijo y librarse así del estigma de la infertilidad que cerraba los ojos ante lo que el *sheij* pudiera hacer, aunque llegara a impregnarla de semen directamente, sin utilizar el trozo de madera. Según decían, los *sheijs* realizaban estas prácticas para curar a la mujer estéril,^[12] pero a la vez era una forma de satisfacer sus propios deseos sexuales. En la mayoría de los casos, sin embargo, servía para ambos propósitos, ya que el marido era el estéril e injustamente la acusaba a ella.

La concepción de un hijo según el método del *istibda'a* o del uso de un trozo de madera impregnado con esperma, es semejante a la idea que tenemos hoy de inseminación artificial, que en esencia consiste en reemplazar el esperma del marido por el de otro hombre.

En Occidente, el descubrimiento de la inseminación artificial se ha considerado una innovación muy importante, símbolo de la liberalidad con que los países desarrollados se enfrentan a este tipo de problemas. Pero si nos remontamos a la historia de hace casi 1300 años, encontramos esa misma práctica en el sistema del *istibda'a*, que, por otra parte, quizá resultara más humano, puesto que el marido, con la esperanza de tener un hijo sano e inteligente, dejaba de lado los celos. Se utilizaba al hombre como inseminador. Como decía Lester Ward, el papel del hombre, en las primeras etapas del desarrollo humano, era simplemente el de inseminador.^[13] En las pinturas primitivas de las cuevas de Cogul, en España, a las mujeres se las representa de cuerpo entero, mientras que a los hombres se los reduce a sus órganos sexuales. Estas imágenes confirman la opinión de Lester Ward.

En la época preislámica, los árabes practicaban otras formas de matrimonio. Una de ellas se llamaba *zaway el muta'a* o “matrimonio por placer” y su objetivo no era otro que el de legalizar la situación de una pareja que quisiera disfrutar de su sexualidad. El hombre se casaba con la mujer por un número determinado de días, normalmente tres, aunque podían ser más, o menos, y le pagaba una suma de dinero, fijada de mutuo acuerdo. Él no tenía obligación de reconocer al hijo que pudiera nacer a resultas del breve matrimonio.

Otra forma era el *zaway al-hiba* o “matrimonio de sacrificio”, según el cual la mujer le decía al hombre: “Me entrego a ti”, lo que significaba que el matrimonio se llevaba a cabo sin ninguna condición, y que ella no tendría ningún derecho sobre el hombre. Tampoco en este caso el hombre asumía responsabilidad alguna ante un posible hijo, resultado de su relación.

El hijo nacido como consecuencia de alguno de estos dos tipos de matrimonio, llevaría el apellido de la madre. Pero el islam, desde los comienzos, abolió ambas prácticas.

Las mujeres árabes no perdieron de un día para otro su independencia ni sus posibilidades de forjarse una personalidad enérgica. Fue un proceso gradual y lento, que corrió parejo con los cambios socioeconómicos que se produjeron en la sociedad, y durante el cual las mujeres lucharon intensamente para no perder sus antiguos derechos. En ocasiones tuvieron éxito, pero en la mayoría de los casos se trataba de una batalla perdida que terminó con la imposición del sistema patriarcal.

Aun así, en las primeras etapas del islam, las mujeres siguieron teniendo derecho a elegir a sus maridos. Una de las historias más conocidas a este respecto es la de Layla Bint al-Jatim que se dirigió a Mahoma, el Profeta de los musulmanes, y le dijo: “Yo soy Layla Bint al-Jatib. He venido para que me conozcas. Cásate conmigo”. Y Mahoma dijo: “Ya eres mi esposa”. Pero cuando ella volvió con sus padres, éstos señalaron que había cometido un gran error, pues, como Mahoma podía

casarse con tantas mujeres como quisiera y ella era tan celosa, no iba a poder soportar a las otras. Cuando volvió junto a Mahoma, le dijo: “Soy una mujer celosa, con una lengua muy afilada y no voy a poder soportar a tus otras mujeres. Así que déjame libre.” Entonces él le dijo: “Eres libre”.^[14]

La mujer árabe que vivió en estas sociedades anteriores a la Edad Media no sólo tenía derecho a elegir a su propio marido, sino que también, independientemente de lo importante que fuera, e, incluso, aunque se tratara del Profeta, podía contradecirle, enfadarse con él y negarse a compartir su cama. La mayoría de los musulmanes de hoy en día se sorprendería si supiera que en algunos de sus dichos el Profeta explica el importante papel de los juegos sexuales a la hora de conseguir la satisfacción sexual plena.

Al-Gazali, uno de los filósofos musulmanes más eminentes, realizó un profundo estudio sobre la importancia que Mahoma daba a los juegos sexuales, y a la satisfacción plena de la mujer. Cita las palabras del Profeta cuando dice: “Ninguno de entre vosotros debe abalanzarse sobre su mujer como lo hacen las bestias. Antes de copular con ella, intercambiaos mensajes amorosos”. Entonces la gente le preguntó: “¿Y cuáles debes ser esos mensajes?”. A lo que él respondió: “Besos y palabras cariñosas”.^[15]

Mahoma, como profeta y jefe de Estado, podía fácilmente haber caído en la tentación de ser pretencioso e hipócrita, como ha ocurrido con muchos hombres de su importancia. Podía haberse mostrado despectivo y severo con todo lo relacionado con las mujeres, el amor y el sexo. Pero ésa no era su forma de actuar, ni tampoco se ajustaba a su personalidad de hombre seguro y confiado, de ser humano completo y normal. Admitió sin reservas su capacidad natural para amar a las mujeres y las cosas buenas de la vida. Cuando Amr Ibn al-Aas (el conquistador de Egipto) le preguntó cuál era la persona que tenía más presente en su corazón, contestó: “Aixa (su joven esposa)”. Pero Amr Ibn al-Aas le dijo: “Quiero decir entre los hombre” A lo que Mahoma le volvió a replicar: “Su padre...”.^[16]

Una de las diferencias más sorprendentes entre el pensamiento occidental y el islámico en relación con el sexo residía en la actitud radicalmente opuesta que cada uno mantenía con respecto al tema de la satisfacción sexual. Para el islam era la satisfacción sexual, y no la sublimación o la represión, lo que permitía al hombre y la mujer liberar su energía creativa para trabajar, concentrarse y crear. Según su doctrina, el cerebro y la razón de los seres humanos eran los regalos más importante de Alá. El cerebro les fue otorgado a los pueblos de la Tierra con el fin de que lo utilizaran para adquirir conocimientos sobre la vida, la Tierra, el ser humano, la ciencia y Alá. El saber es la forma suprema de relación con Dios para el creyente musulmán. Y para que pueda llegar al conocimiento, es necesario liberar la energía sexual contenida y satisfacer los instintos sexuales; así se evitará que el espíritu se sienta abrumado y que la mente se desvíe del camino del saber y del culto a Alá

En este punto el islam coincide con las modernas escuelas de psicología que mantienen que la satisfacción sexual es una necesidad para poder desarrollar actividades y creaciones de tipo intelectual y artístico. Esta aproximación es también mucho más científica que la de Freud y su escuela, que consideran la sublimación o represión sexual esenciales para el progreso cultural y para la existencia de la civilización.

Recientemente, la psicología ha demostrado que la energía sexual no liberada se almacena sin

transformarse en fuerza creativa, cultural o intelectual, se desvía de su curso normal y provoca todo tipo de bloqueos e inhibiciones, causando desórdenes sexuales, nerviosos y psicológicos.

No cabe duda de que el respaldo que el islam y su profeta, Mahoma, dieron a los derechos de la mujer fue consecuencia de la elevada situación que ocupaba la mujer árabe en aquella época, de su participación activa en varias esferas de la vida, y del destacado papel desempeñado por algunas mujeres árabes sobresalientes.

Ha llegado el momento de que las mujeres árabes modernas recuerden a las que vivieron en su misma región hace 1.300 años, caminaron sobre la misma tierra, respiraron el mismo aire y tuvieron el valor de rechazar y protestar. Mujeres como Zaynab Bint Yahsh, esposa de Mahoma, que en un ataque de ira llegó a rechazar lo que el Profeta de Alá le ofrecía y lo volvió a rechazar aun cuando éste triplicó su cantidad. Una vez más es Aixa, cronista de la vida de Mahoma, quien describe el incidente del siguiente modo: “El Profeta de Alá hizo sacrificar a un animal para comerlo y me indicó que lo dividiera entre sus mujeres. Mandó a Zaynab Bint Yahsh su parte, pero ella se la devolvió. El dijo: ‘Aumenta su parte’. Pero una vez más la rechazó. Le dije: ‘Eso significa que ahora te odia’”.[17]

La propia Aixa, a pesar de su juventud, fue un ejemplo del destacado papel que en esa época desempeñaban las mujeres en los diferentes ámbitos de la vida. Era conocida por su voluntad de hierro, su lógica versátil e incisiva y su elocuencia. Mujer inteligente, solía desafiar al Profeta inspirado de Alá. No dudaba en oponerse a él o contradecirle, a pesar de que sus palabras fueran tan trascendentales para los musulmanes. Hafsa, otra de las mujeres de Mahoma, ante un comentario de uno de los seguidores del Profeta, puso como ejemplo a Aixa y le contestó: “Te gustaría criticar al Profeta como lo hace Aixa”.[18] Aixa solía regañar al Profeta, y a muchos otros hombres. Expresaba sus razonamientos con una lógica tan aplastante e incisiva que un día Mahoma, mientras estaba reunido con sus seguidores, la señaló y dijo: “Podréis saberlo todo sobre la mitad de vuestra religión si preguntáis a esa joven sonrosada”.[19] Luchó en bastantes guerras, y estaba tan comprometida en las actividades políticas, culturales y literarias que un teólogo musulmán, Urwa Ibn al-Zubair, dijo: “No he conocido a nadie que sepa tanto de teología, medicina y poesía como Aixa”.[20] Y todo esto, a pesar de que cumplió los 18 años después de la muerte de Mahoma.

Aixa era capaz de discutir de cualquier tema con Mahoma. Le llevaba la contraria y se enfadaba siempre que se casaba con otra mujer. Se rebelaba contra él y solía incitar a sus otras mujeres a la rebelión. Llegó incluso a enfrentarse a él por unas azoras coránicas que le habían sido reveladas. Cuando, en una de estas azoras, Alá le permite casarse con tantas mujeres como quiera, ella le comenta acalorada: “Alá responde inmediatamente a tus necesidades”. La historia, en palabras de Muhammad Ibn Ornar Ibn Ali Ibn Abi Talib sucedió del siguiente modo: “El Profeta de Alá, que la bendición y la paz de Alá sean con él, no murió antes de que Alá le otorgara el derecho de tener tantas mujeres como quisiera y le dijo: ‘Ten tantas como quieras’. Cuando Aixa conoció esta azora, dijo: ‘Realmente Alá responde de inmediato a tus necesidades’”.[21] Muchas mujeres árabes de hoy en día han seguido la tradición de Aixa y de las que, como ella, defendieron su independencia y sus derechos. Sin embargo, la gran mayoría ha sucumbido a la presión de la sociedad de clases y del sistema patriarcal, y ha terminado siendo prisionera de los hombres, del velo y de un sistema que les impide participar en la vida económica y social.



16. El amor y el sexo en la vida de los árabes

Muchos investigadores y escritores occidentales que se autodenominan “orientalistas” han utilizado como fuente de sus estudios sobre los árabes la famosa obra literaria. *Las mil y una noches*. Creen que estas historias, sobre todo las que relatan intrigas amorosas, retratan el carácter y el espíritu árabes, y son un instrumento muy valioso para profundizar en la psicología y en los sentimientos de los árabes, aunque en realidad no se quedan más que en la superficie.

Pero quien conozca mínimamente la literatura árabe sabrá que las historias de *Las mil y una noches* sólo reflejan de forma parcial y sesgada una parte de la sociedad árabe que vivía, soñaba, amaba, fornicaba, intrigaba y robaba, hace más de diez siglos. Aunque ignoro el nivel científico, artístico y cultural que alcanzó la civilización europea en esa época, sí sé que la sociedad árabe estaba, sin duda, mucho más avanzada. Muchos eruditos, escritores e investigadores al comparar el mundo occidental con el árabe se basan en un periodo de nuestra historia que cuanta con más de mil años. Hace falta tener mala intención para hacer caso omiso de todo lo que ha pasado durante un lapso de tiempo equivalente a la mitad de años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. ¿Cómo se puede comparar al árabe de la época de *Las mil y una noches*, que volaba en alfombras mágicas, con el occidental de la época victoriana, período en el que el puritanismo escondía la corrupción de una sociedad hipócrita?^[1] Sería más científico y verídico realizar un estudio comparativo sobre el modo de vida de los árabes y los europeos en un mismo periodo, en la Edad Media, por ejemplo,

cuando el clero, que era la clase dirigente compuesta sólo de hombres, incitaba a las mujeres acusadas de brujería a relatar las peores obscenidades y, bajo la presión de torturas insoportables, las forzaban a admitir luego los crímenes que acababan de describir.^[2]

Hoy en día se sigue pensando que el árabe es un obseso sexual que se pasa el día haciendo fiestas con su gran harén. En todas las películas, revistas y periódicos que se imprimen o producen en Occidente, sin excepción, se retrata al árabe como un hombre que corre detrás de las faldas de las mujeres, se come con los ojos los generosos pechos de alguna rubia seductora y despilfarra el dinero para aplacar su sed de alcohol o sexo. A las mujeres árabes, por su parte, se las representa y retorciéndose como serpientes en sus danzas, mostrando sus vientres desnudos y contoneando las caderas, seduciendo a los hombres con promesas de pasiones oscuras, juegos, secretos e intrigas, una imagen calcada de las esclavas del califa Harun al-Rashid, en los palacios de *Las mil y una noches*.

¿Cómo puede creer alguien que esta imagen distorsionada se corresponda con la realidad de los hombres y mujeres árabes de nuestros días? Personalmente, estoy convencida de que ni siquiera es representativa de los hombres y mujeres que vivían en la época de Harun al-Rashid. Tal vez refleje ciertos aspectos de la vida de los dirigentes y sus concubinas en los palacios, es decir, de una pequeña minoría comparada con la gran mayoría de árabes, en cuya dura y difícil existencia no cabían los almohadones de seda, el tacto de una piel suave ni el sabor de los licores de la disipación. La vida sexual de los reyes y gobernantes, ya sea en el presente o en el pasado, en el Occidente moderno o en el antiguo Oriente, al sur o al norte del Ecuador, siempre se ha caracterizado, en mayor o menor grado, por la sofisticación, el refinamiento, el sadismo y la depravación.

Todos esos juicios dogmáticos que representan a los árabes como hombres obsesionados por el sexo, y más inclinados a los placeres del cuerpo que los de otras regiones o países, son infundados y falsos. Con ellos se pretende que el mundo tenga una imagen distorsionada de ellos, que su lucha por la independencia, por el progreso y por el control de su destino resulte falsa, y que a las fuerzas conservadoras, reaccionarias e imperialistas, que se mantienen y prosperan con estos métodos, les sea más fácil llevar a cabo su labor.

Creo que la libertad sexual, intelectual, social y económica es una necesidad para todo ser humano, hombre o mujer, en cualquier sociedad. Sin embargo, creo también que la libertad sexual de la que goza la sociedad capitalista moderna se ha conseguido de forma unilateral sin que haya conllevado un desarrollo paralelo de las libertades social y económica. Esto pone en cuestión los verdaderos motivos que se esconden tras la consistente y creciente campaña que incita a hombres y mujeres a tirar por la borda sus inhibiciones sexuales y sus principios. Y, a su vez, pone en peligro sus posibilidades de progreso, pues todo desarrollo que implique sólo un aspecto de la vida sin tener en cuenta su globalidad puede traer consigo nuevas distorsiones y monstruosidades.

Por esta razón se está extendiendo la creencia de que la libertad sexual, tal y como se predica hoy en la sociedad capitalista moderna, no es capaz de dar respuestas o soluciones válidas a muchos de los problemas de la vida y felicidad personal, y que, quizá, sólo sea otro medio, algo más sutil, de hacer pagar a la gente el precio del consumismo creciente y del afán de beneficios de las multinacionales. Se trata de otro “opio” para debilitar las energías que, de otro modo, podrían dirigirse a combatir cualquier forma de explotación.

A este respecto, las sociedades orientales y árabes no se han diferenciado de las occidentales.

Tanto en unas como en otras, han sido las necesidades económicas las que han gobernado y dictado los valores morales y las normas de comportamiento sexual. Los imperativos económicos de la sociedad árabe exigían un amplio grado de libertad sexual para asegurar el nacimiento de un elevado número de niños. La poligamia, comparada con la poliandria, permitía que nacieran más niños. La sociedad árabe, primitiva y mal equipada para afrontar las vicisitudes y durezas de la vida del desierto, sufría de un índice de mortalidad muy alto, especialmente entre los niños, que había de ser compensado con tasas altas de natalidad. La fuerza económica y militar de las tribus y clanes, en una sociedad que no poseía ni máquinas ni armas modernas, dependía en gran medida del número de sus miembros. Además, la primaria y cruda existencia de la vida en el desierto, y la extrema pobreza de las tribus nómadas implicaba que el coste de mantenimiento de un hijo fuese mínimo, por lo que éste resultaba muy productivo, al realizar pequeñas tareas como cuidar de los camellos y las ovejas.

Las frecuentes guerras eran una parte inseparable de la vida tribal y se cobraban la vida de un gran porcentaje de hombres. Así sucedió particularmente en los orígenes del islam. Era lógico que los señores de los países vecinos con religiones más antiguas se opusieran a esta nueva amenaza, y que los musulmanes se vieran obligados a emprender numerosas batallas antes de conseguir establecerse y fundar su nuevo Estado. En consecuencia, morían muchos hombres produciéndose un gran desequilibrio con respecto a las mujeres, ya de por sí muy numerosas, a las que se añadían las innumerables esclavas prisioneras que se hacían en las batallas victoriosas.

La solución más fácil y natural a una situación semejante era permitir a los hombres casarse con más de una mujer, y dejarles además elegir de entre las prisioneras o mujeres vendidas en los mercados, a las que consideraran apropiadas para ser sus esposas, concubinas o esclavas. Cada hombre actuaba según sus medios que, por supuesto, variaban considerablemente de un hombre a otro. Los hombres se enorgullecían del número de mujeres que podían mantener y cuanto mayor fuera más podían alardear de la magnitud de su séquito femenino y de su poder sobre ellas, ya fueran esposas o amantes. Por su parte, las mujeres competían por los favores del hombre y se esmeraban en mostrar sus atractivos para atraerlos hacia el matrimonio, el amor y el sexo.

Éste quizá fue un factor adicional que contribuyó a que las árabes estuvieran muy predispuestas al amor y el sexo, lo que está claramente en contradicción con la actitud pasiva que mantiene la mayoría de las mujeres de nuestra era moderna. Los otros factores, mencionados anteriormente se debían a los vestigios del matriarcado que quedaban todavía en aquel tiempo en la sociedad árabe, y a la actitud realista de la doctrina islámica que, al contrario que el cristianismo, consideraba que el amor y el sexo no eran pecado. El islam describía el placer sexual como una de los atractivos de la vida, una de las delicias que aguardaba en el paraíso a todos los que fueran allí tras la muerte. Por ello, las mujeres árabes no dudaban en mostrarse receptivas hacia el sexo, en manifestar su atracción por los hombres, en poner en juego sus encantos, y en tejer sus redes alrededor del objeto de su deseo. Tal vez siguiesen los pasos de su madre, Eva, que hábilmente sedujo a Adán para que cumpliera sus deseos y cayera víctima de la *fitna*,^[3] lo que le hizo descender de los Cielos en los que estaba confinado y aterrizar sobre la tierra firme que, aunque dura y áspera, también resultaba cálida y viva.

Para los árabes la palabra “mujer” evoca inmediatamente el término “*fitna*”. La personalidad de la mujer árabe es una combinación de energía y *fitna*, o capacidad de seducción, hasta el punto de que estas cualidades forman parte integrante del *ethos* islámico. El término “*fitna*” también significa

levantamiento, rebelión, conspiración o anarquía que contraría el orden establecido por Alá (que bajo ningún concepto se debe cambiar). En este sentido, el poder sexual y seductor de la mujer puede conducir a la *fitna* en el seno de la sociedad. De esta creencia surgió la idea de que la vida sólo podría seguir su curso normal, y la sociedad sólo podría hacer frente a las amenazas que atentaban contra su estabilidad y orden social, si los hombres continuaban satisfaciendo las necesidades sexuales de sus mujeres y protegían su honor; de lo contrario podía desencadenarse fácilmente una *fitna* de las mujeres.

La contribución que hizo el islam para una mejor comprensión del amor, la sexualidad y las relaciones entre los sexos, en mi opinión, nunca se ha valorado en su justa medida. Sin embargo, existen contradicciones en su doctrina que se derivan directamente de los razonamientos rígidos, reaccionarios y conservadores que el judaísmo y el cristianismo mantuvieron con respecto al sexo.

El islam heredó la antigua concepción sobre Eva y las mujeres, consideradas fieles seguidoras de Satán, en cuyos cuerpos habitaba el demonio. Un dicho árabe muy popular dice: “Siempre que se encuentran un hombre y una mujer, el tercero es Satán”. Mahoma, el Profeta, a pesar de su amor y comprensión por las mujeres advierte que: “Después de que me haya ido, no habrá mayor peligro que amenace la nación y que pueda crear un estado de anarquía que las mujeres”.^[4]

Esta actitud hacia las mujeres ha dominado todo el pensamiento islámico. Y la mujer sigue siendo un peligro potencial para el hombre y la sociedad por su poder de seducción o *fitna*.

El hombre, frente a esta seducción, se encontraba indefenso, sin capacidad de resistencia. Aunque estas ideas no eran nuevas, adquirieron gran relevancia en la teología islámica, y los *ahadith* (hechos y dichos del Profeta) las reforzaron.

Así pues, la sociedad árabe concibió a la mujer como una amenaza y, en consecuencia, la única forma que tenía de combatirla era aislándola en la casa, donde no pudiera tener contacto ni con unos ni con otros. Si por alguna razón se veía obligada a salir del recinto de su prisión, había que tomar todo tipo de precauciones para que nadie pudiera ni siquiera intuir sus encantos. Por ello iba siempre envuelta en velos y largos vestidos, como si de un material explosivo y bien empaquetado se tratara. En algunas sociedades árabes, esta obsesión por ocultar el cuerpo de la mujer llegó a un punto tal que se extendió la creencia de que si, por descuido, mostraba durante un segundo un dedo de la mano o del pie, la sociedad se vería bajo una amenaza potencial de *fitna* que podría llevar a la anarquía, a la sublevación, a la rebelión y a la destrucción total del orden establecido.

Así es como el islam planteó a sus filósofos y teólogos dos cuestiones contradictorias y, en términos de lógica, mutuamente excluyentes: 1. El sexo es uno de los placeres y atractivos de la vida. 2. Sucumbir al placer sexual traerá consigo la crisis, la desintegración y la anarquía social (la *fitna*).

La única manera de resolver el dilema, la única forma de reconciliar los dos puntos de vista contradictorios era instaurar un código sexual que, por una parte, evitara la *fitna*, y, por otra, permitiera el placer dentro de los límites de las prescripciones de Alá.

El *imam* Al-Gazali explica que el instinto sexual de los hombres y las mujeres es una manifestación de la voluntad y la sabiduría de Alá. Así lo expresan las palabras del Profeta cuando dice: “Casaos y multiplicaos. Alá nos ha descubierto el secreto y nos ha enseñado claramente lo que hay que hacer, desde este punto de vista, practicar la abstinencia sexual es como negarse a arar la tierra y a plantar semillas. Supone desdeñar la capacidad con la que Alá nos ha dotado, y es un

crimen que atenta contra los objetivos de la creación, que están escritos en los órganos sexuales con mano divina”.[5]

Para Al-Gazali, además de la reproducción, el matrimonio tiene varios objetivos: protegernos del diablo y de los peligros de la pasión, impedirnos ver lo prohibido, salvaguardar los órganos sexuales femeninos y seguir las directrices del Profeta cuando dijo: “Quien se casa ha demostrado que la mitad de su fe es muy sólida. Dejémosle temer a Dios con la otra mitad”.[6]

El pensamiento islámico admite que tanto el hombre como la mujer tienen instintos sexuales. Fayad Ibn Nayih dijo que “cuando el órgano sexual masculino se pone en erección, el hombre pierde un tercio de su fe”. Una de las explicaciones más extrañas que Ibn ’Abbas ha dado a las palabras del Profeta (que Alá los bendiga a los dos) es la siguiente: “El que penetre a una mujer está perdido en un crepúsculo”, y añade: “Si el órgano masculino se pone en erección, la catástrofe será inevitable, porque el hombre ya no podrá oponer resistencia, ni siquiera apelando a su conciencia religiosa. Este órgano es el arma más poderosa de todas las que utiliza Satán contra los hombres”. Por esta razón, el Profeta (que Dios le bendiga), dijo en una ocasión: “No conozco a ninguna otra criatura que, careciendo de inteligencia y fe, sea capaz de vencer a hombres sabios y razonables tan fácilmente como vosotras (las mujeres)”[7]. También advirtió a los hombres: “No entréis en la casa de los que estén ausentes (refiriéndose a los hogares en los que sólo hubiera mujeres, por estar los maridos fuera) pues Satán saldrá de alguno de vosotros, y os hervirá la sangre”. Tras escuchar sus palabras, sus seguidores le replicaron: “A ti también, joh Profeta!”. Y él les contestó: “Cierto, a mí también, pero Alá me ayuda y, en mi caso, Satán ha sido sometido”.[8]

Como se ve en esta última cita, los árabes solían discutir libremente con Mahoma y lo trataban como a un ser humano como los demás. Si les decía que llevaban a Satán en la sangre, ellos le contestaban que lo mismo le sucedía a él. Mahoma admitió que la única diferencia que los separaba era que en su caso Alá le había rescatado y había sometido a Satán. La palabra árabe que se ha traducido como “sometido” es “aslam”, que significa también “convertirse al islam” (conocer la paz, ser salvado). Lo que realmente quería decir Mahoma era que Satán se había hecho musulmán. En este mismo sentido dijo también: “Yo he tenido ventaja con respecto a Adán por dos motivos. Su mujer le incitó a la desobediencia, mientras que mis mujeres me han ayudado a obedecer. Su Satán era herético, mientras que el mío es un musulmán que me invita siempre a hacer el bien”.[9]

El islam, por tanto, heredó el mito judaico de Eva (la mujer pecadora que desobedeció a Dios) que relacionaba a las mujeres con Satán. El hombre, a pesar de tener instintos sexuales muy fuertes, no suele caer en el pecado a no ser que la capacidad seductora y diabólica de la mujer le inciten a ello. Por eso se compromete en matrimonio, para vencer a Satán y luchar contra las tentaciones hechiceras de las mujeres.

El islam fomenta el matrimonio. Mahoma, el Profeta de los musulmanes, dijo en una ocasión: “El matrimonio es mi ley. A quien ame mi modo de vida, dejadle seguir mi ley.”[10]

A pesar de que el islam reconoce que tanto hombres como mujeres tienen instintos sexuales, reprime y olvida los de la mujer, mientras propone soluciones para satisfacer los de los hombres

Por esta razón a lo largo de la historia del islam ha habido muchos hombres que se han casado con cientos de mujeres. En relación con esto debemos citar una vez más a Al-Gazali: “Y Hasan Ibn ’Ali admitió que tenía más de doscientas esposas. A veces se casaba con cuatro a la vez, o se

divorciaba de cuatro a la vez y las sustituía por otras”. El profeta Mahoma, que Alá le bendiga y dé paz, dijo de Hassan Ibn 'Ali: “Te pareces a mí y a mi genio creador,”^[11] El Profeta en una ocasión dijo de sí mismo que “se le había concedido el poder sexual de cuarenta hombres”.^[12] Gazali admite que el deseo sexual en los hombres es muy fuerte y que: “Algunos hombres tienen una naturaleza tan apasionada que no la pueden satisfacer sólo con una mujer. Esos hombres tal vez deberían casarse con más de una mujer y quizá llegar hasta cuatro”.^[13]

Entre los compañeros de Mahoma (*al-sahaba*), que solían llevar una vida muy ascética, había algunos que mantenían relaciones sexuales antes de romper el ayuno. Se acostaban con una mujer antes de la oración de la tarde, hacían luego sus abluciones y oraban. De este modo se liberaban de las pasiones y los espíritus satánicos, y podían concentrarse en el culto a Alá.

Al-Gazali lleva sus razonamientos aún más lejos y dice: “Como los árabes, en la mayoría de los casos, se rigen por sus instintos sexuales, se les concede el derecho de casarse con varias esclavas, por si en un momento dado esa pasión se convirtiera en una amenaza para sus creencias. Aunque un matrimonio de este tipo puede tener como consecuencia el nacimiento de un hijo esclavo, la esclavización de un hijo es una ofensa menor que la pérdida de la fe religiosa”. Y, según Al-Gazali, esta catástrofe sólo se puede evitar permitiendo a los hombres casarse con tantas mujeres como quieran, a pesar de que al hacerlo estén dañando los intereses de los hijos.

El islam siempre ha sido muy indulgente con los impulsos sexuales de los hombres. No importaba que con ello se esclavizara y se tratara injustamente a criaturas inocentes, ni que las esclavas no tuvieran los mismos derechos que las otras mujeres, ni que sus hijos no disfrutaran jamás de los derechos de los hijos.

Al considerar estos hechos es inevitable preguntarse: ¿por qué la religión ha sido tan condescendiente con el hombre? ¿Por qué, a pesar de haber reconocido que los instintos sexuales son igualmente intensos en la mujer que en el hombre, a él no le exigió controlarlos ni lo obligó a limitarse a una sola mujer, y a ella sí? ¿Por qué la religión ha sido tan permisiva con los hombres hasta el punto de sacrificar los intereses de la familia, de las mujeres e, incluso, de los hijos, para satisfacer sus deseos? ¿Por qué, por el contrario, ha sido tan severa con las mujeres hasta llegar a castigarlas con la muerte si miraban a un hombre que no fuera su marido?

Según la doctrina islámica, el matrimonio era la única institución dentro de la cual un hombre y una mujer podían mantener relaciones sexuales aceptables desde un punto de vista moral. Si las mantenían al margen de esta estructura, inmediatamente pasaban a ser un acto pecaminoso. En aquella época un joven que no hubiera tenido medios para casarse, comprar una esclava en el mercado o hacerse con una concubina, no tenía ninguna posibilidad de liberar sus energías sexuales. Ni siquiera la masturbación estaba permitida.

En una ocasión le preguntaron a Ibn 'Abbas qué pensaba sobre la masturbación. Exclamó: “¡Uf!, es muy perjudicial. La detesto. Casarse con una esclava es mejor que masturbarse y que cometer adulterio”. De este modo, un joven soltero se veía atrapado entre tres males. El menor era casarse con una esclava y tener hijos esclavos. El siguiente, masturbarse y, el peor de todos, cometer adulterio.^[14]

De entre estos tres males sólo los dos primeros se podían justificar. No obstante, la institución del matrimonio no concedía los mismos derechos a los hombres que a las mujeres. De hecho, quizá ni

siquiera sea adecuado utilizar la expresión “derechos de la mujer”, ya que una mujer en el marco del sistema islámico de matrimonio no tiene derechos humanos, a no ser que consideremos que un esclavo en un sistema esclavista tiene derechos. El matrimonio para las mujeres es lo que para el esclavo la esclavitud, o las cadenas de la servidumbre para el siervo. Al-Gazali expresa este hecho clara y sucintamente cuando habla de los derechos de los que disfruta un hombre sobre su mujer: “Quizá la verdadera respuesta sea que el matrimonio es una forma de servidumbre. La mujer es la sierva del hombre y por tanto su deber es obedecer en todo a su marido”.^[15] El propio Mahoma dijo: “La mujer que en el momento de morir goza de la confianza total de su marido, encontrará un lugar en el paraíso”.^[16]

El único derecho del que disfruta una mujer en el islam es el de recibir el mismo trato que el resto de las mujeres de su marido. Pero es imposible llevar a la práctica este tipo de “justicia”, como el propio Corán expone: “Ni siquiera esforzándote, serás capaz de tratar a todas tus mujeres por igual”^[17]. El Profeta tenía preferencias por algunas de sus mujeres. Algunos pensadores musulmanes se oponían a la poligamia por esta razón y afirmaban que el matrimonio con más de una mujer en el islam estaba sujeto a una condición que en sí misma era imposible de cumplir: tratar a todas las mujeres con equidad y evitar las injusticias entre ellas. Es evidente que cualquier hombre desea más a su nueva esposa que a las anteriores, porque si no, no se habría casado con ella. Justicia en este contexto debería significar dar el mismo amor a todas o, al menos, que ninguna sea la preferida.^[18]

Otros pensadores musulmanes interpretan de forma distinta las dos azoras existentes sobre el tema: “Cásate con tantas mujeres como quieras, dos, tres y cuatro. Si temes no poder tratarlas con equidad, entonces cástate sólo con una”.^[19] Consideran que en este contexto, “justicia” significa simplemente dar a las mujeres los mismos medios materiales; no se refiere a que reciban del marido la misma intensidad de amor y afecto.^[20]

Pero llegados a este punto, la pregunta que se plantea es la siguiente: ¿qué es más importante para una mujer, o para cualquier ser humano con dignidad, la justicia de unas pocas piasstras^[21] o la justicia basada en el amor verdadero y el trato humano? ¿Qué es el matrimonio, una mera transacción por la cual una mujer recibe dinero de su marido o un intercambio de sentimientos y emociones?

Incluso si aceptáramos la posibilidad de que el hombre pudiera tratar a todas sus mujeres por igual, seguiríamos sin poder hablar de “derechos”. La principal condición que ha de cumplir cualquier derecho para poder definirse realmente como tal es la de ser disfrutado igualmente por todos los individuos, sin distinción ni discriminación. Si un hombre se casa con cuatro mujeres, aunque las trate con equidad, cada una de ellas sólo puede contar con un cuarto de hombre, mientras que el hombre tiene cuatro mujeres. Las mujeres son iguales porque todas sufren la misma injusticia, del mismo modo que en los antiguos sistemas esclavistas todos los esclavos eran también “iguales” en ese sentido. Pero de ningún modo se puede considerar que una situación de ese tipo sea igualitaria justa o respete los verdaderos derechos de la mujer.

De la misma manera que los sistemas esclavistas y feudales servían a los intereses de los terratenientes esclavistas y feudales, el sistema matrimonial ha sido creado para servir a los intereses del hombre en detrimento de los de las mujeres y los niños.

Al-Gazali, describe las ventajas que el matrimonio tiene para los hombres:

El matrimonio libera al hombre de las cargas domésticas: cocinar, barrer, limpiar y ocuparse de las necesidades vitales. Si el hombre no viviera con una compañera, le sería muy difícil tener un hogar; pues habría de encargarse de todas las tareas de la casa, y no podría dedicarse ni a trabajar ni a ampliar sus conocimientos. Una buena mujer, capaz de ordenar y cuidar la casa, es una ayuda inapreciable para que el hombre pueda consagrarse de lleno a sus deberes religiosos. Si tiene problemas en este aspecto, su corazón sufrirá arrebatos de cólera y ansiedad, y la paz cotidiana se verá perturbada. Por todas estas razones, Solaiman al-Darani ha dicho: “Una buena esposa es un regalo del Cielo, pues te permite prepararte para la vida del más allá, mientras ella se ocupa de los asuntos de la casa y satisface tus pasiones”.^[22]

Así pues, un hombre no puede consagrarse a sus deberes religiosos ni al cultivo del saber, a menos que tenga una mujer que se encargue de los quehaceres domésticos, le sirva, le dé de comer, le lave la ropa y atienda todas sus necesidades. Pero ¿qué pasa con la mujer? ¿Cómo va a cumplir con sus obligaciones religiosas y ampliar sus conocimientos? Nadie ha pensado nunca el problema desde este punto de vista, porque existe la opinión generalizada de que la religión y el saber son dos ámbitos de la vida que no interesan a las mujeres, y de que su única función en la vida es barrer, cocinar, lavar la ropa, fregar cacharros, etcétera para el hombre, ya que si no fuera así, según Al-Gazali, éste sufriría disturbios emocionales y vería perturbada su paz cotidiana.

A las inquietudes y ambiciones intelectuales, científicas o culturales de las mujeres nunca se les ha dado importancia para que el hombre pudiera consagrarse plenamente a esas actividades. Además de obligar a la mujer a realizar unas tareas domésticas que, si no se realizan, producirían en el hombre perturbaciones emocionales, éste la acusa encima de ser estúpida y de no tener convicciones religiosas. La mujer carga con todas estas tareas sin recibir a cambio ninguna remuneración, salvo la manutención, el vestido y la vivienda. El hombre la explota al impedir que desarrolle sus facultades intelectuales, al obligarla a trabajar para él toda la vida sin retribución, y, además, al utilizarla para satisfacer sus impulsos sexuales. Si no cumple este último deber porque se pone enferma, se niega o sus padres se lo impiden, le asiste el derecho a divorciarse y a dejarla sin ningún tipo de pensión.

Uno de los deberes sagrados de la esposa es obedecer al marido, no puede llevarle la contraria, hacerle preguntas o incluso razonarle en una discusión. El hombre, sin embargo, no tiene por qué obedecer a su mujer; es más, se considera indigno que lo haga. Ornar Ibn al-Jattab en una ocasión dijo: “Discrepad de vuestras mujeres y no hagáis lo que os pidan. De este modo, seréis bendecidos. Pues se nos ha dicho: “Consúltalas y luego actúa de modo diferente”. El Profeta también advirtió: “No seas esclavo de tu mujer”. El líder religioso musulmán Al-Hassan va todavía más lejos y afirma que “en cuanto un hombre obedece los deseos y gustos de su mujer, Alá rompe con él y lo envía a las llamas del purgatorio”.^[23]

Entre los derechos de la mujer se encuentra el de recibir una dote cuando se casa y una pensión de su marido si se divorcia. Además, el marido debe proporcionarle la manutención, el vestido y una vivienda. Ahora bien, ella no puede poner ninguna condición con relación al hogar en el que ha de vivir. Puede ser una choza de madera o adobe, o una buena casa de ladrillo, dependiendo de los medios económicos del marido. Tampoco puede fijar la cuantía de la dote, ni de la pensión, ni elegir la comida o la ropa que prefiere. Todo lo decide el marido, de acuerdo con su capacidad económica

y el modo en que quiera disponer de su dinero.

Según la legislación islámica, la mujer tiene derecho a una paga por dar de mamar a su hijo.^[24] El marido tiene la obligación de dársela de su propio bolsillo, en caso de que no hubieran reservado previamente un dinero para ello. Aunque se le pague, la madre no está obligada a dar de mamar al niño si no quiere. Puede solicitar su paga siempre que no haya otra mujer que voluntariamente se ofrezca para dar de mamar al niño y a la que el padre no oponga ninguna objeción. En este caso, la madre ya no tendrá derecho a exigir el dinero.

También en este punto la voluntad del marido es fundamental, porque si encuentra a otra mujer que cuide de su hijo, ya sea de forma gratuita o remunerada, puede impedir que la madre disfrute de su derecho.

La madre también tiene derecho a una remuneración por educar al hijo, pero también en este punto es prerrogativa del padre elegir a otra mujer que ofrezca sus servicios gratuitamente o a más bajo precio.

Todos estos derechos son casi insignificantes, y a la mujer, se le ponen tantas condiciones imposibles para poder disfrutarlos que, en última instancia, no le sirven para nada. Por el contrario, le dan al hombre la posibilidad de prescindir de los servicios de la madre en cuanto ésta exija su dinero, y, por tanto, la obligan a renunciar a uno de sus derechos. La mayoría de las mujeres, presionada por el sistema social y familiar que santifica la maternidad, suele sacrificarse hasta la muerte por sus hijos y les ofrece todo. Parece, pues, que una pequeña cantidad de dinero es un problema mínimo.

La mujer, esposa y madre, realiza una serie de funciones muy importantes sin recibir retribución alguna, y en este sentido, está siendo explotada. Trabaja de cocinera, barrendera, mujer de la limpieza, lavandera, sirvienta doméstica, niñera, gobernanta y preceptora de sus hijos, además de satisfacer sexualmente a su esposo. Y todo lo hace gratis, a cambio sólo de sus gastos de manutención, ropa, y vivienda. Se trata, pues, de la trabajadora peor pagada del mundo.

El marido explota a su mujer porque le paga el salario más bajo que existe, como si de una bestia de carga se tratara. Con la exigua compensación de unas cuantas piastras, la comida, la ropa y un techo bajo el que cobijarse, pretende justificar el poder absoluto que ejerce sobre ella. En el Corán se establece que el hombre puede hacer uso de esta autoridad porque le proporciona a la mujer los medios de subsistencia.

Al pagarle una exigua cantidad de piastras e imponerle la monogamia, el hombre pretende asegurar su descendencia y su herencia. Y parece evidente que todas estas leyes no contribuyen a fomentar el afecto y el amor entre el marido y la mujer. Si entre la pareja existiera amor, se exigiría fidelidad por ambas partes. Pero como sólo se le exige a la mujer (se le impone la monogamia), la devoción conyugal, en lugar de ser un valor moral y humano, se convierte en un instrumento de opresión social contra ella, que pretende asegurar la sucesión y la herencia. El linaje se transmite a través del hombre y, en consecuencia, el adulterio de la mujer puede destruirlo y acabar con la herencia patriarcal.

Los intereses económicos suelen ser el fundamento de la moral existente en un sistema económico que se basa en la propiedad privada, la explotación y la herencia. Sin embargo, desde un punto de vista religioso, la verdadera moral debería estar fundamentada en valores humanos. El Corán lo dice

claramente: “Ni vuestra hacienda, ni vuestros hijos podrán acercaros a Nosotros. Alá estima a los más puros”.^[25]

Ya hemos mencionado antes que en un momento determinado de su desarrollo, la sociedad se dio cuenta de la poderosa naturaleza biológica y sexual de la mujer, que fue comparada con Satán. Por tanto, era imprescindible que sólo tuviera relaciones sexuales con su marido y que se abstuviera de tenerlas con los hombre que le estaban prohibidos (su padre, sus hermanos y sus tíos paternos o maternos). Por esta razón se segregó a los sexos y se les prohibió mezclarse. Para conseguirlo se encarceló a las mujeres entre las cuatro paredes de la casa, lo que respondía a tres objetivos: 1. Asegurar la fidelidad de la mujer y evitar que se mezclara con hombres extraños. 2. Permitirle dedicarse por completo al cuidado de la casa, el marido, los hijos y los miembros ancianos de la familia. 3. Proteger a los hombres de los peligros y poderes seductores de la mujer, frente a los cuales “pierden dos tercios de su razón y son incapaces de consagrarse a Alá, la ciencia y el saber”.

Los filósofos musulmanes que defienden estas ideas están influidos por el mito de Adán y Eva. Conciben a la mujer como una réplica de Eva, un peligro y una amenaza para la sociedad, el hombre y la religión. Creen que si la civilización ha ido avanzando poco a poco es porque ha luchado contra “los poderes femeninos”, intentando controlarlos y anularlos, para proteger al hombre y evitar que descuide sus deberes con Alá y la sociedad.

Por todo ello, era necesario segregar a los dos sexos, y someter a la mujer por la fuerza cuando fuera necesario, pues sólo con la fuerza se puede obligar a los esclavos a cumplir unas leyes injustas y un sistema basado en la explotación. La situación de la mujer dentro del matrimonio es incluso peor que la del esclavo porque la mujer, además de la explotación económica, sufre la sexual. Y para que esta explotación sea más efectiva, además se la reprime desde un punto de vista moral, religioso y social. Los esclavos, al menos, reciben alguna compensación material por sus esfuerzos. Pero una mujer es la sirvienta de su marido, sus hijos y los ancianos de la casa, sin recibir remuneración alguna a cambio. Un esclavo, si su amo lo libera, puede llegar a ser un hombre libre y disfrutar de los mismos derechos de todo hombre libre (entre ellos el reconocimiento de su capacidad intelectual y de sus convicciones religiosas), mientras que una mujer nunca tendrá la inteligencia ni la fe religiosa de un hombre porque carece por completo de ambas cualidades.

Como los hombres son más inteligentes que las mujeres, tienen derecho a ocupar los puestos dirigentes, legislativos, gubernativos, etcétera. Una de las principales condiciones que impone el islam para que una persona pueda ocupar la posición de líder religioso y político (*imam*), o gobernador (*wali*) es la de ser “varón”.^[26] Además es necesario ser piadoso, sabio y competente.

Las principios fundamentales del islam en lo relativo a las mujeres y el sexo pueden resumirse del siguiente modo:

1) Los hombre ejercen su autoridad sobre las mujeres porque las mantienen económicamente. Son más inteligentes, sabios, piadosos y religiosos que ellas. Ejercer la autoridad es un derecho de los hombres, y obedecer, el deber de las mujeres.

2) Los hombres deben consagrarse al culto, a la oración y al cultivo del saber. Para ello tienen que conseguir que las mujeres les sirvan, les preparen la comida y la bebida, laven, limpien y cuiden a los niños y a los ancianos.

3) Es necesario que los hombres satisfagan convenientemente sus instintos sexuales para

dedicarse, en cuerpo y alma, a las actividades religiosas y al culto a Alá, a cultivar el saber, y a evitar que se descomponga la sociedad. El instinto sexual debe satisfacerse en el ámbito del matrimonio, cuyos objetivos principales son reproducirse y experimentar uno de los placeres prometidos en el Paraíso. Al conocer la recompensa que les espera en la otra vida, los hombres estarán motivados para realizar buenas obras en ésta. Los hombres tienen derecho a satisfacer plenamente sus necesidades sexuales casándose con varias mujeres, o comprando algunas esclavas, o con concubinas. La masturbación es un pecado y el adulterio, un pecado aún mayor. “Que los que no se puedan casar observen la continencia hasta que Alá les enriquezca con Su favor. Que el que pueda casarse con una mujer, que ha madurado sin casarse, la tome como esposa. Y si no puede, entonces la abstinencia es el camino.”^[27]

4) Los poderes seductores de las mujeres son un peligro y una fuente de destrucción. Frente a ellos, los hombres deben protegerse, confinándolas en la casa. Si el hombre sucumbe a las tentaciones de la mujer, él mismo acabará destruido. En palabras de Ibrahim Ibn Adham: “El que está acostumbrado a acariciar los muslos de una mujer nunca llegaría a nada en la vida”.^[28]

5) Las mujeres tienen prohibido abandonar la casa y salir al mundo exterior de los hombres a no ser por una necesidad urgente (una enfermedad o la muerte). En caso de que salga, deberá cubrirse completamente el cuerpo y esconder sus encantos para no seducir al hombre. Tendrá que ocultar sus ornamentos y preservar sus órganos genitales externos.

El islam fomentaba el matrimonio y llegaba incluso a considerarlo un deber religioso. Un dicho popular árabe dice lo siguiente: “El matrimonio es la mitad de la fe”. Aunque a los hombres se les exigía casarse, también se les permitía tener varias esposas y mantener relaciones extramatrimoniales a voluntad con concubinas o esclavas. Presumían del número de mujeres que poseían y hablaban con orgullo de su capacidad sexual.

La virilidad pasó a formar parte del *ethos* árabe. La impotencia o debilidad sexual de un hombre era una cuestión de honor. Evidentemente, sólo una mujer podía conocerla y juzgarla, y esto le daba un cierto poder y la convertía en un peligro potencial del que era conveniente protegerse. Por ello se le prohibía salir de la casa, se la obligaba a cubrirse el rostro con un velo y se la trataba de confundir de forma que no pudiera discernir entre la debilidad y la fortaleza. Y también por esta razón se valoraba tanto a las vírgenes; al fin y al cabo una virgen no sabe apenas nada sobre los hombres y el sexo, mientras que una mujer que ha tenido varias experiencias puede fácilmente juzgar la capacidad sexual de un hombre. De ahí que se valorara tan poco a las viudas o a las divorciadas.

Sin embargo, el profeta Mahoma no se ajustó a estas reglas de conducta masculina tan extendidas en la sociedad árabe. Se casó catorce veces con mujeres divorciadas o viudas. La única virgen fue Aixa. En este sentido fue mucho más progresista y abierto que muchos hombres de hoy en día, que todavía prefieren casarse con una virgen y exigen ver las manchas de sangre en la sábana nupcial. Por este motivo, la costumbre de la desfloración con el dedo del marido o de la *daya* sigue estando bastante extendida, sobre todo en las zonas rurales; con ella se pretende demostrar la virginidad de la novia a través de las manchas rojas de la sábana, símbolo de la pureza y el honor intachable de la familia.

Como hemos visto, la situación de las mujeres y la actitud de la sociedad hacia ellas cambiaron rápidamente tras la muerte de Mahoma. Durante los primeros tiempos del islam, mientras vivía el

Profeta, las mujeres disfrutaban de una condición social relativamente buena. Pero en cuanto se las segregó de los hombres y se las obligó a vivir dentro de los límites de la casa, los valores del honor, respeto y orgullo, característicos de la sociedad tribal árabe, se asociaron estrechamente a la virginidad y al confinamiento en la casa. Un dicho popular palestino, muy extendido hasta mediados del siglo XX dice: “Mi mujer nunca abandonó nuestra casa hasta el día en que se la llevaron”.^[29] Recuerdo que mi madre a veces nos hablaba de mi abuela y, en una ocasión, nos contó que sólo había salido a la calle en dos ocasiones. La primera, cuando se casó y dejó la casa de su padre para ir a la de su marido. Y la segunda cuando se la llevaron de casa de su marido para enterrarla. En ambas ocasiones llevaba el cuerpo totalmente cubierto.^[30]

La segregación entre el mundo de los hombres y el de las mujeres era tan estricta que a la mujer que osaba cruzar el umbral de su casa para salir, los hombres la maltrataban. Podía ocurrir que se limitaran a mirarla con agresividad e insolencia o que la insultaran con palabras obscenas, pero con frecuencia las cosas llegaban mucho más lejos; intentaban tocarla, cogerla de la mano, del brazo o del pecho. A veces, si iba a pie de un pueblo a otro, los jóvenes le tiraban piedras o le insultaban a gritos con palabras obscenas que hacían referencia a sus órganos sexuales. Cuando estaba en secundaria (1943-48), recuerdo que tenía miedo de pasear por las calles de ciertos distritos de El Cairo. Me acuerdo también de que, a veces, los niños me tiraban piedras o, cuando pasaba a su lado, me lanzaban insultos tremendos como: “Maldito sea el coño de tu madre”, o “Hija de puta follada por hombres”. En algunos países árabes la situación ha llegado al extremo de agredir a las mujeres física o verbalmente por las calles porque se les salían los dedos por debajo de las mangas del vestido.^[31]

Esta tendencia masculina de agredir a la mujer que traspase los límites de la casa, las fronteras que los hombres le han impuesto, es una prueba de que, en realidad, no la consideran un ser pasivo y débil. Por el contrario, en cuanto se sale de sus límites, la ven como una amenaza que hay que reducir de inmediato, obligándola a volver a su confinamiento. Con este comportamiento, los hombres parecen admitir la gran fortaleza de la mujer, una fortaleza de la que el hombre intenta protegerse por todos los medios a su alcance. No sólo la encarcela dentro de la casa, sino que rodea su mundo masculino con todo tipo de barricadas, alambradas, fortificaciones e incluso armas.

Por otro lado, el mundo femenino es para el hombre un universo poblado de secretos y misterios oscuros, de criaturas embrujadas, diabólicas y satánicas. Es un mundo en el que hay que adentrarse con precaución, rezando para que Alá nos ayude, nos dé fuerza y nos muestre el buen camino. Por eso, en las zonas rurales de Egipto, cuando un hombre entra en una casa en la que hay mujeres, murmura con rapidez los nombres de Alá: “*Ya Ha fez, Ya Ha fes, ya Sattar, ya Rab, ya Satir, ya Karim*” (¡Oh! misericordioso, todopoderoso, compasivo, protector frente a todo mal, bueno y generoso). En algunas zonas del mundo árabe a todos estos adjetivos se les añade la palabra “*destur*”, que es la que utilizan los agricultores para ahuyentar los demonios y malos espíritus.^[32]

Siempre se termina volviendo a la relación de las mujeres con el demonio y los malos espíritus. Se trata de una creencia que se remonta hasta Eva, cómplice de Satán e instrumento de sus maquinaciones. La teología islámica sufí, caracterizada por la renuncia a los placeres del mundo, la meditación y el amor a Dios —que llegó a ser un culto al amor en general— permitió que se santificara también a ciertas mujeres. No obstante el número de santas siguió siendo

extraordinariamente pequeño comparado con el de santos. Si bien la sabiduría popular acuñó una serie de espíritus malignos que en el 80% de los casos eran mujeres.^[33]

En general, a lo largo de la historia del mundo árabe, las mujeres han temido mucho menos a los hombres que a la inversa. La tragedia de los árabes, y la de todos los hombres, es que temen a las mujeres, pero las desean. A pesar de todo, creo que en algunos periodos, especialmente en la época preislámica y los primeros tiempos del islam, los árabes fueron capaces de vencer este miedo en mayor medida que los occidentales. O quizá, por decirlo de un modo más preciso, el deseo que sentían por ellas era más fuerte que las inhibiciones resultantes del miedo. Esto se debió a que las sociedades árabes y las occidentales no vivían bajo las mismas condiciones y porque, como ya hemos dicho anteriormente, el islam (al contrario que el cristianismo) reconocía la existencia y la legitimidad de los instintos sexuales.

Como resultado, el sexo y el amor ocuparon un lugar muy destacado en la vida, la literatura y las artes árabes. Sin embargo, paralelamente a este florecimiento de las pasiones, que contribuía a acercar el mundo de los hombres al de las mujeres, surgió en las obras de algunos filósofos, escritores y poetas una tendencia opuesta y casi igual de fuerte que prevenía a los hombres contra la tolerancia en los placeres del sexo, les animaba a reprimir su pasión por las mujeres y a evitar caer víctimas de sus encantos. Uno de los consejos más famosos del destacado pensador árabe Ibn al-Muqafa dice: “Has de saber que la pasión por una mujer puede acabar con la fe de un hombre, extenuar su cuerpo, arruinar su bolsillo, deteriorar su capacidad intelectual y quebrar su nobleza, majestad y equilibrio”.^[34]

Ibn al-Muqafa se dirigía exclusivamente a los hombres que poseían “majestad”, “equilibrio” y un bolsillo bien surtido, pues sólo quienes tenían estas cualidades podían perderlas por causa del amor o por las mujeres. La mayoría de los hombres, que no poseía majestad, equilibrio, ni bolsillo, no podía atender sus consejos, ni siquiera preocuparse mínimamente por lo que decía. Apenas tenían nada y a veces incluso carecían de los medios para poder tener una esposa legal, pagarle la dote y mantener a sus hijos. Evidentemente estos hombres no iban a protagonizar escenas de amor y pasión.

En la sociedad árabe, como en cualquier sociedad regida por un sistema patriarcal y con enormes desigualdades sociales, el sexo, el amor, la libertad y el placer estaban reservados exclusivamente a una pequeña minoría. El resto tenía que someterse a unas tradiciones, leyes y códigos muy estrictos, que prohibían el sexo a todos los que no podían pagarlo.

Los árabes, acostumbrados a la escasez y los rigores de la vida en el desierto, a enfrentarse a dificultades y peligros para satisfacer las necesidades básicas, a vivir en una sociedad retrasada, y a la explotación por parte de sus propias clases dirigentes, soportaban con firmeza toda clase de privaciones, ya fueran de alimentos, sexo e, incluso, agua. Sin embargo, como cualquier otro pueblo en las mismas condiciones, buscaban compensaciones en otros aspectos de la vida. Tal vez esto explica por qué el pueblo árabe era tan aficionado a escuchar las historias de *Las mil y una noches*, y a vibrar con los relatos de pasiones, mujeres hermosas y seductoras, y escauceos amorosos y sexuales. Este ansia de escuchar y repetir lo que ocurría durante mil noches les servía para desarrollar la imaginación y compensar en forma de ilusiones lo que la vida, de hecho, no les daba. Según Sadek al-Azm “el tema central de estas historias son los sucesos que acaecen en torno a un complejo entramado de pasiones y amores que, en aquella época, resultaban muy fascinantes, porque

no se ajustaban a los códigos morales y las leyes religiosas que imperaban en la sociedad de la época, ni al modo como se concebía el bien y el mal, lo legítimo y lo ilegítimo, lo permitido y lo prohibido”. Las esposas traicionaban a sus esposos con amantes y esclavos, las vírgenes se encontraban en secreto con sus amantes predilectos, y en las cálidas noches de verano, los hombres abandonaban a sus mujeres y buscaban, fuera del ámbito conyugal, otras amantes. Los personajes de estas historias se dedicaban únicamente a dar rienda suelta a sus instintos y pasiones más ardientes, incluso aunque para conseguirlo tuvieran que mentir, engañar y traicionar la confianza de algunas personas, y eludir las consecuencias de sus propios actos. Estos son los temas que inundan las historias tan populares de este libro, que reflejan los deseos ocultos de los hombres y mujeres de la época, quienes, aunque condenados a sufrir una vida dura y rutinaria, soñaban con experimentar las delicias de una ardiente pasión. Pero ¿cómo iban a encontrar una vía de escape si la sociedad estaba constantemente alerta y vigilante para que nadie se desviara hacia los intrincados y peligrosos caminos de la pasión? La única puerta que quedaba abierta era la de los cuentos e historias a través de las cuales la gente podía vivir con la imaginación todo lo que las costumbres y tradiciones le prohibían.^[35]

Las tradiciones y costumbres de la sociedad árabe de la época imponían todo tipo de restricciones sexuales en la vida cotidiana de las personas. Separaban radicalmente el amor del sexo y el cuerpo del alma, una concepción heredada que la especie humana arrastraba desde los tiempos del judaísmo, resultado de haber condenado el sexo con el estigma del pecado, y de concebirlo como un acto impuro y degradante. Los árabes, asociaron el amor con el alma y lo consideraron una manifestación del espíritu, como el amor a Alá o al propio país, o como el sentimiento y el afecto que se profesa por la madre. El sexo y el cuerpo quedaron relegados al nivel de simples instintos animales, que no debían ensuciar el noble sentimiento del amor.

Lo que en Occidente se conoce como amor platónico para los árabes es el *hubb 'udri*. Al separar tan radicalmente el sexo del amor, los árabes también estaban abriendo un profundo abismo entre el amor y el matrimonio, y, en consecuencia, un hombre no podía casarse con la mujer a la que amaba. En la literatura árabe existen cientos de historias de *hubb 'udri*. Entre ellas destaca la de Yamil, que se enamoró apasionadamente de Bussaina, una joven a la que sus padres obligaron a desposarse con un hombre tuerto de aspecto horroroso. Otra historia muy popular es la de Qays, el encumbrado poeta árabe que llenó Cielo y Tierra con sus poemas de amor a Layla. A ella también la prohibieron casarse con él, y tuvo que hacerlo con otro hombre. Se podría citar también la historia de la joven Afra, que tuvo que separarse para siempre de Orwa Ibn-Hizam, el hombre que la había amado profunda y apasionadamente.

La tragedia del *hubb 'udri* es un tema muy frecuente en la literatura y poesía árabes. Durante siglos los árabes han expresado en canciones y versos las torturas del amor, los dulces tormentos de la separación y la nostalgia entre los amantes que viven alejados. Sirvan de ejemplo las palabras de Ibn Hazm: “El amor es una enfermedad fatal, un estado de éxtasis, un mal que nos causa sufrimientos. Quien no lo padece, lo anhela y una vez que se ve atrapado entre sus redes ya no busca remedio”.^[36] El poeta añade: “El sufrimiento que me invade por tu causa, joh!, esperanza de mi vida, es el origen de mi placer. Nunca me separaré de ti hasta el final de mis días”.

Esta tendencia masoquista de sentir placer a través del dolor no es exclusiva de los árabes, es

consustancial a la especie humana desde que el cuerpo se separó del espíritu y el sexo se identificó con el pecado. Los seres humanos se diferencian de los animales porque se les ha dotado de un cerebro más desarrollado que les permite afrontar y superar los peligros que les acechan en la Tierra. En mi opinión, una de las mayores desgracias que le ha sucedido a la especie humana es que se haya separado el cuerpo del alma, y que, inevitablemente, se haya identificado el sexo con el pecado. Estas ideas son mucho más peligrosas que todas las bestias salvajes y habrían podido acabar con los seres humanos de no haber sido por la inmensa capacidad de su cerebro para adaptarse a las circunstancias y evolucionar con ellas. En esta misma situación, un animal sólo habría tenido dos posibilidades: abstenerse completamente del sexo, lo que inevitablemente habría llevado a la extinción de la especie, o continuar manteniendo relaciones sexuales, lo que podría terminar matándole por el sentimiento de culpabilidad que le invadiría cada vez que repitiera un acto equivalente al peor de los crímenes. Las dos posibilidades conducirían sin remedio a la muerte.

Pero el cerebro del ser humano que, a efectos prácticos, es su única arma en la vida, tiene una gran capacidad de adaptación y evolución, lo que le ha permitido hacer frente a estas ideas de forma inteligente, del mismo modo que le ayudó a vencer a los leones y los tigres de las selvas utilizando su ingenio y su razón, corriendo y escapando siempre que se encontraban acorralados. Y a la hora de enfrentarse con ellas, tampoco lo han hecho abiertamente, sino esquivándolas y buscando los medios para burlarlas. El masoquismo o placer ante el dolor es un mecanismo de protección que permite al ser humano librarse del sentimiento de culpabilidad y de la mala conciencia diciéndose simplemente: “Si mantengo relaciones sexuales estoy pecando, pero expío mis pecados sufriendo este dolor casi insoportable con el que incluso experimento cierto placer”.

Freud cometió un error lamentable cuando expuso sus teorías sobre la psicología femenina y describió el masoquismo como una característica esencial de la naturaleza femenina. Pues no sólo la mujer es masoquista, el hombre también comparte esta misma cualidad porque ambos son víctimas de la separación del cuerpo y el alma. Sin embargo, como los males del cuerpo y del sexo se identifican con las mujeres con más frecuencia que con los hombres, el sentimiento de culpabilidad de la mujer es mucho más fuerte y profundo. Para expiar sus pecados, ella tiene que experimentar más dolor y sufrimiento. Todo esto aparece ya en el Antiguo Testamento donde se dice: “Parirás con dolor”. Freud cometió el error de buscar en la naturaleza biológica y psicológica de las mujeres las causas de su masoquismo, en lugar de hacerlo en la historia y el desarrollo social.

Algunos filósofos árabes se opusieron a la concepción del cuerpo y el espíritu como dos entidades separadas por un abismo e intentaron reconciliarlas. Uno de ellos fue el *sheij* Abu Ali al-Hassan Ibn Ali Ibn Sina (conocido como Avicena) que murió en el año 1027, d. C. Ibn Sina, mucho antes que los filósofos y pensadores occidentales, estudió desde un punto de vista científico al hombre en tanto que ser íntegro, valorando sus aspectos corporales y las percepciones sensoriales. Fue uno de los primeros pensadores que insistió en que había que superar la idea de la separación entre cuerpo y alma, y reconstruir el vínculo originario existente entre el sexo y el amor. El hombre es un ser global para Ibn Sina y no se le puede fragmentar o dividir en partes.

En su famoso libro *Al-Qanun fi-l-tibb*, Ibn Sina escribe que el espíritu o alma, al igual que la sexualidad, se rige por dos fuerzas, una consciente y otra inconsciente. La fuerza consciente a su vez se divide en dos fuerzas, una manifiesta, que aparece en la superficie, y otra oculta y enterrada en las

profundidades del ser humano. La fuerza consciente manifiesta, que aparece en la superficie, es la que se relaciona con los sentidos.^[37]

Con extrema lucidez para su época, adelantándose a la ciencia occidental y a Freud, Ibn Sina estableció los vínculos que conectaban el alma con el cuerpo y dividió a la primera en alma consciente e inconsciente. Una de las obras más importantes de Ibn Sina es su ensayo sobre el amor.^[38] En él, quizá por primera vez, el amor entre un hombre y una mujer se considera un acto positivo. Ibn Sina, una vez más, suprime las diferencias entre la actividad del alma animal (como se describía entonces) y el alma expresiva humana (conciencia, en relación con el discurso); y entre los dos polos del amor natural, el físico o corporal (sexo) y el espiritual. Para él la parte considerada como inferior (el cuerpo) desempeñaba un papel junto al ser expresivo y racional superior (que se expresa por la palabra y la razón). El amor a la belleza humana o, en otras palabras, el amor sexual, lo consideraba un vehículo a través del cual el hombre se puede aproximar a Dios. Así, Ibn Sina manifiesta en este ensayo la esencia de su pensamiento sobre el ser y sus componentes, y les concede un lugar sobresaliente en el conjunto de su pensamiento filosófico. Superó a sus predecesores porque fue el primer pensador que afirmó la armonía existente entre el cuerpo y el ser (el alma, o espíritu), oponiéndose así a todos aquellos que concebían el cuerpo y el alma como dos conceptos enzarzados en una batalla continua y eterna.

Sin embargo, Ibn Sina cometió los mismos errores que algunos habían cometido antes y otros iban a cometer después. Como haría Sigmund Freud mucho tiempo más tarde, afirmó que el hombre y la mujer eran seres totalmente diferentes. Pensaba, por ejemplo, que la orina de la mujer brillaba menos que la del hombre a causa de la curiosidad femenina innata.^[39] De su libro *Al-Qanun fi-l-tibb* extraemos el siguiente párrafo: “La orina de las mujeres es menos densa, más blanca y brilla menos que la de los hombres. Esto se debe a que la mujer es un ser muy curioso, tiene una digestión débil, y a que su orina, al salir a través de unas aberturas más anchas, se mezcla con las secreciones del útero”.

Ibn Sina, a pesar de todo, fue un filósofo, un pensador y un hombre de ciencia excepcional. En el mundo occidental no se le ha reconocido como merece, mientras que a hombres de menos categoría se les ha dado mucha más importancia. Y no es difícil averiguar por qué. El mundo en el que vivimos no es neutral; nuestra civilización siempre ha sido parcial y ha favorecido las contribuciones de los occidentales blancos, en detrimento de las de los orientales más morenos, del mismo modo que durante siglos ha favorecido las de los hombres en detrimento de las de las mujeres. Esta situación no se puede explicar, como pretenden algunos “científicos”, por la superioridad natural del cerebro occidental, de su inteligencia y de su creatividad, sino que responde al intento deliberado de borrar la cultura de los pueblos colonizados, para romper su continuidad entre pasado, presente y futuro, y facilitar así su sometimiento a las fuerzas imperialistas y reaccionarias, que sueñan todavía con mantener versiones modernas de los antiguos imperios coloniales.

Los prejuicios de Ibn Sina en favor de la orina del hombre no son de ningún modo más ridículos que las preferencias de Freud por el pene masculino, que le llevaron a basar su análisis sobre la psicología femenina en que las mujeres, pobres criaturas, carecían de una protuberancia masculina en el bajo vientre. Para Freud, las mujeres no son mujeres, son hombres a los que les falta el pene, hombres castrados; ellas no lo quieren admitir, pero viven con la esperanza de poder tener, algún día,

un órgano sexual masculino.^[40]



17. La mujer en la literatura árabe

La imagen de la mujer que han descrito los escritores y poetas árabes antiguos y contemporáneos no se diferencia apenas de la dada por sus homólogos occidentales. Las posibles diferencias se deben únicamente a que escribieron sus obras en tiempos y lugares distintos, o a que algunos escritores fueron más avanzados que otros. En cualquier caso, las variaciones son superficiales y no afectan a la imagen esencial de la mujer; porque ésta, viva en una sociedad industrial o en un medio agrícola, en un sistema feudal o capitalista, retrógrado o avanzado, oriental u occidental, cristiano o musulmán, sigue estando sometida al hombre bajo el sistema patriarcal.

Toda obra literaria se desarrolla a partir de una tensión interna y de unos conflictos que, independientemente de que se resuelvan o no en el desenlace, de que sean trágicos o cómicos, siempre constituyen un argumento que merece la pena ser contado. Tal y como sucede en la vida, existen conflictos y situaciones que pueden provocar en nosotros lágrimas y risas al mismo tiempo.

Quizá el conflicto más importante que ha existido, y que aún sigue existiendo, es el que plantean las relaciones hombre-mujer. Se trata de un conflicto iniciado el mismo día en que a la mujer se le impidió, contrariamente a lo que habría sido natural y razonable, poner su apellido a sus hijos y establecer el linaje. El sistema según el cual éste se establece a través del apellido del padre, no por haber durado milenios, es más natural o justo. Las injusticias aunque duren mucho tiempo no dejan de ser una injusticia. El conflicto entre hombres y mujeres, que empezó con el establecimiento del sistema patriarcal, se ha mantenido durante siglos hasta llegar a nuestros días. El hombre siempre ha temido que algún día la mujer pudiera recobrar los derechos que una vez perdió y, por ello, se ha

dedicado a someterla física y psíquicamente por medio de leyes sagradas, de teorías científicas sobre su “esencia” y su psicología, de códigos morales e incluso valiéndose de ciertas emociones a las que ha denominado “amor, nobleza y protección”, pero que en realidad no eran más que celos y afán de dominio y posesión. Este temor casi obsesivo también se manifiesta en sus repetidos intentos por limitar la libertad de la mujer y controlar totalmente su vida, a veces de forma consciente y otras, inconscientemente. Parece como si el hombre intuyera que en el momento en que bajara la guardia, la situación cambiaría y la mujer se convertiría en un ser superior y muy poderoso.

A pesar de que durante los últimos cinco o seis mil años el hombre se ha servido de toda su capacidad racional y de su imaginación para dominar y someter a la mujer, no ha conseguido vencer el profundo miedo que ella le ha inspirado siempre y, en consecuencia, nunca ha sido capaz de suavizar la estrecha vigilancia a la que la ha tenido sometida. Han debido de existir razones muy sólidas que le aconsejaban mantener una extrema precaución. La primera de ellas es que el hombre violó las leyes naturales e impuso una situación antinatural. Porque las mujeres, desde que aparecieron sobre la faz de la Tierra, han parido hijos y establecían ellas el linaje. Los hombres no descubrieron hasta hace relativamente poco los misterios del embarazo y el nacimiento, permaneciendo durante años sumidos en la más absoluta ignorancia con respecto a estos procesos; parece normal, pues, que temieran todo ese misterio. Y por ello, temían el misterioso poder de las mujeres de dar vida, engendrar y parir hijos. El hombre de hoy en día no ha conseguido vencer este miedo, que sus predecesores padecieron durante millones de años. Algunos siglos de luz no han bastado para disipar ese miedo irracional que se remonta al principio de los tiempos.

El hombre no ha podido borrar de su memoria la imagen de la mujer-madre, dadora y creadora de vida, y antigua diosa.

El mito de Adán y Eva cuenta la historia del miedo del hombre hacia la mujer, sin el cual no se habrían atribuido a Eva las cualidades del mal, el pecado y los poderes maléficos. La mujer-demonio no es más que la encarnación del miedo del hombre. La mujer, que con su poder, encanto y seducción, hizo caer en la trampa a Adán, y lo hizo descender de las esferas celestes a la tierra firme, y que fue la causa de su perdición, su caída y su muerte, debió de ser una criatura con un poder aterrador.

La psicología moderna ha destacado el hecho de que en la psique humana existe un estrecho vínculo entre el miedo y el odio. Se trata de dos sentimientos que siempre están asociados y se refuerzan mutuamente. Según Freud, el hombre odia a la mujer y la cree en el origen de muchos peligros. En su ensayo *El tabú de la virginidad*, afirma que el hombre suele proyectar sus odios internos sobre el mundo externo, es decir sobre algo que detesta o desconoce.^[1] Como para el hombre, según este autor, la mujer es un ser peligroso, su primera relación sexual con ella está rodeada de una atmósfera amenazante. Así los sentimientos de Freud, científico cultivado y moderno, hacia las mujeres no se diferencian esencialmente de los de los hombres de algunas tribus africanas, que creen que si una mujer le pisa la pierna a un hombre, éste se volverá impotente o que si un hombre toca a una mujer durante la menstruación, morirá.

El temor a la mujer ha invadido al pensamiento científico, las artes y la literatura, y, en ocasiones, se ha convertido en una verdadera enfermedad. Existe un evidente paralelismo entre el pánico que experimentaba Freud ante una mujer y la aberración emocional de Bernard Shaw con relación al sexo femenino. En el ámbito literario, Shaw no ha sido el único escritor misógino;

muchos otros han compartido sus mismos sentimientos. Entre los escritores árabes, podemos citar a Tawfiq al-Hakim y 'Abbas Mahmud al-'Aqqad. Las ideas expresadas por Freud sobre la pasividad de la mujer aparecen también en las obras de Tolstoi y Chejov. Éste último ensalza la fragilidad y debilidad de las mujeres en la historia titulada Mi amor; y esas mismas “cualidades femeninas” cautivaron a Mahmud al-Aqqad, según manifiesta en sus reflexiones sobre la vida árabe y egipcia:

Desde un punto de vista sexual las mujeres se refugian en la pasividad y en el recato, ya que la naturaleza ¡as ha destinado a ser el premio que consigue el hombre más fuerte y valiente. La mujer esperará a que el hombre más valeroso la conquiste primero, para después reaccionar de forma ambigua, mostrando sus dos facetas contradictorias: por un lado su libertad de elegir; y por otro, la lógica de una situación a la que se ha visto abocada sin haber sido consultada. Un ejemplo perfecto al respecto es el comportamiento de las gallinas que esperan pacientemente el resultado de la batalla entre los gallos o ceden a la voluntad del macho sin aparentar siquiera resistencia.^[2]

Si se parte de la convicción de que la mujer es pasiva por naturaleza, es normal que la energía y la fuerza se consideren cualidades antinaturales en ella. Una mujer enérgica y de fuerte personalidad es un ser anormal, un monstruo de la naturaleza, digno de desprecio y odio, o, al menos, de crítica y sarcasmo.

El hombre odia a la mujer de carácter enérgico porque proyecta sobre ella todos los temores acumulados por el sexo masculino durante siglos. Por ello, la fuerza y el carácter de una mujer son signos irrefutables de su maldad, superchería, hipocresía, astucia, malos propósitos, capacidad de destrucción y seducción, y de su condición de bruja y hechicera.

Si, como dice Mahmud al-'Aqqad, la mujer es pasiva por naturaleza, acepta la voluntad del hombre, pero respondiéndole con una mezcla de libertad y sumisión, ¿cómo es posible que otro escritor egipcio, Zaki Mubarak, afirme que la mujer es un demonio que conduce al hombre por el camino de la perdición? ¿Por qué Ibn al-Muqafa, otro pensador árabe, la considera capaz de hacerle perder la razón, la salud, la riqueza y la grandeza? ¿Cómo es posible que un ser pasivo por naturaleza adopte, en un abrir y cerrar de ojos, una actitud fuerte, activa y enérgica, como ocurrió con la mujer del Faraón que intentó seducir a José? Era una hermosa mujer que le ofreció sus encantos, ante lo que José implorando a Dios exclamó: “¡Oh Dios!, mi refugio y protector, Dios que me muestras el buen camino”. Si José no hubiera sido un servidor de Dios, ni hubiera creído en su omnipotencia, habría sucumbido a sus encantos y habría caído en el mal y el pecado.^[3]

Al proclamar la naturaleza pasiva de la mujer, el hombre se metió en un callejón sin salida, porque, partiendo de esa premisa, cualquier signo de fortaleza por parte de aquella sólo podría ser una argucia, un deseo de hacer el mal, una muestra de su astucia, hipocresía o perfidia. En la literatura árabe abundan los personajes femeninos astutos de los que el hombre ha de huir para no caer en sus redes mortales. Se trata de mujeres que manipulan las situaciones, conspiran y seducen a los hombres. El propio Mahmud al-Aqqad cae víctima de su propia lógica. Afirma que la mujer es un ser pasivo y, unas líneas más adelante, afirma con vehemencia que tiene una capacidad especial para dañar a sus semejantes y una inclinación natural hacia la depravación.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la superchería es un rasgo característico de las mujeres; forma parte de su naturaleza independientemente de la sociedad en la que vivan. No es el producto de las costumbres o las leyes. En ninguna época ha existido mujer alguna que no pecara de ella.^[4]

Al-'Aqqad va más lejos en su razonamiento y niega a las mujeres la voluntad de ser falsas o astutas, haciendo suyas las mismas ideas que sus antepasados, pensadores y filósofos, defendieron cuando le negaron a Eva el carácter voluntario de sus malas acciones, afirmando que no eran resultado de su voluntad y capacidad de elegir, sino un mero reflejo de la voluntad de Adán o de los deseos y designios de Dios.

Muchos han sido los escritores árabes que han destacado por su profundo odio hacia las mujeres. Ejemplo de ellos son Al-Ma'arri, Al-'Aqqad y Al-Hakim. A Al-'Aqqad se le conoce como el “mayor enemigo de las mujeres” y su odio hacia el sexo femenino quedó plasmado en muchas de sus obras, en las cuales llegó a superar en intensidad a su maestro Schopenhauer. Para Al-'Aqqad la mujer es un niño grande; tiene muchas de las características propias de los niños: la precipitación, la inmadurez, la imitación y la dependencia de los demás; es una criatura voluble, caprichosa, mentirosa e hipócrita; características que demuestran que es un ser salvaje y primitivo, que ni siquiera con los años puede mitigar o refinar estas cualidades.^[5]

Pero Al-'Aqqad a veces defiende también ideas diametralmente opuestas. En sus escritos asistimos al proceso por el cual esa criatura infantil e inmadura, esa gallina impasible que es la mujer, se transforma, de repente, en un ser extremadamente poderoso. En su novela Sara retrata a una mujer del siguiente modo: “Ella es la fuerza que representa a todos los seres vivos del universo y a cada uno de nosotros”.^[6] Para el autor esta fuerza es tan poderosa, abrumadora e injusta que no se diferencia de la de un tirano. En uno de sus poemas expresa así sus sentimientos:

Querida mía, cuán cruelmente injusta eres
Y cuán grande es mi aflicción
Tu imperio es todopoderoso
Pero me niegas cualquier explicación.
La mayor tiranía que un hombre puede sufrir
Es la tiranía que él mismo se permite.
Me hieres hasta las entrañas
y aun así, beso la mano que empuña el cuchillo.
El peor dolor que un hombre pueda soportar
es aquel con el que siente placer y se deleita.^[7]

Aquí tenemos un ejemplo claro de cómo el odio se puede transformar en amor apasionado, en un sentimiento enfermo que encuentra placer en la crueldad, la injusticia y el dolor, en un amor masoquista que acepta la humillación, se arrastra, se somete, e incluso “besa la mano” que le inflige el castigo y que hunde la daga en el corazón del amante.

Sin embargo, el masoquismo de 'Aqqad, se metamorfosea en seguida en sadismo, en agresión contra la mujer. Según él, el hombre debe dominar con firmeza a la mujer. Debe someterla sin piedad y asegurarse de que no caerá cautivo de su *fitna* y belleza. En su opinión, la belleza de la mujer no es auténtica, ni completa, no existe por sí misma, porque depende de la apreciación del hombre. Sólo el hombre existe por sí mismo porque es totalmente independiente y por tanto la auténtica belleza es la suya. De hecho la belleza de la mujer es sólo “fealdad”.^[8]

El odio y sadismo de 'Aqqad hacia las mujeres le lleva no sólo a creerse con derecho a castigarlas, hacerlas sufrir y traicionarlas, sino también a invitar a los demás hombres a hacer lo mismo. En algunos versos de sus poemas se pueden ver con bastante claridad sus perversos sentimientos hacia las mujeres. Sirvan de ejemplo las siguientes líneas: “Serás culpable si deseas dar a las mujeres lo que ni siquiera el Creador les ha dado”. “¡Traición! Y nunca seas fiel ni honesto con ellas. Sólo así responderás con sinceridad a su naturaleza esencial”.^[9]

Lo que 'Aqqad quiere decir es que sólo con la traición un hombre puede alcanzar el corazón de una mujer y ganar su amor. La mujer, en su opinión, sólo es fiel al traidor y solamente ama a quien la odia o abandona. Nunca dice sí, salvo cuando quiere decir no. La mujer es resbaladiza, astuta y mentirosa; piensa únicamente en el modo de engañar y de poner en práctica su capacidad de destrucción.

En el Corán se describe así a las mujeres: “Tienen una gran habilidad para traicionar a los demás”. 'Aqqad continúa explicando que dañar, conspirar y engañar son actos que integran su naturaleza, son armas que utiliza contra el hombre, independientemente de que éste la odie o la ame: “Es inútil culparla y recriminarle alguno de sus actos, nunca cambiará de conducta. El amor al engaño es consustancial a ella. Es su escudo, su protección, su maquillaje y un ejercicio mental que le infunde vida. El engaño es el arma que utiliza en sus maquinaciones contra amigos y enemigos”.^[10]

Sadismo y masoquismo son las dos caras de una misma moneda, y, por tanto, no es sorprendente encontrar dosis sustanciales de ambos en la narrativa y poesía de Aqqad. Sin embargo, en general, su actitud sádica y agresiva hacia las mujeres es exagerada, y consecuencia, probablemente, de un complejo de inferioridad secreto que intenta contrarrestar demostrando su plena, aunque en realidad vacía, masculinidad. Su actitud revela un deseo intenso, aunque impotente, de dominar con crueldad a las mujeres. Se apoyó en El Corán para defender alguna de sus opiniones, concretamente en las azoras en las que se dice que los hombres son más responsables e inteligentes que las mujeres, porque la vida de éstas últimas no se rige por la fuerza de la razón, ni por la firmeza de su voluntad y sus opiniones.^[11]

Ninguno de los escritores cuyas obras he tenido ocasión de leer, independientemente de su procedencia, lengua o religión, ha podido superar esta concepción atávica de la mujer,^[12] aunque algunos de ellos se han destacado por su apasionada defensa de los derechos humanos y la justicia social, y se han opuesto firmemente a cualquier tipo de opresión o tiranía. Tolstoi, escritor de gran talento literario, en sus obras denuncia los males de la sociedad rusa feudal o burguesa, pero cuando habla de las mujeres no encuentra nada mejor que decir que: “La mujer es un instrumento del diablo. Suele ser estúpida, pero Satán le presta su inteligencia cuando ella actúa bajo sus órdenes”.^[13]

En la literatura árabe son muy frecuentes las imágenes en las que se identifica a la mujer con el diablo y se la describe como un ser con muchas caras:

A veces, cuando la miras, te sientes en compañía de un niño juguetero que abre sus ojos inocentes con toda la sorpresa e ingenuidad de la espontaneidad, sin artificio ni engaño. Luego, al cabo de unos instantes, la miras de nuevo, y te encuentras frente a una criatura vieja y astuta que ha consumido su vida conspirando y maquinando argucias contra otras mujeres y otros hombres. Ríe, y la pasión por ella te domina. Luego, vuelve a reír quizá pocos minutos después, y te encuentras frente a un espíritu con un gran sentido del humor, una inteligencia aguda y sarcástica, una mente filosófica y un ingenio que sólo poseen los que se enfrentan a la vida con valentía.”^[14]

En estas “reflexiones” ’Aqqad, una vez, más, se contradice con respecto a lo que había afirmado en otro momento: que las mujeres no tienen cerebro, y que habría que encerrarlas entre cuatro paredes, por ser criaturas sin inteligencia, piedad ni moral religiosa, “idólatras que nunca han sabido lo que es creer”.^[15]

’Aqqad y otros hombres de letras árabes contemporáneos no han progresado mucho con respecto a las opiniones de sus antecesores. Tampoco la imagen de la mujer que dan difiere mucho de la de las esclavas de *Las mil y una noches*. Los personajes femeninos que aparecen en sus obras siguen siendo mujeres caprichosas, esclavas juguetonas y hermosas, diablescamente astutas, capaces de utilizar miles de artificios; peligrosas y versadas en las artes del engaño y la conspiración; amantes seductoras que cautivan con su pasión. En todo lo referente al sexo y el amor, son tan activas como Satán. La mujer, sea cual sea el papel que desempeña, el de reina o el de la esclava comprada en el mercado, sigue siendo una esclava. Aunque sea hija de un rey, una mujer valiente que lucha con coraje y firmeza, y su amante, un cobarde que tiembla de miedo ante cualquier dificultad, tendrá que dirigirse a él como “mi señor” y deberá servirlo. Ese fue el caso de Mariam al-Zanaria, que terminó sirviendo a Nur al-Din. En la mayoría de las historias, a la mujer se la compra y se la vende, y, al final, adopta la actitud sumisa de una esclava.^[16]

En *Las mil y una noches* hay cientos de historias de mujeres cautivas que se valen de la magia y la brujería para conseguir a sus amantes. Las mujeres hechizan a sus maridos para que no obstaculicen el camino de sus deseos. Es interesante subrayar que en esta obra la brujería es monopolio de mujeres seductoras, versadas en el arte de la conspiración, que siempre consiguen que sus amantes caigan en sus brazos. Estas mujeres utilizan pociones y drogas para sumir a sus maridos en un sueño profundo y poder deslizarse hasta la cama de otro hombre. El libro presenta, con su propia lógica y su peculiar sistema de ritos, una imagen de la mujer que ha servido para mantener y reforzar la que se ha ido traspasando a través de los siglos. Y así ocurre en toda la obra, desde el cuento del sultán Mahmud, gobernador de las Islas Negras, al iniciarse el primer volumen, pasando por todas las interminables noches, hasta la historia de Qamar al-Zaman y su amante, en el cuarto tomo. Los engaños, argucias y conspiraciones que aparecen en *Las mil y una noches* están invariablemente asociados a las mujeres, al amor y al sexo.

Sin embargo, Shawahi y muchas de las mujeres que aparecen en estos cuentos son ejemplos de mujeres árabes fuertes y enérgicas. Mujeres que participan sin dudar en actividades políticas y en la guerra, luchando, espada en mano, en las primeras filas del campo de batalla. Una mujer así fue Hind Bint Rabia, a la que ya nos hemos referido anteriormente, que mató a un gran número de

seguidores de Mahoma en la batalla de Ahad. Esta anécdota puede explicar por qué en *Las mil y una noches* las mujeres que luchan en las guerras no son musulmanas, sino brujas o hechiceras.

Del mismo modo que algunas mujeres árabes destacaron en el campo de batalla, en las actividades políticas y en la *fitna*, otras sobresalieron, por su versatilidad y creatividad, en los ámbitos de la literatura, las artes y las ciencias. Hubo mujeres libres y esclavas que alcanzaron cotas muy altas en estos quehaceres. Harun al-Rashid se casó con varias mujeres cultas y letradas, que sabían dar respuestas inteligentes a sus preguntas filosóficas, o a problemas vitales; mujeres que estaban lo suficientemente instruidas en el arte de la poesía como para completar con gracia y armonía un verso o una estrofa incompleta, o componer un poema admirable, aunque en los cuentos de *Las mil y una noches* los poemas escritos por mujeres aparecen en forma de citas.

En estos cuentos, la mujer-espíritu, o mujer-genio, ocupa un lugar muy destacado, lo que indica que la creencia en los “misteriosos” poderes femeninos seguía estando muy arraigada entre los árabes, y seguía relacionándose con los poderes sobrenaturales de los genios, los diablos, las brujas, la *fitna* y el sexo. En la literatura árabe moderna, aunque la mujer no ha adoptado la forma de estos genios, sí que ha asimilado su sustancia; exteriormente tiene apariencia humana, pero en el interior sigue siendo un genio, cuya naturaleza le induce al engaño, la traición, la conspiración y la seducción. Pertenece más al mundo de los espíritus que al de los seres humanos. Zaki Mubarak, al describir lo que considera características esenciales de las mujeres, dice que tienen mayor poder para destruir a los hombres que Satán y todos sus diablos juntos. 'Aqqad es de la misma opinión, pero atribuye esta capacidad destructiva y seductora de la mujer a su debilidad innata. Eva comió de la fruta prohibida y tentó a Adán para que hiciera lo mismo, porque por naturaleza ansiaba todo lo prohibido. Como resultado de su debilidad esencial, pasó a personificar la seducción y la tentación. Para Al-'Aqqad el árbol prohibido “simboliza y encarna todas los factores subyacentes en el interior de una mujer: el deseo de ser sometida, que engendra el gusto por la rebelión, la inconstancia (motivo por el que se niega a sí misma), la sospecha, la duda, la desconfianza, la obstinación, la curiosidad y la incapacidad para resistir, a no ser que sea suscitando pasiones, exhibiéndose o seduciendo.”^[17]

A Tawfiq al-Hakim se le conoce con el sobrenombre del “enemigo de la mujer”. Sus ideas son muy similares a las de 'Aqqad aunque quizá se diferencian en algunos detalles puntuales. En su historia *Alrobat al-moqadass* (El hueso sagrado), al-Hakim retrata a una mujer que se rebela contra su vida. Sin embargo, esta rebelión no se debe a que tenga ambiciones intelectuales o a que desee hacer algo valioso en la vida, sino más bien al vacío emocional al que las circunstancias la han llevado. El intelectual en esta historia, que de hecho representa al autor, afirma que la mujer ya no tiene convicciones ni creencias religiosas, y él tiene que conseguir despertar su conciencia y hacerla distinguir entre el bien y el mal. Al-Hakim describe a la mujer como una criatura que sólo obedece con fidelidad y lealtad a sus instintos más bajos, a sus deseos físicos, y que se comporta, en cierto sentido, como la heroína de Al-'Aqqad, Sara, que no concede el más mínimo valor a los aspectos religiosos, intelectuales o sociales.

Es inevitable pensar que Al-'Aqqad y Al-Hakim tenían de forma consciente o inconsciente al tipo de mujer que describían, una mujer con excepcionales poderes y una gran vitalidad sexual, características ambas que no se ajustan a lo que los principios religiosos, morales y sociales

imponen. Para Al-Hakim la mujer se cree con derecho al placer y la disipación, y habla de ello “con gran confianza y en términos desafiantes, como si los considerara sus derechos legítimos”.^[18]

En la literatura árabe también se trata el problema del honor en relación con la virginidad (tal y como se expuso en la primera parte de este libro). En realidad, estos conceptos no han evolucionado mucho desde sus formas antiguas, primitivas y absurdas. En su novela *Do'a al-karawan*, Taha Hussein describe los convencionalismos existentes con respecto al honor. La pequeña Hanadi es sacrificada como un cordero por su tío materno, con la ayuda y apoyo de la madre, a la que el autor retrata como una mujer débil e incapaz de proteger a su hija hasta el punto de que colabora en su asesinato. El tío queda impune, y nadie lo considera un criminal, sino que, por el contrario, es un hombre valiente y respetable por haber defendido el honor de su familia (con frecuencia repite el proverbio árabe que dice: “El deshonor sólo se puede lavar con sangre”). El joven ingeniero responsable de haber mancillado el honor de Hanadi también elude el castigo y, al final de la novela, se ve recompensado con el amor de la hermana de la víctima, Amna. Al principio, la historia gira en torno al deseo de Amna de vengarse del joven que ha sido la causa de la terrible muerte de su hermana. En sus propias palabras: “Ahora ya no hay remedio para que inevitablemente luchemos entre nosotros. Antes o después llegará un momento en el que tendremos que saber si no hay que pagar algún precio por la vida de Hanadi o si todavía queda en la Tierra alguien capaz de vengar la sangre que ha sido derramada”.^[19]

En ningún momento Amna piensa en vengarse de su tío cuya mano fue la que empuñó el cuchillo que terminó con la vida de su hermana. El autor en esta novela dice de las mujeres: “Son un estigma que hay que ocultar, un *horma* que hay que proteger, y un T'ard^[20] que hay que mantener intacto”.

En esta novela de Taha Hussein, la mujer es un ser desamparado en cuanto pierde su virginidad, impotente cuando decide vengarse de los que la han agraviado, y queda anulada en el momento en que se enamora.^[21] Gravita inerte alrededor del hombre, sin armas, poder, fuerza ni voluntad para siquiera defenderse a sí misma. Siempre es una víctima que el hombre destruye y aniquila, aunque también muchas otras cosas la destruyen: el amor, el odio, la venganza y el sometimiento material, psicológico, emocional y moral absoluto al hombre. En alguna ocasión, Taha Hussein demuestra una cierta simpatía hacia la mujer, pero sus sentimientos son los de cualquier árabe: la misericordia condescendiente del hombre superior y poderoso que mira desde las alturas a una mujer débil e inferior. Describe la lucha sexual entre Amna y el ingeniero como la de un hombre que combate con todas sus armas, poder y resolución contra la mujer para conquistarla, someterla y dejarla indefensa. Una descripción que serviría para ilustrar casi a la perfección las relaciones sadomasoquistas.

La mujer en las obras literarias de Naghib Mahfuz, quizá el escritor egipcio contemporáneo más conocido, sigue siendo “una mujer”, ya sea pobre o rica, ignorante o culta. Siempre es fundamentalmente la misma: una mujer que conserva su honor (o himen) intacto y lleva una vida sexual casta. En la mayoría de los casos en que no es así la causa es la pobreza. Quizá esto suponga un paso adelante con respecto a las obras de los escritores anteriores, en las que las mujeres perdían el honor porque se dejaban llevar por sus bajos instintos, sus pasiones (en el sentido sexual de la palabra), su debilidad femenina, o porque no tenían cerebro. Aunque para Naguib Mahfuz, los pecados de las mujeres se atribuyen a razones económicas (la pobreza), su concepción del honor es la misma y se concentra en los órganos genitales externos.

Aunque Naguib Mahfuz ha defendido posturas políticas progresistas y ha abogado por la necesidad de la justicia social, su actitud y sus opiniones sobre la mujer no se diferencian mucho de las de sus predecesores. Apoya el derecho de la mujer a recibir una educación y a trabajar siempre que sea para ayudar al padre o al marido en los ingresos familiares, y siempre que sus deberes no la obliguen a transgredir los preceptos morales y religiosos (morales en el sentido patriarcal). Además acepta la doble moral sexual según la cual, si un hombre y una mujer mantienen relaciones sexuales, la deshonra sólo recae sobre ella. Mahfuz, a veces, a través de alguno de sus personajes, reclama apasionadamente el establecimiento de un sistema socialista e imagina un modo de vida más humano y próspero: “La esperanza de poder realizar lo que siempre había soñado, sin transgredir los preceptos de la religión, le produjo un profundo sentimiento de felicidad”.[22]

Es inevitable que Naguib Mahfuz caiga víctima de ciertas contradicciones irreconciliables. Por un lado, acepta que la mujer trabaje y gane dinero pero, al mismo tiempo, le niega la libertad individual. Le permite amar, pero, si realmente lo hace, la condena porque ha sido deshonrada. Considera que sólo dentro del matrimonio puede existir una relación legítima entre un hombre y una mujer, pero cuando una mujer piensa en términos de matrimonio, la acusa de conservadurismo, precaución e incapacidad para amar. Uno de sus protagonistas, comentando los deseos de su novia de que se comprometan formalmente, dice: “Lo que ella quiere es casarse conmigo, no quererme. Por eso es tan precavida y fría”.[23] En una ocasión la describe como un animal sin inteligencia ni creencias religiosas, y, en otras, la retrata como un ser fuerte y poderoso. “Un hombre no emprende nada a menos que tras él haya una mujer. El papel que desempeñan las mujeres en nuestras vidas es parecido al de las fuerzas gravitatorias que hay entre las estrellas y los planetas.”.[24]

La separación entre el amor y el matrimonio se remonta al antiguo concepto del *hubb 'udri*, o amor platónico, según el cual el matrimonio, del que el sexo forma parte, era relativamente pecaminoso. Esto llevó a la división de las mujeres en dos categorías: la mujer que tiene una gran capacidad de seducción y es apasionada sexualmente y la madre, pura, virtuosa, virgen, asexuada y desapasionada.

En la literatura árabe hay muchos ejemplos de ambos tipos de mujeres. La madre simboliza el amor desinteresado y noble, mientras que la otra mujer representa un amor degradado. El respeto que los árabes profesan a sus madres es sagrado, y se manifiesta claramente en muchas canciones, poemas, novelas y en determinadas tradiciones.

La mayor parte de las protagonistas de las novelas de Naguib Mahfuz sólo tiene un deseo: legitimar su existencia a través del matrimonio. La vida de las mujeres se reduce a pensar en los hombres y en soñar con un marido. Una vez casadas, se dedican exclusivamente a cuidar y complacer a sus maridos, y es la madre la que debe enseñar a su hija cómo lograrlo: “Todos los días, debes ser una mujer nueva para él, desafiante, tentadora y seductora”.[25]

Uno de sus personajes es un hombre que se casa con una mujer trabajadora, de personalidad fuerte y confianza en sí misma. Este hombre, a ojos de la sociedad, es un ser débil, dominado por su mujer.[26] De él se nos dice que no ha seguido los consejos de su madre, porque ella ya le advirtió que no dejara a su mujer trabajar fuera de casa. A este tipo de marido, Naguib Mahfuz lo describe como un hombre fracasado porque es la mujer quien toma las decisiones y quien domina su vida. Su esposa no le ama realmente, quiere a otro hombre, con el que traiciona a su marido. Mahfuz no se lo

perdona y hace que muera durante un aborto.

Para el hombre, la mujer “femenina” representa el peligro y el sexo. Desearía que fuera pura como su madre, y, a la vez, pasiva y débil como un niño adorable. Al mismo tiempo, desea ardientemente a la mujer que lo seduce y lo cautiva con sus encantos, aunque le tenga miedo porque ante ella no puede oponer ninguna resistencia.

La mayoría de los escritores árabes contemporáneos no oculta su aborrecimiento hacia las mujeres valientes y emancipadas. El protagonista de uno de los libros de Abdel Hamid Yuda al-Sahar se enfada cuando ve que su amor, Kawsar, se ha puesto un bañador: “La sangre empezó a hervirle y le invadió un sentimiento de impaciencia y disgusto. Le pareció que estaba superficial y horrenda”.^[27]

El prototipo de hombre de las novelas y cuentos suele ser conservador, siente repulsión por las mujeres con estudios que se mezclan y bailan libremente con los hombres, pero, también, aborrece a las mujeres que se cubren el rostro con un velo o que son pobres y se pueden descarriar fácilmente. Pero en general, las peor consideradas son las mujeres instruidas, liberadas y emancipadas. Atrapado en medio de tantas contradicciones, el hombre no sabe cómo defenderse y termina sumido en una gran confusión: “Tenía la sensación de que todo se había derrumbado a su alrededor, y comenzó a caminar por la carretera como si se hubiera perdido. En su interior, muy adentro, sentía que el mundo que le rodeaba era extraño y desconocido”.^[28]

Ante el creciente número de mujeres que buscan y encuentran empleos fuera de la casa y que participan activamente en la vida social, los hombres árabes cada vez se muestran más inseguros y confusos. Sobre todo tras la expansión de la ideología socialista por los países árabes, los movimientos en contra del confinamiento de las mujeres se están extendiendo. La literatura árabe ha comenzado a reflejar esta nueva situación, y los conflictos y problemas que surgen como consecuencia de ella. Los hombres suelen aceptar que la mujer tenga una profesión o busque trabajo para ganar dinero, pero para ellos sigue tratándose simplemente de una ayuda que alivia las cargas económicas de la familia, una función secundaria de la esposa, cuyo papel principal es cuidar a su marido y a sus hijos. Las cualidades de la mujer ideal de las novelas siguen siendo la hermosura, la sumisión, la obediencia, la falta de personalidad y de ambiciones. La mujer perfecta es la que demuestra su pureza, dulzura y modestia, como siempre. A una mujer con personalidad y ambiciones, con los ojos bien abiertos, audaz y fuerte se la considera todavía fea, repulsiva y vulgar. En otras palabras, una perdida, una prostituta.

En las obras de Naguib Mahfuz, y particularmente en su famosa *Thulathia* (Trilogía) se aprecia muy claramente la división de las mujeres en dos categorías. Por un lado, el personaje de Amina, la pura y virtuosa, y, por otro, su polo opuesto, la prostituta Hania Umm Yasin. Aixa, hermosa, vergonzosa y tímida, encuentra su contrapartida en Jadiya, fea, vulgar y descarada. La novela también describe dos tipos de amor, el amor platónico (*hubb 'udri*) caracterizado por su carácter santo y puro, y el amor pasional: sensual, prohibido y pecaminoso, que encarnan las prostitutas y mujercuelas.

Vemos pues que los escritores árabes han asumido también las categorías femeninas que el sistema patriarcal ha institucionalizado. Porque, según este sistema, una mujer o es una madre pura y sagrada, esposa frígida, casta, y respetable o es una prostituta o amante, una mujer caliente,

pusilánime y seductora.

Naguib Mahfuz utilizó estilísticamente la agresión sexual contra la mujer como símbolo de la agresión armada contra una nación. El mismísimo día que Yasin decide violar a la sirvienta negra de su mujer, y el padre obliga a su vecina Umm Mariam a acostarse con él, las tropas británicas marchan por el barrio de El Cairo en el que Yasin vive. Pero, a pesar de este simbolismo, en un plano estrictamente individual, para Naguib Mahfuz, el honor y la integridad de la mujer son totalmente diferentes del de los hombres, pues sólo dependen del tipo de relaciones sexuales que mantenga con ellos, sin atender a ningún otro tipo de consideración.

Puede resultar paradójico, pero lo cierto es que en la literatura árabe, el personaje de la prostituta suele desempeñar un papel mucho más importante que el de la mujer pura y virtuosa. Es como si la pureza y la virtud no fueran cualidades lo suficientemente atractivas como para suscitar interés en la vida real y en las historias de ficción. Parece, pues, que la prostituta representa a la mujer real, una mujer sin velo ni máscara, que se ha despojado de las mentiras que le ocultaban el rostro y ya no siente la necesidad de fingir que está enamorada o de simular virtud y devoción. En la literatura árabe contemporánea aparecen con mucha frecuencia las prostitutas. Este es el caso, en concreto, de las novelas de Naguib Mahfuz, en las que las prostitutas suelen tener características “vagamente humanas”. Una actitud que Naguib Mahfuz adopta como consecuencia de su sentimiento de superioridad, de su condescendencia y de su defensa de las teorías socialistas, pues para él son las circunstancias la causa de la perdición de estas mujeres. Sin embargo, Mahfuz todavía hace un análisis superficial de la situación, que no va más allá de las condiciones sociales, sin profundizar en la tragedia que las mujeres padecen, o en los factores reales que las han hecho víctimas de una injusticia implacable.

Los escritores y los hombres de letras árabes, clásicos o modernos, no han comprendido la tragedia moral y sexual que envuelve la vida de las mujeres y, por tanto, no han podido expresar nada que merezca la pena sobre el tema.

CUARTA PARTE

EL PUNTO DE RUPTURA



18. Precursores de la liberación de la mujer árabe

La parte oriental del mundo árabe es el lugar en el que florecieron las civilizaciones más antiguas de la historia: la egipcia, la babilónica y la mesopotámica. De estas civilizaciones, y particularmente de la del antiguo Egipto, surgió una corriente cultural que se transmitió a Europa occidental constituyéndose en una fuente de inspiración y conocimientos para algunos hombres y mujeres occidentales. Con ella dieron un paso más en el posterior desarrollo de las artes, las ciencias y los descubrimientos humanos en general. Por su parte, los árabes fueron los precursores de enormes e importantes cambios que, tras el establecimiento del imperio islámico, hicieron llegar a puntos tan distantes como España, por el Oeste e Indonesia, por el Este. Sin embargo, a pesar de la importancia de sus contribuciones al desarrollo de la humanidad, se sigue clasificando a los países y pueblos árabes como países atrasados o subdesarrollados, y se les agrupa, junto con la mayor parte de la población de la Tierra, en el llamado “Tercer Mundo”.

Cuando las fuerzas del imperialismo, en sucesivas oleadas, comenzaron su penetración por el valle del Nilo y los países árabes, robaron buena parte de sus tesoros artísticos y riquezas culturales. Los países occidentales eran conscientes de que si ocultaban las verdades de los hechos históricos podrían distorsionar y falsificar fácilmente las contribuciones que los grandes pensadores y sabios árabes habían hecho al progreso humano cuando establecieron las bases del desarrollo de las ciencias y las artes. Por esta razón las contribuciones de hombres como Ibn Sina (Avicena) o Ibn

Jaldún se siguen desconociendo, no sólo en Occidente, sino también en Oriente.

En la actualidad, los países árabes son un campo de batalla en el que el neocolonialismo libra una guerra económica, política, social y cultural sin tregua ni cuartel, y en la que utiliza todas las fuerzas que tiene a su disposición. Los recursos y las riquezas naturales de estos países siguen siendo propiedad de las fuerzas imperialistas, y son las grandes corporaciones multinacionales las que explotan sus tierras y extraen todas sus riquezas. La vida de la gran mayoría de la población no ha cambiado mucho: continúan viviendo en la pobreza, sufren enfermedades y se ven sumidas en la ignorancia. Contemplan cómo, poco a poco, se van agotando los recursos naturales y riquezas de su tierra, de la tierra en la que han vivido durante generaciones y generaciones. Así mismo, son testigos de cómo esta riqueza se acumula, cada vez en mayores cantidades, en manos de una pequeñísima minoría que tiene el poder económico en América y Europa, y de un escaso grupo de dirigentes árabes.

Los pueblos árabes, sus hombres y mujeres, se siguen oponiendo a las fuerzas que les niegan el derecho a tener una existencia humana y pacífica. Una y otra vez se han rebelado contra dirigentes reaccionarios y han luchado para expulsar a los invasores extranjeros, ya vinieran de Persia, Turquía, Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos.

Por la posición estratégica que ocupa, por su numerosa población y por una historia de resistencia contra el colonialismo e imperialismo, Egipto, a pesar del tiempo transcurrido, ha seguido siendo el corazón del mundo árabe. Ha desempeñado el papel de vanguardia revolucionaria en la lucha política de los países árabes, y también ha sido un centro cultural de primera orden.

Durante el siglo XIX, Egipto y el mundo árabe atravesaron un periodo difícil. Las condiciones de vida del pueblo se deterioraron con rapidez. Los dirigentes del país, en estrecha cooperación con los gobiernos imperialistas británicos y franceses, impusieron a la población grandes restricciones económicas, políticas y culturales. Y, como siempre, a las mujeres les tocó la peor parte, ya que tenían que soportar la opresión del sistema patriarcal y del sistema autocrático de clases.

No obstante, durante la segunda mitad del siglo XIX, fue creciendo la resistencia popular a la dominación extranjera y local, aunque en algunos periodos concretos ésta no fuera particularmente intensa. Fue también ésa una época de renacimiento del pensamiento, la filosofía y las ideologías políticas. Yamal al-Din al-Afgani fue uno de los precursores de este renacimiento que, junto a un grupo de discípulos suyos, desempeñó un papel primordial en la propagación y defensa de ciertas ideas progresistas relativas a diferentes aspectos de la vida social. Uno de sus discípulos, Ahmed Faris al-Shidyac, publicó, en 1855, un libro titulado *Las piernas cruzadas*, que se considera una de las primeras publicaciones en apoyo de la emancipación de la mujer. Otro pensador de primera fila, Rifa'a Rafi'i al-Tahtawi, insistió en la necesidad de que las mujeres recibieran una educación y se liberaran de las numerosas injusticias a las que estaban sometidas. Sus libros, *Guía para la educación de niñas y niños*, publicado en 1872, y *Ensayos generales sobre París*, publicado en 1902, son considerados dos hitos en la historia de la liberación de la mujer.

Todos estos teóricos realizaron una amplia campaña en favor de los movimientos populares árabes contra el imperialismo y exhortaron al pueblo árabe a luchar sin tregua contra todo lo que se opusiera a su independencia y libertad. Sus análisis de la realidad y su actitud patriótica les hicieron llegar a la conclusión de que la causa de la emancipación femenina era uno de los frentes más

importantes en los que había que actuar para combatir el subdesarrollo, el colonialismo extranjero y las fuerzas reaccionarias internas.

Entre los líderes más destacados de este despertar intelectual y cultural cabe mencionar a Abdallah Nadim y El *sheij* Muhammad 'Abdu. Ambos habían contribuido sustancialmente al desarrollo y la difusión de las ideas progresistas en Egipto y los países árabes. El *sheij* Muhammad 'Abdu en numerosas ocasiones criticó la situación de las mujeres y atacó con dureza la poligamia y el divorcio indiscriminado, derechos ambos que eran patrimonio exclusivo de los hombres. También abogó por la abolición del concubinato y de la esclavitud femenina, y defendió la igualdad entre mujeres y hombres, señalando que estaba en plena consonancia con los valores islámicos.

Las autoridades religiosas y otros pensadores de la época le atacaron con dureza por sus ideas. A pesar de ello no se retractó y continuó difundiendo las ideas. Afirmó que una de las principales causas por las que los pueblos árabes habían llegado a la situación de debilidad y pasividad en la que se encontraban era precisamente la situación marginal de sus mujeres, quienes no habían tenido acceso a ningún tipo de conocimiento, en abierta contradicción con lo que tanto la vida como los preceptos religiosos exigían. Se las había mantenido aisladas y se había levantado a su alrededor un muro casi infranqueable. En uno de sus discursos en la Asociación Islámica de Caridad dijo: “Deseamos que nuestras hijas tengan una educación. Alá, el Todopoderoso, ha dicho: ‘Tienen derecho a recibir los mismos bienes que nosotros esperamos de ellas’. En muchas azoras se repite esta misma idea y se deja claro que tanto los hombres como las mujeres deben compartir los deberes de la vida y de la religión. Dejar que nuestras hijas sigan siendo ignorantes y sigan dedicándose a realizar labores intrascendentes constituye un auténtico delito”.^[1]

Una de las obras más destacadas sobre el tema de la emancipación de la mujer fue *Tahrir al-mar'a* (La liberación de la mujer), de Qassim Amin, publicada en 1900. En 1911, publicó un segundo libro titulado *Al-mar'a al-yadida* (La nueva mujer). Qassim Amin insistía en la importancia de que la mujer recibiera una educación con la que pudiera proteger los intereses de la familia y educar mejor a sus hijos. Basaba todas sus opiniones en las enseñanzas del islam, observaba con rigor todos sus preceptos, y nunca llegó a transgredirlos, a pesar de lo cual, se convirtió en el blanco de las acusaciones más violentas por parte de las autoridades religiosas y los filósofos de la Universidad al-Azhar. Estos grupos tenían un gran peso específico en la sociedad y apoyaban al Jedive Ismail, gobernador que estuvo implicado en la explotación salvaje del pueblo egipcio y que apoyó la tiranía de los poderes coloniales. El propio Jedive desaprobó y criticó las ideas de Qassim Amin, y la mayoría de los políticos de la época, incluyendo al líder nacionalista Mustafa Kamal, lo hizo blanco de sus críticas. Este último escribió un artículo en el periódico *Al-Liwa* en 1901 en el que refutaba las ideas de Qassim Amin sobre la emancipación de la mujer. A pesar de adoptar una actitud aparentemente patriótica, *Al-Liwa* solía ser portavoz de los líderes y pensadores más reaccionarios y dogmáticos. En este mismo periodo, Abdel Hamid Jayri publicó su obra *Argumentos* en respuesta a Qassim Amin, en la que se oponía con determinación a la liberación de la mujer. Otro escritor, Ahmed al-Bulaki, publicó un tratado titulado *Manual en clave de humor sobre los peligros de la liberación de la mujer*

Ahmed Lutfi al-Sayyid y sus colaboradores fueron los que expresaron las ideas más progresistas de su generación en el periódico *Al-Yarida*. Sayyid apoyó con firmeza la campaña en favor de las

mujeres, y se le unieron en esta empresa Waley al-Din Yakan, Saad Zaglul (que más adelante, tras la Primera Guerra Mundial, sería un líder nacionalista egipcio), Muhammad Hussein Haykal, Taha Hussein, Salama Musa^[2], Mustafa Fahmi, Faray Antun, Ahmed al-Zayat y Mustafa al-Manfaluti. Los periódicos *Al-Manar* (El Faro), publicado por Rashid Ali Rida, *Al-Moktataf* y *Al-Hilala* fueron una tribuna abierta desde la que muchas voces defendieron las ideas en favor de la liberación de la mujer.

Las mujeres árabes, desde el primer momento, participaron en la lucha por su emancipación. Entre las precursoras podemos citar a Aixa al-Taymuria, que escribió obras narrativas y poemas en árabe, turco y persa; Zaynab Fawaz, bastante reputada por su poesía y elocuencia; y Malak Hafni Nassif, que era conocida con el sobrenombre de *Bahizat al-Badia* (“la buscadora del desierto”) (1886-1918). Esta última utilizó sus artículos para defender los derechos de la mujer. Aunque coetánea de Qassim Amin, y considerada por éste una gran defensora de la liberación de la mujer, en general, se piensa que sus obras están más en la línea reformista de Rifa’ a al-Tahtawi.^[3] Malak Hafni Nassif fue otra escritora de gran talento. Lufti al-Sayyid describió sus obras como un ejemplo palpable de lo que las mujeres literadas pueden llegar a hacer, superando en muchos casos a sus propios compañeros^[4] Luchó infatigablemente porque las niñas tuvieran derecho a la educación.

Otra de las primeras mujeres escritoras que defendió ese tipo de ideas fue May Ziada. A pesar de la estricta y reaccionaria ortodoxia que dominaba en esa época la sociedad egipcia, estableció un salón literario en El Cairo durante los años 1915 y 1916. Muchos pensadores árabes y egipcios, hombres de letras y escritores, solían asistir a las tertulias literarias que organizaba los martes. En aquel entonces sólo tenía veinte años, a pesar de lo cual su madurez intelectual y sub Brillantez innata bastaban para reunir en torno a su mesa a la vieja y venerable generación de pensadores y escritores egipcios.

May Ziada vivió en Egipto, aunque su madre era palestina y su padre libanés. La procedencia de su familia y su juventud fueron dos obstáculos que no le impidieron destacar en los círculos literarios egipcios. Gracias a su personalidad, en un momento en el que muchas mujeres de su mismo nivel social todavía tenían que ocultarse tras el velo, ella se mezclaba y hablaba libremente con los hombres e intercambiaba correspondencia con ellos.

Su vida terminó de forma trágica y fue un ejemplo de la crueldad, la soledad y los problemas que esperan a toda mujer sensible y con talento, que vive en una sociedad dominada por los hombres, en la que las mujeres no son más que receptáculos de embriones o cuerpos para el placer. Sufrió varias crisis emocionales como resultado de su amor por ’Abbas Mahmud al-’Aqqad, el escritor egipcio al que nos hemos referido anteriormente. El fracaso de su relación fue debido, en gran medida, a la actitud retrógrada, compleja y ambigua que él mantenía hacia las mujeres y que la afectó profundamente. Cuando rompieron sus relaciones, se sumió en una terrible soledad, a pesar de que muchos hombres la cortejaban, pero ella buscaba un hombre que la entendiera como ser humano, como persona inteligente y sensible, que no la concibiera simplemente como un cuerpo que se desea y se utiliza. Nunca lo encontró.

Nadie comprendió su tragedia, su tristeza y la razón de su retiro en soledad. Sus padres y toda su familia la acusaron de estar loca e insistieron en que ingresara en el Hospital Asfunia para enfermos mentales, en Ubano. Cuando cruzó el umbral de la puerta, miró a su alrededor y dijo: “¿No han

encontrado una cárcel más digna para mí?”^[5] Suplicó a las autoridades del hospital que la dejaran marcharse e hizo sucesivas huelgas de hambre. Así transcurrió su vida durante unos meses hasta que se nombró a una comisión de eminentes doctores para que la examinara. El informe lo firmaba el dr. Martin, un médico francés, y en él se afirmaba categóricamente que la paciente no padecía enfermedad alguna, ni física ni psíquica. A pesar de tal dictamen, las autoridades del hospital siguieron negándose a dejarla salir con el pretexto de que su salud todavía necesitaba ciertos cuidados.^[6]

May Ziada terminó sus días en un pequeño piso de El Cairo donde murió siendo todavía muy joven, sin nadie a su lado, abandonada e incomprensida. Nos dejó sus escritos, poemas, pinturas y las conferencias que dio en Egipto y Líbano sobre literatura y emancipación de la mujer. Un talento excepcional y una artista superdotada, cuyo genio recibió como recompensa la soledad y las acusaciones de loca e histérica.

En las sociedades agrícolas, como es el caso de Egipto, desde siempre las mujeres han trabajado duro al lado de los hombres, porque la economía y la producción del país no se pueden desarrollar más que con el sudor de campesinos y campesinas. Si las mujeres del campo, no abandonaran todos los días sus hogares antes del amanecer para ir a trabajar, los hombres que se oponen a la emancipación de la mujer no tendrían que desayunar. A pesar de esto, todavía quedan muchos hombres que no admiten que sus mujeres salgan a trabajar o reciban una educación, argumentando que si lo hicieran perderían su feminidad y, probablemente, su castidad y honor también.

Siempre que se suscita el tema del trabajo de las mujeres fuera de la casa, salen a relucir este tipo de argumentos, porque la sociedad patriarcal y de clases sólo puede admitirlo si cree poder explotarlas más todavía; dado que, en la mayoría de los casos, se trata de una mano de obra no remunerada, cuyo trabajo permite que la familia sea más próspera. Así ocurre con las campesinas que trabajan a las órdenes del padre, el marido o el hermano, o con las trabajadoras de las fábricas muy solicitadas en momentos en que escaseaba la mano de obra masculina, como durante las guerras o en las primeras etapas de la industrialización —o, simplemente, cuando el empresario capitalista o el Estado han querido aumentar sus beneficios reduciendo los salarios—. Con mucha frecuencia, especialmente en los llamados países en vías de desarrollo, la familia también utiliza a los niños para trabajar y aumentar sus ingresos. En el campo, hacen determinadas labores, como recoger la cosecha o luchar contra las plagas, y, en las ciudades, colaboran en algún taller o comercio. En cualquier caso, la mujer y el niño, tanto en la casa como en el trabajo, están bajo la autoridad absoluta del hombre.

Las mujeres árabes entraron por primera vez a trabajar en las fábricas tras la Primera Guerra Mundial, cuando descendió alarmantemente la mano de obra masculina. En los países árabes, como en tantos otros, los empresarios se vieron obligados a contratar mano de obra femenina para asegurar el funcionamiento de las fábricas. Un factor que acrecentó la necesidad de mano de obra femenina fue la escasez de bienes importados, que tuvieron que sustituirse por artículos manufacturados locales. Esto produjo en muchos países un cierto desarrollo industrial y, en consecuencia, el aumento de la demanda de mano de obra.

Naturalmente, las primeras que aprovecharon la ocasión de trabajar fueron las mujeres de los sectores más pobres y necesitados de la población. Cuando se es pobre y se tiene que luchar

diariamente para conseguir el pan, nadie puede permitirse el lujo de cumplir con las tradiciones y costumbres sociales. Con el estómago vacío, poco importan los valores tradicionales. Un trabajador, o un campesino, pobre, antes de comprarle un velo a su mujer o a su hija para que se tapen el rostro, se preocupa por conseguir una barra de pan con la que alimentarse. Presionado por la pobreza, mandará a su mujer, a su hija o a su hermana a trabajar de sirvienta en una casa en la que quizá haya muchos hombres, o a una fábrica donde también pasará muchas horas en su compañía. En estas circunstancias, no va a tener en cuenta las tradiciones y valores morales que impiden que los sexos se mezclen libremente.

Sólo las mujeres de clase media o alta llevan velo y están confinadas en sus casas, porque sus familias no tienen la imperiosa necesidad económica de mandarlas a trabajar fuera.

En los países árabes, la gran mayoría de la población es pobre. Los señores feudales, los capitalistas y los Estados, que defienden sus intereses, se han aprovechado de la situación de los más necesitados para ofrecerles los trabajos más duros a cambio de un salario muy bajo. Las mujeres y los niños sufren las peores condiciones de trabajo, obtienen los peores sueldos y hacen los trabajos más inhumanos. El marido, tras un día de trabajo, vuelve a su casa y descansa, mientras que la mujer trabajadora no puede porque tiene que atender a su marido e hijos. Vive atrapada entre el trabajo y los deberes domésticos. En el trabajo, la amenazan con el despido si se queda embarazada, y en su casa, tiene que cuidar de su familia. Si en algún momento el marido considera que está desatendiendo sus deberes domésticos, podrá pedir el divorcio.

En Egipto, el primer censo de mujeres trabajadoras asalariadas se hizo en 1914, Sólo eran 20.000, es decir, el 5% del total de trabajadores. En aquellos momentos, muchas mujeres de familias pobres buscaban trabajo en las fábricas de algodón. La jornada laboral superaba las catorce horas, y el salario diario rondaba las tres piastras, aunque a veces caía hasta los dieciocho milimes^[7]. Sin embargo, muchas aceptaban trabajar en esas condiciones porque eran preferibles estas pocas piastras a sufrir el hambre que amenazaba a las familias. No existían leyes laborales que obligaran al cumplimiento de ciertos mínimos de salubridad y seguridad. Trabajaban siempre en las peores secciones, porque desde un punto de vista social valían menos que los hombres. Además, no protestaban ni luchaban por conseguir mejoras laborales, acostumbradas como estaban a aceptar la humillación y el desprecio. Como resultado de esta situación laboral inhumana, de las largas jornadas de trabajo, del cansancio y de una alimentación insuficiente, ninguna mujer podía soportar el ritmo de trabajo de una fábrica durante más de cuatro o cinco años; después de este periodo, ya no servía para nada. El dueño de la fábrica prescindía de ella, igual que se desprendería de la pieza de una máquina, la despedía, y otra mujer más joven, de las muchas que esperaban ansiosamente a las puertas de la fábrica, ocuparía inmediatamente su lugar.

Estas mujeres humildes y desgraciadas, agotadas psíquica y físicamente por su trabajo fuera y dentro del hogar, fueron las primeras que se rebelaron en el Egipto del siglo XX, las primeras que hicieron huelgas y ocuparon los locales de las fábricas, las primeras en manifestarse por las calles pidiendo que se respetara su dignidad humana, que se redujera la jornada laboral, y que se promulgaran leyes que regularan los permisos por embarazo y maternidad. Hasta entonces, las mujeres no tenían permiso para dar a luz, de manera que cualquier trabajadora que pariera tenía que volver apresuradamente a su trabajo al día siguiente so pena de perderlo. A veces, no revelaban que

estaban casadas, porque el patrón podía despedirlas si se enteraba. Cuando buscaban empleo, decían que estaban solteras. Si una mujer se quedaba embarazada, lo ocultaba como si de un crimen o de un hijo ilegítimo se tratara. En muchos casos, intentaba practicarse un aborto rudimentario, introduciéndose, por ejemplo, una caña de un vegetal llamado *mulujia* hasta el cuello del útero, y a menudo moría a causa de la hemorragia o de una infección posterior.

Durante el mismo periodo de tiempo, las mujeres de las clases altas habían iniciado la creación de las bases de una organización de mujeres que vería la luz en 1923. Sin embargo, por su situación social y económica, y porque no tenían ningún contacto con las clases más pobres, no sabían absolutamente nada de las condiciones de vida de las mujeres trabajadoras ni de la explotación inhumana de la que eran objeto. Una de las manifestaciones organizadas por las mujeres trabajadoras terminó con una concentración en los locales de la recién creada Federación de Mujeres, donde las líderes aristócratas que estaban al cargo de las actividades de la organización no prestaron ninguna atención a las quejas de estas mujeres humildes. Las actividades de la Federación de Mujeres se concentraban, por ejemplo, en luchar por la abolición del velo, algo que sin duda no preocupaba a las manifestantes ya que, en cualquier caso, ni las obreras de las fábricas ni las campesinas llevaban velo.

Las obreras y las campesinas participaron activa y eficazmente en la revolución nacionalista de 1919. Junto a los hombres, salieron a cortar las carreteras comarcales, los cables del teléfono y las líneas de ferrocarril para paralizar los movimientos de las tropas británicas. Algunas participaron en asaltos a cuarteles y a prisiones, en las que estaban encarcelados muchos cabecillas y seguidores de los levantamientos. En sus intentos por sofocar las revueltas, las tropas británicas mataron también a muchas mujeres.

Las mártires de la revolución nacional de 1919 salieron de las filas de estas trabajadoras y campesinas. Algunas de ellas son conocidas, como Shafika Muhammed, que fue asesinada por los británicos el 14 de marzo de 1919; Hamida Jalil, de Kafr al-Zagari Yamalia^[8], Sayyeda Hassan, Fahima Riad y Aixa Ornar. Pero muchas otras mujeres humildes perdieron sus vidas en el anonimato.

A pesar de que los obreros industriales y los campesinos desempeñaron un papel fundamental en el levantamiento nacional de 1919, los historiadores, al estudiar esta etapa de la historia de Egipto, destacan la labor de los líderes políticos de las clases altas. La misma suerte han corrido las masas de mujeres humildes; mientras ellas se volcaron en la lucha nacional y perdieron sus vidas, los elogios se los llevaron las mujeres aristócratas

Las clases más humildes no ganaron demasiado con la revolución de 1919. Fueron carne de cañón que cayó en los enfrentamientos. El fruto de sus sacrificios, y los beneficios de su lucha revolucionaria, al igual que había ocurrido con el reconocimiento social, fueron a parar a las clases altas.

Lo que pasó durante el levantamiento contra los británicos se repitió en el seno del movimiento de emancipación de la mujer. El movimiento no representaba a la inmensa mayoría de las trabajadoras, y sus dirigentes, como ocurrió con los líderes políticos, terminaron aliándose con los británicos, la Corona y las fuerzas reaccionarias del país. El movimiento de las mujeres, por tanto, se convirtió en un instrumento al servicio de los intereses de la Corona y de los partidos reaccionarios. Se alejó del compromiso con la vida nacional y política del país, y se limitó a realizar actividades

caritativas y de asistencia social.^[9]

En 1923, como ya he mencionado, Hoda Shaarawi fundó la Federación de Mujeres. En 1924 esta organización consiguió que la edad mínima requerida para contraer matrimonio se elevara, en el caso de las niñas, a 16 años, pero, a pesar de los esfuerzos de Hoda Shaarawi y Cesa Nabarawi, fracasó en su intento de cambiar las leyes sobre el matrimonio, el divorcio, etcétera, y no consiguió que las mujeres tuvieran derecho al voto. Aunque han pasado ya cincuenta y tres años desde el nacimiento de la Federación de Mujeres, en todo este tiempo apenas se ha conseguido nada, puesto que no cuenta con el respaldo y el compromiso activo de la gran mayoría de las mujeres. Las actuales leyes egipcias sobre el matrimonio permiten que un hombre se divorcie de su mujer cuando quiera y que se case con varias mujeres a la vez. No obstante, algunos países árabes más adelantados ya han promulgado leyes que se corresponden con la nueva situación y los cambios experimentados por las mujeres árabes. Las mujeres egipcias no tuvieron derecho al voto hasta la constitución de 1956, promulgada bajo el régimen de Nasser. Esta conquista se obtuvo tras la victoria sobre las fuerzas invasoras británicas, francesas e israelíes, además de la nacionalización del capital extranjero y de una serie de mejoras sociales para las clases no privilegiadas.

No sólo las egipcias participaron activamente a la lucha contra el imperialismo extranjero y la opresión interna, en todo el mundo árabe numerosas mujeres combatieron junto a sus compañeros en las luchas de liberación nacional y en pro de la justicia social. En 1914, muchas sirias formaron parte de las sociedades secretas que se oponían al intento de cambiar la administración y la vida del país siguiendo el modelo turco. En 1919, Damasco fue testigo de la primera manifestación de mujeres contra la ocupación francesa, que fue violentamente reprimida. En 1925, participaron en el levantamiento revolucionario del pueblo sirio. Las mujeres palestinas han tomado las armas junto con sus compañeras para fortalecer la resistencia popular contra la ocupación israelí de los territorios árabes.

En Iraq las mujeres desempeñaron un papel muy importante en la resistencia contra el imperialismo y las fuerzas reaccionarias que apoyaban a la familia real, y trabajaron con entusiasmo para acelerar las transformaciones del país y de la sociedad. En la actualidad, las mujeres iraquíes disfrutan de los mismos derechos políticos que los hombres, y en el gobierno del país siempre hay una mujer.

En otros países como Jordania, a pesar de la falta de libertades democráticas y de las restricciones impuestas a toda actividad política, las mujeres se han organizado para luchar por la mejora de su situación económica, política o social. Miles de jordanas han participado en numerosas manifestaciones y se han enfrentado con valor a la policía y a las fuerzas armadas en defensa de los prisioneros políticos, encarcelados por el régimen del rey Husein, y de los guerrilleros palestinos, arrestados por la policía y otras fuerzas del orden.

Las mujeres sudanesas pueden estar orgullosas de su larga tradición de lucha. Constituyeron un fuerza importante dentro del movimiento sudanés de liberación nacional que luchó contra los británicos y crearon una federación poderosa que caló profundamente en los medios urbanos y rurales. Esta federación siempre defendió posturas muy progresistas, en relación con temas cruciales para el futuro de Sudán y el de sus mujeres. Muchas sudanesas dieron la vida por su pueblo y por la emancipación de sus hermanas. Fatima Ibrahim permanecerá siempre en el recuerdo de todos.

En 1943, las mujeres libanesas organizaron enormes manifestaciones en las calles de Beirut y otras ciudades en protesta por el arresto de líderes políticos del país por parte de las autoridades francesas. Las mujeres argelinas, sin distinción de clases, lucharon contra la ocupación francesa. La tierra que vio morir a un millón de mártires fue el lugar también donde cientos de mujeres demostraron su heroísmo bajo el dolor y la humillación de unas torturas salvajes, inhumanas y sofisticadas, que hasta entonces sólo se habían conocido en los países bajo ocupación nazi y en Vietnam del Sur. Yamila Abu Heraid y Yamila Abu Azza son sólo dos ejemplos.

Las mujeres palestinas han demostrado el mismo espíritu combativo que sus hermanas argelinas. Las miserias de este pueblo, privado de un hogar y una patria durante los últimos treinta años, que soportó una increíble opresión e injusticia a manos de los británicos antes de perder su tierra, han engendrado generaciones de hombres y mujeres endurecidos por el sacrificio y la resistencia. ¡Cuántas veces las mujeres palestinas han hecho suya la defensa de una Palestina árabe, y se han infiltrado, formando parte de comandos armados, en los territorios ocupados por Israel al abrigo de la noche! Han organizado la resistencia clandestina contra las autoridades militares y administrativas, han apoyado masivamente la desobediencia civil y han participado en las manifestaciones convocadas en Jerusalén, Nablus, Rafah, Al-Jalil y Bissam.

Cada día que pasa más mujeres se presentan voluntarias para alistarse en el Ejército de Liberación de Palestina, para entrar en las fuerzas armadas o para trabajar en los servicios médicos y sociales auxiliares. Lo han perdido todo, ¿a qué pueden tener miedo? La lista de mujeres caídas en la lucha podría llenar un capítulo entero de este libro, pero citaremos sólo a las más conocidas: Layla Jalid, Fatima Bernawi, Amina Dahbur, Shadia Abu Gazala. Y aún hay muchas otras, cuyas heroicas historias algún día escucharán y admirarán las futuras generaciones de mujeres.

En todo el mundo árabe, las mujeres han sabido protestar, luchar y resistir: en la República Democrática de Yemen y en Somalia, donde disfrutaban de los mismos derechos que los hombres y trabajan con ellos por una sociedad nueva, sin opresión ni explotación; en Kuwait, Libia, Túnez y Marruecos, donde han combatido sin descanso por la justicia, la libertad y la paz. En algunos países árabes, las mujeres han conseguido nuevos derechos sociales y familiares, nuevas leyes que prohíben la poligamia, concediendo al hombre y a la mujer los mismos derechos en lo que se refiere al divorcio.

Las mujeres tienen derecho al voto en la mayoría de los países árabes, pero, a pesar de ello, muy pocas lo ejercen, participan en política o se presentan como candidatas a las elecciones. En Egipto, en las elecciones legislativas, el porcentaje de mujeres que acude a las urnas no suele superar el 0,53% del total de votos.

El tiempo ha demostrado que el hecho de que la mujer tenga derecho al voto y participe “activamente en la vida política” no mejora sustancialmente su posición social. Tanto si votan como si se abstienen, si logran entrar en el parlamento como si no, la situación de las mujeres más pobres de la sociedad no mejora. Siguen siendo víctimas de la explotación y la opresión, sirvientas de sus maridos y prisioneras de la pobreza. Incluso en los países donde existen fuertes organizaciones de mujeres que luchan por conseguir leyes nuevas, y movimientos en favor del cambio social, las posibilidades de progreso de las mujeres son bastante limitadas.

En ningún país del mundo se ha dado el caso de que, por tener los mismos derechos políticos que

los hombres, las mujeres hayan mejorado su situación social. Ni los discursos sobre los derechos democráticos y la libertad de la mujer que pronunciamos en la radio, la televisión y las reuniones públicas, ni los artículos que escribamos sobre el tema, servirán para algo; mientras siga existiendo el sistema patriarcal —feudal o capitalista—, los votos de las mujeres se utilizarán contra los intereses de las mujeres, de la misma manera que los votos de los obreros y campesinos se usan normalmente contra sus intereses.

Tras la revolución egipcia de 1952 se consiguió que los obreros y campesinos ocuparan el 50% de los escaños de la Asamblea Nacional. Para las mujeres no se reservó ni uno solo. En teoría, pues, los obreros y campesinos disponen de la mitad del poder parlamentario, pero, en la práctica, los diputados electos nunca son representantes de las masas trabajadoras. Lo normal es que sean personas de clase alta que han ocupado unos escaños, a los que no tienen derecho, en nombre de los trabajadores y campesinos. Esta paradoja es posible gracias a miles de manipulaciones. La definición de “trabajador” o “campesino” es tan flexible y ambigua que permite que los que pertenecen a grupos sociales con ingresos muy altos se hagan pasar por representantes de los trabajadores o campesinos.

Si en la Asamblea Nacional hubiera algún número de escaños reservado a las mujeres, probablemente ocurriría lo mismo. Las elegidas serían mujeres de clase alta que apoyan el *statu quo*, o quizá podría darse el caso de que algunos hombres se disfrazaran de mujeres para infiltrarse en su terreno.

Este tipo de medidas sólo puede dar sus frutos en el seno de una sociedad que cuente con organizaciones y partidos democráticos fuertes, y con movimientos populares a favor del cambio social. Los derechos legales y políticos de las mujeres sólo se tendrán en cuenta si están respaldados por amplios movimientos revolucionarios populares.

Aunque desde 1962 en Egipto hemos tenido una ministra y seis mujeres parlamentarias, la gran mayoría todavía vive sumida en la pobreza, la ignorancia, el analfabetismo, las enfermedades, y pasa muchas horas del día, y parte de la noche, trabajando fuera y dentro de la casa. Viven en unas condiciones inhumanas, víctimas de la dominación autocrática del padre, el marido, el hermano o cualquier otro varón de la familia. Incluso las mujeres con una educación superior o universitaria (una minoría, normalmente de clase media) todavía se tienen que someter a las antiguas tradiciones, a los caprichos de los hombres de su familia, y, ahora, soportan además una nueva carga, la de un trabajo de media jornada o jornada completa fuera de la casa.

Si las mujeres llegaran al poder dentro de la estructura de una sociedad de clases capitalista y de un sistema patriarcal, seguirían siendo víctimas de la explotación. Si una mujer sustituyera a Nixon, Ford o Cárter en el cargo de presidente de Estados Unidos, en tanto en cuanto la estructura de la sociedad siguiera siendo la misma, el capitalismo impondría su sistema de explotación, sus objetivos expansionistas y su política agresiva, y las mujeres seguirían sometidas a los valores patriarcales. Cuando Golda Meir se convirtió en primera ministra de Israel, la situación de los hombres y las mujeres continuó siendo la misma, y la política israelí fue tan agresiva, imperialista y sionista como había sido antes. El que Bandaranaike fuera primera ministra de Ceylán o Indira Ghandi ocupara ese puesto en La India no sirvió para abolir el sistema patriarcal ni liberó a las mujeres de la explotación en la sociedad y en la casa.

En los países árabes, en Occidente y en el Lejano Oriente, la verdadera liberación de la mujer pasa por la total abolición de la sociedad de clases, de la explotación y del sistema patriarcal. En otras palabras, sólo podrá alcanzarse bajo un sistema socialista sin clases, en el que los sistemas, conceptos y leyes del sistema patriarcal se hayan erradicado por completo.

En ningún país del mundo se han producido estos cambios esenciales, ni dentro del mundo árabe ni siquiera en los países socialistas. En éstos últimos, a pesar de que la situación de la mujer ha cambiado radicalmente en muchos sentidos, todavía no se ha acabado por completo con la herencia del sistema patriarcal.

No obstante, el movimiento en favor de la liberación de la mujer es ya un fenómeno imparable en todo el mundo, y cada vez tiene más seguidores.

Quizá las conquistas más importantes de la revolución egipcia de 1952 fueron: establecer un límite máximo en la propiedad privada de la tierra, restringir drásticamente la propiedad y la explotación feudal de la tierra, y nacionalizar los bancos, compañías de seguros y grandes corporaciones. La Carta Nacional, promulgada el 21 de mayo de 1962, incluye un artículo muy importante y de extrema significación, no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad: “Es urgente abolir las últimas imposiciones y coacciones que limitan severamente la libertad de la mujer para que pueda participar con dinamismo y efectividad en la construcción de una nueva vida”.

Desde que se inició la revolución, cada vez más mujeres acuden a las escuelas y universidades, y cada vez un número mayor de ellas ha comenzado a trabajar en sectores administrativos y de servicios. Sin embargo, la mayoría todavía no ha conseguido liberarse de las cadenas que la reprimen.

La situación es la misma en los países árabes que tienen un sistema político socialista, aunque las constituciones y las leyes subrayan la necesidad de suprimir todos los obstáculos que impiden a las mujeres la libre participación en la vida social y limitan sus oportunidades de empleo. Es el caso de Sudán, Iraq, Argelia, Somalia, Yemen del Sur y Siria. Una verdadera política socialista por parte de estos gobiernos hubiera requerido, además de una legislación económica para asegurar la justicia social, unas leyes nuevas que regularan las relaciones hombre-mujer, que abolieran el dominio de los primeros sobre éstas, aseguraran a las mujeres los mismos derechos económicos, sociales, morales y personales de los hombres y las liberaran de las faenas domésticas y la educación de los hijos.

En ninguno de estos países árabes se han dado estos pasos. Algunos se han limitado a restringir el derecho de los hombres al divorcio o su libertad para casarse con varias mujeres. Las leyes sobre el matrimonio, el divorcio, la filiación y la custodia de los hijos, y la herencia continúan favoreciendo el dominio del hombre en casi todos ellos.

Las mujeres árabes han conseguido ciertos derechos sociales y familiares, porque algunos dirigentes políticos y pensadores han sido lo suficientemente lúcidos como para darse cuenta de las nuevas necesidades económicas y sociales, y porque la concienciación de algunas mujeres, su nivel educativo y su participación laboral han crecido con el paso del tiempo. Pero estos cambios no han afectado a los millones y millones de mujeres humildes, trabajadoras y analfabetas, que continúan combinando su trabajo, arduo y agotador, con la carga del cuidado de su marido y sus numerosos hijos.

Se trata de millones y millones de mujeres que todavía deben obediencia a las leyes sobre el

matrimonio y el divorcio, que siguen sometidas, dentro y fuera de la familia, a las imposiciones de unas tradiciones obsoletas y a una doble moral que sólo proscribe y castiga a las mujeres, y que las obliga a soportar unas relaciones matrimoniales inhumanas, la anarquía sexual y los caprichos del hombre. Millones de mujeres que siguen aguantando que su marido se case con otra mujer o mantenga relaciones con diversas amantes, que viven con la amenaza del divorcio pendiendo sobre sus cabezas, que sufren las consecuencias trágicas del culto a la virginidad, la castidad, el honor y la escisión, que temen quedarse embarazadas y sacar a sus hijos, legítimos o ilegítimos, adelante, que afrontan los problemas y riesgos de un aborto ilegal e, incluso, asumen en solitario el control de natalidad.

Los problemas de las árabes varían de una clase social a otra. Cuanto más humilde sea, peor será su situación. No obstante, todas ellas comparten una serie de problemas: los derivados del matrimonio y el divorcio. Desde el momento en que una mujer se casa, comienza a vivir bajo los imperativos de lo que se conoce como “ley consuetudinaria”. Sin duda, esta ley todavía no ha recibido la atención que se merece por parte de los dirigentes políticos de Egipto. Siempre ha sido, y sigue siendo, competencia exclusiva de los funcionarios del ministerio de asuntos sociales o de algún grupo u organización de mujeres de clase alta. Las mujeres parlamentarias no suelen discutir sobre esta ley, porque no quieren que se las acuse de estrechez mental por concentrar toda su atención en los problemas femeninos, o no tienen el valor de enfrentarse a los poderes religiosos dogmáticos y reaccionarios de la sociedad. Los políticos, incluso los que se consideran socialistas, no se han tomado en serio el tema de la liberación de la mujer, o el replanteamiento de la ley consuetudinaria. En su opinión, las cuestiones sobre las relaciones hombre-mujer no tienen nada que ver con la “política de alto nivel” o con los “grandes temas de la sociedad”. Pero en cambio, sí participan en mítines electorales, en discusiones triviales en el seno del grupo socialista o en el Parlamento y acuden gustosos a las recepciones y fiestas que se organizan por motivos políticos o diplomáticos.

Y, sin embargo, la “política de alto nivel” de un país y los “grandes temas de la sociedad” tampoco tienen nada que ver con las salas de reuniones, los pasillos y los salones por los que estos hombres y mujeres tienen tanta predilección. En realidad, los “grandes problemas de la sociedad” se concretan en los pequeños detalles cotidianos, que afectan a millones y millones de hombres y mujeres. Por ejemplo, se ha descubierto que muchos campesinos padecen bilharzia (sangre en la orina), que causa un descenso en su rendimiento que le supone al país unas pérdidas económicas equivalentes al 50% de la renta nacional. Es necesario que todo trabajador pueda desayunar a base de queso y *ful* (judías con un alto contenido proteínico), para poder soportar el ritmo de las máquinas sin fatigarse. Hay que evitar que el campesino pegue a su mujer, pues si la deja lisiada no podrá ir a trabajar al campo, que a la trabajadora que utiliza el transporte público no se la moleste o asalte físicamente, que cualquier mujer se atreva a negarse a tener relaciones sexuales con su marido si está cansada o enferma, que un padre se interese más por sus hijos que por su amante.

Estos actos cotidianos aparentemente insignificantes y triviales (comer, orinar, tener relaciones sexuales, salir a trabajar cada mañana o coger el autobús o el tranvía) son los componentes de la vida de una sociedad, un sistema y, en fin, un Estado. Son los elementos, la materia prima de la “política de alto nivel”, de los “grandes problemas”, de las batallas importantes, y de los grandilocuentes discursos sobre el progreso y la civilización humanos. Los que se dedican a la

política y se desprecupan de estos temas ni siquiera saben lo que la palabra “política” significa. Los campesinos no pueden trabajar ni producir con eficacia si sufren dolores y pierden sangre cada vez que van al retrete. Un trabajador o trabajadora no podrá producir eficazmente a menos que haya satisfecho sus necesidades sexuales. Una mujer casada no puede ser activa y participar en la vida de la sociedad si está reprimida sexual y emocionalmente. Dicho de otro modo, que los seres humanos en general no pueden trabajar, crear y producir si no se les permite pensar libremente sobre el sexo, experimentarlo y practicarlo con conocimiento y responsabilidad. La forma en la que la gente piensa, siente o actúa, siempre tiene repercusiones económicas, y por tanto, no se puede separar la vida sexual y emocional de la situación económica. Cualquier división será artificial y engendrará ideas incompletas, superficiales y distorsionadas. La historia de la especie humana no se ha ido construyendo sólo a base de actividades económicas, como algunos socialistas quieren creer, ni tampoco a base únicamente de instintos y relaciones sexuales, como los freudianos suelen afirmar, sino gracias a una combinación e interrelación equitativa de ambos aspectos.

Interesarse por la liberación de la mujer o por la legislación sobre el matrimonio y el divorcio no disminuirá el prestigio de los políticos socialistas. Por el contrario, uno de los criterios esenciales para reconocer a un verdadero socialista es su actitud hacia las mujeres y hacia la causa de su liberación. Cuanto más socialista sea una persona, cuanto más humana, mayor deberá ser su preocupación por la situación de la mujer.

Un cambio en las leyes no basta para conseguir una liberación real. Cualquier ley puede quedarse en papel mojado si no se realizan los esfuerzos culturales, políticos y organizativos necesarios para cambiar radicalmente las instituciones y estructuras de la sociedad, y, en particular, para abolir el sistema patriarcal y las tradiciones y valores que ha mantenido.



19. La mujer y el trabajo

Durante miles de años, la sociedad ha confinado a la mujer entre las cuatro paredes de la casa y la ha obligado a servir a la familia, al marido y a los hijos, sin recibir por ello pago alguno, excepto la manutención, el vestido y un techo bajo el que cobijarse. Las únicas excepciones a esta regla han sido siempre mujeres trabajadoras, campesinas, sirvientas y esclavas. Pero, en general, una mujer no abandonaba la casa a no ser que padeciera una grave enfermedad que debía ser tratada en el hospital. En este caso tenía que cubrirse el rostro con el velo y acudir allí acompañada por un hombre de la familia. A veces se daba el caso de que la mujer yacía en su lecho de muerte y el marido no permitía que ningún médico la examinara.

Esta estricta segregación de sexos, tan de moda entre algunas clases sociales, fomentó el desarrollo de ciertas profesiones y vocaciones femeninas, consistentes en atender y servir a las mujeres enclaustradas de las clases media y alta. Entre ellas, la primera fue la de nodriza. A ella se dedicaban chicas que provenían casi exclusivamente de los sectores más pobres de la sociedad, pues el que una mujer trabajara fuera de casa solía ser una vergüenza y un deshonor para la familia, que, desde una consideración tradicional, debía ser capaz de alimentarla y vestirla.

Se crearon escuelas de comadronas y nodrizas cuyas alumnas estaban destinadas a servir a las mujeres de la clase alta. Por ejemplo, Mohammad 'Ali, gobernador de Egipto a mediados del siglo XIX, señaló que las familias de clase alta necesitaban los servicios de nodrizas y comadronas. Por este motivo compró a algunas esclavas negras sudanesas y confió a un francés llamado Clot Bey la misión de enseñarles el arte de la medicina y la cirugía.^[1] Estas comenzaron a estudiar en la

Escuela de Comadronas, dependiente de la escuela de Medicina de Abu Zaabal, junto con los eunucos, (esclavos castrados) que habían sido los primeros estudiantes. En esa época, que una mujer saliera a la calle se consideraba una afrenta a la moralidad pública. No es sorprendente, pues, que los hombres manifestaran su indignación ante el hecho de que en la escuela de nodrizas y comadronas se enseñara a las estudiantes algunos elementos básicos de anatomía humana, temas que desentonaban completamente con lo que se consideraba que era el comportamiento moralmente aceptable.^[2]

En 1842 se estableció en Egipto la primera escuela de comadronas. Treinta años después, en 1873, se inauguró la primera escuela primaria para niñas, Al-Seyufiya. Al principio sus alumnas fueron jóvenes esclavas blancas destinadas a servir en los palacios de la clase dirigente. En este intervalo de treinta años no se creó ninguna escuela más para niñas excepto algunos orfanatos en los que se formaba a niñas pobres o huérfanas para el trabajo doméstico en las casas de la aristocracia, o bien para atender algunas necesidades del ejército tales como coser la ropa de los soldados.

Al principio, las autoridades prohibían estrictamente a las profesoras y las niñas de estas escuelas casarse, con el objetivo de que se dedicaran por completo al cumplimiento de sus labores. Para ello se les exigía comprometerse por escrito. Estas niñas pobres, acuciadas por la necesidad de tener algún día unos ingresos, aunque fueran escasos, se veían obligadas a aceptar esta condición. Con el paso del tiempo, se convirtieron en un grupo de solteras solitarias y miserables que sufrían neurosis y otras enfermedades mentales, pues las relaciones sexuales sólo se permitían dentro de la estructura del matrimonio o con prostitutas, consideradas unos seres despreciables.

Para una familia respetable era una vergüenza mandar a sus hijas a una escuela de este tipo; era mucho mejor dejarlas encerradas en casa a la espera del matrimonio. Entretanto, se las educaba en el arte de la seducción, único medio de conservar a un marido una vez capturado. Como los hombres podían divorciarse por la razón más trivial, o, incluso sin razón ninguna, y casarse con varias mujeres a la vez, además de tener tantas esclavas como le permitieran sus medios económicos, el tema de la seducción era de la máxima importancia y se adentraba en el ámbito de la más pura necesidad.^[3]

Las escuelas oficiales de enseñanza secundaria para niñas se empezaron a crear en los albores del siglo XX con el establecimiento, en 1900, de una sección de maestras en la escuela Sania. La educación secundaria para chicos, sin embargo, ya existía desde 1825, setenta y cinco años antes. La Universidad Egipcia abrió sus puertas a las mujeres el año 1929 cuando admitió a cuatro jóvenes estudiantes.

Como consecuencia de todo este proceso, la matriculación de chicas en todos los niveles educativos fue creciendo notablemente, sobre todo tras la revolución de 1952. Sin embargo, en 1969 sólo el 18,9% de las trabajadoras tenía una formación o cualificación profesional. Esto significa que la inmensa mayoría de las egipcias (81.1%) seguía dedicándose a labores agrícolas, al servicio doméstico, o a pequeños trabajos de oficina.

La mayoría de las mujeres empleadas en el sector servicios eran trabajadoras del servicio doméstico. Todos conocemos la increíble explotación económica, social y sexual a la que las sirvientas estaban —y todavía están— sometidas. Las mujeres que trabajaban, y que con ello ganaban un salario (las campesinas y amas de casa, por tanto, quedan excluidas), representaban sólo un 6% del total de la mano de obra femenina en edad de trabajar y el 6.5% del total de la población

activa en Egipto.^[4] Hacia 1976 la cifra se incrementó hasta el 9%.

La gran mayoría de las trabajadoras egipcias son campesinas que trabajan para los hombres de su familia sin recibir ninguna remuneración a cambio o amas de casa que no son sino sirvientas domésticas no remuneradas. Esto se puede hacer extensivo también a la gran mayoría de mujeres de todos los países árabes. En Siria, el 16.1% de mujeres son asalariadas. De este total, el 88% trabaja en la agricultura, mientras que el resto son empleadas en la administración, o en otras instituciones, en servicios sociales, en la industria y en el comercio.^[5]

Las campesinas constituyen el grupo más numeroso de la población activa femenina en los países árabes. Debido a que no perciben ningún salario por su trabajo, en las estadísticas laborales egipcias no se las tiene en cuenta. Por ejemplo, según estas estadísticas, las mujeres representan sólo un 9% de la población activa. Sin embargo, si a esta cifra se le añaden las campesinas, el número de trabajadoras llegaría casi a la mitad de la población activa y sería uno de los porcentajes más altos del mundo.

No cabe duda de que el hecho de tener un trabajo remunerado ha contribuido sustancialmente a la emancipación de algunas mujeres egipcias y, en particular, de aquellas que han recibido una formación académica. Son económicamente independientes o se han liberado, y algunas han conseguido nuevos derechos en la sociedad y en la familia a pesar de que las leyes sobre el matrimonio continúan siendo muy duras e injustas para las mujeres. Algunas han decidido no casarse para evitar ser víctimas de esas leyes sobre el matrimonio. Otras, por el contrario, se casaron y, posteriormente, cuando sintieron que su marido, la familia o la sociedad amenazaban su libertad e independencia, se divorciaron.

En Egipto, desde un punto de vista legal, no existe discriminación sexual en lo referente a la educación y el empleo. Sin embargo, en la práctica, la discriminación es un hecho muy frecuente. Un ejemplo de ello es lo que ocurre con la profesión de juez. El sistema judicial en Egipto está dominado por hombres, que han impedido a toda costa que las mujeres pudieran ejercer esta profesión. Se da por sentado que una mujer, por naturaleza, no puede asumir las responsabilidades derivadas del hecho de impartir justicia. Este criterio se basa en que el islam considera que el testimonio de un hombre equivale al de dos mujeres. Desde esta premisa, el razonamiento que se deriva es el siguiente: si no se puede confiar en una mujer como se confía en un hombre cuando se trata simplemente de testificar, ¿cómo puede confiarse en ella cuando de los que se trata es de tomar una decisión sobre un tema en el que hay dos partes en litigio?

A pesar de que, desde 1962, varias mujeres egipcias han ocupado cargos ministeriales, siguen sin poder ser juezas. Los hombres continúan discutiendo sobre si las mujeres están preparadas para entrar en el sacrosanto cuerpo judicial. Lo último que recuerdo haber leído en relación con este tema es un artículo publicado en el periódico *Al-Ajbar*, el 12 de enero de 1976, en el que el autor afirma que el islam no permite que las mujeres sean juezas: “No hay que explicar que, según el islam, para poder ser juez, una persona debe cumplir diez condiciones, sin las cuales la esencia misma de lo que es un “juicio” no podría darse, y se perdería el derecho e, incluso, la posibilidad, de poder ejercer esta alta función. Dichas condiciones son las siguientes: ser musulmán, tener capacidad de razonar, pertenecer al sexo masculino, ser libre, maduro, justo, erudito y poder escuchar, ver y hablar”.^[6]

Además, a las mujeres tampoco se les permite ocupar cargos dirigentes, como el de gobernador o

el de alcaldesa de una ciudad o de un pueblo.^[7]

Todo lo expuesto anteriormente refleja con claridad las profundas contradicciones en las que sigue inmersa la sociedad árabe moderna, que, por un lado, permite a una mujer ser ministra, tener bajo su responsabilidad a miles de empleados y tomar decisiones de suma trascendencia, pero, por otro, no le permite ser jueza ni siquiera en los tribunales que tramitan asuntos menores, como, por ejemplo, infracciones de tráfico u otros litigios de este tipo, ni ser alcalde de poblaciones con pocos habitantes.

Los que se oponen a que las mujeres sean juezas o alcaldesas son incoherentes y caen en las mismas contradicciones que el conjunto de la sociedad. Ninguno de ellos critica o se opone al nombramiento de una mujer para el cargo de ministra. ¿Quiere esto decir que, en su opinión, para ser ministro no hay que cumplir las mismas condiciones que el islam impone para ser juez, es decir, no hay que tener capacidad de razonar, ni pertenecer al sexo masculino, ni ser justo y erudito y poder hablar? ¿O, no será que, como el nombramiento de un ministro es una decisión que toma el Jefe del Estado, para esta gente las decisiones de éste último son más importantes que las sagradas directrices del islam?

Hasta 1959, las trabajadoras egipcias no consiguieron el derecho a disfrutar de permiso por maternidad; ese año se promulgaron nuevas leyes laborales, entre las que se incluía un apartado específico sobre los derechos de las mujeres trabajadoras, y entre éstos se señalaba el derecho a tener un permiso de cincuenta días por maternidad, cobrando el equivalente al 70% del salario. Estas leyes incluían también algunos artículos que excluían a las mujeres de ciertas ocupaciones consideradas peligrosas para su salud o inapropiadas para su condición de mujeres. Estas estipulaciones en muchos casos perjudicaron a las mujeres trabajadoras porque los empresarios las utilizaron para negarse a contratar mujeres o para obligarlas a aceptar salarios más bajos, o categorías laborales que no se correspondían con su preparación. Esta situación se puso de manifiesto, sobre todo, en el sector privado.

Las mujeres contratadas por la administración del Estado o en el sector público recibían el mismo salario que los hombres, sin embargo, no tenían las mismas oportunidades de promoción para acceder a cargos de responsabilidad ni de recibir cursos de preparación para optar a puestos más elevados.

Las leyes sobre el sistema de pensiones resultaban también discriminatorias. Una mujer no podía percibir su propio salario o pensión al mismo tiempo que el de su marido fallecido. Desde 1971, es posible recibir ambos, si bien la parte correspondiente a la pensión del marido no debe exceder las 25 libras al mes.^[8]

Los egipcios —y la sociedad árabe en general— todavía siguen pensando que las mujeres han sido creadas para ser esposas y madres, y desempeñar las funciones de servir en la casa y educar a los hijos. A la mujer sólo se le permite buscar trabajo fuera de casa cuando la sociedad o la familia tiene necesidades económicas. Una mujer puede abandonar su hogar todos los días e ir a una oficina, escuela, hospital o fábrica si, a la vuelta del trabajo, afronta las responsabilidades para con su marido e hijos, que deben ser, en cualquier caso, lo primero. Aunque algunos países árabes, como Egipto, Argelia, Siria, Sudán, Yemen del Sur, Somalia e Iraq, han adoptado políticas de orientación más o menos socialistas, ninguno de ellos ha resuelto los problemas de las mujeres trabajadoras ni se

ha preocupado de ofrecerles medios que faciliten las tareas domésticas, y la educación de los hijos. A los dirigentes de estos países no les parece demasiado importante proporcionar a las mujeres trabajadoras los medios y las instituciones que necesitan porque todavía no son una fuerza lo suficientemente importante y organizada como para poder presionar al Estado o a las clases dirigentes. Por esta misma razón, no obtienen una respuesta rápida y radical a sus demandas. Las organizaciones de mujeres todavía siguen estando compuestas por mujeres de clase alta, que buscan en ellas un camino por el que encauzar sus inclinaciones benéficas, o bien son secciones de ciertas federaciones o partidos políticos socialistas, sin entidad propia ni iniciativas independientes. En este último caso, funcionan como meros apéndices pasivos, atrofiados por la burocracia, y sólo se preocupan marginalmente de los verdaderos problemas de las mujeres, en general, o de las trabajadoras, en particular.

Sin duda alguna, el trabajo de las mujeres fuera de casa ha contribuido a que disfruten de un mayor grado de libertad e independencia con respecto al marido o al padre. Esto ocurre así sobre todo porque el islam concedió expresamente a la mujer el derecho de controlar sus propias posesiones y su dinero sin ningún tipo de tutela por parte del hombre.^[9] Sin embargo, el trabajo puede ser una nueva forma de explotación si funciona dentro de una sociedad de clases que discrimina entre los diferentes estratos sociales y sexos, y de una familia patriarcal en la que el hombre, de acuerdo con la ley, las costumbres y las religión, domina íntegramente, en cuerpo y alma, a la mujer. En este contexto de esclavitud de la mujer, ¿cómo va a ser libre a la hora de disponer de su dinero? Si una mujer vive con el temor de que su marido se divorcie de ella en cualquier momento, ¿cómo le va a prohibir entrometerse en el manejo de sus recursos financieros? La ley puede obligar a una mujer a volver con su marido y hacerla regresar a su domicilio escoltada por la policía, por tanto, ¿cómo va a disponer libremente de su dinero cuando ni siquiera es libre para disponer de su propia vida?

Estas son las razones por las que, a pesar de trabajar fuera de casa, las mujeres árabes no sólo no han conseguido todavía su completa liberación, sino que, en muchos casos, esto sólo les ha servido para tener más preocupaciones, problemas y responsabilidades.

El trabajo no podrá ser nunca un medio de emancipación de los seres humanos a menos que se desarrolle dentro de la estructura de una sociedad justa, que ofrezca las mismas oportunidades a todos de acuerdo con sus capacidades y aptitudes, y no según la clase social o el sexo.

A pesar del número creciente de mujeres que trabajan y estudian en los países árabes, la gran mayoría todavía no sabe leer ni escribir. El sistema educativo hasta el momento apenas ha contribuido a dismantelar las convenciones y costumbres sociales obsoletas, las ideas conservadoras que todavía influyen tanto en la vida de hombres y mujeres. Incluso la gente de un nivel cultural más elevado sigue estando sometida a la influencia de ideas, supersticiones y fantasías que les han inculcado sus padres, y que los dirigentes políticos e intelectuales árabes también han asumido.

A la mayor parte de los regímenes árabes todavía les falta un largo camino para ser socialistas o, simplemente, progresistas; siguen cooperando, abiertamente o en secreto, con las fuerzas imperialistas y reaccionarias del mundo. Para servir a sus propósitos, se han dotado de poderosos sistemas de difusión cultural e informativa, que invaden la opinión pública con conceptos erróneos y superficiales. Los planes de estudios siguen siendo muy rígidos, poco imaginativos e incapaces de

responder a las necesidades de los niños y jóvenes de una sociedad que cambia con rapidez. A este respecto, lo que se pretende es educar a futuros ciudadanos conformistas, alienados y obedientes, que en el futuro no apuesten por un cambio de la sociedad. La educación, lejos de ser pragmática y ofrecer respuestas a la vida en sociedad, se limita a bombardear a los jóvenes con un montón de detalles irrelevantes y sin conexión global. Las diferentes ramas del conocimiento se presentan de forma separada, como compartimentos estancos, y no se enseña a interrelacionar las diferentes áreas del saber. No se fomenta una visión totalizadora del mundo, la sociedad y la historia ni se enseña a investigar las causas reales que subyacen bajo los problemas que hay que afrontar en la vida, ni a pensar de forma independiente y con una mente abierta, ni a ser tolerante o tener iniciativas. Por el contrario, el objetivo es formar un ejército de ciudadanos pasivos y mediocres, preparar a futuros burócratas que funcionarán dentro de un sistema administrativo, a ejecutores de las decisiones que toman otros, siempre sumisos a la autoridad de los dirigentes y de los líderes. Y en esta sociedad tan rígidamente estructurada el papel reservado a la mujer, ya sea en el mundo laboral o en la familia, es el de una subordinada que debe doblegarse a la voluntad y dominación del hombre.

Los obstáculos más serios a los que se enfrentan las mujeres árabes a la hora de buscar empleo y trabajar son consecuencia de las leyes sobre el matrimonio y los derechos civiles. Estas leyes todavía conceden al marido el derecho a prohibir a su mujer que acepte un trabajo, viaje al extranjero o incluso salga de casa. Una vez más, la sociedad árabe, con el fin de perpetuar los diversos tipos de explotación de las mujeres, ha caído en una contradicción. Por un lado, anima e, incluso, presiona a las mujeres, sobre todo, a las de las clases más pobres, a buscar empleo en las fábricas, en las oficinas y en el campo, pero, por otro, las deja totalmente a merced de sus maridos, que tienen que darles permiso para poder hacerlo. El marido, por su parte, a la hora de tomar una decisión a este respecto, no tiene que ajustarse a ninguna imposición legal; la decisión depende sólo de él, y, por tanto, puede ser completamente arbitraria y basarse en criterios personales, sus intereses y sus propias necesidades. Así pues, las mujeres están sometidas a una doble explotación: la del Estado y los empresarios, por una parte, y la del marido, por otra. Como la mano de obra femenina es muy necesaria en las fábricas, las oficinas y la agricultura, algunos países árabes han dudado a la hora de conceder al marido el derecho absoluto de prohibir a su mujer buscar empleo o trabajar fuera de casa. La razón es que, si ejercen ese derecho, la economía del país se puede resentir. En muchos sectores de la economía, especialmente en la agricultura, la administración y algunas parcelas de la producción industrial, el trabajo de las mujeres es imprescindible y, en consecuencia, los gobiernos se ven obligados a adoptar una postura ambigua.

Las leyes laborales en países como Egipto, Siria e Iraq permiten a las mujeres trabajar fuera de casa. Sin embargo, la legislación matrimonial y la ley consuetudinaria conceden al marido el derecho a prohibirle abandonar la casa, ir a trabajar o viajar. La postura de estos gobiernos árabes está en flagrante contradicción con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que considera el derecho al trabajo como uno de los derechos esenciales e inviolables de los hombres y las mujeres en cualquier sociedad. Está también en contradicción con las leyes y los preceptos que regulan las actividades humanas, ya sean los promulgados por la autoridad de los hombres en la Tierra o por la autoridad de Dios en los Cielos. Según estas leyes y preceptos, el trabajo no es sólo un derecho del que deben disfrutar todos los seres humanos, sino una necesidad de la sociedad, una de las virtudes y

cualidades humanas que hay que fomentar y recompensar. La postura de los gobiernos árabes de nuevo es contradictoria. Sus representantes en los diversos organismos y conferencias internacionales declaran que las mujeres han conseguido la liberación y tienen los mismos derechos que los hombres, pero ¿cómo se explica entonces que, bajo los auspicios de la Liga Árabe, se haya creado una comisión para estudiar la situación de la mujer árabe en el campo laboral? En una de sus declaraciones, este comité ha expuesto que: “La mujer tiene derecho a trabajar a menos que el marido haya incluido en el contrato matrimonial una cláusula en sentido contrario. Pero incluso en ese caso, si la nueva situación requiere que ella trabaje, la esposa puede acudir a los tribunales para obtener el permiso”.

A pesar de las limitaciones que impone esta cláusula, el marido sigue teniendo el derecho absoluto de evitar que su mujer trabaje porque las leyes sobre el matrimonio y la ley consuetudinaria no se han reformado en consecuencia. Esto ocurre en la mayoría de los países árabes, incluso en los que han adoptado políticas de tendencia socialista. La Federación de Mujeres Sirias, por ejemplo, sigue exigiendo el derecho de la mujer al trabajo y sigue reclamando que a ninguna mujer divorciada se le quite la custodia de sus hijos si busca empleo.^[10]

La ley consuetudinaria egipcia otorga al marido el derecho de prohibir a su mujer que trabaje. En el nuevo proyecto de ley, que todavía no ha sido promulgado,^[11] se han introducido pequeños cambios en las cláusulas en vigor que no afectan a la autoridad esencial del hombre sobre su mujer. La que se refiere al trabajo de las mujeres estipula que el marido tiene derecho a impedir que su mujer trabaje, a menos que ella haya incluido en el contrato matrimonial su derecho a trabajar. En este caso, el marido no puede evitar que lo haga, a no ser que la familia viva una nueva situación que se vea muy perjudicada si ella hace valer tal derecho.

Todo esto demuestra que los países árabes mantienen una actitud muy ambigua en lo que se refiere al derecho que tiene la mujer casada a trabajar, a pesar de que en todas las asambleas, órganos legislativos, comités y organizaciones internacionales, incluyendo la Liga Árabe, se hace mención a ello como un derecho humano fundamental. Todos sabemos que los maridos se aprovechan de sus prerrogativas legales y, con la excusa de defender los intereses de la familia y de los hijos, manipulan la ley para despojar a las mujeres de sus derechos. La mayoría de los maridos, al actuar de este modo, sólo piensa en sus propios intereses, y lo hace a costa de la sociedad, de su mujer e incluso de sus hijos. Así, según más les convenga, prohibirá a su mujer que trabaje o la animará, llegando incluso a presionarla, para que busque un empleo si necesitan ingresos extra.

Uno de los motivos más importantes por el que muchos maridos se oponen a que su mujer trabaje fuera de casa es el temor de que, al tener sus propios ingresos, adquiera más personalidad, independencia y dignidad, y se niegue a aceptar más humillaciones. En el fondo, es el temor a que la mujer ofrezca resistencia y se oponga a que la peguen, insulten o maltraten, es miedo a que no consienta que su marido se vaya por ahí con otras mujeres, que se case con otra mujer o que mantenga una querida, y a que se niegue a arrastrar una vida vacía e indolente entre las cuatro paredes de la casa, una vida que la va minando poco a poco como ser humano.

Con frecuencia leemos en los periódicos árabes artículos que demuestran la falta de escrúpulos de que hacen gala muchos maridos, que destrozan la vida de sus mujeres simplemente para satisfacer su deseo de dominio. Como ejemplo de la insensibilidad con la que los hombres normalmente tratan

a sus mujeres, veamos uno de los “sucesos” publicados en el periódico Al-Ajbar bajo el título “Un marido lleva a su mujer a los tribunales para que deje de trabajar”. La sentencia del tribunal fue la siguiente: “La mujer que trabaja sin el permiso de su marido debe ser rechazada por la sociedad”.^[12]

Si examinamos con detenimiento la cláusula que permite a la mujer incluir en el contrato de matrimonio su derecho al trabajo fuera de casa, llegaremos a la conclusión de que, a fin de cuentas, sólo la ponen en práctica unas pocas mujeres excepcionales que han luchado lo suficiente como para enfrentarse a la sociedad y la familia y llegar a ser independientes económica, moral y psicológicamente. Es muy difícil que una chica joven que está a punto de contraer matrimonio, aunque haya hecho el bachillerato, haya asistido a la universidad o trabajado durante muchos años, la incluya en el contrato. Las tradiciones y presiones de la sociedad y la familia pesan demasiado. La situación es muy parecida a lo que ocurre con una de las cláusulas de la ley sobre el matrimonio que concede a las mujeres el derecho a divorciarse, si se incluye en el momento del contrato de matrimonio. Con esta estipulación en modo alguno se limita la libertad casi absoluta del hombre para divorciarse de su mujer, simplemente se equipara la situación de ambos en lo que al divorcio se refiere. Pero ¿qué chica o mujer va a atreverse a incorporar esa cláusula viviendo en una sociedad tan tradicional? Además, ¿qué hombre renunciaría a su posición privilegiada y soportaría el desprecio de su familia y de sus amigos por aceptar el derecho de su joven esposa a divorciarse o cualquier otra condición que ella quisiera imponer antes del matrimonio? Eso supondría cuestionar el orden establecido, puesto que el hombre que toma la iniciativa de casarse con una mujer está siempre en posición de superioridad. Él es el deseado, el reclamado con ansiedad, el perseguido, incluso, y por lo tanto, es prerrogativa suya, y no de la mujer, imponer las condiciones. En general a la mujer no se la tiene en cuenta a la hora de elegir al hombre con quien va a casarse, son su padre o su familia quienes lo deciden.

Para la mayoría de los árabes, estar casado con una mujer que trabaje fuera del hogar supone cuestionar su posición y prestigio dentro de la sociedad, y es una afrenta a su condición de hombre. Todavía se considera que la masculinidad y la virilidad de un hombre residen principalmente en su capacidad de dominar y someter a su esposa, en satisfacer sus necesidades económicas y en no permitir que se mezcle con otros hombres en las oficinas, las calles, o los transportes públicos. Así debe ser si se trata de un auténtico hombre, de un Hombre con mayúscula. Los intelectuales árabes, en general, han superado este tipo de complejos, pero el resto de la población masculina todavía permanece fiel a estas convicciones. Cualquier hombre árabe podrá verse en la necesidad de permitir a su mujer trabajar fuera del hogar por razones económicas, pero en lo más profundo de su ser, siempre sentirá vergüenza por haber sido incapaz de mantener a su familia. Y se puede dar la situación de que la mujer que trabaja fuera de su casa comparta estos sentimientos y sienta cierto desprecio hacia él por haberla obligado a trabajar, o, cuando menos, haber permitido que lo hiciera. Por otro lado, la mujer que no trabaja podrá, tal vez, sentirse orgullosa porque su hombre es capaz de satisfacer sus necesidades. Estas ideas tan desvirtuadas son consecuencia del hecho de que el trabajo de la mujer fuera de casa no supone su auténtica liberación, en tanto en cuanto continúa desarrollándose en el marco de una sociedad de clases y bajo un sistema patriarcal.



20. Matrimonio y divorcio

Las leyes sobre el matrimonio y el divorcio en los países árabes se basan fundamentalmente en el derecho islámico. Éste, a su vez, se deriva, en primer lugar, de El Corán, después, de los dichos o *ahadith* del profeta Mahoma y, en tercer lugar, de los comentarios e interpretaciones de los pensadores islámicos, que intentaron explicar y desarrollar las ideas contenidas en estas dos fuentes.

Las azoras de El Corán y los dichos del Profeta no proceden del mismo periodo, sino que se fueron recogiendo a lo largo de muchos años. Cada azora o dicho surgía como respuesta a una circunstancia determinada, y, en consecuencia, adquiría su auténtico sentido, dentro de un contexto temporal y espacial concreto. Por ello, más que una línea uniforme de pensamiento, constituyen una serie de directrices u orientaciones. Todo esto se puede aplicar también a lo que dice en relación a la vida de las mujeres y sus problemas.

La ley islámica castiga al ladrón con la amputación de la mano. Sin embargo, las leyes de Egipto y de los países árabes han sustituido esta pena por castigos menos severos. Tras estudiar la historia de los países árabes podemos llegar a la conclusión de que nunca el poder político del Estado se ha visto disminuido por haber promulgado leyes que contradijeran los preceptos de la ley islámica. Ninguna autoridad o institución religiosa ha sido capaz de oponerse a este tipo de leyes, sino que, por el contrario, han colaborado normalmente con el poder político y han adaptado las enseñanzas religiosas a las exigencias de la política, interpretando de nuevo los textos religiosos antiguos para que se ajustaran a los deseos y necesidades de los gobernantes. Las instituciones islámicas asumían las interpretaciones de las autoridades religiosas para adaptarlas a la sociedad moderna, del mismo

modo que, cuando en Europa soplaron vientos de cambio y modernización, la Iglesia católica también lo hizo.

Los líderes políticos y el Estado actuaron con rapidez para ir adaptando la legislación a las estructuras sociales y económicas en permanente transformación; unas estructuras que evolucionaban del feudalismo al capitalismo y de éste al socialismo. Estos mismos líderes políticos, y este mismo aparato del Estado, que tan decisiva y rápidamente habían actuado a la hora de adaptar la ley religiosa a las necesidades económicas, cuando se trató de hacer lo propio con las leyes relacionadas con la situación de la mujer, actuaron con tanta lentitud, letargo y pasividad como dinamismo e iniciativa habían mostrado antes. Las transformaciones en la legislación religiosa sobre el matrimonio y la vida de las mujeres no se llevaron a efecto. La razón por la que se mantuvieron estas dos actitudes diametralmente opuestas es bastante obvia. Siempre, a lo largo de la historia, el poder político y el Estado han respondido a los intereses de las clases dominantes. Los poderes que dominaban entonces no eran sólo los generados por una sociedad de clases, sino también los de un sistema patriarcal en el que el hombre es el rey. Además, muchos de los cambios sociales y económicos que se llevaron a cabo no llegaron a calar en la sociedad ni a cuestionar las raíces del sistema de explotación por la simple razón de que no hubo al mismo tiempo un movimiento de masas amplio y auténticamente democrático.

No resulta extraño, en relación con lo expuesto anteriormente, que la mayoría de las mujeres de América y Europa pierdan sus apellidos después de casarse y lleven los de sus maridos. Muchas, incluso, no tienen derecho a controlar sus propios recursos económicos ni a disponer de ellos libremente. En estos dos aspectos las mujeres árabes gozan de una situación mejor que sus hermanas americanas y europeas, pues conservan su apellido tras el matrimonio y disponen de su dinero con completa libertad y sin necesidad de ningún tipo de autorización por parte de su marido. Éstos son vestigios que aún quedan del sistema matriarcal que rigió la sociedad árabe antes del islam y reflejan la tolerancia de Mahoma, el Profeta de Alá, si lo comparamos con otros profetas y líderes religiosos. Sin embargo, a pesar de que la mujer árabe después de casarse mantiene su apellido (el apellido del padre, por supuesto) y tiene el derecho legal de gestionar sus propiedades, ingresos y recursos, las leyes, de hecho, la limitan bastante, y las costumbres sociales convierten al marido en el árbitro y controlador de su destino y, por tanto, de su dinero. Como consecuencia, estos vestigios se convierten a menudo en presupuestos teóricos que no se aplican en la realidad.

El Estado y los líderes políticos de algunos países islámicos, como Yemen del Sur, Somalia y Túnez, a la hora de desarrollar las leyes sobre matrimonio, divorcio y aborto han ido más allá de la estricta aplicación de la ley islámica y han promulgado nuevas leyes que prohíben la poligamia, limitan el derecho del hombre al divorcio, legalizan el aborto y otorgan a la mujer la misma categoría que al hombre en lo referente a la herencia. El Estado de Somalia ha llegado incluso a permitir que los funcionarios del gobierno no tengan que ayunar durante el mes de Ramadán para que no descienda su capacidad de rendimiento.

Los líderes y pensadores religiosos han sabido siempre cambiar de opinión, dependiendo de si les interesaba mantener el *statu quo*, aliándose con las fuerzas reaccionarias, o, por el contrario, defender los intereses de los pobres y oprimidos. Muchos de ellos han variado sus posturas para estar siempre de acuerdo con la ideología de los que están en el poder.

El *sheij* Muhammed 'Abdu, uno de los principales líderes religiosos musulmanes de finales del siglo XIX y principios del XX, se opuso a la poligamia alegando que, si bien era cierto que esta práctica había respondido a una necesidad de los primeros tiempos del islam, en los tiempos modernos resultaba perjudicial para la nación islámica. El *sheij* Ahmed Ibrahim, por su parte, insistió en que:

Debemos elaborar un conjunto de disposiciones legales que regulen el matrimonio y el divorcio, y debemos analizar las interpretaciones de las diferentes escuelas de pensamiento y de las distintas legislaciones con una nueva perspectiva, más acorde con el despertar de la ciencia y los cambios fundamentales que han tenido lugar en los últimos tiempos. Nuestras leyes religiosas deben basarse en dos principios fundamentales. El primero de ellos, la ley islámica con toda su pureza y simplicidad originales; y el segundo, la vida del ser humano y todos los hechos que la ciencia ha descubierto en diferentes lugares y en las distintas etapas de su desarrollo.^[1]

Muchos consideran que el islam es una de las religiones más tolerantes y menos rígidas, que en muchos aspectos sus principios siguen un camino racional, que es flexible y deja un margen para el cambio. Por tanto, es susceptible de *iytihad*, es decir, de interpretación original (no copiada ni repetida). Los líderes religiosos de las diferentes escuelas de pensamiento islámico siempre han considerado muy necesario el *iytihad*. El mismo imam Ahmed Ibn Hanbal, líder de la escuela religiosa hanbalí, considerada como la más dogmática de las cuatro escuelas ortodoxas, insistió en que era absolutamente necesario el *iytihad*, o interpretación original, y en que, si se quería conseguir una cierta “competencia”, no se podía prescindir nunca de las opiniones e interpretaciones de los pensadores y filósofos independientes capaces de realizarla. Ibn Tumayma insistió en que se debía dejar un amplio margen para la interpretación original y que había que permitir pensar libremente sin la obligación de ceñirse estrictamente a las ideas fijadas por una determinada escuela. Al referirse a la libertad de *iytihad* y la independencia de la que debían disfrutar los *muytahidin* (intérpretes), decía: “Se trata simplemente de una diferencia en el tiempo, no en la verdad. Si nuestro guía hubiera vivido en nuestro tiempo, habría dicho lo que digo yo”.

Si estudiamos la cuestión de la poligamia tal y como se trata en el islam, encontraremos que la opinión varía enormemente de unos pensadores religiosos a otros. Unos creen que el islam no permite la poligamia y basan su opinión en lo que El Corán dice en la azora de las mujeres: “Cásate con tantas mujeres como desees, dos, tres, o cuatro. Si temes no poderlas tratar de la misma forma, cástate sólo con una. De hecho, aunque lo intentes, no serás capaz de ser justo con todas tus mujeres”.^[2]

Estos pensadores religiosos defienden la opinión de que el islam prohíbe la poligamia, pues a un hombre no se le permite casarse con más de una mujer a menos que pueda tratar a todas sus mujeres de forma igualitaria y no cometer la más mínima discriminación entre ellas. El Corán mantiene que conseguir esto es imposible por mucho empeño que ponga el marido. La lógica parece sugerir que si uno se casa con varias mujeres siempre existirá cierta preferencia por la última con respecto a la anterior. Esta preferencia en sí misma es suficiente para que la igualdad y la justicia sean a todas

luces imposibles de aplicar, incluso en el caso de que el marido fuera el propio Profeta. De hecho, ni el mismo Profeta fue capaz de tratar a todas sus mujeres por igual. Para ser equitativo, se impuso a sí mismo la condición de pasar con cada una de ellas el mismo número de noches, para que, dé esta forma, todas pudieran disfrutar, en la misma medida, de su compañía, amor y placer. Pero Mahoma era humano y no fue capaz de mantener siempre esta división que, aunque justa, resultaba demasiado rígida. De entre sus mujeres prefería a Aixa, por la que sentía un amor más profundo. Aixa lo explica del siguiente modo:

Cuando Suda (una de las mujeres de Mahoma), hija de Zama'a, era ya vieja, el Profeta de Alá, que la bendición y la paz de Alá sean con él, no solía visitarla muy a menudo. Como había oído decir que yo ocupaba un lugar muy especial en su corazón, y sabía que pasaba más noches conmigo, temía que él la abandonara y que dejara de quererla. Así que le dijo: "Oh Profeta de Alá, puedes pasar la noche con Aixa el día que me corresponde a mí, y quedas así libre de tu compromiso conmigo". Y el Profeta de Alá, que la bendición y paz de Alá sean con él, aceptó su ofrecimiento.^[3]

En el libro *Al-tabaqat al-kubra*, aparece otra anécdota donde se cuenta que Hafsa, esposa del Profeta, salió un día de casa. El Profeta de Alá mandó a su esclava que se encontrara con él en la casa de Hafsa. Cuando Hafsa volvió y atravesó el umbral de la puerta, se encontró al Profeta en compañía de aquella. Le dijo: "¡Oh, Profeta de Alá, en mi casa, el día que me corresponde a mí y en mi cama!" Y el Profeta de Alá contestó: "¡Calla! Juro por Alá que nunca más volveré a tocarla. Pero no digas nada de lo que ha pasado."^[4]

Según otros pensadores religiosos, el islam no concibe el divorcio como un derecho absoluto del marido. Consideran que el hombre, en primer lugar, debe consultar a un juez y no decidir totalmente por su cuenta, como pasa en nuestros días.

La ley egipcia sobre matrimonio y divorcio puede considerarse, con bastante rigor, una de las más atrasadas de todos los países árabes y una de las más injustas y arbitrarias en lo que se refiere a las mujeres. Esta ley se promulgó en 1929, lo que significa que los destinos de las mujeres egipcias de hoy en día se siguen rigiendo por una ley de casi medio siglo de antigüedad. Un marco jurídico que permite a los hombres seguir oprimiendo y explotando de forma vergonzosa e inadmisibles a las mujeres.

La Federación de Mujeres Egipcias, junto con otros grupos de mujeres apoyados por algunos hombres concienciados sobre este problema, ha intentado, en repetidas ocasiones, cambiar la ley o al menos modificar algunos de sus artículos, pero apenas ha conseguido nada.

Se piensa generalmente que la ley y los preceptos islámicos representan el principal obstáculo a la hora de intentar cambiar las leyes por las que se rige el país. Sin embargo, estos mismos preceptos islámicos no han impedido que en otros países árabes se hayan realizado las modificaciones necesarias o, incluso, se hayan promulgado leyes completamente nuevas. Además, el islam no supuso ningún obstáculo para que a partir de 1952 se iniciaran en Egipto profundos cambios legislativos y judiciales en otros ámbitos de la vida. Como ejemplos de estas leyes que introducen una transformación podemos citar las que limitaban la propiedad de la tierra, o las nuevas cláusulas

introducidas en el código penal en relación con el adulterio y el robo. En estos dos últimos aspectos, los dirigentes actuales no siguen completamente las directrices de la ley islámica, según la cual el castigo por robo es cortar las manos al culpable, y por adulterio, la lapidación de la mujer y el hombre hasta la muerte.

Las leyes egipcias sobre matrimonio y divorcio siguen permitiendo que el hombre se divorcie cuando quiera y tenga varias mujeres. Un hombre casado y con diez hijos puede abandonarlos a ellos y a su mujer con suma facilidad si un buen día, mientras camina por la calle, conoce a una mujer que lo atrae y ella acepta casarse con él. Este tipo de hechos no son algo irreal, sino que ocurren todos los días y son el origen de una cadena ilimitada de miserias y sufrimientos para la mujer y los hijos.

Recientemente, se ha presentado un nuevo proyecto de ley que pretende modificar la que está en vigor. En los periódicos se dijo que las autoridades religiosas habían discutido el proyecto durante años y que, como último paso, había sido remitido a la instancia religiosa suprema del país, el Instituto de Estudios Islámicos. Las enmiendas que proponía el nuevo proyecto se publicaron en el periódico *al-Ahram* (29 de febrero de 1976). Cualquiera que conociera la legislación anterior podía darse cuenta inmediatamente de que, en esencia, el nuevo borrador no cambiaba nada, y que el derecho casi absoluto de los hombres a dar rienda suelta a sus caprichos y fantasías sexuales seguía intacto, ya que podían seguir divorciándose con la misma facilidad que antes. Las cláusulas en cuestión estipulan que es el hombre quien puede tomar la decisión de divorciarse con una sola condición: que esté en completa posesión de sus facultades mentales, que no esté bajo la influencia del alcohol, y que no esté bajo el efecto de un momentáneo estado de conmoción emocional. Sin embargo, ¡es el propio marido quien decide si cumple todas estas condiciones! En otras palabras, él mismo decide si sus facultades y equilibrio mental están en buenas condiciones, si está sobrio, enfadado o bajo el efecto de una conmoción repentina. De este modo, él es su propio juez o, para ser más precisos, el demandante y el juez a la vez. Una de las cláusulas del nuevo proyecto estipula que el marido puede divorciarse de su mujer diciendo tres veces seguidas: “Te repudio. Te repudio. Te repudio”. Con ello el divorcio se hace efectivo, prácticamente del mismo modo que antes, cuando el marido tenía que decir: “Te repudio tres veces”, y tras esto se consideraba divorciado de su mujer. El hombre tiene derecho a divorciarse tres veces; sin embargo, si tras uno de estos divorcios, su ex mujer se vuelve a casar con otro o decide volver a hacerlo con él, tiene, de nuevo, derecho a tres divorcios.

En el nuevo proyecto de ley la mujer adquiere algunos derechos mínimos que, sin embargo, siguen siendo ficticios, si no risibles. Uno de ellos es la libertad para rechazar vivir con la otra u otras mujeres del marido bajo el mismo techo. Otro, divorciarse si su marido se casa con otra mujer. Ahora bien, si examinamos la situación de las mujeres egipcias, la mayoría de las cuales o son campesinas pobres que trabajan sin percibir salario alguno en los campos de sus maridos y en la casa, o son habitantes también muy pobres de las ciudades, nos preguntaremos entonces dónde hallar a la mujer que se atreva a pedir el divorcio. A la mujer divorciada se la echa a la calle y, una vez allí, puede optar entre intentar mantenerse a sí misma en circunstancias muy duras o regresar a la casa de su familia donde será otra hembra no deseada, considerada como una carga permanente, con casi ninguna posibilidad de volver a casarse. La mujer que decide vivir sola se expone a la miseria moral y económica. Todo el mundo la rechazará, pues la sociedad considera que las divorciadas son

una vergüenza, aunque luego se beneficie de su trabajo en la granja y en la casa sin pagarles un salario.

Otro “derecho” que se le otorga a la mujer en este nuevo proyecto es el de hacer la peregrinación sin el consentimiento de su marido, aunque siempre con la condición de que vaya acompañada de un varón que le esté “prohibido” (su padre o hermano). No obstante, se la obliga a ir con su marido siempre que él pueda o quiera ir. Como innovación, el *beit el ta’a*, una decisión del tribunal por la que se obliga a la mujer a volver con su marido bajo escolta policial, ya no se puede aplicar.

Evidentemente todos estos cambios insignificantes no son suficientes para conseguir transformar la actitud anticuada y reaccionaria de la sociedad hacia las mujeres, que se traduce por ejemplo en el *beit el ta’a*, ni para borrar las injusticias que todavía padecen aquellas que están casadas en Egipto. Además, digan lo que digan las autoridades religiosas, los cambios propuestos en el proyecto están en manifiesta contradicción con la legislación y los preceptos islámicos que invocan principios humanos: “Que el hombre y la mujer vivan juntos, que se den afecto y ayuda mutua y, si se separan, que lo hagan de mutuo acuerdo”.

Los temas del divorcio y la poligamia en Egipto no son sólo problema de las mujeres, sino también de los hombres y de los hijos. En más de una ocasión han salido a la luz casos de niños abandonados sin comida ni hogar tras un divorcio; de mujeres divorciadas que han acabado ganándose la vida como prostitutas; o de chicas jóvenes a las que sus padres han abandonado por los brazos de una amante o la cama de una nueva esposa. A veces, para una mujer, el divorcio puede significar la salvación y el fin de un sufrimiento, aunque, todo hay que decirlo, la salvación y la huida nunca la protagoniza ella, pues le vienen dadas, como un regalo, por parte de su esposo. Sea cual sea la situación, es el marido el que decide. Una palabra suya puede significar el divorcio, aunque, en determinados momentos, se niegue obstinadamente a divorciarse con el fin de demostrar su autoridad o su condición de dueño y señor. En otros casos, la razón no es otra sino que quiere seguir teniendo una esclava que le haga las labores de la casa. Ante tales situaciones, las leyes, que son injustas y crueles, le apoyan en todo momento. A través de los tribunales puede obligar a su mujer a volver a la casa, y todo para que cuando regrese quizá se encuentre con que hay otra mujer.

No obstante, la situación más difícil es quizá la de la mujer divorciada que no tiene trabajo ni ingresos con los que vivir, y tiene que vivir de la piedad que tenga a bien mostrar con ella su marido en forma de pensión. Pero en la mayoría de los casos, como el hombre puede esquivar la ley de muchas formas, y la ley en sí misma es muy deficiente e indulgente con respecto a los hombres, la mujer no recibe nada.

Una de las historias más sorprendentes que he leído en relación con esto se publicó en el diario Al-Ajbar, que tiene un olfato muy fino para todo lo sensacionalista. Apareció en el número del 21 de septiembre de 1975 con el siguiente titular: “Una mujer se queda sin pensión alimenticia por hacer la peregrinación sin el consentimiento de su marido”.

No hace falta entrar en detalles sobre en qué consiste la mal llamada pensión alimenticia. Baste decir simplemente que es una cantidad insignificante que el hombre le debe entregar a la mujer cada cierto tiempo y que se puede interrumpir con la más mínima excusa. Si esto sucede, la mujer divorciada se queda sola y sin ingresos.

Toda mujer que tenga un trabajo remunerado se encuentra de alguna forma protegida, ya que

cuenta con una fuente de ingresos con la que cubrir sus necesidades vitales. Sin embargo, una mujer sin empleo y sin marido está con frecuencia a merced de lo que pueda sucederle en la calle, sin trabajo, sin ingresos y sola; para literalmente conseguir un pedazo de pan debe defenderse de los colmillos de una sociedad ávida y despiadada. Si no le queda más remedio que dedicarse al robo, deberá aprender a robar, y si decide ganarse la vida con su cuerpo, tendrá que aprender todo tipo de trucos para atrapar a los hombres, y, en ambos casos, se expone a acabar en la cárcel. Precisamente para estas mujeres existe una cárcel en al-Qanatir, a las afueras de El Cairo: un edificio de piedra amarillenta, achaparrado, feo y sórdido, con numerosas hileras de ventanas muy estrechas y enrejadas, en el medio de una zona de jardines floridos y de grandes extensiones de campos verdes.

Cierto día, me decidí a ir al-Qanatir. Siempre había deseado conocer una cárcel e, incluso, pasar algunos días en ella, si fuera necesario. Allí conocí a una gran variedad de mujeres: proscritas, humilladas, vagabundas, prostitutas. Todas ellas víctimas no reconocidas, anónimas y desgraciadas de la sociedad de clases y el sistema patriarcal. Mujeres que, por unas tradiciones injustas, por falta de oportunidades materiales o por muchas otras razones, no habían tenido oportunidad de recibir una educación o de trabajar. Mujeres que se habían quedado viudas o estaban divorciadas. Mujeres con las que la ley no hace justicia, puesto que castiga a la prostituta pero no al hombre que va con ella a su habitación.

Por muy infelices que pudieran ser esas mujeres, me volví a casa con la sensación de que quizá eran más afortunadas que otras. Al menos, tenían un techo bajo el que dormir, comida y, aunque no olierá muy bien, una túnica áspera con la que vestirse, una manta fina para taparse y algunas compañeras de celda con las que convivir. Muchos otros miles de mujeres, después de haber perdido su única fuente de ingresos, llevan una vida humillante: a toda mujer divorciada le llega el día en que deja de recibir la pensión. Entonces, se queda, normalmente, sin lugar donde vivir y se ve obligada a ir de casa de un familiar a otro, mendigando comida o buscando un rincón donde descansar su cuerpo exhausto. En muchos casos acabará de sirvienta en casa de una familia, expuesta a agresiones sexuales e insultos que tendrá que soportar para mantener su trabajo y un lugar donde vivir, y donde trabajará a destajo desde el amanecer hasta bien entrada la noche.

Tras el divorcio, y a pesar de la situación tan difícil en la que se encuentra, es siempre la madre quien asume la responsabilidad y el peso de criar y educar a los hijos. Una vez más por su situación de inferioridad, por los sentimientos maternales que la sociedad le impone, por su temor a que los demás la critiquen (la gente es mucho más severa con la mujer que rechaza a sus hijos que con el hombre), por el amor que siente como ser humano y como madre hacia sus hijos, porque es poco probable que se vuelva a casar de nuevo (casarse con una mujer divorciada es como comer un plato recalentado), por sus obligaciones personales y sociales, y por la irresponsabilidad del padre con respecto a sus hijos (algo que hace que la mujer separada esté todavía más comprometida con sus hijos), una mujer divorciada es más responsable con respecto a sus hijos, está más unida a ellos y más determinada a vivir para ellos, a servirlos y educarlos. Por el contrario, el hombre, que nunca pierde su libertad para el placer, el matrimonio o el amor, puede olvidarse de ellos tranquilamente o, por lo menos, no comprometerse demasiado en su educación. Pocas veces tenemos ocasión de conocer el caso de un padre divorciado que se haya hecho cargo del cuidado y educación de sus hijos. Además, la mayoría de los hombres se divorcian para casarse con otra mujer y se intentan

librar de sus hijos para, de este modo, poder entregarse completamente a los placeres que le esperan con ella. Si por alguna razón no puede hacerlo, los hijos sufrirán las consecuencias, al vivir con una madrastra, que siempre contará con el apoyo del padre en los conflictos con ellos.

A pesar de todo esto, en el nuevo proyecto de ley se estipula que la madre pierde la custodia de sus hijos cuando éstos cumplen los siete años, en el caso de los niños, y los nueve en el de las niñas. A la niña mayor de nueve años se la obliga a vivir con su padre, lo quiera o no. El niño, al cumplir los siete años, puede elegir entre vivir con su padre o con su madre. Es evidente que el bienestar y el futuro de la niña importan poco. ¿Es justo y humano obligar a una niña de nueve años a ir a vivir con su padre y su madrastra cuando ella desea quedarse con su madre? ¿Por qué esta violación de los derechos de la madre en favor del padre? ¿Cómo es posible que los legisladores olviden con tanta facilidad que muchas de las jóvenes que han acabado dedicándose a la prostitución han tenido un padre que las despreció, se volvió a casar o se gastó todo su dinero y concentró todo su cariño en una amante? La mayoría de estas jóvenes viene de familias pobres destruidas por un divorcio o son hijas de un padre que se casó con varias mujeres.

En la legislación sobre el matrimonio y el divorcio en los países árabes hay una cláusula inconcebible que estipula lo que conocemos con el nombre de *beit al-ta'a*, o la “casa de la obediencia”, en la que se incluye la noción de *al-neshuz* (lo “extraño”, lo “discordante” o “lo proscrito”) para describir a las esposas. La palabra “*nashiz*” se utiliza con frecuencia en árabe para designar a la esposa que desobedece a su marido, incluso aunque el propio marido sea un borracho, un libertino, un chulo, un ladrón o un traficante de drogas.

Si el marido pega a la esposa, con o sin razón, y ella huye a la casa de su familia, él puede, si quiere —y con la ley de su parte gracias a la cláusula de *beit el ta'a*—, mandar una escolta policial para hacerla volver. Si ella desobedece, a los ojos de la ley se convierte en una *nashiz*.

Muchos países arabo-islámicos ya han abolido esta tremenda y obsoleta costumbre del *beit el ta'a* y han modificado considerablemente las leyes sobre el matrimonio y el divorcio. Sin embargo, Egipto, que en otras facetas, y en determinados momentos de la historia, ha sido un país progresista dentro del contexto del mundo árabe, aún mantiene el sistema del *beit el ta'a*.

Hay quien opina que el *beit el ta'a* se basa en el dogma islámico, pero esto no es cierto. En numerosas ocasiones el Profeta de los musulmanes afirmó que no se podía obligar a una mujer a vivir con un hombre en contra de su voluntad, y también explicó que, en cualquier caso, la mujer debía poder elegir al hombre con el que quería casarse.

De acuerdo con el islam, si se obliga a una mujer a firmar un contrato de matrimonio o si se la engaña para que lo haga, tiene derecho a romperlo. El propio Profeta rompió el matrimonio de Jansa, la hija de Jozam al-Ansaria, porque su padre la había obligado a casarse.^[5]

Las leyes que regulan el matrimonio y el divorcio en las sociedades árabes son vestigios legales de un sistema feudal y patriarcal, en el que la mujer es una posesión del hombre, lo mismo que la tierra, y, por tanto, él puede hacer con ella lo que quiera: explotarla, pegarla, venderla en cualquier momento o comprar, contra su voluntad, una segunda, tercera o cuarta esposa. El único derecho que tiene la mujer es el de ser tratada con el mismo cuidado y afecto que se dispensa al resto de las mujeres de su marido. Que un hombre sea capaz o no de dar el mismo trato, cuidado y afecto a todas sus esposas, a la vieja igual que a la joven, a la “semiusada” lo mismo que a la nueva, es, por

supuesto, otra cuestión mucho más complicada, porque él es el único juez de su propio comportamiento.

Si analizamos las disposiciones legales que permiten a una mujer divorciarse de su marido, descubrimos lo estricta que puede llegar a ser la ley. Una mujer no se puede divorciar de su marido más que en un cierto número de situaciones.^[6] Una de ellas se da si el marido cumple una pena de cárcel de más de tres años, pero, aún así, el juez tiene que asegurarse de que la sentencia en efecto es de más de tres años, que está siendo cumplida, que ha pasado más de un año desde que lo encarcelaron y, finalmente, que la sentencia es definitiva, es decir que se han interpuesto todos los recursos posibles. Otra de las situaciones que permite a una mujer pedir el divorcio es si su marido no le procura los medios de vida necesarios, si se certifica que padece alguna enfermedad mental, si tiene lepra, si la ha maltratado de tal forma que le han quedado cicatrices (lo cual implica que si la golpea pero no le deja señales no puede pedirlo) o si el marido ha estado ausente del domicilio familiar durante mucho tiempo. En cualquier caso, en todas estas situaciones, el juez tiene que asegurarse de que existen evidencias suficientes de facto. Sin embargo, aunque las pruebas sean bastante evidentes, la ley sigue imponiendo severas restricciones a la mujer. Por ejemplo, no se le permite divorciarse de su marido si ella, antes de casarse, ya sabía que él tenía esa enfermedad o si él la contrajo después de casarse, pero ella no pidió inmediatamente el divorcio.

En los países árabes en los que se ha regulado el derecho del hombre al divorcio, la decisión no se deja sólo en manos de un juez, como ocurre cuando es la mujer quien se quiere divorciar. Las restricciones que se le imponen al hombre que se quiere divorciar no son en ningún caso tan severas como en el caso de la mujer. Tampoco debemos olvidar que el juez es siempre un hombre, que vive dentro del contexto de las relaciones de una sociedad de clases (feudal o capitalista), en la que el sistema patriarcal está plenamente vigente. ¿No es cierto que el sistema judicial y el policial forman parte del aparato de un Estado que decide, gobierna, dirige y aplica la justicia para favorecer a los intereses de la clase dominante?

Mientras la sociedad siga dividida en clases y dominada por el sistema patriarcal, no será posible que la mujer árabe disfrute de los mismos derechos que el hombre en lo referente al matrimonio y el divorcio. El matrimonio, el divorcio, la prostitución y los hijos ilegítimos son esenciales para que pueda existir y mantenerse la sociedad patriarcal y de clases. El divorcio se inventó para que el hombre se pudiera desembarazar de su esposa cuando ya no la quisiera, y para que pudiera hacerlo sin que supusiera un quebranto para su economía (una pensión alimenticia o el pago de la dote). Las leyes sobre el divorcio le aseguran también la paternidad de los hijos que puedan nacer tras el divorcio, si la mujer se quedó embarazada cuando todavía estaban casados. Y más aún, tiene derecho a controlarla durante tres meses después del divorcio (periodo denominado *idda*) para asegurarse de que un hijo de otro hombre pueda adoptar su apellido y compartir la herencia con sus otros hijos.

En todos los sistemas sociales que la humanidad ha conocido desde el nacimiento de la familia patriarcal, la sociedad de clases y la esclavitud, el derecho al divorcio ha sido siempre una prerrogativa exclusiva del hombre. La sociedad de clases ha convertido a la mujer en una mercancía que se puede comprar y vender a través de la dote, la pensión alimenticia y otras pequeñas compensaciones. La sociedad capitalista liberó a los campesinos de las cadenas del feudalismo no

por razones de humanidad, sino porque la nueva clase capitalista, las nuevas fuerzas productivas necesitaban que la mano de obra de “campesinos liberados” trabajara en las fábricas que iban apareciendo con rapidez. De este modo, la mano de obra en sí misma se convirtió en una mercancía que estaba en venta. El capitalista se aseguraba de comprarla al menor precio posible, lo mismo que hacen los maridos con sus mujeres, y, cuando ya no tenía necesidad de mano de obra, la devolvía al mercado, como hace el marido con su esposa cuando ya no la quiere mantener más.

Durante los tres meses posteriores al divorcio (*idda*) el hombre puede ordenar el regreso a su mujer incluso contra su voluntad, porque sigue siendo propiedad suya. En estos meses ella se encuentra en una etapa de inseguridad e incertidumbre, pues, aunque ya no es su esposa, todavía está atada a él, no puede casarse hasta que el *idda* termine y tiene que estar a disposición de su ex marido, que le puede pedir que vuelva a su casa en cualquier momento. Sólo cuando el *idda* termina, puede pensar en casarse otra vez.

El sistema capitalista trajo consigo numerosos y profundos cambios tras los cuales la situación de los trabajadores y de las mujeres seguía presentando muchos puntos en común. Como hemos mencionado anteriormente, liberó a los siervos y los convirtió en una fuerza laboral libre que trabajaba a cambio de un salario, para poder cubrir las crecientes demandas de mano de obra. Del mismo modo, el capitalismo liberó a la mujer de la servidumbre en la casa, pero tampoco esta vez por razones humanitarias, sino análogamente para responder a las necesidades de mano de obra femenina en las fábricas. Si el sistema capitalista en los países industrializados ha concedido a las mujeres el derecho al divorcio en los mismos términos que a los hombres, ha sido para que la mano de obra femenina pueda liberarse de cualquier tipo de obligación y esté dispuesta a responder a las necesidades del mercado cuando se la necesite. Para esto es imprescindible que la mujer tenga más libertad con respecto al hombre, y ésta es la razón por la que se promulgaron las nuevas leyes sobre el matrimonio civil y el divorcio. La moderna sociedad capitalista, en su ilimitada sed por aumentar la producción y conseguir beneficios, fue haciendo desaparecer los vestigios del sistema feudal y las prácticas religiosas que no se ajustaban a sus intereses. Se cortaron los vínculos entre el matrimonio y la religión, del mismo modo en que la religión se separó del Estado, y tampoco en este caso se realizó atendiendo a intereses humanos o por una mayor comprensión de la situación de las mujeres, sino para que los mecanismos de la explotación económica pudieran funcionar con mayor fluidez. El capitalismo, sin duda, trajo consigo un progreso tremendo hasta entonces desconocido al liberar enormes fuerzas productivas y posibilidades materiales. Sin embargo, en lo que se refiere al “alma” y la dimensión humana de los hombres y mujeres, fue un monstruo despiadado.

Todo esto quizá pueda explicar por qué los porcentajes de divorcio son mucho más altos en los países capitalistas desarrollados que en las sociedades semif feudales, por qué hay más divorcios en las ciudades que en las zonas rurales y por qué se divorcian más las mujeres trabajadoras que las amas de casa sin empleo que viven de la generosidad de sus maridos, o que las campesinas que trabajan para los hombres de su familia sin percibir remuneración alguna.

En Egipto el porcentaje de divorcios asciende al 2.9% en El Cairo y Alejandría^[7] que son las ciudades donde existe una mayor concentración de grandes y medianas industrias, empresas, y establecimientos gubernamentales. En estas dos áreas urbanas es donde se da el porcentaje más alto de mujeres trabajadoras. Este porcentaje desciende hasta el 1,2% en Kafr el Seij, al 1,3% en

Sohag, 1,4 % en Menufiah, 1,9% en Dakahlia, etcétera (localidades del norte y sur de Egipto).

La misma situación, con pequeñas variantes, se da en todos los países árabes. En Siria, por ejemplo, el porcentaje de divorcios también es más alto entre las mujeres trabajadoras (un 2,2%) que entre las amas de casa (0,6%).^[8] Del mismo modo, el porcentaje de matrimonios entre las mujeres trabajadoras es menor que entre las mujeres que no trabajan. Sólo un 46,7 % de las mujeres trabajadoras están casadas, mientras que en las mujeres que desarrollan su actividad laboral en la casa, la cifra se eleva al 78,2%.

Esta situación es muy comprensible. Una mujer que se puede mantener económicamente no necesita someterse a la humillación y opresión que a veces le espera en el matrimonio si depende de su marido para poder comer. Además las mujeres casadas temen el divorcio porque con él se materializa la amenaza del hambre.

Pero dejemos a un lado la cuestión de la manutención, y abordemos el tema de la sexualidad femenina. La única relación dentro de la cual una mujer árabe puede mantener relaciones sexuales es el matrimonio. En la sociedad árabe, las relaciones prematrimoniales están drásticamente prohibidas a las jóvenes. Lo mismo sucede con la masturbación, que también se considera pecado. Una mujer soltera, divorciada o viuda no puede mantener relaciones sexuales a no ser que se case. Si no encuentra marido, seguirá siendo virgen, soltera o viuda de por vida. Puede darse el caso de alguna mujer que, aún a riesgo de perder su reputación, mantenga relaciones libres con un hombre, pero siempre se verá marcada por el desprecio y el desdén de la sociedad, que la considerará una prostituta.

Sin embargo, durante los últimos años, en los países árabes se ha producido un aumento del número de mujeres trabajadoras, que posee un gran sentido de la independencia, tanto desde un punto de vista moral como psíquico, y que se opone a las presiones y obligaciones de la institución patriarcal del matrimonio y el divorcio. Se trata de mujeres que han elegido su propio camino en la vida y han obligado a la sociedad a respetar su libertad personal y a reconocer su trabajo.

Sin embargo, la gran mayoría de las mujeres árabes aún se ve abocada al matrimonio, ya que éste sigue siendo el único medio de satisfacer sus necesidades materiales, y la sola mención de la palabra “divorcio” continúa provocando auténtico terror, por cuanto que significa morir de hambre, vivir en la calle, y soportar los reproches de todos los que la rodean. Así pues, por muy mal que el marido se porte con ella, siempre aceptará el trato que le dispense sin rebelarse ni quejarse. Lo que suele suceder a veces en algunos pueblos egipcios es que la primera esposa se convierte en la criada de la segunda, tercera o cuarta esposa de su marido. La situación puede llegar aún más lejos en algunos casos, por ejemplo, cuando una campesina le busca otra esposa a su marido para que sea feliz, y así mitigue su grado de crueldad hacia ella o para asegurarse de que tenga un hijo varón con su nueva esposa, si es que ella ha tenido la desgracia de darle una hembra. Esto explica la consideración de que nadie puede haber más infeliz y desafortunado que una campesina egipcia que no le haya dado a su marido un hijo varón. En el mejor de los casos él le dará una bofetada, con todas sus fuerzas y, en el peor, tendrá que escuchar cómo le dice a gritos: “Te repudio tres veces”.

Hay mujeres que prefieren pasar hambre, vivir en la miseria o estar sin casa a seguir con sus maridos. Si deciden no doblegarse ante su humillante situación y se resuelven a pedir el divorcio, se encontrarán con las puertas cerradas. La razón no es otra que la ley es severa, muy severa, y el juez

también, en muchos casos, incluso más que la propia ley. No obstante, la actitud más severa será, sin duda, la de su familia, especialmente en las zonas rurales, donde ésta no la componen sólo padre, madre e hijos, no es una familia nuclear como la de las ciudades y los países desarrollados. Se trata de una familia formada por abuelo y abuela, padres y madres, tíos paternos y maternos, hermanos y hermanas, e hijos. Éste es el modelo de familia que sigue predominando en la sociedad árabe rural, y que representa la máxima autoridad en todo lo relacionado con el matrimonio y el divorcio de las mujeres. La decisión siempre se toma de acuerdo con los intereses de la familia, y no de la mujer. Quizá la obliguen a divorciarse de un hombre pobre para casarse con otro rico. O quizá, si la familia es pobre y no puede mantenerla a ella ni a sus hijos, no permitirá que se divorcie, e, incluso, si huye de la casa de su marido, puede que la hagan volver, después de haberla golpeado, insultado y sometido a todo tipo de humillaciones. Se ve sometida, pues, a toda clase de presiones y castigos por parte de un verdadero clan, cruel y severo, que sólo se muestra sensible ante los asuntos materiales y las leyes de la tradición.

Una y otra vez, se siguen cometiendo este tipo de crímenes al amparo de los valores religiosos, morales y humanos, y al calor de discursos grandilocuentes sobre la ley islámica, el deber de la mujer, la necesidad de obedecer y respetar a su marido, la integridad de la familia, el futuro de los hijos y otros muchos temas que las mujeres están tan acostumbradas a oír.

Por el contrario, según parece, el hombre árabe no tiene por qué tener en consideración la integridad de la familia ni la de los hijos, a pesar de que, lo mismo que su mujer, éstos son de su propiedad. La ley, los preceptos religiosos y las costumbres ofrecen un alto grado de tolerancia y permisividad cuando se trata de juzgar el comportamiento de los hombres para con sus mujeres e hijos. La ley y los preceptos religiosos permiten a los hombres tener cuatro mujeres al mismo tiempo. A pesar de este precepto, ellos pueden burlar esta ley, ya de por sí tan liberal, y tener más de cuatro, a través del sistema que hemos explicado anteriormente llamado *idda*, que le permite divorciarse de una mujer durante tres meses y después pedirle que vuelva. Mientras tanto, la ha podido sustituir por otra esposa. Esto significa que el hombre puede tener cuatro mujeres legalmente casadas con él y otras cuatro en situación de *idda*, es decir, que han dejado de ser sus esposas hace poco y de las que ahora está temporalmente divorciado. Este juego puede continuar indefinidamente y supone una variante del antiguo sistema preislámico de matrimonio por placer, *zaway al-muta'a*, que era posible gracias a la extrema facilidad con la que un hombre se podía divorciar. A través del *idda*, por tanto, un hombre puede tener las mujeres que quiera y puede ir cambiando de una a otra con facilidad. Esta práctica era muy común entre la gente rica de la sociedad preislámica de Somalia, especialmente tras la abolición del concubinato y de la esclavitud de las mujeres. Desde 1969, con el nuevo régimen, se ha intentado abolirla varias veces de forma legal, pero es muy difícil desprenderse de los viejos hábitos, especialmente allí donde los procesos de modernización son lentos.

La ley religiosa islámica permite a los hombres otras formas de lo que podríamos llamar matrimonios “transitorios”, es decir, situaciones que están a medio camino entre el matrimonio y el “no matrimonio”. Una de ellas, el *mahr sharti*, consiste en un matrimonio que se mantiene durante un periodo de tiempo especificado, normalmente corto. La situación en este caso se parece también a la del *al-zaway al-muta'a* o *al-zaway al-moaqat* (matrimonio temporal). Otra forma es *al-jutba al-sirriya*, que consiste en un matrimonio que el hombre lleva a cabo en secreto para que su mujer no se

enfada o se sienta ofendida. Estos compromisos tan complicados a veces llevan a situaciones extrañas, como, por ejemplo, cuando las dos esposas se encuentran por casualidad o cuando los hijos de dos mujeres diferentes descubren, también por casualidad, que tienen el mismo padre.

En Egipto, hay también una forma de matrimonio, conocida como el *zaway al-orfi*, que no se establece a través de un contrato entre los dos cónyuges. Esto permite que el hombre pueda beneficiarse de una posible pensión que el gobierno pase a la esposa. Si se casa, la mujer pierde la pensión, y un contrato matrimonial en estos casos es una evidencia irrefutable. Muchos de mis vecinos y amigos han recurrido a este tipo de matrimonios sin contrato. Sin embargo, en una situación semejante, la mujer se arriesga a ser una “segunda esposa secreta”, lo cual la llevaría a vivir siempre en una permanente inseguridad, de cara al gobierno, a la sociedad e incluso a su marido, abocada a un destino sobre el que no tiene ningún control, sola y sin protección.

Según unas estadísticas referidas a la situación en Túnez, el número de divorcios ha aumentado desde que hace diez años se promulgara la nueva ley que concede igualdad de derechos a hombres y mujeres en lo relativo a este tema.^[9] Y, como en los casos analizados anteriormente, el porcentaje de divorcios entre las mujeres trabajadoras es mayor que entre las amas de casa. Algunos intelectuales árabes ven en esta tendencia un síntoma de la disolución de la familia y advierten que esto supone una importante amenaza contra la estabilidad de las sociedades árabes que podría conducir a su desmembración, como ya ha ocurrido en las sociedades occidentales. En su opinión, las relaciones que establece la vida moderna llevan a que desaparezca el viejo modelo de dominación masculina y comience una nueva fase de igualdad entre mujeres y hombres. Esto provoca la ruptura de los sólidos lazos del matrimonio existentes antes entre hombres y mujeres, puesto que el hombre ya no se siente superior a la mujer y, como consecuencia, no se ve obligado moralmente a proporcionarle una casa y a protegerla. Tiempo atrás, era precisamente el motivo de la casa y la protección lo que hacía que muchas mujeres no osaran divorciarse.^[10]

Otros intelectuales árabes consideran que el aumento de casos de divorcio es consecuencia de la independencia económica que disfruta un número cada vez mayor de mujeres árabes y que les permite, al ser capaces de mantenerse por sí mismas, librarse del dominio absoluto de los hombres.^[11] Probablemente estén en lo cierto, porque una mujer que puede ganarse la vida, ¿por qué razón iba a tener que soportar la humillación de un matrimonio infeliz regido por las normas de una autocracia patriarcal?

Muchos hombres árabes se resisten a aceptar estos cambios sociales y se oponen al desarrollo económico, porque lleva asociado la necesidad de que cada vez trabajen más mujeres en empresas comerciales, industrias, departamentos del gobierno y otras profesiones. A pesar de ello, estas transformaciones son tan profundas que las mujeres ya no van a renunciar a su nueva posición en la sociedad.

En la actualidad, parece evidente que la familia patriarcal ha tenido que ceder a los cuerpos e instituciones del Estado moderno muchas de las funciones que ella misma solía cumplir. La sociedad árabe ya no se compone de tribus patriarcales, y el Estado ha asumido gran parte de la autoridad y los derechos que antes ejercía el padre o el marido. Previsiblemente, esta tendencia se irá extendiendo cada vez más, reduciéndose drásticamente las funciones de la familia, y con ello la autoridad que una vez ejerciera el varón, cabeza de familia.

Antes, el hombre árabe era el responsable de proteger y dar seguridad a la familia, pero en el presente, el Estado, con sus aparatos de seguridad y policiales, ha sustituido al hombre en el cumplimiento de esas funciones y asume la protección de la familia y el castigo de los que la agredan.

Uno de los temas de conflicto entre el núcleo masculino de la familia y el aparato del Estado es la venganza familiar, una práctica que todavía es común en el alto Egipto. Si un varón de la familia es asesinado, las leyes de la tradición dicen que el asesino debe ser, muerto o, si no, en su lugar, un varón de su familia. Sin embargo, estos actos de venganza no se producen si la víctima es una mujer, lo que viene a demostrar que se las considera objetos de escaso valor y no seres humanos en toda su plenitud. Podrá vengarse la muerte de un familiar matando a una mujer, pero nunca será su “sangre” la que deba ser vengada.

Para los hombres del alto Egipto el que la policía o las fuerzas de seguridad del Estado les sustituyan en la tarea de vengar a su familia es una vergüenza. Las leyes del honor exigen que sea el hombre quien se vengue por sí mismo sin recurrir al Estado, porque, de lo contrario, se le considera un ser débil.

Otra tema de conflicto entre la autoridad del hombre y la del Estado es el trabajo de las mujeres. También en este aspecto la familia patriarcal está librando una batalla perdida y una tras otra está abandonando gradualmente sus prerrogativas en lo referente a la producción, la legislación, la educación, el castigo, la planificación familiar, y otros temas diversos.^[12]

En las sociedades árabes, la religión desempeña un papel muy importante en el mantenimiento de la estructura familiar. Sin embargo, la religión ha sido incapaz de evitar que el Estado y las instituciones asuman muchas de las funciones que una vez ejercieran los hombres en la familia y, con ello, gran parte de su autoridad.

En las sociedades industriales occidentales, se ha llevado a cabo la separación entre Iglesia y Estado y, ante la ofensiva capitalista y tecnológica, la Iglesia ha perdido gran parte de su poder, con lo que muchos de los valores sagrados del cristianismo y el sistema feudal han caído en el olvido.

Sin embargo, en la mayoría de los países árabo-islámicos, esta separación no se ha llevado a cabo. Éste es el motivo por el que muchos pensadores árabes no pueden realizar un análisis objetivo y crítico de la institución de la familia y de los cambios que se han ido produciendo en ella con el tiempo. La libertad de pensamiento, cuando se trata de la religión, es un derecho todavía prohibido y peligroso en la mayor parte de los países árabes, del mismo modo que sucede si se trata de política o de sistemas de gobierno, especialmente si la cuestión se extiende a la lucha de clases. Con el tema de la sexualidad y sus problemas ocurre exactamente lo mismo.

La religión, la sexualidad y la lucha de clases forman una “trilogía sagrada”.^[13] Son temas de los que hay que tratar con mucho cuidado, o que incluso es preferible no tratar. Los intelectuales árabes temen escribir sobre ellos o estudiarlos en profundidad. Como consecuencia, la mayoría de los movimientos sociales reformistas árabes o islámicos se caracterizan por limitarse a reivindicar cambios superficiales que no afectan a la esencia de los problemas de la sociedad.

Son muchos los que explotan esta situación, particularmente, los que se encargan de saquear las riquezas de los pueblos árabes, ya sea desde los sillones de sus despachos en las multinacionales o desde los gobiernos de países occidentales y de algunos países árabes.

A pesar de todo, algunos intelectuales árabes poco a poco van haciendo acopio de coraje y critican las injusticias y la opresión a las que las mujeres y hombres árabes se ven sometidos. También las mujeres han emprendido el mismo camino y se van enfrentando a los problemas que se les plantean dentro de la sociedad. Son perfectamente conscientes de que, con la liberación, lo único que van a perder son las cadenas.

La libertad tiene un precio, un precio que toda mujer que se enfrenta a la agresión de la sociedad ha de pagar con su tranquilidad, su paz e incluso su salud. En cualquier caso, no más elevado que el que paga la que elige vivir sometida, pues ella también empeña en ello su salud, su felicidad, su personalidad y su futuro. Por tanto, ¿por qué no pagar mejor el precio de la libertad que el de la esclavitud?

Creo que si una mujer vive sometida, a pesar de los beneficios que pueda obtener en cuanto a seguridad y paz de espíritu, el precio que paga es mucho más alto que el de la libertad, incluso aunque éste último incluya las amenazas y agresiones de la sociedad. Para una mujer, poder reconquistar su personalidad, su condición humana y su dignidad es mucho más valioso que contar con la aprobación de una sociedad dominada por los hombres.



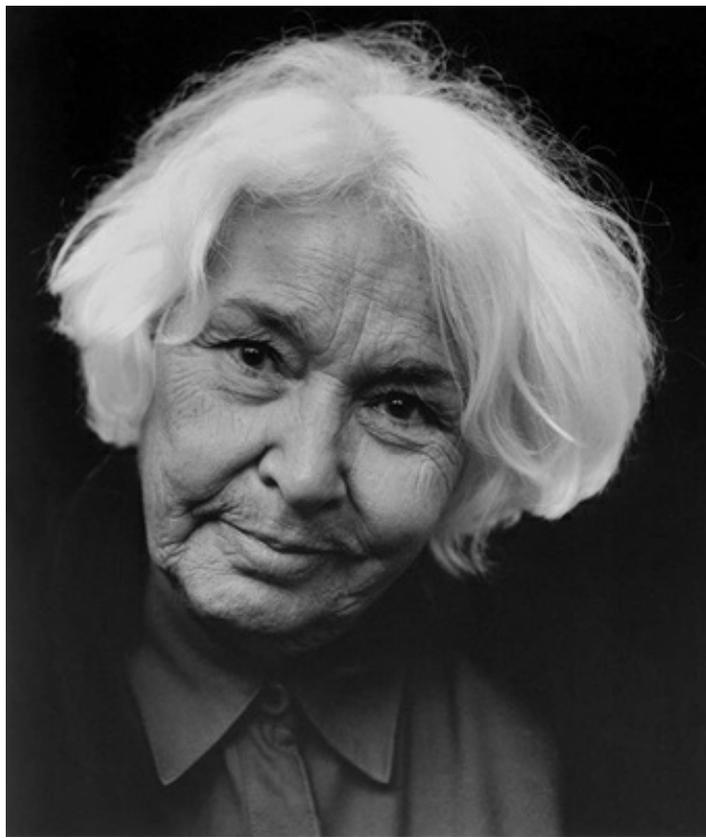
Epílogo

He querido constatar que:

1. Las culturas islámicas, árabes u orientales no son las únicas que han transformado a la mujer en una mercancía o en una esclava. La civilización occidental y el cristianismo también lo han hecho. En realidad, la represión que la Iglesia católica y los que difundían sus enseñanzas ejercían sobre la mujer ha sido, quizá, más feroz.
2. La opresión a la que se ve sometida una mujer no depende de la religión que se practique en su entorno, ni a si ha nacido en una sociedad occidental u oriental. Se deriva del sistema patriarcal y de clases por el que se han regido los seres humanos desde que se extendió la esclavitud.
3. Desde un punto de vista intelectual, las mujeres no son, como muchos piensan, inferiores a los hombres. Por el contrario, la historia nos enseña que las mujeres desarrollaron y pusieron en práctica sus capacidades intelectuales antes que los hombres y que fueron ellas las primeras en emprender la búsqueda de nuevos conocimientos. La primera “diosa” del conocimiento fue Eva, y más tarde, Isis, la diosa del Egipto faraónico.
4. Todas las grandes religiones del mundo han adoptado el principio de la sumisión de las mujeres a los hombres, y también todas atribuyen características masculinas a su Dios. El islam y el cristianismo han contribuido de forma importante al progreso y evolución de la humanidad, sin embargo, en lo que se refiere a las mujeres, añadieron más eslabones a sus cadenas, ya de por sí

muy pesadas.

5. La emancipación de las mujeres árabes sólo puede llegar como consecuencia de la lucha de las propias mujeres árabes, organizadas en una fuerza política que combata eficazmente por sus intereses. Es necesario formar movimientos políticos de mujeres bien organizados, que posean unos objetivos y métodos de lucha bien definidos, y que determinen los derechos por los que las mujeres deben luchar.
6. La historia ha sido testigo de que los cambios revolucionarios, las guerras de liberación y las transformaciones radicales que se produjeron con el establecimiento de los sistemas socialistas aceleraron el camino de la emancipación de la mujer. La guerra de liberación argelina trajo consigo una mayor libertad para las mujeres, y lo mismo está ocurriendo con la lucha nacional del pueblo palestino. Las revoluciones socialistas en Europa, Asia, África y Latinoamérica han conseguido destruir el antiguo yugo que pesaba sobre las mujeres. A partir de esta estrecha relación, se vincula la lucha por la emancipación de la mujer con la que se libra por la liberación de todos los pueblos del imperialismo, del capitalismo y de la explotación de clases.
7. Las mujeres árabes fueron las primeras en resistirse a la implantación del sistema patriarcal basado en la dominación de los hombres. Hace catorce siglos, consiguieron que en El Corán se dejara de utilizar sólo el género masculino cuando se hacía referencia tanto a hombres como a mujeres. Sus objeciones fueron célebres: “Hemos proclamado nuestra fe en el islam y hemos hecho lo que vosotros habéis hecho. ¿Cómo puede ser que a vosotros, hombres, se os mencione en El Corán, mientras que a nosotras se nos ignora?” En esa época en El Corán para referirse a hombres y mujeres se utilizaba una sola palabra: “musulmanes”, pero, en respuesta a las objeciones planteadas por las mujeres, Alá a partir de entonces decía en El Corán: “*Al muslimina wal muslimat, wal mumminina wal muminat*” (Los musulmanes y las musulmanas; los creyentes y las creyentes).
8. Las tradiciones y la cultura de los pueblos árabes e islámicos poseen aspectos positivos que hay que buscar y fomentar, si bien hay que sacar a la luz también los negativos y eliminarlos. En la época del Profeta, las mujeres tenían derechos de los que hoy carecen muchos países árabes.
9. El retrato que la literatura árabe clásica y contemporánea hace de la mujer árabe está desenfocado. Se trata de una mujer vista a través de los ojos de unos hombres que no quieren conocer su verdadera naturaleza y, por tanto, describen una imagen incompleta y distorsionada de ella.



NAWAL AL-SA'DAWI nace en 1931, en una aldea egipcia del delta, en el seno de una familia ascendida a la clase media desde el campesinado gracias al empeño de otra mujer, su abuela paterna, que hizo todo lo posible porque sus hijos accedieran a la educación. Su madre, nacida en la capital, fue educada en la escuela francesa. En 1955 obtiene el título de médico y comienza a ejercer en dispensarios rurales, y más tarde en El Cairo. En 1973 inicia unas investigaciones sobre agresiones sexuales a las mujeres, derribando así siglos de silencio en torno al tabú del sexo. Médica, psiquiatra y escritora —es autora de un considerable número de ensayos, novelas y cuentos— es sobre todo conocida por sus obras sobre la condición de la mujer árabe y por su militancia feminista. Debido al recelo que inspiraban sus obras y a la campaña que desde las páginas de la revista *al-Sahha* (Salud) dirigió en pro de la salud, que incluía la lucha contra la pobreza y la discriminación, sufrió tres meses de cárcel bajo el régimen de Sadat, que suspendió la revista y prohibió la publicación y distribución de sus libros en Egipto. Es fundadora y directora de la Asociación de Solidaridad de las Mujeres Arabes (AWSA), que goza del estatuto de organización consultiva en el Consejo económico y social de la ONU, arbitrariamente disuelta el 15 de junio de 1991 por las autoridades egipcias. Intelectual y luchadora, en Nawal al-Sa'dawi ambas categorías se armonizan sin sombra de contradicción.

Notas

[*] Ver el prefacio escrito por Sabha al-Jalili, a la obra *Mujeres y sexo*, de Nawal al-Sa'dawi, publicado en Jerusalén, por Guy Printing Press, (Mayo 1974) <<

[1] *'Aid*. Fiesta musulmana de cuatro días que se celebra al finalizar el mes de Ramadán. Es una ocasión de grandes celebraciones. Otro *'aid* es el que se celebra un mes y medio después del Ramadán, *'aid al-ahda*, la fiesta del sacrificio en la que se mata un carnero o un cordero. Simboliza el sacrificio de Abraham. <<

[¹] Este hecho tuvo lugar alrededor del año 1942 en mi pueblo Kafr Tabla, provincia de Kaliubia. <<

[2] Informe del Ministerio de Sanidad Egipto, 1971. La mortalidad infantil fue de un 127 por 1.000, en 1952, y cayó a 115, en 1977. <<

[3] Ministerio de Educación, *Manual de psicología para estudiantes de tercer curso* (nivel secundario, sección de arte y literatura). Escrito por el doctor ‘Abdel ‘Aziz Al-Qusi y el doctor Sayyed Yunaim, El Cairo, 1976. <<

[4] *Ibid.*, Capítulo 11, pp. 123-174. <<

[1] *Al-Ajbar*, 10 de mayo, 1972. <<

[2] *Ajbar al-Yaum*, diario, 23 de febrero, 1974. <<

[3] Ley tunecina n.º 92, promulgada el 27 de marzo de 1969, con una enmienda al artículo 227 del código penal, n.º 12, 25-28 de marzo de 1969, p. 369:

“El hombre que tenga relaciones sexuales con una niña cuya edad sea menor de quince años, incluso cuando no se haya valido de la violencia, será sentenciado a 15 años de prisión. La pena será reducida a cinco años de prisión si éste tiene entre 15 y 20 años. No obstante, si acepta casarse con la niña, los procedimientos legales contra él serán suspendidos, y cualquier condena que se haya pronunciado, anulada”. <<

[4] La investigación duró dos años (1973-1974). <<

[5] Constituyen el 89,3% de las mujeres trabajadoras empleadas en el sector servicios. Ver *Al-mar 'a al-misriya fi 'ishrin 'amman 1952-1972*. Markaz al-abhath wa-l-dirasat al-sukkaniya. Al-yihaz al-markazi li-l-ta'abia wa-l-ihsa'a. <<

[6] Benha es una pequeña ciudad 48 kilómetros al norte de El Cairo, y Giza es una ciudad unida a El Cairo por el sur. <<

[1] Estadísticas del instituto de Medicina Forense, Bagdad, Iraq, 1940-1970, publicadas en la *Revista médica iraquí*, 21 de febrero, 1972. <<

[2] *Revista médica iraquí*, artículo del médico forense especialista dr. Wasfy Muhammad 'Ali, 21 de febrero, 1972. <<

[3] “Mata a su hermana y luego descubre que era virgen”, *Ajbar al-Yaum*, edición semanal, 18 de mayo, 1974, p. 10. <<

[4] “La corte de apelación anula un contrato de matrimonio porque la mujer no era virgen”, *Ajbar al Yaum*, edición semanal, 6 de marzo, 1976, p. 10. <<

[5] *Ajbar al-Yaum*, edición semanal, 9 de agosto, 1975, p. 10. <<

[1] Esta investigación se realizó en los años 1973-1974 en la Escuela de Medicina, de la Universidad 'Ein Shams, con el título de *Mujeres y neurosis*. <<

[2] Koraim, Mahmud y Ammar, Rushdi, *Female Circumcision and Sexual Desire*, El Cairo, Publicaciones de la Universidad 'Ein Shams, 1965. <<

[3] Mismos autores, *Complications of Female Circumcision*, El Cairo, 1965. <<

[4] Abdel Rahman al-Barkuki *Dawlat al Nisa'a*, El Cairo, primera edición, Renaissance Bookshop, 1945. <<

[5] Morris, Desmond, *The Naked Ape*, Corgi, 1967, p. 76. <<

[6] Oldfield, Rose “Female genital mutilation, fertility control, women’s roles, and patrilineage in modern Sudan”, *American Ethnologist*, Vol. II, N.º 24, Noviembre 1975. <<

[1] *Ajbar al-Yaum*, edición semanal, agosto, 1975, p. 10. <<

[2] *Ajbar al-Yaum*, edición semanal, 5 de enero de 1974, p. 10. <<

[1] El Corán, sura *Al-Ahzab*. Aleyas 4-5.*

*N. de la T. En todas las citas de *El Corán* y *La Biblia* se han seguido escrupulosamente las referencias que se dan en la edición inglesa de la obra. <<

[2] Código marroquí de la familia, 1957, artículo 83, párrafo 3. Traducido del francés. <<

[3] El *sheij* Muhammad Mahdi Shams al-Din, *Al-Islam wa tanzim al-'usra*, Al-Ittihad al-'alami li tanzim al-walidiya, I. P. P. F. Oficina regional para Oriente Medio y Africa del Norte, 1975, vol. 2, p. 77. <<

[4] Ley marroquí de la familia, artículo 76. También Ley tunecina de la familia, artículo 35 del libro III, “Estatuto personal”, agosto 1950. Traducido del francés. <<

[5] El *sheij* Muhammad Mahdi Shams al-Din, *Al-Islam wa tanzim al-'usra*, I. P. P. F. Oficina regional para el Oriente Medio y Africa del Norte, 1974, vol. 2, p. 77. <<

[6] *Ibid.*, p. 79. <<

[7] Revista criminológica egipcia, Marzo 1965. Ver el artículo de Samir al Ganzuri sobre crímenes contra la familia y la moral sexual. <<

[8] Muhammad Niazi Hetata, Yaraim Al-Baga'a, El Cairo, Dar al-sha'ab, 1961, p. 9. <<

[9] *Ibid.*, p. 10. <<

[10] *Ibid.*, p. 13. <<

[11] *Ibid.*, p. 17. <<

[12] *Ibid.*, p. 19. <<

[13] Ver la historia publicada por Ihsan Abdel Qaddus en *Al-Ahram*, 9 de diciembre, 1976, p. 3, con el título de “Al-seid fi bahr al-asrar”. <<

[14] T. E. James, 1951, p. 21. <<

[15] Salah Hafez, *Al-tarij al-yinsi li-l-insan*, Al-kitab al-Dahabi, El Cairo, Roz al-Yussuf, 1973, p. 82. <<

[16] *Enciclopedia Británica, op. cit.*, vol. 22, “Prostitución...” <<

[17] *Al Ainram*, El Cairo, 27 de marzo, 1974, primera página, con el título “Ajbar al-sabah” (noticias de la mañana). <<

[1] La resolución fue publicada en el diario *Al-Ahram*, 18 de abril, 1975, p. 11, con el título de “Un antiguo problema se plantea de nuevo. ¿El control de natalidad es haram?” <<

[2] El Corán, sura *Al-Isra'a*, aleya 31. <<

[3] Al-Gazali, *Ihya' a 'uloum al-Din*, El Cairo, 1939, p. 22. <<

[4] El Corán, sura *Al-Ankabut*, aleya 60. <<

[5] El Corán, sura *Al-Ankabut*, aleya 62. <<

[6] El Corán, sura *Al-Isra'a*, aleya 30. <<

[7] Hayay Al-Bujari, vol. 7, p. 196. <<

[8] Ahmed El Sharabassi, *Al-islam wa Tanzim Al-S e'usra*, I. P. P. F., 1974, vol. 2, p. 11. (Federación Internacional de Planificación familiar). <<

[9] *Sahih Al-Bujari*, vol. 7, p. 42; *Sahlh Mossalam*, 10/12; *Al-Tarmazi*, 15/74; *Tartib Musnad Ahmed Ibn Hanbal*, 16/219. <<

[10] *Sahih Mossalam*, 10/14 con notas explicativas de al-Nawawi. <<

[11] Al-Gazali, *Al-Ihya'a*, vol. 2, Egipto, Al-maktaba al-tiyariya, pp. 51, 52. <<

[12] *Hashiat al-dessuki wa sharh al-darder 'ala matn Jalil* vol. 2, p. 266. <<

[13] *Kitab al-bahr al-zajar*, Matbaat Ansar al-sunna al-mohamediya, 1948, vol. 3, pp. 81-82. <<

[14] *Kitab al-rudah, al-bahiya, sharh al-lama's al-dimishkeya*, Egipto, Matbaat dar el kitab el arabi, vol. 2, p. 68. <<

[15] *Kitab da'aim al-islam*, Egipto, Dar al-maaref, vol. 2, p. 210. <<

[16] *Nazrat al islam illa tanzim al-n*, p. 80. <<

[17] Al-Ramli, *Nihayat el mohtay*, vol. 2, p. 416. <<

[18] El Corán, sura *Al-bakara*, aleya 185, La *fatwa* del azhar, del 10 de febrero de 1953. <<

[19] Abu Bakr al-Razi, *Al-Hawi*, capítulo 24. <<

[20] Ali Ibn Abbas al-Meyusi, *Kamil al-sana'a al-tibbi* (Técnicas completas de medicina), capítulo 28. <<

[21] Ibn Sina, *Al-kanun fi-l-tibb*, vol. 2, p. 375. <<

[22] Dr. 'Ali Shaaban , “Mani al-haml fi-l-islam”, artículo reproducido en los documentos de *Al-islam wa tanzim al- 'usra*, (I. P. P. F., 1974), vol. 2, p. 211. <<

[23] *Al-Mahali*, Ibn Hazm, vol. 2, pp. 35-40. <<

[24] *Dalil al-modaribin fi tanzim al-usra*, Consejo Superior para la Planificación Familiar, El Cairo, vol. 1, (primera edición, diciembre de 1971), p. 80. <<

[25] Mohammad al-Maki al-Nassiri, *Al-islam wa tanzim al-'usra*, (I. P. P. F., 1974), vol. 2, p. 65. <<

[26] *Ibid.*, p. 66. <<

[27] Dr. Ismail Ragab en un artículo titulado: Mal-yanin al-moshawah wa-l-haml al-jata'a, *Mayalat al-saha*, n.º 33, 23 de enero de 1973, pp. 44-47. <<

[1] Thomas, Elisabeth, *The Harmless People*, Sackur and Warburg, 1959. <<

[2] *Al-Ahram*, El Cairo, 24 de julio, 1975. Extracto de un discurso de su Santidad el *sheij* Al-Bakuri en el Congreso Nacional de la Unión Socialista Árabe en Egipto, celebrado el 23 de julio de 1975.

<<

[3] *Al-Ahram*, El Cairo, 17-18 de mayo, 1976. <<

[4] *Al-Ajbar*, El Cairo, 25 de agosto, 1975. <<

[5] *Al-Ahram*, El Cairo, 14 de mayo, 1976 y 17 de mayo, 1976, con el título “Mufakirat”, Yusuf Idris y Naguib Mahfuz. <<

[6] Muhammad Ibn Sa'ad, *Al-tabaqat al-kubra*, vol. 3, p. 145; y El Corán, sura *al-Ahzab*, aleya 35.

<<

[7] Abdel Aziz al-Qusi y Sayyed Yoneim, *Manual de psicología para estudiantes del tercer curso de instituto* (Artes y literatura), El Cairo, Ministerio de Educación, 1976-77, capítulo 2, p. 132. <<

[¹] Para una descripción del sistema matriarcal, ver las obras de Bachofen, Frederic Engels, Morgan, E. Sidney Harfland, W. H. R. Rivers y Robert Briffault. <<

[2] Nazir, William, *Al-mar'a al-'arabia fi misr al-qadima* (Las mujeres en el antiguo Egipto), Dar el Kalam Publications, 1965, p. 34. <<

[3] Ali, Yawad, *Tarij al-'arab qabl al-islam* (La historia de los árabes antes del islam), vol. 5. Religious Publications of the Iraqi Scientific Council, 1955, p. 258 y ss. <<

[4] Frazer, Shapiro, Spencer y Gillen, Thomas, Diamond, Letourneau, *Property - its Origin and Deuelopment*, Londres, 1892, sobre la vida de los “Bushmen” de Sudáfrica y los aborígenes de Australia. <<

[5] Letourneau, Crossland, Robert Loy, *Introduction to Antropological Civilizations*, New York, 1947. <<

[6] Ver Morgan, Louis; Frazer, Gross y otros. <<

[7] Ver Sarwat al-Assiyuti, *The Family System in relation to Economy and Religion*. Arab Renaissance Publications, 1966, p. 110 <<

[8] Letourneau, *op. cit.*, pp. 49, 366-7. También Sarwat al-Assiyuti, *op. cit.*, p. 112. <<

[9] Frederich Engels, *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Fundamentos, Madrid, 1977. <<

[10] Crossi y Ali Badawi, *Abhath fi tarij al-shari'a* (Estudios sobre las leyes religiosas). *Legal and Economic Review*, 1931, pp. 731, 746. También, Sarwat al-Assiyuti, *op. cit.*, p. 115. <<

[11] *Enarationes in imose wa*, pp. 43, 344, 25-35. <<

[12] James, T. E., *Prostitution and the Law* (W. Heinemann), Ellis, Prost y Shurtz. <<

[13] Sherfey, Mary Jane, *The Nature and Euolution of Female Sexuality*, Vintage Books, 1973, pp. 137-140. <<

[1] Yoyot, Jean, *Pharaonic Egypt*, Traducción árabe de Sa'ad Zahran en las series A thousand books, El Cairo, Ministerio de Educación , 1966 p. 1, 209. <<

[2] *Zona* es el templo de los ídolos decorado apropiadamente. *Al-Ifsah fi fiqh al-luga*, p. 697. <<

[3] Plutarco, *Isis and Osiris*, traducción del griego por Hassan Sobhy al-Bakri, en las series A thousand books , 235, El Cairo, Dar el Qalam, p. 93. <<

[4] Plutarco, *Isis and Osiris*, *op. cit.*, p. 108. <<

[1] Nazir, William, *Women in Ancient Egyptian History*, Dar al-Qalam, 1965; Adil Ahmed Sarkiss, *Dar al-kitab al-arabi*, 1967; Yoyot, Jean, *Pharaonic Egypt*. <<

[2] Nazir, Wiliiam, *op. cit.*, p. 28. <<

[3] *Ibid.*, p. 16. <<

[4] *Ibid.*, p. 68. <<

[5] Adil Ahmed Sarkiss, *op. cit.*; Yoyot, Jean, *op. cit.* <<

[6] *Ibid.*, p. 66. <<

[7] De Collange, Fouchelle, *The Ancient City*, Paris, Hachette Publications, 1948, p. 98. <<

[8] Sarwat al-Assiyuti, *The Family System as related to the Economy and Religion*, p. 119. <<

[9] Girard, V., *Le droit román*, p. 180 y ss. Glatz, V. *La Solidarité de la famille en Grèce*, p. 31 y ss.

<<

[1] Levi, *The Family*, p. 79; y Duffaut, *Systems and Organizations in the Old Testament*. <<

[2] Ver I Crónicas (Antiguo Testamento), capítulo 7, versículo 7. <<

[3] Ver Génesis, capítulo 38, versículo 24. <<

[4] Ver Génesis, capítulo 48, versículos 14 y ss. <<

[5] Génesis, capítulo 21, versículos 7 y ss. <<

[6] 6. Génesis, capítulo 42, versículo 37. <<

[7] Génesis, capítulo 22, versículo 10. <<

[8] Éxodo, capítulo 20, versículo 17. <<

[9] Éxodo , capítulo 21, versículo 3. <<

[10] Éxodo, capítulo 18, versículo 12. <<

[11] Génesis , capítulo 35, versículo 17. <<

[12] Génesis, capítulo 29, versículos 15 y ss. <<

[13] Génesis, capítulo 21, versículo 14. <<

[14] Samuel I, capítulo 18, versículo 27, capítulo 25, versículos 39 y 43. Samuel I, capítulo 3 versículos 3 y 4 y capítulo 5, versículo 13. <<

[15] II Crónicas, capítulo 11, versículo 21. <<

[16] II Crónicas, capítulo 13, versículo 21. <<

[17] I Reyes, capítulo 11, versículo 3. <<

[18] I Reyes, capítulo 7, versículos 13-25. <<

[19] Deuteronomio, capítulo 22, versículos 13-19. <<

[20] Deuteronomio, capítulo 22, versículos 28-29. <<

[21] Deuteronomio, capítulo 24, versículos 1-4. <<

[22] Ver Números, capítulo 5, versículos 11-18. <<

[23] Génesis, capítulo 38, versículo 24 y Deuteronomio, capítulo 22, versículo 21. 24. Deuteronomio, capítulo 38, versículo 24, y Deuteronomio, capítulo 22, versículo 21. <<

[24] Deuteronomio, capítulo 38, versículo 24, y Deuteronomio, capítulo 22, versículo 21. <<

[25] San Mateo (Nuevo Testamento), capítulo 5, versículos 27-29. <<

[26] San Mateo, capítulo 19, versículos 3-6. <<

[27] Estos métodos de tortura tan inhumanos hacían que la mujer admitiera su culpabilidad y confesara ante el sacerdote que su cuerpo estaba habitado por espíritus malignos y demonios. Ver Michelet, Jules; Holi, Ghristina; Zsass, Thomas y otros. <<

[28] Michelet, Jules, *Satanism and Witchcraft*, p. 19 <<

[29] Citado en Holi, Christina, *Witchcraft in England*, p. 130. <<

[30] Al-Mehbar, 240. <<

[31] Nasser al-Din al-Assad, *Al-Kiyan wa-l-Agani fi 'asr al-yahiliya*, 1960, pp. 43-4. <<

[32] *Tafsir al-tabri* (Maimanieh), capítulo 18, pp. 92-3. <<

[33] Abu Faray al-Isfahani, *Al-Agani*, vol. 16, p. 21. <<

[34] Nasser al-Din al-Assad, *op. cit.*, p. 91. <<

[35] Al-Balathiri, *Fetuh al-buldan*, 1966, 1:102. <<

[36] *Tarij al-Tabari*, vol. 4, pp. 2014-5. <<

[37] Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Yamil Bussaina*, p. 18. <<

[¹] Mohammad Ibn Saad, *Al-Tabaqat al-kubra*, vol. 8, El Cairo, Dar al-Tahrir, 1970, p. 302. <<

[2] Abdel Rahman El Sharkawi, *Muhammad the Profet of Freedom*, El Cairo, Kitab al-Hilal, 1967, p. 171. <<

[3] Muhammad Ibn Sa'ad, *op. cit.*, p. 171. <<

[4] *Ibid.*, p. 172. <<

[5] *Ibid.*, vol. 8, p. 9. <<

[6] Abdallah Afifi, *Al-mar'a al-arabia fi yahiliyatiha wa islamiha*. (La mujer árabe en las épocas preislámica e islámica), Egipto, Dar Ihya al-Kutub al-Arabia, 1921, p. 1950. <<

[7] Ali, Yawad, *History of the Arabs before Islam*, vol. 5, sección de libros religiosos, Mayma al-Ilmy al-Iraqi, 1955, p. 67. <<

[8] Para el significado de la palabra *Ousa*, ver *Lisan al-arab*, vol 2, p. 416. <<

[9] Abu-l-Farray al-Isfahani, *Al-Agani*, vol. 16, p. 2. <<

[10] *Ibid.*, vol. 16, p. 102. <<

[11] Adel Ahmed Sarkiss, *Al-zaway wa tatawwur al-muytama'a*, (El matrimonio y la evolución de la sociedad), El Cairo, Maktab al-kutub, 1967, p. 108. <<

[12] Prácticas similares se dan en algunas partes de la India en el recinto de los templos hindúes. Las mujeres se dirigen al sacerdote y le piden que les cure la infertilidad. El escritor Amrita Pritam, en una de sus novelas más conocidas titulada *Ese Hombre* describe cómo estos hechos suceden en secreto de tal forma que sólo la mujeres y el sacerdote conocen quién es el padre real del hijo que nazca. <<

[13] F. Ward, Lester, *Pure Sociology*, Macmillan, 1914, p. 353. <<

[14] Muhammad Ibn Sa'ad, *op. cit.*, p. 107. <<

[15] Al-Gazai, *Ihya' a 'ulum al-din*, El Cairo, Dar el Shaab, 1970, capítulo. 3, p. 734. <<

[16] Mohammad Ibn Sa'ad, *op. cit.*, p. 137. <<

[17] *Ibid.* <<

[18] *Ibid.* <<

[19] Llama a Aixa “sonrosada” por el color de su rostro. Ver Ahmad Jarat, *The Status of Women in Islam*, Egipto, Dar el Ma’arif, 1975, p. 64. <<

[20] El *sheij* Abdallah al-Afifi, *Al mar 'a al-arabiya fi yahiliyatiha wa islamiha*, vol. 2 p. 139. <<

[21] Mohammed Ibn Sa'ad, *op. cit.*, pp. 140-1. <<

[¹] Newby, P. H. *A selection from the Arabian Nights*, traducido por Sir Richard Burton. Introducción de p. VII a XVII, Pocket books, N. T., 1954. <<

[2] Alexander, Franz G. y Selesnick, Sheldon T., *The History of Psychiatry*, p. 68. <<

[3] Fitna, en árabe, significa la todopoderosa capacidad de seducción de la mujer. Combina las cualidades de la atracción y la picardía. <<

[4] Abu Abdallah Mohammed Ismail al-Bujari, *Kitab al-yami' al-sahib*, 1868, p. 419. <<

[5] Abu Hamid al-Gazali, *Ihya 'ulum al-din*, El cairo, Dar el Sha'ab, 1970, p. 689. <<

[6] *Ibid.*, p. 693. <<

[7] *Ibid.*, p. 695. <<

[8] *Ibid.*, p. 696. <<

[9] *Ibid.*, p. 700. <<

[10] *Ibid.*, p. 683. <<

[11] *Ibid.*, p. 697. <<

[12] Mohammed Ibn Saad, *Al-tabaqat al-kubra*, vol. 8, El Cairo, Dar al-tahrir, 1970, p. 139. <<

[13] *Ibid.* <<

[14] Abu Hamid al-Gazali, *Ihya 'ulum al-din*, El Cairo, Dar Sha'ab, 1970, p. 697. <<

[15] *Ibid.*, p. 746. <<

[16] El Corán, sura *al-nissa'a*, aleya 129. <<

[17] *Ibid.* <<

[18] *Al-Zamajshari*, vol. 1, p. 143 y *Al-Qurtubi*, vol. 5, pp. 407-8. <<

[19] El Corán, sura *al-nissa'a*, aleyas 3 y 129. <<

[20] Al-Qurtubi , vol., 5, pp. 20-2; *Al-Galadine*, vol. I, p. 27; *Al-Hassas, Ahkam al-Qur'an*. <<

[21] La unidad monetaria egipcia. Cien piastras hacen una libra egipcia. <<

[22] Abu Hamid al-Gazali, *Ihy' a lulum al-din*, p. 699. <<

[23] *Ibid.*, p. 706. <<

[24] *Sheij Muhammad Mahdi Shams al-Din, Al-islam wa tanzim al-walidiya, Al Ittihad al-'alami li tanzim al-waladiya. Al-maktab al-aklimi li-l-sharq al-awsat wa shamal ifrikia 1974, vol. 2, p. 84. <<*

[25] El Corán, sura *saba'a*, aleya 37. <<

[26] *Al-imam Abu Hamid al-Gazali*, El Cairo, Dar al-sha'ab, 1970, capítulo 3, p. 202. <<

[27] El Corán, sura *al-nur*, aleya 33. <<

[28] Abu Hamid al-Gazali, *Ihy' a 'ulum al-dinn*, El Cairo, Dar el sha'ab, 1970, p. 706. <<

[29] Tawfiq Canaan, *Qawanin gayr maktuba tatahakam fi makanat al-mar'a al-filistiniya*, Jerusalén, Mayalat al-turath wa-l-muytama'a. Al-Takadum, Al-Quds, no. 2, 1974, p. 39. <<

[30] Mi abuela materna vivió en El Cairo (1898-1948). Se pasó toda la vida haciendo las faenas domésticas y cuidando de su marido e hijos. Pertenecía a una familia de clase media o más bien media alta. Por el contrario, mi abuela paterna, que vivió más o menos durante la misma época en nuestro pueblo, Kafr Tahla, nunca llevó velo y salía a trabajar al campo o a comprar y vender en el mercado todos los días, igual que hacían otras mujeres campesinas pobres. <<

[31] Tawfiq Canaan, *Qawanin gayr maktuba tatahakam fi makanat almar'a*, p. 40. <<

[32] Antes escuchaba con frecuencia a los habitantes de los pueblos, hombres y mujeres, repetir la palabra “destur”, en sus reuniones de *zar* (sesiones de exhortación). Cuando se mencionaba a algún mal espíritu o demonio, uno de los presentes gritaba “destur” que significa “Oh, Dios, aleja a los malos espíritus de nuestro camino”. También se utiliza cuando un hombre tiene que abrirse paso entre varias mujeres. La palabra también significa el orden establecido, la constitución o leyes constitucionales. <<

[33] Tawfiq Canaan, *Al-yanabi'i al-maskuna wa shayatin al-ma'a (fi filistin)* Jerusalén, Mayalat al-turath wa-l-muytamaa, Al-takadum. N.º 2, julio 1974, p. 38. <<

[34] Ibn al Muqafa, *Al-adab al-sagir wa-l-adab al-kabir*, Beirut, Maktabat albayan, 1960, p. 127. <<

[35] Sadek al-Azm, *Fi-l-hubb wa-I-hub al'udri*, Beirut, Mansurat Nizar al-Qabbani, 1968, p. 69. <<

[36] Ibn Hazm, *Tuq al-hamama*, p. 11. <<

[37] *Al-Qanun fi-l-tibb, al-sheij*, Abu Ali al-Hassan Ibn Ali Ibn Sina, vol. 1, p. 71. <<

[38] Von Grebenaum, Gustav, *Studies in Arabic Literature*, p. 83. El ensayo de Avicena sobre el amor ha sido traducido al inglés por el doctor Ihsan 'Abbas. A. J. con el título de *An Inquiry into the Origins of courtly love in Medieval studies*. (1945), vol. 6. <<

[39] Avicena, *Al-Qanun fi-l-tibb*, p. 146, “Tabit al-Halabi”, El Cairo, Mu’asasat al-halabi wa shurakat. <<

[40] Freud, Sigmund, *Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction Between Sexes*, Ensayos seleccionados, vol. 5, Hogarth Press, 1959. <<

[1] Freud, Sigmund, *The Taboo of Virginity* (1918), Hogarth Press, vol. 2, 1957, Standard Edition. <<

[2] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Al-mar'a fi-l-Qur'an*, El; Cairo, Dar al-Hilal, p. 35. <<

[3] *Tafsir al-tabri*, Al-Matba'a al-almania bi Misr, vol. 12, pp. 98-103. <<

[4] 'Abbas Mahmud Al-'Aqqad, *Al-mar'a fi-l-Qur'an*, El Cairo, Daral-Hilal, pp. 17-18. <<

[5] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Al Insan al-thani*, pp. 7-8. <<

[6] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Sarah, Silsilit Ikra*, no. 108, p. 129. <<

[7] 'Abbas Mahmudal-al-'Aqqad, *Diwan al-Aqqad*, p. 302. <<

[8] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Hathihi al-shagara*, pp. 42-50; *Motala'at fil kutub wal hayah*, p. 67.

<<

[9] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *A'asir Magreb*, p. 57. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Al-Mar'a fi-l-Qur'an al-karim*, pp. 22-23. <<

[12] 'Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Sa'at*, pp. 20-1. <<

[13] Tolstoi, Memorias, 3 de agosto de 1898, o citado en 'Abbas Al-Aqqad, *Hathihi al-shagara*, p. 88. <<

[14] Abbas Mahmud al-Aqqad, *Sarah*, p. 115. <<

[15] *Ibid.*, p. 84. <<

[16] Soheir al-Kalamawi, *Alf layla wa layl*, Egipto Dar el ma'aref, 1976, p. 303. <<

[17] Abbas Mahmud al-'Aqqad, *Hathihi al-shagara*, p. 15. <<

[18] Tawfiq al-Hakim, *Al-robot al-maqadas*. <<

[19] Taha Hussein, *Dofa al-karawan*, El Cairo, Dar al-ma'aref, p. 135. <<

[20] La palabra *'ard*, tiene un significado especial en árabe. Significa el honor de un hombre encarnado en las mujeres de su familia. Su deber es guardar ese honor intacto, evitando que nadie (excepto el marido) tenga ningún tipo de relación con las mujeres. Esto es especialmente importante en relación con la virginidad. <<

[21] Taha Hussein, *Do'a al-karawan*, p. 151. <<

[22] Naguib Mahfuz, *Bidaya wa nihaya*, p. 302. <<

[23] *Ibid.*, p. 298. <<

[24] Naguib Mahfuz, *Al-Sarab*, Maktabat Misr, p. 310. <<

[25] Al-Mazni, *Ibrahim al-Thani*, p. 52. <<

[26] Naguib Mahfuz, *Al-Sarab*, p. 249. <<

[27] Abdel Hamid Guda Al-Sahar, *Kafilat al-zaman*, El Cairo, Maktabat Misr, p. 325. <<

[28] Abdel Hamid Guda Al-Sahar, *Al-Nikab*, Maktaba Misr, p. 284. <<

[1] 'Abbas al-'Aqqad, Muhammad 'Abdu, *Tabet al-Tarbiah wa-l-ta'alim*, Egipto, p. 299. <<

[2] Salama Musa, *Muqadimat al-Superman*, (Introducción al Supermán), Tabat Salama Musa, El Cairo, p. 29. <<

[3] Maydi Nassef, *Athar Bahithat al-Badia*, Tabat El Mu'assassa al-misriya, p. 35. <<

[4] Ibrahim 'Abdu, *Tatawnur al-nahda al-nissa'iyya*, El Cairo, Al-Adab, 1945, p. 12. <<

[5] Taher al-Tahani, *Al-sa'at al-ajira* (Los últimos momentos), pp. 111-2. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] Según el actual cambio una piastra serían unos 1,3 centavos, 18 milimes serían casi dos centavos.

<<

[8] Abdel Rahman al-Rafi'i, *Fi Aakab al-sarwa al-masriya*, vol. 1, El Cairo, Maktabat al-nahda al-masria, 1959, vol. 1, p. 211; Doria Shafik, 1955, p. 119. <<

[9] Mohammed Anis, al-Sayed Rayab Haraz, *Al-tatawwur al-siyasi li-l-uytama al-masri al-hadith*, El Cairo, pp. 190-1. <<

[1] Ahmed Azzat Abdel Karim, *Al-ta'alim fi ahd Muhammad 'Ali*, Maktabat al-nahda al-misriya, 1938, p. 297. <<

[2] Ibrahim 'Abdu, Doria Shakif, *Tatawwur al-nahda al-nisa'iya min ahd Muhammad 'Ali illa ahd Faruq*, El Cairo, Al-adab, 1945, p. 41. <<

[3] Zaynab Farid, *Tatawwur ta'alim al-bint fi Misr fi-l-asr al-hadith*, Risalat mayisteir gayr manshura, kuliyat al-tarbia, noviembre, 1961. <<

[4] *Al-mar'a al-misriya fi 'ishrin 'aman* (1952-1972), Markaz al-abhath wa-l-dirasat al-sukaniya. Al Giza al-markazi li-l-ta'abia al-ama wa-l-ihsa'a, p. 51-72. <<

[5] Al-ittihad al-amm al-nisa'i, Lignat al-dirasat al-markaziya, *Al-mar'a alarabiya fi-l-qitr al-suri*, p. 49. <<

[6] *Al-Ajbar*, 12 de enero, 1976, con el título: “Gawla fi tarik al-tashih” , por Ahmed Fathy al-Qadi.

<<

[7] Nassar, *Huquq al-mar'a fi thashre'e al-islami wa-l-dawli al-mukaran*, Alejandría, Dar al-nashr wa-l-sahafa, 1957, p. 147. <<

[8] *Qanun al-ma'ashet al-misri*, no. 62, 1977. <<

[9] Ahmed Jayrat, *Markaz al-mar'a fi-l-islam*, El Cairo, Dar al-maarif, 1975, p. 6. <<

[10] Al-Ittihad al-amm al-nisa'i, *Al-mar'a alJarabiya fi-l-qitr al-suri*. Al-matbaa wa-l-yarida al-rasmiya, 1974, p. 28. <<

[11] *Al Ahram*, 29 de febrero, 1976. <<

[12] *Ajbar al-Yaum*, El Cairo, 26 de julio, 1975, p. 10. <<

[1] *Mayalat kuliet al-huquq li-l-mababith al-kanuniya wa-l-iktisadiya*, El Cairo, primer año, no. 1, 1945. <<

[2] El Corán, *sura al-nisa'a*, aleya 3. <<

[3] Mohammad Ibn Sa'ad, *Al-tabaqat al-kubra*, El Cairo, Dar al-tahrir, 1970, p. 36. <<

[4] *Ibid.*, p. 134-5. <<

[5] *Sahih el Bojari*, vol. 7, p. 18. *Al-Isaba*, vol. 8, p. 65. Abdallah Afifi, *Almar'a al-arbia fi yahiliyatihā wa islamiha*, vol. 2, p. 60. <<

[6] Ver *Ahkam alahwal al-sajsia fi-l-shari'a al-islamiya*, Abdel Wahab Jallaf Matbaat dar al-kutub al-misriya (segunda edición), 1938, p. 165. <<

[7] *Al-mar'a al-misriya fi ishrin aman* (1952-1972), Markaz fi-l-abhath wa-l-dirasat el sukania, al-Giza al-markazi li-l-taabia al aama wal ihsaa. <<

[8] *Al-mar'a al-amila bi lugat al-arkam*, Al-maktab al-markazi li-l-ihsa'a, Damasco, Silsilat al-dirasat 20, pp. 11-29. <<

[9] *Sheij* Abdel Hamid al-Sayeh, *Al-islam wa tanzim al-usra*, I. P. P. F. Regional Office for the Middle East and North Africa, 1971, vol. 1, p. 175. <<

[¹⁰] Del periódico jordano *Al-Dustur*, del 9 de agosto, 1971. *Sheij* Abdel Hamid al-Sayed, *Al islam wa tanzim al-usra*. I. P. P. F. Regional Comitee for the Middle East and North Africa, 1971, vol. I, pp. 175-176. <<

[11] *Ibid.*, p. 218, Sayyed Muhammad Zaffar <<

[12] Salah Kansuah, *Ihtimalat zawal mussasat al-usra fi-l-muytamala wa-ldawta*, Universidad de Kuwait, noviembre 1976 <<

[13] Abu Ali Yasin, *Al-thaluth el moharram*, Beirut, Dar el Taila, 1973. <<